

Víctor Serge



EL CASO TULAEV

 **Izquierda
Revolucionaria**

EL CASO TULAEV

Víctor Serge

EL CASO TULAEV

Título de la obra original:

L'AFFAIRE TULAEV

Versión española de Jesús Ruiz

Ediciones digitales *Izquierda Revolucionaria*

Transcripción de *Celula2*

Terminado el 9 de Julio de 2006

Puedes descargar otras obras en

www.marxismo.org

LAS COMETAS NACEN DE LA NOCHE

Kostia sopesaba desde hacía algunas semanas la probabilidad de comprarse un par de zapatos. Calculaba que privándose de cigarrillos y de asistir al cine, y suprimiendo, durante un día o dos, la comida del mediodía, podría economizar en seis semanas los ciento cuarenta rublos necesarios para la adquisición de aquellos zapatos que la amable dependienta de la tienda de artículos de ocasión había prometido guardarle. En espera de que llegara el venturoso momento utilizaba, sin perder el humor, unas suelas de cartón que renovaba diariamente. Por fortuna hacía un tiempo seco. Cuando hubo ahorrado ya setenta rublos, fué a contemplar una vez más, por puro gusto, sus futuros zapatos. Estaban medio escondidos en la oscuridad de aquel anaquel, detrás de unos viejos samovares de cobre, de unos montones de estuches de gemelos, de una tetera china y de una caja de conchas que tenía pintado el golfo de Nápoles... La parte delantera del anaquel se hallaba ocupada por unas regias botas. Costaban cuatrocientos rublos. Al verlas, se relamían de gusto los hombres de aspecto fatigado que examinaban los tesoros. Kostia buscó sus zapatos con la mirada.

—Tranquilícese — le dijo la dependienta al advertir su alarma —, todavía están aquí. No tema.

Sonrió. Era morena y tenía los ojos hundidos, los dientes desiguales aunque bonitos, y los labios... ¿Cómo describirlos? “Tiene usted unos labios encantadores”, pensó Kostia, observándola fijamente, sin ninguna timidez, pero sin atreverse tampoco a exteriorizar su pensamiento. Su mirada, después de detenerse unos instantes en los ojos hundidos que tenían el color intermedio entre el verde y el azul de algunos muñequitos chinos expuestos en la vitrina del mostrador, erró entre las chucherías, los cortapapeles, los relojes, las tabaqueras y otras antigüedades, hasta detenerse por casualidad en un minúsculo retrato de mujer con marco de ébano. La miniatura cabía en la palma de la mano.

— ¿Cuánto vale? —preguntó con voz sorprendida.

—Setenta rublos. Es bastante caro...—respondieron los labios encantadores.

Y unas manos, tan agradables como los labios, levantaron el brocado rojo y oro que tapaba el mostrador, y sacaron la miniatura. Kostia la cogió, emocionado por tener entre sus dedos grandes y nada limpios aquella imagen viva, aquella imagen todavía más extraordinaria que si estuviera viva, aquel diminuto marco negro que encuadraba una cabeza rubia rodeada de una diadema, un hermoso rostro ovalado cuyos ojos parecían reflejar una advertencia, una dulzura,

una fuerza y un misterio sin fondo.

—Lo compro — decidió con una voz sorda que le sorprendió a él mismo.

La dependienta no se determinó a hacerle ninguna objeción, pues las palabras parecían haberle salido de lo más hondo de su ser. Lanzó una ojeada furtiva a la derecha, otra a la izquierda, y después murmuró:

—Anoto cincuenta rublos en la papeleta. No enseñe el artículo en la caja.

Kostia le dio las gracias, sin mirarla apenas. “¡Qué me importa que cueste cincuenta rublos o setenta! ¿No comprendes, muchacha, que no se trata del precio?” Fué como si una gran hoguera iluminara su interior. Durante todo el camino sintió cómo el pequeño rectángulo de ébano se incrustaba contra su pecho, infundiéndole una alegría creciente. Aceleró el paso, subió corriendo una escalera oscura, atravesó los corredores del piso colectivo, impregnados aquel día de un olor a naftalina y a coles agrias, penetró en su cuarto, encendió la luz eléctrica, miró con exaltación su catre de tijera, sus viejos periódicos ilustrados amontonados sobre la mesa, la ventana donde los cartones reemplazaban los cristales, y en el mismo instante se avergonzó de sí mismo al oírse murmurar: “¡Qué felicidad!” Apoyó la cabeza rubia en la pared, sobre la mesa, y se quedó contemplándola fijamente. El cuarto pareció iluminarse con un súbito resplandor. Dió algunos pasos indecisos, de la ventana a la puerta. Al otro lado del tabique, Romachkin tosió débilmente.

“¡Pobre Romachkin!”, pensó, regocijado con la idea de aquel hombrecillo bilioso, siempre encerrado en su cuarto, esmerado y pulcro, como un verdadero pequeño burgués que viviera solo entre sus geranios, entre sus libros encuadernados en papel gris y los retratos de los grandes hombres: Ibsen, que afirmaba que el hombre más solitario era el más fuerte; Metchnikoff, que había hecho retroceder los límites de la vida por medio de la higiene; Darwin, que demostraba que los animales de la misma especie no se devoraban entre sí; Knut Hamsun, que había conocido el hambre y amado los bosques... Romachkin llevaba todavía aquellas viejas chaquetas de antes de la guerra que había precedido a la revolución anterior a su vez a la guerra civil... Aquellas chaquetas del tiempo en que los Romachkin, inofensivos y temerosos, pululaban por la tierra. Kostia se volvió con ligera sonrisa hacia su media chimenea, pues el tabique que separaba su cuarto del que habitaba el subjefe del negociado de segunda, Romachkin, cortaba en dos la hermosa chimenea de mármol de un antiguo salón.

—¡Maldito Romachkin! Jamás tendrás más que la mitad de un cuarto, la mitad de una chimenea, la mitad de una vida humana... y ni siquiera la mitad de una mirada como ésa...

(Aquella mirada de la miniatura, aquella lucecita azul y exaltante).

—Tu mitad de la existencia es la más sombría, mi pobre Romachkin...

En dos zancadas se halló en el pasillo, ante la puerta de su vecino. Dió los tres golpecitos convenidos. Del otro lado del piso llegaba un fuerte olor a frituras, mezclado con voces y ruidos de disputa. Una mujer encolerizada, sin duda desgraciada y áspera, removía la vajilla, repitiendo:

—Entonces dijo: “Buena ciudadana, advertiré a la dirección y ya verá usted”. Y yo repliqué: “Buen ciudadano, yo también...”

Se abrió una puerta, que a los pocos instantes se cerró con fuerza, no sin dejar escapar el llanto de un chiquillo. Sonó alborotado el timbre del teléfono. El propio Romachkin salió a abrir:

—Buenos días, Kostia.

También Romachkin disponía de un cuarto de tres metros de profundidad por dos setenta y cinco de anchura. Flores de papel, limpias de la menor mota de polvo, ascendían por la media chimenea. El rojo purpúreo de los geranios festoneaba la ventana. Un vaso de té frío se veía sobre la mesa, cubierta pulcramente con un papel blanco.

—¿No importuno? ¿Acaso estaba usted leyendo?

Unos treinta libros se hallaban perfectamente ordenados sobre el doble anaquel, encima de la cama.

—No, Kostia. No estaba leyendo, sino pensando.

Sentado en la más completa soledad enfrente del tabique de donde colgaban los cuatro retratos de los grandes hombres, con un vaso de té sobre la mesa y la chaqueta abotonada hasta la barbilla, Romachkin pensaba... “¿Qué hace con sus manos en esos momentos?”, se preguntó Kostia. Porque Romachkin no se acodaba jamás en la mesa, acostumbraba a hablar con las manos apoyadas en las rodillas, andaba con ellas a la espalda y cruzaba algunas veces los brazos sobre el pecho, con un encogimiento tímido de hombros. De aquellos hombros que hacían pensar en las formas humildes de los animales de carga.

—¿En qué piensa, Romachkin?

—En la injusticia.

Tema extenso. Por mucho que profundizase no encontraría jamás el fondo. Kostia se hizo esta consideración, pero al mismo tiempo otro pensamiento le asaltó: allí hacía mucho más frío que en su propio cuarto.

—He venido a pedirle prestados otros libros — dijo.

Romachkin tenía el pelo bien peinado, un rostro amarillento y avejentado, una boca firme y una mirada insistente, pero perezosa, cuyo color ni siquiera podía adivinarse. Levantó los ojos hacia los anaqueles y reflexionó unos instantes antes de elegir un viejo libro encuadernado.

—Lee esto, Kostia. Es la historia de unos hombres valientes.

Se trataba del fascículo número 9 de la revista *El Presidio*, “órgano de la Asociación de

antiguos forzados y deportados a perpetuidad”.

—Gracias. Hasta la vista, amigo mío — se despidió Kostia al tiempo que pensaba: “¿Seguirá este pobre tipo con sus pensamientos?”

Sus mesas estaban colocadas una enfrente de la otra, justamente a ambos lados del tabique. Kostia se levantó de la suya, hojeó el libro e intentó leerlo. De vez en cuando levantaba los ojos de la miniatura para ir a encontrar con una certidumbre bienhechora la misteriosa expresión de los ojos verdeazulados. Los cielos pálidos de la primavera tenían igual fulgor cuando comenzaba el deshielo, y la tierra aterida se sacudía el manto blanco que la había cubierto durante el invierno. En su íntimo desierto de al lado, Romachkin se había vuelto a sentar y ahora se hallaba con la cabeza entre las manos, absorto, creyendo pensar. Y acaso pensara en realidad.

Desde hacía algún tiempo, Romachkin se debatía desesperadamente con una idea fija. Ejercía las funciones de subjefe en el negociado de salarios del Trust Moscú-Confección, pero estaba seguro de que jamás alcanzaría aquel empleo a título fijo sin ser del partido, ni tampoco le reemplazarían — salvo arresto o defunción —, pues de los ciento diecisiete empleados de la Dirección central, que de las nueve a las seis llenaban cuarenta oficinas, encima del Trust de Alcoholes, encima del Sindicato de las Peleterías de Carelia y al lado de la representación de los Algodones del Uzbekistan, sólo él conocía a fondo las diecisiete categorías de salarios y sueldos, más las siete maneras de remuneración del trabajo a destajo, las combinaciones del salario base con las primas de producción, el arte de la “clasificación y de los aumentos nominales que no mermaban en nada el presupuesto global de los salarios... Le decían: “Romachkin, el director le ruega que prepare la aplicación de la nueva circular de la Comisión del Plan de acuerdo con la circular del Comité Central del 6 de enero y teniendo en cuenta la decisión de la conferencia de los trusts textiles, ¿entiende?” Comprendía perfectamente. El jefe de su oficina, un antiguo operario sombrerero, miembro del partido desde la primavera última, no sabía nada, ni siquiera contar. Pero si había que atenerse a lo que decían algunos, pertenecía al servicio secreto (vigilancia del personal técnico y de la mano de obra). Tal vez por eso se expresaba siempre con voz autoritaria:

—¿Ha comprendido usted, Romachkin? Prepárelo para mañana a las cinco. Tengo que asistir a una reunión de la dirección.

Las oficinas se hallaban situadas sobre el callejón de San Bernabé, en el tercer patio de un inmueble de ladrillo rojo, de ventanas más largas que anchas, al través de las cuales se veían unos árboles raquíticos, medio secos por los escombros de una demolición, pero con un ramaje conmovedor.

Romachkin procedía inmediatamente a hacer los cálculos pertinentes. Se encontraba así

con que el aumento de un cinco por ciento del salario base publicado por el Comité Central, combinado con los reajustes de los trabajadores de categoría undécima pasados a la décima, y de otros descendidos de ésta a la novena con el fin de mejorar la condición de los menos pagados, lo que era equitativo y estaba conforme con la directriz del Consejo de los Sindicatos..., venían a parar a una reducción del fondo global de los salarios de 0,5 por 100, según la interpretación máxima. Ahora bien, los obreros de dos manufacturas ganaban de 110 a 120 rublos, y el aumento de alquileres tenía que aplicarse a final de mes.

Se ocupaba en copiar a máquina sus conclusiones. Bajo diferentes pretextos hacía todas estas operaciones mensualmente, poniendo al día sus tablas explicativas de la contabilidad y aguardando luego a que dieran las cinco menos cuarto para lavarse las manos, lentamente, canturreando en voz baja “tra, ta, ta, ta, tra, ta” o “mmmm hmm”, como un zumbido de abeja melancólica... Comía de prisa en el comedor de la empresa, leyendo entretanto el artículo de fondo del periódico que decía diariamente con igual voz administrativa que el país estaba en marcha; en pleno progreso, en pleno impulso, victoriosamente, pese a todo, dispuesto a conseguir la grandeza de la república y la felicidad de las masas laboriosas. Testigos de ese progreso eran las doscientas diez fábricas inauguradas en un año, el éxito inmenso del almacenaje de los cereales, etcétera...

—Pero yo — se dijo un día tragando su última cucharada de sémola fría — estoy en la miseria.

Las cifras le obsesionaban y terminó por perder su tranquilidad. Todo el mal procede de lo que se piensa o más bien del ser que hay en nuestro interior y que piensa sin saberlo nosotros, infiltrando de golpe en el silencio de la mente una minúscula frase agria, tras la cual podemos ya vivir como antes. El caso es que, por su parte, se aterrorizó ante su doble descubrimiento: que pensaba y que los periódicos mentían. Pasó veladas enteras haciendo en la soledad de su cuarto los más complicados cálculos, confrontando los millares de millones de rublos-mercancía con los millares de millones de rublos nominales y las toneladas de trigo con las masas de seres humanos.

Consultó los diccionarios de las bibliotecas, buscando ávidamente los artículos *Obsesión*, *Manía*, *Locura*, *Alienación mental*, *Paranoia* y *Esquizofrenia*, para finalmente llegar a la conclusión de que no era paranoico, ni ciclotímico, ni esquizofrénico, ni neurótico, aunque sí estaba expuesto a caer en un grado profundo de debilidad con una gran depresión histeromaníaca. Esto se traducía en una obsesión por las cifras, una propensión a adivinar la mentira en todas las cosas, una idea casi fija que rehuía nombrar de tan sagrada como era, pero que dominaba todas las turbaciones de su espíritu, y que creía necesario alentar a fin de no convertirse en un infrahombre asalariado para roer el pan de los demás, parásito oculto entre las construcciones de ladrillos de los trusts...

La justicia estaba patente en el Evangelio, pero éste no era más que una superstición feudal o prefeudal; la justicia debía estar también patente en Marx, pese a que él no hubiera sabido hallarla; se encontraba asimismo en la revolución, velando en el mausoleo de Lenin, iluminando la frente embalsamada de un Lenin rosáceo y descolorido, acostado bajo el cristal y guardado por funcionarios inmóviles que en realidad debían custodiar la justicia eterna.

Un médico del dispensario neuropsiquiatra, al que fué a consultar en Jamofniki, le dijo:

—Reflejos excelentes. No hay nada que temer, ciudadano. ¿Que vida sexual lleva?

Ante esta pregunta se ruborizó:

—Poca..., solamente ocasional.

El médico le contempló con aire doctoral.

—Le aconsejo el coito dos veces al mes, por lo menos — dijo secamente. — En cuanto a la idea de justicia, no se atormente usted en demasía. Es una idea social positiva, resultante de la sublimación del egoísmo primordial y de la contención de los instintos individualistas. Está llamada a representar un gran papel en el período de transición al socialismo... ¡Macha, haz entrar al siguiente!... ¿Su número, ciudadano?

El siguiente entraba ya con su número entre los dedos. Era un ser desfigurado por una risa brutal. El hombre con la blusa blanca, el médico, desapareció detrás de la mampara. Romachkin se preguntó qué rostro tendría. La verdad era que ni siquiera se acordaba ya. Contento con el resultado de la consulta, bromeó consigo mismo: “El enfermo eres tú, ciudadano doctor... ¿Sublimación primordial?... Creo que jamás has comprendido la justicia, ciudadano”.

Salió fortalecido de aquella crisis. La recomendación de higiene sexual le llevó a uno de los bancos del paseo Trubnoy, por donde pululaban borrachas habituales y acicaladas que pedían un cigarrillo a los transeúntes con voz tierna. Pero él no fumaba.

—Lo siento mucho, señorita — dijo creyendo dar a sus palabras una entonación picaresca. La muchacha sacó del bolsillo un cigarrillo que encendió lentamente para dejar ver sus uñas pintadas y su perfil gracioso. Luego se sentó muy pegada a él.

—¿Te aburres?—le preguntó, y viendo que hacía un gesto de asentimiento, le propuso—: Ven al banco de enfrente, que está más lejos del farol, y verás lo que sé hacer... ¿Tres rublos, eh?

La idea de la miseria y de la injusticia abrumaba a Romachkin. Y sin embargo, ¿qué relación había entre aquellas ideas, la muchacha, él y la higiene sexual? Se calló, entreviendo una relación cierta aunque tenue, como esos rayos de plata que por las noches parecen enlazar las estrellas entre sí.

—Por cinco rublos te llevaré a mi casa — continuó la muchacha. — Pero hay que pagar antes, querido. Esa es la regla.

Romachkin se sintió satisfecho de que hubiera una regla en aquellos asuntos. La muchacha le condujo hacia un cuchitril que al claro de luna parecía aplastado por un enorme edificio de ocho pisos dedicado a oficinas. Llamada por unos golpecitos discretos dados en el batiente de una ventana, salió una mendiga apretando una toquilla contra su pecho hundido.

—‘Todavía queda un poco de fuego — anunció con voz cavernosa. — No hace falta que te des prisa, Katiuchenka. Te esperaré aquí fumando una colilla. No despiertes al pequeño. Está en la cabecera de la cama.

Para no despertar al pequeño, se acostaron en el suelo, al vacilante resplandor de una vela, sobre una manta quitada de la cama donde dormía con la boca abierta un niño moreno.

—No grites, querido — susurró la muchacha entreabriendo sus vestidos y dejando ver sus carnes descoloridas, apenas tibias. Alrededor de ellos, todo, desde el suelo sucio a los rincones, tenía un aspecto sórdido. Romachkin sintió que la iniquidad le traspasaba como un escalofrío que le llegara hasta los huesos. A través de él, la iniquidad encenagaba a una pálida muchacha, llenando el silencio profundo que reinaba en el cuarto mísero. En aquel instante nació en su interior, endeble, lejana, vacilando por vivir, otra idea. Igual que del suelo volcánico surge la minúscula llama que, sin embargo, revela que la tierra va a temblar, a fundirse, a estallar bajo el empujón infernal de la lava.

Después salieron juntos al paseo. La muchacha bromeaba, contenta:

—Tengo que encontrar a otro esta noche. No es fácil. Ayer estuve hasta el amanecer y al final sólo encontré a un borracho que ni siquiera tenía los tres rublos. ¡Figúrate! ¡Maldita sea! Hay mucha hambre y los hombres no piensan en el amor.

Romachkin asintió cortésmente, ocupado en seguir las oscilaciones de la diminuta llama que acababa de surgir en su interior. “Es cierto: los deseos sexuales están influidos por la alimentación”... Su silencio infundió confianza a la muchacha, que se puso a hablar de lo que ocurría en el campo.

—He venido del pueblo... ¡Maldita sea! —Debía ser ésta su exclamación favorita, puesto que la soltaba constantemente, bien echando una bocanada de humo en las narices de su acompañante o bien lanzando un salivazo a un lado de la acera. — Todos los caballos han muerto..., ¡maldita sea! ¿Qué es lo que ocurrirá ahora? Al principio se llevaron los mejores animales para la granja colectiva y luego, a los que habían quedado en poder de los campesinos, la cooperativa de la sección les negó el forraje. Los viejos, recordando el hambre de otras épocas, dieron a los animales la paja de los techados, desecada por el sol y deslavada por las nieves. ¡Pobres bestias! El alimento era como para reventar... ¡Maldita sea! Con sus grandes ojos llenos de súplica, sus lenguas colgantes y sus costillas que rasgaban la piel, daba lástima el verlos. En los

flancos y en el vientre les salían abscesos purulentos que se extendían poco a poco, formando llagas en carne viva. ¡Pobres animales! Te aseguro que inspiraba compasión verlos pudrirse en vida. Por la noche, había que pasarles barrigueras para tenerlos suspendidos, pues de otro modo no hubieran tenido fuerzas para levantarse a la mañana siguiente. Se les dejaba retozar por los corrales, pero apenas se movían, mordisqueando la madera de las empalizadas y hurgando la tierra para buscarse unas briznas de hierba... Ya comprenderás que nosotros, los campesinos, nos preocupamos más de los caballos que de los hijos. Éstos cuestan de alimentar y vienen al mundo cuando menos se necesitan... ¿Crees que yo hubiera tenido que nacer? En cambio, nunca hay bastantes caballos para trabajar la tierra. Con uno, los hijos pueden vivir. Sin él, los hombres pasan fatigas..., ¿no es verdad? Deja de haber hogar y no queda más que el hambre y la muerte... Pero como te iba diciendo, los caballos se morían. Se reunieron los viejos. Yo estaba en un rincón, cerca del fogón. Sobre la mesa ardía una lámpara que tenía que despabilarse constantemente para que no humeara. ¿Qué hacer para salvar los animales? Los viejos habían perdido la voz, trastornados por tanta desgracia. Al final se levantó mi padre. Tenía la cara sucia y la boca negra: “No hay más remedio. Tenemos que matar a los animales para que no sigan sufriendo. El cuero servirá para algo. ¡En cuanto a nosotros, moriremos o no, según sea la voluntad de Dios...” Nadie contestó nada. El silencio fué tan hondo que escuché las cucarachas rebullir sobre los ladrillos calientes del fogón. El viejo cogió el hacha, que estaba en el banco. Mi madre se echó sobre él gritando: “¡Nikon Nikonitch, piedad...” Pero era él quien inspiraba piedad con su triste cara de asesino. “¡Cállate!”, le ordenó a mi madre. Y, dirigiéndose a mí, me pidió que les iluminara. Cogí la lámpara. El establo se hallaba al otro lado de la casa, y cuando el caballo relinchaba lo oíamos perfectamente. Al vernos entrar nos miró tristemente, como un hombre enfermo, con los ojos húmedos y volviendo un poco la cabeza, sin fuerzas para moverla más. Mi padre escondía el hacha, pues si no, el animal hubiera adivinado lo que iba a ocurrir. Se acercó lentamente y le acarició las ancas. Luego le dijo en voz baja: “Has sido un buen amigo... No tengo la culpa de tus sufrimientos... Que Dios me perdone”. No había terminado de hablar, cuando el caballo estaba ya en el suelo, con el cráneo hendido. “Lava el hacha”, musitó mi padre, entregándomela. “Somos ya pobres...” Aquella noche la pasé llorando, fuera de la casa, pues estaba segura de que me habrían pegado al descubrirme. Pero nadie se dió cuenta, porque todos se escondían para llorar también más a sus anchas...

En este punto se interrumpió. Romachkin añadió cincuenta kopeks al pago anterior. Ella quiso besarle en la boca, diciéndole: “Verás cómo, querido”, pero él contestó: “No, gracias” y se fué, humildemente, con la espalda encorvada y los ojos clavados en el suelo.

Todos los anocheceres de la ciudad se parecían unos a otros, igualmente vacíos y aburridos.

Al salir del despacho, Romachkin deambuló un poco de cooperativa en cooperativa, integrado en una multitud semejante a él. Los escaparates de las tiendas estaban llenos de cajas, aunque sobre ellas pusieran los dependientes, para disipar cualquier equívoco, el letrerito: *Cajas vacías*. No obstante, unos gráficos indicaban la curva ascensional de las ventas de una semana a otra. Romachkin compró setas saladas e hizo turno en una cola para salchichón. Cuando lo hubo comprado, continuó su camino, doblando la esquina y sumergiéndose en una calle mucho menos alumbrada. Sin embargo, los letreros luminosos, invisibles desde allí, proyectaban un halo brillante en el fondo. De pronto, unas voces ardientes llenaron la oscuridad. Entonces se detuvo. Una voz brutal de hombre se apagó en un súbito alboroto, seguida de una voz femenina, rápida y vehemente, que insultaba a los traidores, a los saboteadores, a las fieras con apariencia humana, agentes del extranjero, miseria de Rusia. Se trataba de un altavoz olvidado en una oficina vacía. Era espantosa la cólera de aquella voz sin rostro, surgiendo de las tinieblas del despacho, destacándose sobre el halo rojizo del fondo de la calle.

Romachkin sintió un repentino escalofrío. La voz femenina seguía clamando: “En nombre de las cuatro mil obreras...” En su mente el eco repitió pasivamente: *En nombre de las cuatro mil obreras de la fábrica...* Por espacio de unos instantes le pareció ver cuatro mil mujeres de todas las edades –las había jóvenes, envejecidas demasiado pronto, bonitas, inaccesibles, apenas soñadas- y todas ellas gritaban: “¡Reclamamos la pena de muerte para esos perros viles!” ¡Ninguna piedad para ellos!” (¿Es posible que pidáis eso, mujeres?, les preguntó severamente. ¿Ninguna piedad? Cuando todos, vosotras y yo, necesitamos tanto de ella...). “¡Que los fusilen!” Continuaban los mítines en las fábricas durante el proceso de los ingenieros... o de los economistas, o de los directores del abastecimiento, o de antiguos bolcheviques... ¿De quién se trataría en aquella ocasión?

Veinte pasos más allá se detuvo de nuevo, esta vez frente a una ventana iluminada. A través de los visillos se veía una mesa puesta, con los platos, el té y varias manos apoyadas en el mantel. Tan sólo acertaba a distinguir las manos: una ancha que sostenía el tenedor, otra que parecía dormida, una mano infantil... Un altavoz sonaba en la habitación, lanzando sobre aquellas manos el clamor de los mítines: “¡Que los fusilen! ¡Que los fusilen! ¡Que los fusilen...!” ¿A quién? No importaba. ¿Por qué?

Porque la angustia y el sufrimiento se encontraban mezclados por doquier a un inexplicable triunfo proclamado sin desmayo por los periódicos. “Buenas noches, camarada Romachkin. ¿Ya sabe usted que han rehusado los salvoconductos a Marfa y a su marido, porque, como artesanos que trabajan por su cuenta, están privados del derecho a votar? ¿Ya sabe que han detenido al viejo Bukin, porque dicen que escondía dólares recibidos de su hermano, que es dentista en

Riga...? ¿Se ha enterado de que el ingeniero ha perdido su puesto por ser sospechoso de sabotaje? ¿Le han dicho ya que va a haber una nueva depuración de empleados...? Prepárese, pues he oído decir en el comité de la casa que el padre de usted fué oficial...” En aquel momento, ahogado por el temor, no pudo reprimir una exclamación:

—¡No es verdad! Sólo fué sargento durante la guerra imperialista. Era contador...

(Pero teniendo en cuenta que aquel contador había pertenecido a la Unión del Pueblo ruso, no había modo de que la conciencia estuviera en reposo).

—Trate de obtener buenos testigos, pues ya sabe que los de la comisión son severos... Se cuenta por ahí que se han producido incidentes en la región de Esmolensko; que no hay trigo...

Romachkin movió la cabeza. Le disgustaba escuchar aquellos rumores.

—Ya sé, ya sé... Venga a jugar una partida de damas, Piotr Petrovitch...

El vecino entró en su cuarto y se puso a explicarle a media voz su infortunio personal: Su mujer había estado casada en primeras nupcias con un comerciante y esa circunstancia le arriesgaba a no conseguir la renovación de su salvoconducto para Moscú.

—Camarada Romachkin, es terrible. Le dan a uno diez días para partir a un punto situado a más de cien kilómetros y ni siquiera le aseguran el salvoconducto...

En tal caso su hija no podría ingresar en el Instituto Forestal. Estaba bien claro... A Romachkin le pareció ver que el hacha, brillante por el reflejo de la lámpara, se abatía sobre el cráneo de un caballo con ojos humanos; le pareció escuchar unas voces airadas que, en medio de las tinieblas, reclamaban el fusilamiento de unos hombres, y el rugido de la multitud que llenaba las estaciones aguardando casi sin esperanza los trenes que corrían sobre el mapa hacia el último trigo, las últimas carnes y las supremas combinaciones. Una muchacha del paseo Trubnoy se reclinaba, entorpecida, sobre el suelo, junto a un niño dormido, sonrosado como un lechoncillo, puro como un pequeño ser marcado por Herodes. El pago que exigía la muchacha era muy caro, cinco rublos, casi una jornada de trabajo. — ¿Haría falta buscar testigos para sufrir la depuración? ¿Entraría en vigor el nuevo libro de cuentas ajustadas para los alquileres? — Si en todo aquello no había una falta inmensa, alguna culpabilidad sin límites, cierta perversidad oculta, debía ser que una especie de locura estaba insuflándose en todas las cabezas. Terminó la partida de damas. Piotr Petrovitch se fue, musitando sus íntimas preocupaciones:

—Lo más grave es la cuestión del pasaporte interior...

Romachkin deshizo la cama, se desvistió, se limpió la boca y le acostó. La lámpara eléctrica iluminaba la cabecera, y las sábanas eran limpias. Antes de dormirse, repasó atentamente el periódico del día. El rostro del Jefe ocupaba el tercio de la primera página, como ocurría dos o tres veces a la semana, encuadrado por un discurso a siete columnas: *Nuestras realizaciones*

económicas... ¡Prodigiosas realizaciones! Somos el pueblo elegido, feliz entre todos, envidia del Occidente corroído por las crisis, por el paro, por la lucha de clases y las guerras. Nuestro bienestar crece de día en día, y los salarios, a consecuencia de la emulación socialista de las brigadas de choque, acusan un alza de un 12 por 100 sobre el año anterior. Como el rendimiento de la producción no ha aumentado más que un 11 por 100, parece que ha llegado el momento de estabilizarlos. Todas estas realizaciones se han conseguido a pesar de los escépticos, de las gentes de poca fe, de los que alientan en su pecho la serpiente venenosa de la oposición... Era lo que contenía el discurso en apartados numerados del uno al cinco; a continuación mencionaba las cinco condiciones (cumplidas) de la realización socialista, los seis mandamientos del trabajo y las cuatro razones de la seguridad histórica...

Romachkin, sin creer a sus sentidos, examinó con mirada aguda el 12 por 10 de aumento de los salarios. A este aumento del salario nominal había correspondido una triple disminución de los salarios reales, por depreciación del papel moneda y alza de precios... A tal respecto, el jefe aludía despectivamente en su perorata a los especialistas indignos del comisariado de Finanzas, prometiendo un castigo ejemplar. “Entusiastas aplausos”, proseguía el periódico. “Los asistentes, puestos en pie, aclaman enfervorizados al orador. Suenan gritos de: ¡Viva nuestro jefe inquebrantable! ¡Viva nuestro piloto genial! ¡Viva el Politburó! ¡Viva el Partido! Sigue la ovación. Muchas voces: ¡Viva la Seguridad General! Salva de aplausos”.

Al llegar a este punto, insondablemente triste, pensó: “¡Cómo mientel!” Pero en el mismo instante se sintió asustado de su propia audacia. Por fortuna nadie podía escuchar sus pensamientos. La habitación estaba vacía. Oyó que alguien salía del retrete y andaba por el pasillo arrastrando las zapatillas. Sin duda, debía tratarse del viejo Schlem, que sufría de los intestinos. Hasta sus oídos llegó el ruido de una máquina de coser y el eco de la pelea del matrimonio que habitaba en el otro extremo del corredor. Se adivinaba al hombre pellizcando a la mujer, retorciéndole el pelo lentamente, haciéndola arrodillarse para golpearle los labios con el dorso de la mano. Todos los vecinos lo sabían e incluso habían llegado a denunciarles, pero ellos lo negaban, reducidos a atormentarse mutuamente ahogando los ruidos. Y los que escuchaban en la puerta no oían casi nada, pero lo adivinaban casi todo.

Veintidós personas ocupaban los seis cuartos y el escondrijo sin ventana del fondo, y cada una de ellas podía ser reconocida por los ruidos peculiares que hacía durante la noche. Romachkin entornó los ojos. El pálido resplandor de un farol de la calle atravesaba los visillos dibujando sobre el techo los rostros familiares. Los veía un día tras otro, con enojosa monotonía. El perfil macizo del Jefe se superpuso en la penumbra a los contornos del hombre que en la habitación contigua pegaba a su mujer sin hacer mido. “¿Logrará esa víctima evadirse alguna vez

de semejante suplicio?”, se preguntó. “¿Nos evadiremos nosotros de las mentiras, de las falsedades?” Tan responsable era el que mentía en el rostro de un pueblo entero como si le pegara. La idea terrible que hasta aquel instante había madurado en las oscuras regiones de su conciencia, temerosa de sí misma, fingiendo ignorarse, tratando de desfigurarse ante el espejo interior, se desenmascaró. Como un relámpago que hiciera aparecer en la noche un paisaje de árboles retorcidos encima de un precipicio, así Romachkin tuvo la sensación casi visual de una revelación. Vio al culpable. Una llama transparente invadió su alma. No pensó que podía ser vano aquel conocimiento. A partir de aquel instante, le poseería, guiaría su mente, sus ojos, sus pasos, sus manos. Y se durmió con los ojos abiertos, suspendido entre la exaltación y el miedo.

Unas veces por la mañana, antes de entrar en la oficina, y otras cuando terminaba el trabajo al filo de la media tarde, frecuentaba el Gran Mercado. Muchos millares de hombres formaban, del alba a la noche, una multitud estancada que hubiera podido creerse inmóvil, tan pacientes y prudentes eran sus movimientos. Colores dispersos, rostros y objetos, todo destacaba sobre la uniformidad del suelo, fangoso y blando, jamás completamente seco. La miseria parecía marcar a todas aquellas criaturas con su sello destructor. Se traslucía en las miradas desafiantes de las comadres encapuchadas con lanas o indianas, en los rostros terrosos de los soldados que no debían ser auténticos soldados a pesar de que llevaban todavía vagos uniformes de derrota, en el paño gastado de los abrigos, en las manos que ofrecían las más imprevistas mercancías: un guante samoyedo bordado a franjas rojas y verdes, y forrado en su interior —”es suave como la pluma, ciudadano; tóquelo, por favor”—, guante único y única mercancía de que disponía aquel día la ladronzuela kalmuka.

Apenas era posible distinguir a los vendedores de los clientes, ya que unos y otros daban vueltas y más vueltas, sin que al parecer llevaran un camino determinado. —¡Un reloj! ¡Un reloj! ¿Quiere usted un buen reloj Cyma? Éste no debía marchar más de siete minutos seguidos, pero ese era el tiempo justo para que el vendedor se embolsara los veinte rublos y huyera. En un extremo enseñaban con orgullo un chaleco de abrigo de punto, con el cuello raído y los bolsillos rotos. —¡Diez rublos! ¡Diez rublos! No es verdad que esté impregnado del sudor de un tísico. Es el olor del tejido, ciudadano. —Más allá anunciaba otro: —¡Té, té legítimo de las caravanas, *tchai tchai!*— Y los ojos sorprendidos de Romachkin sorprendían un chino bizco canturreando sin cesar sílabas mágicas. Bastaba un gesto de cualquier transeúnte para que sacara de la manga un minúsculo paquete de té Kuznetseff de antes, con el envoltorio. —Té verdadero. Procedente de la cooperativa de la GPU.— ¿Sonreía o era que su boca, por la que asomaban unos dientes verdosos, estaba conformada de tal manera que parecía sonreír? ¿Por qué hablaba de la GPU? ¿Pertenería acaso a ella? Asombraba un poco que no le detuvieran, que permaneciera allá todos

los días. Claro que, hasta cierto punto, esto no sería nada de extraño, ya que todos aquellos especuladores, cuya edad oscilaba entre los diez y veinticinco años, acudían allí todos los días, sin duda porque no se les podía detener a todos al mismo tiempo, y porque la milicia no era demasiado diestra en sus redadas.

Entre ellos se veían también, con sus gorras aplastadas sobre el cráneo, a los tipos de la policía que iban en busca de sus piezas: asesinos, evadidos, ladrones, contrarrevolucionarios. En aquel hormiguero humano reinaba una organización indiscernible y cenagosa. (Cuidad de vuestros bolsillos y sacudiros bien al salir de aquí, pues es casi seguro que habréis atrapado una buena porción de piojos. Desconfiad de todos esos individuos, procedentes del campo, de las cárceles, de los trenes, de los zaquizamís de Eurasia, porque propagan el tifus. Ya debéis saber que los piojos abundan también por el sucio, porque hay piojosos y piojosas que los siembran al andar, y que el perrillo que os salta en busca de comida puede igualmente contagiáaroslos... ¿Es que acaso creéis que llegará el día en que el hombre no tenga piojos? ¿Tenéis fe en el advenimiento del verdadero socialismo, con azúcar y mantequilla para todos? Tal vez entonces se proporcionen, para felicidad de los hombres, piojos perfumados y acariciadores).

Romachkin escuchó a un hombre, cuya barba parecía salirle de los ojos, hablar de los piojos bromeando un poco. Luego siguió la “avenida” de la manteca, donde, como es natural, no había ninguna indicación de avenida ni de manteca, pero sí dos hileras de mujeres, algunas de las cuales tenían entre sus manos panes de mantequilla envueltos en lienzo, mientras otras, que no habían pagado su puesto al vigilante, escondían la mantequilla bajo sus ropas, entre la cintura y el pecho. (Algunas veces las atrapaban: ¿no te da vergüenza, especuladora?) Un poco más lejos, se abría la encrucijada de los animales sacrificados clandestinamente, carne que era transportada en el fondo de sacos, bajo una capa de legumbres o de grano, y que apenas enseñaban al presunto cliente.— ¿Quiere usted carne fresca?—La mujer sacaba de debajo de su abrigo una pierna de buey envuelta en un periódico manchado de sangre. — ¿Cuánto? — Un tipo siniestro, con gestos de epiléptico, tenía entre sus dedos ganchudos de brujo una extraña carne negra y la mostraba en silencio, sin hacer siquiera el reclamo. ¿Te gustan las historias de mujeres despedazadas, ciudadano? Podría contarte algunas...

Pasó un muchacho, con una cafetera y un vaso en la mano, vendiendo a diez kopeks el vaso de agua hervida. En aquel trecho se hallaba instalado el mercado casi legal, con las banastas en el suelo, convertidas en receptáculos donde parecían haberse dado cita los objetos más inverosímiles: copas de cristal azul, lámparas de petróleo, teteras despanzurradas, fotografías de tiempos pasados, libros, muñecas, hierros viejos, pesas para hacer gimnasia, clavos (por piezas los grandes; por docenas los pequeños, que los compradores iban examinando uno por uno para

comprobar si no tenían las puntas romas), vajillas enteras, figuritas de adorno, escupideras, chupetes, zapatos de baile cubiertos todavía por una tenue capa dorada, una bota alta de jinete “dandy” del antiguo régimen, cosas incatalogables, vendibles, puesto que se vendían, restos menudos de innumerables naufragios revueltos por las resecas de múltiples tempestades.

A pocos pasos del teatro armenio, Romachkin se interesó finalmente por algo. El tinglado estaba formado por un conjunto de cajas de madera, cubiertas por telas negras y horadadas por una docena de agujeros ovalados por donde los espectadores pasaban el rostro. Quedaban así con el cuerpo fuera y la cabeza en el país de las maravillas. — ¡Todavía quedan tres plazas disponibles, camaradas! Cincuenta kopeks tan solo. Animaos, que va a comenzar la representación. ¡Los misterios de Samarkanda, en diez cuadros y treinta personajes en color! — Una vez reunidos tres clientes, el armenio desaparecía bajo las telas para tirar de los hilos de sus secretas marionetas, a todas las cuales hacía hablar él solo con treinta voces distintas. Había huríes de ojos grandes, viejas repulsivas, criadas, niños, mercaderes turcos, una adivinadora zíngara, un diablo barbudo y cornudo, con la lengua de fuego rojo, un asesino, un trovador enamorado y un valiente soldado.

No lejos de allí, un tártaro agachado vigilaba su mercancía: fieltros, alfombras, una silla de montar, puñales, una manta amarilla llena de extrañas manchas y una vieja escopeta de caza.

—Buen arma — pronunció lacónicamente al ver que Romachkin examinaba el fusil. — Trescientos.

Así trabaron conocimiento. La escopeta era casi inutilizable y únicamente servía para sorprender al cliente temeroso.

—Tengo otra en mi casa, completamente nueva — le dijo el tártaro Akhim cuando tuvo lugar su cuarto encuentro, después de haber bebido juntos una taza de té. — Ven a verla.

Su casa estaba situada al fondo de un patio en el barrio de las callejas limpias y silenciosas de la calle Kropotkin, en un antro oscurecido por los cueros y los fieltros que colgaban del techo. Akhim sacó un magnífico Winchester de doble cañón azul.

—Vale mil doscientos rublos, amigo mío.

La cantidad equivalía a seis meses de salario de Romachkin y, en el fondo, era bastante detestable. Tenía tan sólo dos disparos y su forma resultaba un tanto enojosa. Pensó que para llevarla debajo de las ropas de ciudad, tendría que serrarle el cañón y dos tercios de la culata. Lleno de vacilación, sopesó el pro y el contra. ¿Adquiriría el arma o no? Empeñándose, vendiendo todo lo vendible e incluso robando algunas cosas del despacho, no llegaría a los seiscientos... En aquel instante unas detonaciones sordas hicieron trepidar las paredes y oscilar los cristales.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada, amigo mío. Están volando la catedral del Santo Salvador.

No volvieron a hablar de aquello. Romachkin movió la cabeza mirando el arma.

—No — decidió con tristeza. — No puedo... Es demasiado caro y además...

Se había hecho pasar por cazador, miembro oficial de la Asociación y en posesión de un permiso, pero... Akhim cambió de mirada y de voz, fué a coger la tetera que cantaba sobre el fuego, sirvió el té hirviendo en los vasos y se sentó frente a Romachkin, en un taburete bajo, sorbiendo con delectación el ambarino brevaje. Parecía prepararse a decir algo muy importante, acaso su último precio. ¿Iría a dejarlo por novecientos rublos? Romachkin pensó que ni siquiera podría pagar esa cantidad. Era decepcionante. En aquel momento sonó la voz acariciadora del tártaro, confundándose con los ecos de una detonación lejana:

—Si es para matar a alguien, tengo algo mejor...

—¿Mejor? —repitió Romachkin con el aliento entrecortado.

Pocos instantes después se hallaba sobre la mesa, entre los vasos, un revólver Colt, de cañón corto y tambor negro, arma prohibida, cuya sola presencia era un crimen..., un hermoso Colt que parecía estimular la voluntad.

—Cuatrocientos, amigo mío.

—Trescientos — dijo Romachkin, de una manera casi inconsciente, seducido ya por la magia del arma.

—Esta bien. Trescientos. Puede cogerlo, amigo. Mi corazón tiene confianza en usted.

Romachkin se encaminó hacia su casa, con el Colt pesándole en el bolsillo interior de la chaqueta. ¿De qué robo, de qué homicidio de la estepa lejana procedía aquel arma? Pero ahora estaba segura; reposaba sobre el corazón de un hombre que no pensaba más que en la justicia.

Se detuvo unos instantes a la entrada de unas obras. El paisaje era amplio y la luna parecía pintarlo con tonos azulados y líquidos. Bajo los andamios, en una hondonada abierta por las demoliciones, se veían las aguas del Moscova como a través de las almenas de una fortaleza en ruinas. Al fondo, a la derecha, se perfilaban también los andamiajes de un rascacielos en construcción. A la izquierda se erguía la ciudadela del Kremlin, con la fachada lisa y maciza del Gran Palacio, la alta torre del Zar Ivan, las torres puntiagudas de la muralla y los bulbos escalonados de las iglesias, destacando contra las estrellas. Los proyectores iluminaban aquel sector, algunos hombres corrían a través de una zona de luz cruda, y un miliciano hacía retroceder a varios curiosos. La mole herida de la catedral del Santo Salvador ocupaba todo el primer plano, destrozada su cúpula dorada y convertidas en escombros sus paredes, que hendían de arriba abajo, en más de treinta metros de altura, unas grietas negras y zigzagueantes, semejantes a un relámpago detenido en los muros.— ¡Se acabó!—dijo alguien. Y una voz de

mujer murmuró: —¡Dios mío! — En aquel mismo instante la tierra se estremeció, sacudida por un trueno profundo que hizo oscilar fantásticamente todo el paisaje bañado por la luna, removiendo el trecho visible de río y conmocionando los espinazos de las personas. Se elevaron algunas columnas de humo sobre las obras y el fragor, tras haberse deslizado a ras del suelo, se desvaneció en un silencio de fin del mundo. Un suspiro profundo pareció escaparse de la masa de piedra removida por la explotación, que comenzó a desplomarse sobre sí misma con crujidos terribles, como rupturas de huesos, con una lúgubre apariencia de sufrimiento.

— ¡Ya está! —gritó un ingeniero de pequeña estatura, con la cabeza descubierta y el cuello de la pelliza levantado, a unos obreros cubiertos de tierra que, como él, emergían de entre las nubes de polvo.

Romachkin pensó en lo que tantas veces había leído en los artículos: en que la vida se alzaba a través de las demoliciones, en que había que destruir sin cesar para construir luego, en que había que matar las viejas piedras para alzar edificios nuevos y amplios, más dignos del hombre. Se dijo que en aquel lugar se elevaría un día el más bello palacio de los pueblos de la Unión, donde acaso no reinara la iniquidad. Y sin que se atreviera a confesárselo a sí mismo, un poco de dolor se mezclaba con aquellas grandes ideas mientras reanudaba su marcha hacia la parada del tranvía “A”.

Dejó el “Colt” sobre la mesa. El arma de tonos negros azulados pareció llenar la estancia con su presencia. Eran las once. Antes de acostarse, se acodó ante ella, pensativo. Al otro lado del tabique, Kostia se movió. Estaba leyendo silenciosamente, levantando de vez en cuando los ojos para fijarlos en la miniatura. Los dos hombres se sentían próximos a pesar de la pared que les separaba. Kostia tamborileó sobre el tabique ligeramente con las yemas de los dedos. Romachkin le respondió de igual manera. Aquello significaba una invitación para que abandonara su solitario cuarto y pasara a hacerle compañía. ¿Escondería el “Colt” antes de que entrara? Su duda sólo duró una centésima de segundo. Así, pues, la primera cosa que Kostia vió al entrar fué el mágico negro azulado del acero destacándose sobre el mantel de papel blanco. Cogió el arma y la hizo saltar alegremente en su mano abierta.

—¡Magnífico! — exclamó. No había tenido nunca un arma y sentía una satisfacción infantil. Era alto, el pelo le caía en mechones desordenados sobre la frente y tenía las pupilas de un color azul.

— ¡Qué bien la sostienes! —dijo Romachkin en tono admirativo. El arma agrandaba, efectivamente, el aspecto de Kostia, dándole el aire fiero de un joven guerrero. — La he comprado — explicó luego —, porque me gustan las armas. Antes llegué a salir algunas veces de cacería, pero un fusil de caza es demasiado caro... Por un Winchester de dos tiros me han pedido

mil doscientos rublos. ¿Qué me dices?

Pero Kostia escuchaba distraídamente aquella explicación confusa. Le divertía que aquel vecino tímido poseyera un revólver y la sonrisa ligera que iluminaba su rostro demostraba que no se cuidaba de ocultarlo.

—No creo que lo utilice usted nunca, Romachkin — repuso. Y éste, prudente, respondió:

—No lo sé... Claro que no tengo ninguna necesidad. ¿Por qué iba a tenerla?... Nadie me quiere mal... Pero un arma es algo seguro. Hace pensar...

— ¿En los asesinos?

—No; en los justos.

Kostia contuvo la risa. Temía lastimar a su vecino con burlas. Charlaron unos instantes, como de costumbre.

— ¿Has leído el fascículo 12 de *El Presidio*? — preguntó Romachkin antes de que se separaran.

—No... ¿es interesante?

Romachkin asintió.

—Claro que sí. Relata la historia del atentado contra el almirante Duvassov, en 1906...

Kostia, convencido, se llevó el fascículo 12.

Romachkin, por su parte, no quería releer ningún relato de los fastos revolucionarios. Aquellos textos le hubieran descorazonado. Los atentados de antes exigían una preparación minuciosa, una organización disciplinada, dinero, meses enteros de trabajo, de vigilancia y espera, la unión de varios espíritus osados... e incluso así fracasaban muchas veces. De haberse parado a meditar atentamente, su deseo le hubiera parecido completamente quimérico. Pero no reflexionaba; las ideas se desarrollaban en su mente sin que las gobernara, en un estado próximo al ensueño. Y como hasta entonces le había bastado aquello para vivir, no sabía qué podía pensar mejor, con mayor firmeza y claridad, aunque eso fuera un extraño trabajo hecho a pesar de uno mismo, y que con frecuencia no produce más que una alegría amarga, tras la que no se encuentra nada.

Cada vez que le era posible, por la mañana, el mediodía y la noche, exploraba ciertos parajes del centro de la ciudad. La plaza de Staraia, por ejemplo, vieja plaza donde se elevaba el alto edificio de piedra gris que parecía una especie de Banco. A la entrada, una placa de cristal negro con letras doradas proclamaba el verdadero significado del edificio: *Partido Comunista (bolchevique) de la URSS. Comité Central*. La silueta de un centinela se destacaba en el pasillo. Unos ascensores subían y bajaban. Al otro lado de la estrecha plaza, la vieja muralla blanca de Kitai-Gorod, la ciudad china, perfilaba sus almenas contra el cielo. Llegaron unos autos. Había siempre

alguien que fumaba en la esquina... No, allí no, Era imposible. No hubiera sabido decir la causa. ¿Era la blanca muralla almenada, las severas piedras grises o la sensación de vacío la que le impedía obrar? Sus pasos se perdieron, resonando sobre un suelo demasiado duro. Pero no sentía peso ni consistencia. Alcanzó los aledaños del Kremlin, y las ráfagas de aire que soplaban de los jardines le llevaron hasta la Plaza Roja, donde se detuvo con los provincianos ante el mausoleo de Lenin. Se sintió entonces insignificante, perdido, más endeble que nunca bajo los bulbos torcidos y descoloridos de San Basilio, el Bienaventurado. No se encontró bien hasta que hubo trepado los tres escalones de piedra del lugar de los suplicios, que seguía allí tras tantos siglos, rodeado de un pequeño balcón circular de piedra. ¿Cuántos hombres habrían sufrido allí? Pero ninguno de los que habían padecido suplicio estaban en la memoria y el ánimo de los transeúntes, salvo en el suyo. Experimentaba igual sensación que si estuviera echado en la rueda que le iba a romper los miembros — atroz dolor cuyo pensamiento le ponía la carne de gallina—, y los verdugos se hallaran dispuestos a aplicarle hierros ardientes en la carne. Estos pensamientos le atormentaban, ¿pero es que podía pensar otra cosa hallándose allí? A partir de aquel día, llevó consigo el “Colt” en todas las salidas.

Particularmente le gustaban los jardines públicos que bordeaban la muralla exterior del Kremlin, por el lado de la ciudad. Le complacía recorrerlos casi diariamente. Aquel día, estaba paseando como de costumbre, entre la una y cuarto y las dos menos diez, comiéndose un bocadillo y reflexionando en la más completa soledad en lugar de charlar con sus colegas en el refectorio del Trust. La avenida central se encontraba casi desierta, como siempre, y los tranvías, que daban la vuelta detrás de la verja, formaban un ruido de hierro viejo y de alborotados campanilleos. En un recodo de la avenida, como desprendido del follaje espeso que franqueaba la alta muralla del Kremlin, apareció un militar. Avanzaba con paso rápido hacia donde él estaba, seguido por dos individuos de paisano y fumando. Alto, casi delgado, con la visera de la gorra bajada hasta los ojos, el uniforme sin insignias, el rostro duro y el bigote espeso, aquel hombre era la inconcebible encarnación de los retratos publicados en los periódicos, fijados en las fachadas, colgados en las paredes de los despachos, impresos diariamente en las mentes. No cabía duda: era *él*. Su paso autoritario, Heno de rigidez, se hallaba contrapesado por una mano que llevaba en el bolsillo, mientras que la otra se balanceaba a lo largo del cuerpo. Para acabar de hacerse reconocer, sacó del bolsillo una pipa corta que se colocó entre los dientes sin detenerse.

No le separaban de Romachkin más que una decena de metros. La mano de éste se deslizó rápidamente en el bolsillo interior de la americana buscando la culata del revólver. En aquel instante, *él* sacó su petaca y se detuvo a menos de dos metros de distancia. Sus ojos de gato lanzaron un pequeño relámpago cruel y sus labios burlones parecieron musitar algo así como: —

¡Miserable! ¡Mirable Romachkin! —, con un desprecio aniquilador.

Luego prosiguió su paseo. Entonces él, agotado, tropezó con una piedra, vaciló y estuvo a punto de caerse. Dos hombres, surgidos de no sabía dónde, le sostuvieron.

— ¿Se encuentra usted mal, ciudadano?

Debían ser, sin duda, agentes de la escolta secreta.

— ¡Déjenme en paz! —gritó fuera de sí, sin que en realidad pronunciara estas palabras u otras, más que como un leve suspiro. Los dos hombres, que le habían cogido por los codos, le soltaron.

— No hay que beber, imbécil, cuando no se sabe beber — le increpó uno de ellos.

Romachkin se desplomó en un banco, al lado de una pareja. Una voz tonante — la suya — restallaba en su cráneo: “Soy un cobarde, un cobarde, un cobarde, cobarde, cobarde...” La pareja, sin ocuparse de él, seguía peleándose.

— Si vuelves a verla—decía la muchacha—, yo... (las siguientes palabras se perdieron). Estoy harta. Sufro mucho... y yo... (Siguieron otras palabras perdidas). Te suplico...

Era una muchacha anémica, de rostro muy pálido, sembrado de pequeñas motas rosáceas. El respondió:

— Me fastidias, María. Basta..., me fastidias. —Y se quedó mirando a lo lejos.

Todo ocurría en virtud de una lógica perfecta. Romachkin se levantó bruscamente, contempló fijamente a la pareja y dijo:

— Todos somos unos cobardes, unos cobardes...

Luego cedió su arrebatado exaltado y le fué posible marcharse, andando con la gravedad de costumbre, llegar al despacho sin un minuto de retraso, volver a sus libros de cuentas ajustadas, beber su taza de té a las cuatro, responder a toda clase de preguntas, terminar normalmente su jornada de trabajo y regresar a su casa. Una vez entre las cuatro paredes de su habitación, se hizo francamente la pregunta que le había estado atormentando durante todo el camino: ¿qué hacer del “Colt”? La verdad era que no podía seguir soportando la posesión de aquella arma inútil.

Estaba sobre la mesa, ostentando su frío color negro azulado, cuando Kostia entró. En sus labios apareció algo semejante a una sonrisa. Romachkin lo vio muy bien.

— ¿Te gusta, Kostia?—le preguntó. La noche estaba tranquila y éste, con el arma en la mano, pareció un joven guerrero imberbe.

— ¡Hermoso objeto! —comentó.

— Ya no lo necesito — dijo Romachkin, conteniendo a duras penas su dolor. — Puedes llevártelo.

— ¡Pero es muy caro! —repuso Kostia.

—Nada vale para mí. Ya sabes que eso no se vende. Cógelo.

Romachkin temía insistir, pues era muy intenso su pesar de desprenderse del arma.

— ¿De verdad?—añadió todavía Kostia. Y el otro respondió:

—De verdad: te lo regalo.

Kostia se llevó el arma, la colocó sobre su mesa, junto la miniatura, sonrió una vez más a la imagen y luego volvió la sonrisa a la pistola, tan limpia y tan pura, tan mortalmente pura. La desbordante alegría le impulsó a hacer algunos movimientos gimnásticos, y Romachkin, envidioso, oyó cómo crujían sus articulaciones.

Casi todas las noches hablaban un poco antes de acostarse, Romachkin con un pensamiento fijo, insidioso, que le obligaba sin cesar a acariciar las mismas ideas, como el animal de labor que sigue su surco para trazar otro y volver a comenzar de nuevo, y Kostia, burlón, dejándose arrastrar a pesar suyo, saltando a veces lejos de aquel círculo trazado en torno suyo, para volver a caer a los pocos instantes sin saberlo. Finalmente preguntaba:

— ¿Quién crees, querido Romachkin, que es culpable?

—El más poderoso, evidentemente. No lo dudes—respondía suavemente Romachkin. — Estoy seguro — añadía luego con una pequeña risa obligada.

Kostia creyó comprender entonces muchas cosas. La cabeza le dio vueltas.

—No sabes lo que te dices, Romachkin. Es una suerte para ti. ¡Buenas noches, viejo!

Desde las nueve de la mañana a las seis de la tarde, Kostia trabajaba en la oficina de un constructor del metropolitano. El ruido intermitente de la excavadora se comunicaba a las tablas de la barraca. Una interminable hilera de camiones se llevaba la tierra remontada desde las profundidades del subsuelo. Las primeras capas parecían formadas de desechos humanos, como el humus está compuesto de desechos vegetales, y olían a cadáver, a ciudad en descomposición, a basura fermentada lentamente bajo la nieve y el asfalto caliente. Los motores de los camiones, alimentados con una esencia inverosímil, llenaban las obras de detonaciones secas, tan fuertes que ahogaban los juramentos de los conductores. Una empalizada separaba la sección número 22 de las obras de la calle trepidante y ruidosa, cuyos dos torrentes circulatorios estaban formados por tranvías que agitaban sus campanillas histéricas, coches celulares completamente nuevos, simones desballestados y un hormigueo de peatones.

La barraca, cuya estufa acaparaba toda la parte central, albergaba la contabilidad, el despacho de los técnicos, la mesa del partido y de las juventudes comunistas, con su fichero, el rincón del secretario de la célula sindical y el despacho del jefe de las obras, aunque este último no estaba nunca allá, pues se pasaba los días recorriendo Moscú a la búsqueda de materiales, mientras las Comisiones de Control iban en pos de él. Por tanto, su sitio quedaba vacío y a

disposición del primer ocupante. Éste era, invariablemente, el secretario del partido. Desde la mañana a la noche, pasaba el tiempo ocupado en recibir las quejas de los obreros y obreras, cubiertos de lodo, que descendían bajo tierra y ascendían luego, sin botas el uno, sin lámpara el otro, el tercero sin guantes, el cuarto herido, el quinto despedido por haberse emborrachado durante el trabajo, y así sucesivamente. Los despedidos se irritaban de que no les dejaran marchar. Puesto que no trabajaban ya, se creían con derecho a hacer lo que les venía en gana.

—Quiero que se respete la ley, camarada “part-org.” — organizador del partido —. He llegado tarde y borracho; además he armado escándalo, así que tienen que darme la patada. Es el decreto...

El “part-org.”, amoscado ya, estallaba:

— ¡Por todos los diablos! Te interesa tanto el decreto porque quieres largarte, ¿verdad? ¿Esperas todavía que te dé las ropas de trabajo, especie de...?

Pero el obrero insistía:

—El decreto es el decreto, camarada.

Kostia pasaba lista a los presentes, descendía a la galería para llevar recados, y ayudaba al organizador de las Juventudes en sus diversas tareas de educación, de disciplina y de vigilancia secreta. Al pasar detuvo a una muchacha musculosa, de unos dieciocho años, morena, con los ojos ácidos y los labios pintados.

—Tu compañera María hace dos días que falta. ¿Tendré que dar parte a la oficina de Juventudes?

La muchacha, al pararse, levantó su falda con un movimiento masculino. Una lámpara de mina colgaba de su delantal de cuero. Llevaba el pelo oculto bajo un espeso pañuelo, tan apretado a la cabeza que parecía una gorra. Habló violentamente, sin apresuramientos y con voz baja:

—No volveréis a ver a María. Ha muerto. Ayer se echó al Moscova, y a estas horas debe de estar durmiendo en el depósito. Puedes ir a verla si quieres. Hasta ahora no me había atrevido a decirlo.

El filo de la pala brilló sobre su hombro al dar media vuelta y hundirse en la boca del ascensor. Kostia se precipitó a los teléfonos del capataz, de la milicia, del secretario de las Juventudes (particular), de la secretaría del periódico y otros varios. La noticia, implacable y fría, le hizo temblar y las confirmaciones no tardaron en llegar. En el depósito, sobre el mármol, sumergido en un lúgubre frío gris horadado por la electricidad, yacía un niño sin nombre, aplastado por el tranvía. Parecía dormido boca arriba, con la piel de una blancura de cera y las dos manos abiertas como si acabaran de soltar las bolas con que estaba jugando. Había asimismo un viejo asiático envuelto en un abrigo largo, con la nariz corva, los párpados azulados y la garganta

atravesada de una puñalada. Le habían pintado groseramente el rostro para fotografiarle y aquello le transformaba en un muerto pintarrajeado, verdoso, de mejillas acicaladas.

María también estaba allí, con su blusita azul a lunares blancos, su cuello esbelto, su naricilla respingona, sus bucles rojizos pegados al cráneo y su rostro ovalado. Pero carecía de mirada, le faltaban los ojos. En su lugar, unos lamentables pliegues de carne le entraban extrañamente en las órbitas. “¿Por qué has hecho eso, pobre Marussia?”, se preguntó Kostia estúpidamente, mientras se quitaba la gorra con manos torpes. Allí, ante él, se hallaba la muerte: el fin del Universo. Y sin embargo, ¿era acaso una chiquilla pelirroja todo el universo? El funcionario del depósito de cadáveres, un judío melancólico, enfundado en una blusa que había sido blanca, se acercó.

—¿La conoce usted, ciudadano? No se retrase, es inútil. Venga a llenar el cuestionario.

El despacho era confortable y tenía una buena calefacción. Estaba lleno de papeles. *Abogados, accidentes de la vía pública, crímenes, suicidios, casos dudosos.*

—¿En qué casilla hay que inscribir a la difunta, según su opinión, ciudadano?

Kostia se encogió de hombros e inquirió con voz rencorosa:

—¿Existe la casilla de los crímenes colectivos?

—No — contestó el judío. — Por lo demás, he de hacerle observar que la difunta, según el dictamen del forense, no presenta equimosis ni huellas de estrangulación.

—¡Suicidio!— concedió Kostia con furor.

Se hundió en la ligera llovizna que caía afuera, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos. Sentía deseos de pelearse con cualquiera, de retorcerle a alguien el pescuezo, de aplicar en la mandíbula de cualquier desconocido un directo bien dado. “¡Qué tonta has sido, pequeña Marussia! ¿Por qué le has dado tanta importancia a eso? Ya se sabe que los hombres son unos cerdos. En cuanto al periódico mural, más vale reírse de ese papelucho. ¡Qué tonta has sido, pequeña Marussia!” En realidad, nada más sencillo que aquel asunto. El secretario de las Juventudes, asustado, guardaba en su cartera una declaración firmada por María y escrita en una hoja de un cuaderno escolar:

Proletario: no quiero vivir con deshonra. Que no se acuse a nadie de mi muerte. Adiós.

Siguiendo instrucciones del Comité Central de las Juventudes, los comités de sección habían iniciado una campaña “por la salud y contra la desmoralización”. ¿Cómo llevar a cabo aquella campaña? Los cinco miembros del comité se habían esforzado inútilmente en hallar algún medio, hasta que a uno se le ocurrió: -Expulsar a los afectados de enfermedades venéreas. — La idea les pareció luminosa. ¿Por quién comenzar? De los cinco, dos por lo menos debían padecerlas, pero eran lo suficiente hábiles para seguir un tratamiento en dispensarios alejados. Alguien tuvo una inspiración feliz y citó a María, la pelirroja. Esta muchacha, que no decía nada

en las reuniones, de apariencia primorosa, que rehuía las familiaridades y mostraba bastante timidez, aunque no desdeñara la discusión cuando la pinchaban, ¿dónde habría contraído su enfermedad? Era natural que no había sido en la organización. ¿Entre los desmoralizados elementos pequeño burgueses, entonces?

-No tiene instinto de clase – dijo el secretario con severidad. – Propongo publicar en el periódico mural de las obras su exclusión de nuestras filas. Hace falta un ejemplo. Y al día siguiente apareció el periódico mural ilustrado con caricaturas a la acuarela donde se veía a María, reconocible tan sólo por su corpiño de los días de fiesta y su pelo rojo, grotesca, disfrazada con pendientes de falsos diamantes, rodar escaleras abajo, mientras se cernía sobre ella la sombra de una enorme escoba. Dicho periódico, mecanografiado, estaba todavía colgado en el vestíbulo de la barraca. Kostia lo arrancó del muro, lo rasgó en cuatro pedazos y los guardó en su cajón, pues podían constituir una prueba ante el tribunal...

Las lluvias de otoño lavaron el recuerdo del insignificante episodio del suicidio de María. Siguiendo las instrucciones transmitidas al comité de sección, los directivos iniciaron una campaña urgente, inmediata, contra la oposición de derecha, seguida de incomprensibles exclusiones, y luego otra campaña, más lenta en su desarrollo, pero en realidad más enconada, contra la corrupción de los funcionarios del partido y de las juventudes.

Aquella borrasca tuvo como consecuencia que el secretario de las juventudes de las obras cayera en un abismo de oprobio: exclusión, burla, periódico mural (la escoba reapareció, arrastrando a un muchacho de pelo erizado cuya cartera llena de papelotes iba a parar sobre un estercolero) y paro forzoso por haberse concedido a sí mismo dos meses de vacaciones en una casa de reposo donde los jóvenes trabajadores escogidos descansaban, una casa radiante de blancura, situada entre los repliegues de las rocas y el estallido de las flores en Alupka, Crimea.

Kostia, acusado de haber rasgado ostensiblemente un número del periódico mural (indisciplina grave) y haber intentado explotar con fines de intriga, para desacreditar la delegación de las juventudes, el suicidio de una excluida, fué “reprendido severamente”. ¿Pero qué le importaba a él en el fondo todo aquello? Todas las tardes regresaba a su casa con una cólera reprimida, acrecentada por sus zapatos sin suelas y la sopa agria que le esperaba para la cena. Sin embargo, en su cuarto se encontraba con la sedante mirada de la miniatura. Luego llamaba, a la puerta de Romachkin, que había envejecido mucho en poco tiempo, y que leía ahora singulares libros de tendencia religiosa. Kostia intentó ponerle en guardia contra aquella afición:

—Desconfíe usted, Romachkin. Si se descuida, terminará cayendo en el misticismo...

—No es posible — respondió el hombrecillo encogiéndose de hombros. — Soy tan profundamente materialista, que...

—Que...

—...que nada. Creo que se trata siempre de la misma inquietud, a pesar de que revista formas contradictorias.

—Es posible—repuso Kostia, profundamente emocionado por aquella idea. — Es posible que los místicos y los revolucionarios sean hermanos... Pero es necesario que unos entierren a otros...

—Sí — asintió Romachkin.

Abrió un libro: *El Aislamiento*, de Wladimir Rozanov.

—Lee esto... ¡Qué gran verdad! —Y con una uña amarillenta subrayó las siguientes líneas:

“La carroza fúnebre avanzaba lentamente. El trayecto era largo.”

—“¡Adiós, Vasili Vassielevitch! Se está mal en la tierra, viejo, y tú has vivido pésimamente. De haberlo hecho mejor, te sería más fácil reposar bajo la tierra. Mientras que con la *iniquidad*...”

“¡Dios mío, morir en la iniquidad”...

“Ahora estoy en ella”...

—No hay que morir en la iniquidad — replicó Kostia —, sino vivir combatiendo...

Se sorprendió de haber pensado con tanta claridad. Romachkin le miró con una aguda atención. La conversación derivó luego hacia la obtención de pasaportes, el reforzamiento de la disciplina en el trabajo y las reglas dictaminadas por el Jefe... por el propio Jefe.

—Son las once — dijo Kostia finalmente. — Buenas noches.

—Buenas noches. ¿Qué has hecho del revólver?

—Nada.

Una noche de febrero, hacia las diez, cesó de nevar y una capa de hielo cubrió la ciudad de Moscú con sus brillos diamantinos. Las muertas ramas de los árboles y arbustos de los jardines se revistieron mágicamente, y una floración de cristales, destilando secretas luces, pareció nacer sobre las piedras, recubrir las fachadas y extenderse sobre los monumentos. Los escasos transeúntes parecían pisar un polvo de estrellas mientras atravesaban una ciudad estelar y miríadas de minúsculos cristalillos flotaban en el halo de los faroles. La noche tenía una singular pureza. El menor resplandor se prolongaba hacia el cielo como una espada flamígera. Era como si el silencio refulgiera en aquella esplendorosa fiesta de hielo.

Kostia no se dio cuenta de aquella atmósfera encantada hasta que hubo andado durante algunos minutos por las calles solitarias. Acababa de salir de una reunión de las Juventudes, consagrada una vez más al manoseado tema de la relajación de la disciplina en el trabajo. Terminaba el mes y aquellos días los pasaba en completo ayuno, como tantos otros. Durante la asamblea había permanecido sumido en el más hermético silencio, sabiendo de antemano que su

fórmula era inaceptable: “¡Más alimentos para que haya más disciplina! ¡Comida ante todo! ¡La buena comida acabará con el alcohol!” ¿Pero para qué pensar en aquello? La magia nocturna se apoderó de él, limpiando su espíritu, haciéndole olvidar el hambre y borrando de su memoria hasta el recuerdo de aquellos seis hombres fusilados la víspera, y que tanto le habían impresionado. El comunicado oficial les calificaba, con laconismo espeluznante, de sabotadores del abastecimiento. Sin duda robaban, como todo el mundo. ¿Acaso podían vivir sin robar? ¿Podría él mismo..., a la larga? Levantó la mirada. Las columnas de luz que proyectaban los faroles parecían evadirse hacia lo alto, ascendiendo entre la atmósfera llena de minúsculos cristales de hielo.

Se adentró en una calle estrecha, bordeada por un lado de hotelitos del siglo pasado y por el otro de casas de seis pisos. De vez en cuando, un discreto resplandor se filtraba a través de alguna ventana. ¡Qué extraño resultaba pensar que cada cual tenía su vida! Bajo sus zapatos, la nieve sonaba con el rumor ligero de seda rasgada. Deslizándose por la calzada, un potente auto negro se detuvo a pocos pasos de él. Un hombre corpulento, con pelliza corta y gorro de astracán, descendió llevando una cartera bajo el brazo. Al llegar a su altura, Kostia vio que tenía unos gruesos bigotes caídos que adornaban un rostro redondo y una nariz ligeramente aplastada. Creyó reconocer aquellas facciones. En aquel instante, el hombre dijo algo al chofer, que le respondió con un tono deferente:

—Bien, camarada Tulaev.

¿Con que era Tulaev del Comité Central? ¿El que había ordenado las deportaciones en masa a la región de Vorogén? ¿El responsable de la depuración de las universidades? Kostia se volvió por curiosidad, para contemplarlo mejor. El auto arrancó, desapareciendo en el fondo de la estrecha calle. Tulaev avanzó con paso rápido, alcanzando a Kostia y adelantándole luego, para detenerse finalmente ante una de las ventanas iluminadas. Levantó la cabeza. Finos cristales de hielo cayeron sobre su rostro, espolvoreándole las cejas y el bigote. Sin saber cómo, Kostia se halló detrás de él. Su mano se deslizó hasta el revólver “Colt”, lo sacó y...

La detonación fué seca y ensordecedora, tanto que retumbó en su alma como un trueno desencadenado súbitamente en medio del silencio. Como una tempestad insólita en aquella noche boreal. Notó perfectamente cómo estallaba aquel trueno en su interior, semejante a una nube que se hinchaba, transformándose en una gigantesca flor negra festoneada de llamas y se desvaneciera después. Un silbido estridente horadó, muy cerca, la noche. Un poco más lejos, otro le respondió. La oscuridad pareció poblarse de un pánico invisible. Los silbidos se cruzaban, enloquecidos, precipitados, buscándose, atropellándose, cortando los aéreos haces de luz. Y de pronto echó a correr, atravesando callejuelas tranquilas, con los codos pegados al cuerpo como estaba

acostumbrado a hacerlo en el Estadio de las Juventudes. Dobló una esquina, luego otra y finalmente refrenó el paso diciéndose que ya no era necesario darse prisa. El corazón le latía con fuerza. “¿Qué he hecho?” pensó. “¿Por qué lo he hecho? Es insensato... He obrado sin reflexionar... Sin meditar, como un hombre de acción...” Los jirones deshilachados de ideas se atropellaban, semejantes a ráfagas de nieve, en su mente. “Tulaev merecía la muerte...” se dijo. Pero acto seguido surgió en su conciencia esta interrogación: “¿Quién soy yo para saberlo? ¿Estoy seguro de que ese hombre merecía morir? ¿De verdad creo en mi propia justicia? ¿No estaré volviéndome loco?”... Apareció un trineo en un recodo y el cochero, al pasar, inclinó hacia él sus ojos de gato y su barba nevada:

—¿Qué es lo que pasa allá, muchacho?

—No lo sé. Deben ser unos borrachos que se pelean. ¡Que el diablo cargue con ellos!

El trineo dio una vuelta en redondo para alejarse de las complicaciones. Sin embargo, las palabras triviales cambiadas con el cochero despejaron a Kostia, infundiéndole una sensación extraordinaria. Al atravesar una plaza bien iluminada, pasó junto a un miliciano, situado en su puesto de vigilancia. ¿No habría sido un sueño todo lo ocurrido? El cañón del “Colt” guardaba un emocionante calor en su bolsillo. Sin embargo, en su pecho sentía una creciente sensación de alegría. Deslumbrante, fría e inhumana, como una noche constelada del crudo invierno.

Un resplandor se filtraba por la puerta de Romachkin. Kostia entró. Su vecino estaba leyendo, metido en la cama para no sentir tanto el frío. Carámbanos grises cubrían los cristales de la ventana.

—¿Qué lee usted, Romachkin, con este frío?... Si supiera el tiempo tan espléndido que hace afuera...

—Quería leer algo sobre la dicha de vivir — respondió Romachkin.— Pero no hay libros sobre ese tema. ¿Por qué no los escriben? ¿Es que los escritores saben tan poco como yo sobre eso? ¿Es que pretenden ignorarlo?

Kostia se sintió regocijado por la respuesta. ¡Qué estupendo era aquel Romachkin!

—Sólo he hallado en un librero de lance este viejo libro, muy viejo y muy hermoso... *Pablo y Virginia*. La acción se desenvuelve en una isla llena de pájaros y plantas. Ambos son jóvenes, puros y se aman... Es increíble (se dio cuenta de la mirada exaltada de Kostia). ¿Pero qué te pasa, muchacho?

—Estoy enamorado, amigo. Es terrible.

II

LAS ESPADAS SON CIEGAS

Los periódicos anunciaron someramente “la muerte prematura del camarada Tulaev”. La primera instrucción secreta produjo, a los tres días, sesenta y siete detenciones. Las sospechas recayeron al principio sobre la secretaria de Tulaev, que era asimismo amante de un estudiante sin partido. Luego se concentraron sobre el chofer que había conducido al relevante personaje hasta el punto donde encontró la muerte. Se trataba de un hombre del cuerpo de Seguridad, bien considerado, sin relaciones enfadosas y que ni siquiera era bebedor. Había sido antiguo soldado de las tropas especiales y era miembro importante del buró de la célula del garaje. ¿Por qué no había aguardado para arrancar a que Tulaev hubiera penetrado en la casa? ¿Por qué éste, en vez de entrar inmediatamente, había dado algunos pasos por la acera? ¿Por qué? Todo el misterio del crimen parecía residir en estas incógnitas. Nadie sabía que Tulaev esperaba entretenerse unos instantes con la mujer de un amigo ausente, que le aguardaba aquella noche con una botella de vodka y dos brazos rollizos, un cuerpo lechoso y tibio bajo el peinador...

Sin embargo, la bala mortal no había salido de la pistola del chofer, y el arma asesina seguía sin hallarse. Interrogado durante sesenta horas seguidas por unos policías que se relevaban cada cuatro, llegó al borde de la locura, sin variar en nada sus declaraciones. Terminó por perder el uso de la palabra, de la razón, de los propios músculos del rostro que guardaban algún atisbo de expresión, y a partir de la trigésimoquinta hora de interrogatorio, dejó de ser un hombre para convertirse en un maniquí de carne dolorida y de ropas informes. Sin embargo, nada declaró. Le excitaban con café muy fuerte, con coñac y con tantos cigarrillos como quería. Le daban inyecciones. Todo inútilmente. Sus dedos soltaban los cigarrillos, sus labios se olvidaban de beber cuando le aplicaban a ellos un vaso. De hora en hora, dos hombres del destacamento especial le conducían al lavabo y colocándole la cabeza sobre la taza le rociaban con agua helada. Pero ni siquiera así reaccionaba, y su inmovilidad era tan absoluta que los dos hombres creían que aprovechaba aquel instante de descanso para dormir un minuto entre sus manos. El manejo de aquel pingajo humano acababa por desmoralizarlos a las pocas horas, y entonces era necesario reemplazarles. Lo mantenían sentado para que no se cayera de la silla. El juez de instrucción le increpaba, golpeando al mismo tiempo el borde de la mesa con la culata de su revólver:

—¡Abre los ojos, acusado! Te he prohibido dormir... ¡Responde! ¿Qué hiciste después de haber tirado?

Al repetir esta pregunta por milésima vez, el hombre, vacío de toda inteligencia, falto de

resistencia y en el límite de sus fuerzas, con los ojos inyectados en sangre y el rostro congestionado, comenzó a responder:

—Yo...

Luego se desplomó sobre la mesa lanzando una especie de ronquido y una baba espumosa salió de su boca. Le levantaron entre dos hombres, deslizando entre sus labios cárdenos un trago de coñac armenio.

—...yo... no... disparé...

El juez, exasperado, le abofeteó. Tuvo la sensación de haber pegado a un muñeco vacilante, y para eliminar su malestar apuró de un trago medio vaso de té. Pero éste resultó en realidad coñac caliente. No pudo reprimir un sobrecogimiento. El tabique no era más que una cortina tendida sobre una estancia oscura, lo que permitía ver perfectamente todo lo que ocurría, a dos metros solamente, en la pieza clara. Acababan de entrar varias personas, unas siguiendo respetuosamente a las otras. Era el Jefe que, cansado de inquirir por teléfono noticias sobre el complot para escuchar solamente la voz fatigada del Alto Comisario que aseguraba que “el interrogatorio proseguía sin resultados apreciables” — fórmula idiota que no quería decir nada—, acababa de llegar.

Continuó el interrogatorio del chofer. En primer término se hallaba el Jefe, con sus ojos clavados en los del detenido, que ni siquiera le veían, incapaces ya de distinguir absolutamente nada. Detrás de él estaba el Alto Comisario, fatigado, erguido como un centinela y en el último plano, cerca de la puerta y envueltos en la oscuridad más completa, otros personajes con galones, mudos, petrificados. De pronto el Jefe se volvió hacia el Alto Comisario y le dijo en voz baja:

—Ordene que termine esta inútil tortura. Está bien claro que este hombre no sabe nada.

Los uniformes se separaron para dejarle paso. Se dirigió hacia el ascensor, completamente solo, con las mandíbulas apretadas y la frente fruncida, seguido únicamente a cierta distancia por un hombre de la escolta.

—No me acompañe—le había dicho con dureza al Alto Comisario.— Ocúpese de la conjura.

La fiebre y el temor reinaban en el edificio, concentrados en las veinte mesas de aquel piso donde se proseguían sin interrupción los interrogatorios. El Alto Comisario abrió estúpidamente, en el despacho que tenía allí reservado, un expediente inútil, seguido de otro más inútil todavía. ¡Nada! Se sintió mal. Hubiera querido vomitar, como el chofer, al que se llevaban en aquel instante, tendido en una camilla y con la boca llena de espuma. Erró unos instantes de despacho en despacho. En el 266, la mujer del chofer, bañada en lágrimas, contaba que acostumbraba frecuentar a las echadoras de cartas, que había asistido en secreto a oficios religiosos, que era muy

celosa y que... En el 268, el miliciano que se encontraba de guardia en el sector a la hora del atentado, manifestaba una vez más que había entrado en el patio para calentarse en el brasero, dado que el camarada Tulaev no acostumbraba llegar nunca antes de medianoche, que había salido precipitadamente a la calle al escuchar la detonación y que no había visto a nadie en los primeros instantes. Luego, sus ojos habían distinguido al camarada Tulaev caído contra el muro y un extraordinario resplandor que...

El Alto Comisario entró en la habitación. El miliciano declaraba de pie, con la voz agitada y los ojos dilatados. Aquél le preguntó:

— ¿De qué resplandor está usted hablando?

—De una luz extraordinaria..., sobrenatural..., no lo sé explicar... Aquella noche se alzaban haces de luz hacia el cielo, resplandecientes, deslumbradores...

—¿Es usted creyente?

—No, camarada jefe. Hace cuatro años que soy miembro de la sociedad de los “Sin Dios”.

El Alto Comisario giró sobre sus talones, encogiéndose de hombros. En el 270, una voz de comadre gruesa declaraba entre suspiros e invocaciones celestiales que en el mercado de Esmolensko todo el mundo contaba que el pobre camarada Tulaev, tan apreciado por el gran camarada jefe, había sido hallado en el umbral del Kremlin con el pescuezo cortado y con el corazón atravesado también por un estilete de hoja triangular, como en otro tiempo el pobre zarevitch Dimitri, que los monstruos le habían sacado los ojos, que ella había llorado con Marfa, la que vendía grano con Frossia, que revendía cigarrillos con Niucha, que... Un oficial joven, con gafas de pinza y pulcro uniforme — más insignia con el perfil del jefe en el lado derecho del pecho — registraba pacientemente aquel parloteo, transcribiéndolo con escritura rápida en unos grandes folios. Estaba tan ocupado que no levantó siquiera la cabeza hacia el Alto Comisario, el cual permaneció unos instantes en el marco de la puerta y se marchó sin haber despegado los labios.

Al regresar a su despacho, halló sobre la mesa un gran sobre rojo del Comité Central, secretariado general, con la indicación *Urgente. Rigurosamente confidencial...* En tres líneas le comunicaban la orden de “seguir con la mayor atención el asunto Titov y redactarnos personalmente un informe”. Aquello era muy significativo y, al mismo tiempo, una mala señal. Demostraba que el nuevo Alto Comisario adjunto cotilleaba sin tratar siquiera de guardar las apariencias. Sólo él podía haber informado al Secretariado General de aquel asunto a cuyo solo recuerdo daban gañas de escupir con desprecio. El asunto Titov no era, en el fondo, más que una denuncia anónima, escrita en grandes caracteres escolares, llevada aquella mañana: “Matvei Titov ha afirmado que es la propia Seguridad quien ha hecho matar al camarada Tulaev porque había

cuentas turbias entre ellos. Ha dicho textualmente: Presiento que ha sido la GPU”, y lo ha dicho delante de su criada Sidorovna, el cochero Palkin y un vendedor de guerreras que habita en la esquina del callejón del Trapero y de la calle de San Glebeón, en el fondo del patio, primero derecha. Matvei Titov es un enemigo del régimen de los soviets y de nuestro amado camarada jefe y un explotador del pueblo que hace que su criada se acueste en el pasillo helado, y que embarazó a una pobre hija de campesinos colectivizados, rehusando pagarle la pensión alimenticia, por lo que el niño tuvo que venir al mundo en el mayor dolor y miseria... Seguían veinte renglones con parecidas acusaciones. El Alto Comisario adjunto, Gordeev, hizo fotografiar y copiar aquel documento para que fuera transmitido al Politburó.

Justamente entró en aquel instante. Era un tipo grueso, rubio, con el pelo abrillantado, la cara redonda, un minúsculo bigotillo y grandes gafas de concha. En su apariencia había un ligero aire porcino que se unía a una insolencia servil de animal bien cebado.

—No le entiendo a usted, camarada Gordeev — dijo el Alto Comisario con un ligero tono negligente. — ¿Se ha tomado la molestia de comunicar esa ridiculez al Politburó? ¿Por qué?

Gordeev protestó, ligeramente escandalizado:

—¿Olvida usted, Máximo Andreevitch, que una circular del CC prescribe que han de comunicarse al BP todas las quejas, denuncias e incluso alusiones de que podamos ser objeto? Circular del 16 de marzo... Además, el asunto Titov no es tan ridículo. Prueba que en el seno de las masas existe un estado de ánimo del que tenemos que estar informados... He ordenado que detengan a Titov, así como a varios íntimos amigos suyos...

—¿Los ha interrogado usted mismo, acaso?

La entonación irónica pareció pasar inadvertida para Gordeev, que gustaba de darse importancia.

—No lo he hecho en persona. Pero un secretario ha asistido a los interrogatorios... Resulta interesante buscar el origen de las leyendas que circulan sobre nosotros. ¿No opina usted igual?

—¿Ha encontrado ese origen?

—Todavía no.

Al sexto día de instrucción, Erchov, el Alto Comisario, se vio sorprendido por una llamada telefónica hecha desde el secretariado general. Acudió presuroso, pero una vez allí se vio obligado a guardar treinta minutos de antecámara. Todo el personal del secretariado sabía que estaba contando los minutos. Por fin se abrieron las puertas y penetró en la estancia del Jefe. Éste se hallaba sentado en su mesa de trabajo, ante los teléfonos, solo y con la cabeza baja. El despacho era amplio y confortable, aunque aparecía casi desnudo de muebles. El Jefe no levantó la cabeza, no tendió tampoco la mano a Erchov ni le invitó a sentarse. Éste, por dignidad, se adelantó hasta

el borde de la mesa y abrió su cartera.

—¿Qué hay de la conjura? —le preguntó el Jefe, crispando el rostro como si contuviera una cólera sorda.

—Cada vez me inclino más a admitir que el asesinato del camarada Tulaev ha sido obra de un solitario...

—Ese solitario suyo me parece muy fuerte y superiormente organizado.

Erchov tuvo la impresión de que el sarcasmo iba a darle en la nuca, en el punto preciso donde penetraban las balas de los ejecutores. ¿Habría llevado Gordeev su ignominia hasta el punto de instruir un sumario secreto, sin tenerle al corriente de los resultados? La situación era difícil y creyó resolverla callando respetuosamente. Pero el silencio irritó todavía más al Jefe.

—Admitamos provisionalmente su tesis del solitario. Pero la decisión del Politburó es que el sumario no sea concluido hasta que los responsables no hayan recibido un castigo adecuado.

—Es precisamente lo que iba a proponer — dijo el Alto Comisario, que, como buen jugador, sabía sacar partido de las oportunidades.

—¿Propone usted sanciones?

—Aquí están.

La relación de las penas llenaba innumerables folios mecanografiados. La lista constaba de veinticinco nombres. El Jefe echó una ojeada sobre los papeles, y luego exclamó irritado:

—¿Ha perdido usted la cabeza, Erchov? En verdad que no le reconozco. ¿Diez años para el chofer? Su deber era no abandonar a la persona que le estaba confiada antes de haberla puesto a seguro de cualquier atentado...

No dijo nada sobre las otras proposiciones, pero de rechazo su observación hizo que el Alto Comisario aumentara todas las penas propuestas. El miliciano que estaba calentándose en el brasero al perpetrarse el atentado, sería enviado al campo de trabajo de Petchora por diez años, en vez de ocho. La secretaria de Tulaev y su amante, deportados, la muchacha a Vologda, lo que era bastante clemente, y el estudiante a Turgai, en el desierto de Kazakstan, por cinco años los dos (en lugar de tres). El Alto Comisario tuvo el placer de decir a Gordeev:

—Sus propuestas han sido halladas muy indulgentes, camarada. Yo mismo las he rectificado.

—Se lo agradezco — repuso el otro con una ligera inclinación de su cabeza brillantada. — Por mi parte, me he permitido tomar una iniciativa, que no dudo que usted sabrá aprobar. He mandado que pongan a mi disposición una lista de todas las personas cuyos antecedentes pueden hacerlas sospechosas de terrorismo. Hasta ahora hemos hallado mil setecientos nombres de personas que disfrutaban todavía de libertad.

—Muy interesante...

(Estaba seguro de que la idea no era de aquel soplón de cráneo reluciente. Debía proceder de lejos, de muy lejos)

—De esos mil setecientos, mil doscientos están afiliados al partido. Un centenar ejercen aún importantes funciones, muchos tienen intervención en la esfera inmediata al Jefe del Partido y tres de ellos pertenecen a los propios cuadros de la Seguridad...

Cada una de estas frases, pronunciadas con seguridad y en un tono neutro, dio en el blanco. “¿Qué es lo que piensas, lo que intentas hacer?”, se preguntó Erchov. Inmediatamente recordó que en 1914, en Tachken, durante los disturbios, había disparado contra la milicia montada, a consecuencia de lo cual estuvo recluido durante dieciocho meses en una fortaleza... ¿Sería él uno de los tres “ex terroristas”, miembros del partido y colaboradores de la Seguridad Nacional?

—¿Ha puesto usted a alguien al corriente de sus investigaciones?

—No... —respondió suavemente el otro. — Nadie lo sabe, excepto el Secretario general, por intermedio del cual he obtenido comunicaciones que obran en poder de la comisión central de control.

El Alto Comisario se sintió preso entre las mallas de una red que se iba cerrando poco a poco. Al día siguiente o la semana próxima, acabarían de retirarle, con los más variados pretextos, a sus últimos colaboradores de confianza. Gordeev los reemplazaría por hombres suyos. Y luego... Recordó a otro que había ocupado aquel mismo despacho, trabajando de diez a doce horas por día, hábil, implacable, obediente, fiel como un perro... La red había caído también sobre él. Se había debatido, rehusando comprender lo ocurrido, sintiéndose cada vez más vencido, envejeciendo a ojos vistas, encorvándose, tomando en pocas semanas el aire de un pequeño funcionario resentido, dejando que los subalternos mandaran en su lugar, pensando diariamente en saltarse la tapa de los sesos hasta la noche en que fueron a detenerle... Pero acaso había sido culpable, en tanto que él...

Gordeev dijo:

—He mandado hacer una selección en la lista. Unos cuarenta nombres de momento. Muchos de ellos son importantes. ¿Quiere estudiarla?

—Tráigamela en seguida — respondió el Alto Comisario con voz autoritaria.

Sin embargo, sintió que un frío desagradable invadía todos sus miembros.

A solas en su despacho, con los expedientes, la sospecha, el miedo, la potencia y la impotencia, el Alto Comisario se convirtió en Máximo Andreievitch Erchov, hombre de unos cuarenta años, vigoroso, prematuramente envejecido, de párpados hinchados, labios finos y mirada enferma... Había sucedido en aquel cargo a Enrique Eduardovitch, que respiró durante

diez años la atmósfera de aquellos despachos, siendo fusilado tras el proceso de los veinticuatro; luego a Piotr Eduardovitch, desaparecido, es decir, encerrado en el segundo piso de la cárcel subterránea, bajo la vigilancia especial de un funcionario designado por el Politburó. Piotr Eduardovitch luchaba desde hacía cinco meses — si era luchar aquella manera de encanecer a los treinta y cinco años, y repetir constantemente: “No, no, no..., es falso”, sin otra esperanza que morir en silencio — a menos que los calabozos no le hubieran enloquecido para esperar por más tiempo.

Él mismo, llamado al Extremo Oriente, donde se creía felizmente perdido de vista por el Servicio de Cuerpos Militares, había recibido con bastante perplejidad aquel ascenso inaudito que le hacía Alto Comisario, adjunto al Comisariado del Pueblo para el Interior, elevándole casi al grado de mariscal, el sexto mariscal—¿o el tercero, pues tres de los cinco anteriores habían desaparecido? —de la URSS. “Camarada Erchov, el Partido ha puesto su confianza en usted. ¡Le felicito!” Recibió plácemes y sonrisas y se le condujo a un despacho situado en el Comité Central, en el mismo piso del secretariado general. Allí se hallaba cuando el Jefe entró de improviso, le miró de los pies a la cabeza con una sonrisa benévola dibujada en sus labios, y le estrechó también la mano, mirándole amistosamente a los ojos “Una carga pesada, camarada Erchov... Procure llevarla bien”. El fotógrafo de los grandes días proyectó sobre todas aquellas sonrisas el resplandor del magnesio...

En poco tiempo alcanzó la cima de su vida y entonces sintió miedo. Tres mil expedientes de capital importancia convertidos en tres mil nidos de víboras desbordaban como una avalancha todos los instantes de su existencia. El Jefe acostumbraba llamarle para recomendarle con tono cordial que removiera los mandos, tuviera en cuenta el pasado de los que los ostentaban e hiciera cesar los abusos. A veces se quedaba pensativo y exclamaba con gesto amargo: “¡Han fusilado a hombres que gozaban de mi confianza, hombres preciosos para el Partido y el Estado! El Politburó no puede revisar todas las sentencias y eso lleva en ocasiones a los más espantosos abusos.” Y concluía: “Eso es asunto suyo, Erchov. Ya sabe que usted goza de toda mi confianza.” Y acto seguido se reía, con aquella risa que hacía emanar de su persona una sensación espontánea de potencia, haciendo que se le apreciara, que se creyera en él, que se le alabara como lo hacían los periódicos y los discursos oficiales, pero sinceramente, con efusión. Cuando el Secretario General rellenaba su pipa, Máximo Andreievitch Erchov, Comisario de la defensa interior, “arma de la dictadura”, “ojo sagaz y siempre avizor del Partido”, “el más implacable y humano entre los más fieles colaboradores del más grande jefe de todos los tiempos” (así se expresaba aquella misma mañana la *Gaceta de las Escuelas de servicios políticos*), Erchov sentía un afecto profundo hacia aquel hombre, temiéndole, en cambio, como se temía el misterio. “¡Nada

de lentitudes burocráticas!”, añadía el Jefe. “Nada de papeleo excesivo. Expedientes claros, puestos al día, descargados de fárrago, pero donde nada se extravíe...” Y uno de los miembros de la comisión especial — formada por los jefes de servicio —, cuando Erchov expuso su plan, comentó lacónicamente: “¡Directriz genial!”

La única dificultad fué que los expedientes pululantes, prolíferos, invasores, rehusaban soltar la menor nota y, por el contrario, seguían hinchándose cada vez más. Millares de asuntos se habían puesto al descubierto durante el primer gran proceso de los traidores, proceso que fué de una “importancia mundial”. Otros millares de asuntos se habían planteado con ocasión del segundo proceso, sin que los primeros hubieran sido liquidados, seguidos de otros millares durante el tercer proceso, otros millares durante la instrucción del cuarto, quinto y sexto proceso, que no tuvieron efecto porque se reprimieron en las tinieblas. Existían los expedientes sobre Ussuri (agentes japoneses), Yakuti (sabotaje, traición y espionaje en los placeres de oro), de Buriat-Mogolia (asunto de los monasterios budistas), de Vladivostock (asunto del mando de la flota submarina), de las obras de Komsomolsk, ciudad de las juventudes comunistas (propaganda terrorista, desmoralización, abuso de poder, trozkismo, bujarinismo), de Sinkiang (contrabando, inteligencia con los agentes japoneses y británicos, intrigas musulmanas), de todas las repúblicas del Turkestán (asuntos de separatismo, panturquismo, de bandidaje, Intelligente Service y mahmudismo— ¿pero quién era aquel Mahmud? —, en Uzbekistán, Turkmenistán, Kazekstan, antigua Bujaringrado y Sir-Dais). El asesinato de Samarkanda se unía al escándalo de Alm Ata y éste al asunto de espionaje (agravado por el rapto de un súbdito iraní) del consulado de Ispahan. En los campos de concentración del Ártico se hacía súbita luz sobre asuntos ya extinguidos; y asuntos nuevos aparecían en las cárceles y notas cifradas procedentes de París, Oslo, Washington, Panamá, Hankeu, Cantón en llamas, Guernica en ruinas, de Barcelona en llamas y Madrid sometido a varios terrores, etc. — consúltese el mapa de ambos hemisferios —, exigían investigaciones. Kaluga anunciaba epizootias sospechosas, Tambov desórdenes agrarios, Leningrado suministraba veinte expedientes a un tiempo: el asunto del club de marinos, el de la fábrica del Triángulo Rojo, el de la Academia de Ciencias, el de los Antiguos Forzados Revolucionarios, el de las Juventudes Leninistas, el del Comité de Geología, el de los fracmasones, el de los homosexuales de la flota... Un eco sordo de descargas atravesaba sin cesar, de parte a parte, aquel amontonamiento de nombres, de papeles, de cifras, de vidas enigmáticas, jamás desentrañadas por completo, de investigaciones suplementarias, de denuncias, de informes y locas ideas. Muchos centenares de hombres uniformados, rigurosamente jerarquizados, removían día y noche aquellos materiales, inquiriendo, anotando, contrastando. Algunos desaparecían súbitamente, y entonces la perpetua tarea pasaba a otros, como la antorcha

encendida de una carrera de relevos... Y en la cima de aquella pirámide se hallaba Máximo Andreievitch Erchov. De la asamblea del Politburó, a la que asistió al poco de tomar el cargo, sacó una directriz oral, repetida posteriormente muchas veces por el Jefe: “Tiene usted que reparar los errores de su antecesor”. Pero no se le nombraba jamás. Por su parte se congratulaba — ¿por qué, en realidad? — de que el Jefe no hubiera dicho que tenía que reparar los errores del “traidor”. Errores que debían ser muchos, porque a los pocos días comenzaron a llover quejas procedentes de todos los sectores del Comité Central, concernientes a la organización de los cuadros, debilitados por tanta depuración y represión como habían tenido lugar en dos años, y que a fuerza de frotarles amenazaban con disolver. El resultado fué descubrir nuevos asuntos de sabotaje, originados éstos de los embrollos, de la incompetencia, la inseguridad y la pusilanimidad del personal de la industria. Un miembro del Buró de Organización subrayó, sin que el Jefe le desaprobara, la necesidad urgente de devolver a la producción los condenados por abuso, los que eran víctimas de denuncias calumniosas e incluso los culpables que fueran susceptibles de perdón e indulgencia. “¿Acaso no somos el país que preconiza la reforma de los hombres?”, preguntó. “Podemos transformar hasta a nuestros peores enemigos...” Esta frase de mitin cayó en una especie de vacío. Una irritante ironía contrarrevolucionaria embargó algunos segundos el espíritu del Alto Comisario, precisamente en el instante en que la mirada benevolente, pero insistente del Jefe se fijaba en él: “La reforma de los hombres debe consistir en reducirlos, por la persuasión, al estado de cadáveres...”

Sin embargo, Erchov movilizó a todos sus hombres, y en diez días, diez mil expedientes, seleccionados preferentemente entre los de los administradores de industria (comunistas), técnicos (sin partido) y oficiales (comunistas y sin partido) fueron revisados, permitiendo 6.727 liberaciones con un 47,5 de rehabilitaciones. Para abrumar todavía más al predecesor, cuyos jefes de sección acababan de ser fusilados, los periódicos publicaron que el porcentaje de condenas infligidas a inocentes se había elevado durante las recientes depuraciones a más de un 50 por 100. Esto pareció causar buen efecto, pero un periódico que los emigrados publicaban en París comentó pérfidamente tales datos, y a los pocos días, los estadistas que habían suministrado dichas cifras y el subdirector de prensa que había autorizado su publicación, fueron expulsados de sus cargos.

Erchov y su personal se precipitaron a examinar otros montones de expedientes, y cuando estaban en esta tarea, dos noticias vinieron a conmoverles. Un ex comunista, excluido del partido por denuncia innegablemente calumniosa, como trotszkista e hija de pope (las piezas establecían que se había distinguido en las campañas contra el trotskismo, de 1925 a 1937, y que además era hijo de un mecánico de la fábrica de Briansk), salió de un campo de concentración de Kem, en el

Mar Blanco, y vuelto a Esmolensko, mató a un miembro del Comité del Partido. Una doctora, liberada de un campo de trabajo de los Urales, fué detenida cuando intentaba atravesar la frontera estoniana. Fueron examinadas 750 nuevas denuncias contra los recién liberados, y en una treintena de casos los pretendidos inocentes se revelaron culpables seguros, al menos según la afirmación de diversos comités. Y así nació el rumor de que “Erchov no iba a salir muy bien librado de todo aquello. Era demasiado liberal, excesivamente imprudente y no estaba iniciado en la técnica de la represión”.

Y en tal estado de cosas, surgió el asunto Tulaev. Gordeev, que seguía sus investigaciones en virtud de instrucciones especiales del Politburó, interrogado por Erchov sobre la ejecución del chofer, respondió con un despectivo despego:

—Lo fusilaron anteayer por la noche, con los cuatro saboteadores del trust de las peleterías y la actriz de “music hall” condenada por espionaje...

Erchov no parpadeó siquiera, pues se jactaba de no dejar traslucir jamás sus sentimientos. ¿Sería coincidencia o malicia? Había admirado muchas veces en la escena aquella actriz, con su cuerpo tenso, enfundado en una malla negra y amarilla que la hacía más atractiva que si estuviera desnuda. Pero no tuvo tiempo de abstraerse en sus recuerdos, porque Gordeev lanzó — al acaso — una segunda flecha envenenada:

—Se le sometió a usted el informe...

(¿De manera que no examinaba todos los informes que le dejaban sobre la mesa?)

—Es lamentable—prosiguió Gordeev con trivial entonación, como si la cosa careciera de importancia—, pues ayer precisamente la personalidad del chofer se nos apareció bajo un nuevo aspecto...

Erchov levantó la cabeza, francamente interesado.

—Figúrese usted que durante los años 1924 y 25 fué chofer de Bujarín. Se han hallado cuatro notas de recomendación del propio puño y letra de Bujarín en su expediente del Comité de Moscú. La última está fechada el año pasado. Y eso no es todo: en 1921, en el frente de Volinia, inculpado de insubordinación en calidad de comisario de un batallón, fué sobreseído el expediente gracias a Kiril Rublev...

Gordeev calló, contemplando unos instantes a su superior. El golpe había sido bien dirigido. ¿Por qué inconcebible negligencia habían podido escapar tales hechos a las comisiones encargadas de estudiar el historial de los agentes agregados a la persona de los miembros del CC? La responsabilidad de esos servicios recaía sobre el Alto Comisario. ¿Qué hacían las comisiones que estaban a sus órdenes? ¿Cuál era su composición? Bujarín, el antiguo ideólogo del Partido, el “discípulo preferido de Lenin”, que lo llamaba “mi pequeño”, encarnaba ahora la traición, el

espionaje, el terrorismo y el desmembramiento de la Unión. ¿Existiría todavía Kiril Kirilovitch, su amigo de siempre, tras tantas proscripciones?

—Claro que sí — asintió Gordeev—; sigue existiendo, aunque enterrado en la Academia de Ciencias, enterrado bajo toneladas de archivos del siglo XVI. Le tengo vigilado...

A los pocos días, el primer juez de instrucción del Buró 41, militar consciente, de apariencia taciturna y frente llena de pliegues, al que Erchov acababa de conceder el ascenso, pese a la prudente hostilidad del secretario de la célula del Partido, se volvió loco de repente. Echó violentamente de su despacho a un alto funcionario del Partido y los que estaban afuera le oyeron gritar:

—¡Fuera, soplón! ¡Delator! Te ordeno que calles. — Luego se encerró en el despacho, donde en seguida sonaron unos disparos. Se abrió la puerta y apareció en el umbral, de puntillas, con el pelo revuelto y el revólver humeante en la diestra. Después de pasar los ojos dilatados por todos los presentes, se puso a gritar: — ¡Soy un traidor! ¡He traicionado todo! ¡Hatajo de brutos! — El retrato del Jefe estaba acribillado a balazos, que habían agujereado la cartulina entre los ojos y en la frente. — ¡Castigadme!—siguió chillando. — ¡Castrados! ¡Castrados!—Seis hombres se precipitaron a atarlo con sus cinturones, arrastrándolo por los pasillos, mientras sonaban sus carcajadas histéricas, convulsivas e inextinguibles: — ¡Castrados! ¡Castrados!

Preso de una sorda angustia, Erchov fué a verlo. Estaba amarrado en una silla con el respaldo apoyado en el suelo, de manera que tenía las botas al aire y la cabeza en la alfombra. La presencia del Alto Comisario le excitó:

— ¡Traidor! ¡Traidor! ¡Traidor! Veo el fondo de tu alma, hipócrita. ¡Castrado, tú también!

—¿Le amordazamos, camarada jefe?—inquirió respetuosamente un oficial.

—No... ¿Por qué no ha venido todavía la ambulancia? ¿Han avisado a la clínica? ¿En qué están pensando? Si el vehículo no ha llegado dentro de quince minutos puede usted considerarse como arrestado.

Una secretaria, muy rubia, que llevaba unos pendientes irritantes, entró por curiosidad y se les quedó mirando a los dos, a Erchov y al loco, con el mismo asombro, sin reconocer al Alto Comisario. Éste se irguió, sintiendo que le acometían unas ligeras náuseas, como cuando tenía que asistir a las ejecuciones, salió sin decir palabra y cogió el ascensor... Se daba cuenta de que los jefes de servicios le evitaban. Sólo un viejo amigo que dirigía el buró de extranjeros se presentó a él.

— ¿Qué hay, Riccieti? —le preguntó.

Éste llevaba ese nombre italiano como resto de una infancia pasada a la orilla de un golfo de tarjeta postal. Le quedaba aún una inútil apostura de pescador napolitano, una pincelada de

oro en las pupilas, una cálida voz de guitarrista, una gran fantasía y una lealtad tan desacostumbrada que parecía — si se reflexionaba — un poco fingida. Decían de él que era “un tipo original”.

—La cotidiana ración de porquería, querido Maximka.

Cogió familiarmente a Erchov por el brazo, le acompañó hasta su despacho y una vez allí se puso a hablar: sobre el servicio secreto de Nankín, donde los japoneses llevaban las de ganar, de la labor de los trozkistas en el ejército de Mao-Tse-Tung, del Chunan-Bian, de una intriga en el seno de la organización militar blanca de París, “de la que ahora tenemos todos los hilos en nuestras manos”, de los asuntos de Barcelona, que se iban haciendo cada vez más tenebrosos. Los trozkistas, los anarquistas, los socialistas, los catalanes y los vascos resultaban ingobernables. La derrota militar era inminente y no había que hacerse ilusiones. A las complicaciones creadas en torno a la reserva de oro se unían cinco o seis asuntos de espionaje... ¡Era agobiador! Desde luego, una conversación de diez minutos con Ricciotti valía por varios informes. Erchov admiraba con un poco de envidia aquel espíritu ágil que lo abarcaba todo a la vez con una ligereza singular. De pronto, cuando más abundante era su verborrea, se interrumpió. Miró a su alrededor, como si quisiera cerciorarse de que nadie les escuchaba y recomendó en voz baja:

—Escucha, Maximka, desconfía...

—¿De qué?

—He oído decir que a los agentes enviados a España les ha sido adversa la suerte... En apariencia, apuntan hacia mí. Pero en realidad, el blanco eres tú.

—De acuerdo, Sacha. Pero no te inquietes. Poseo *su* confianza...

Las saetas del reloj avanzaban inexorablemente. Era ya tarde. Se separaron. A Erchov le quedaban cuatro minutos para echar una ojeada a la *Pravda*... ¡Vaya! Su mirada se concentró en la fotografía de la primera página. Había sido tomada la antevíspera en el Kremlin, durante la recepción de los obreros del ramo textil, y si no recordaba mal, él se hallaba en segundo lugar a la derecha del jefe, entre los miembros del gobierno... Desdobló la hoja. Contenía dos clichés en vez de uno, pero cortados de tal manera que el Alto Comisario de la Seguridad Nacional no figuraba en ninguno de ellos. Alargó instintivamente la mano hacia el teléfono. “¿Redacción? Aquí el despacho del Alto Comisario. ¿Quién ha compaginado la primera página? ¿Quién? ¿Dice que las fotos le fueron facilitadas por el secretariado general en el último momento? Bien, bien... Es lo que quería saber...”

Pasados unos días, Gordeev le advirtió amablemente que dos o tres hombres de su escolta personal habían tenido que ser reemplazados, uno por enfermedad y el otro por haberse trasladado a la Rusia Blanca para entregar una bandera a un grupo militar agrícola de la frontera.

Erchov se contuvo para no hacerle observar que habrían podido consultarle. Al descender al patio, tres hombres de la escolta le acogieron con un unánime:

— ¡Salud, camarada Alto Comisario!

Les respondió suavemente, y con un geste indicó el volante al único que conocía de los tres, precisamente a aquel que relevarían del puesto dentro de algunos días para que desde entonces el Alto Comisario estuviera rodeado de rostros desconocidos, encargados acaso de consignas secretas y obedientes a una voluntad que no era la suya.

El auto surgió de debajo de una bóveda baja e inmediatamente se abrieron las puertas de hierro guardadas por centinelas con casco de acero, que presentaron armas con la rigidez de autómatas. Atravesó luego una extensa plaza que la hora gris del crepúsculo desdibujaba en sus verdaderas perspectivas. Cogido unos segundos entre un autobús y el río humano de los transeúntes, tuvo que aminorar un poco la velocidad. A través del cristal, vio rostros desconocidos de gentes sin importancia: empleados, técnicos cubiertos todavía con la gorra característica de las escuelas, un judío viejo y triste, mujeres sin gracia, obreros de duras facciones... Aquellas gentes pasaban sin reconocerle, herméticos y duros, indiferentes en apariencia a todo. ¿Cómo vivían? ¿De qué vivían? Ni uno solo, ni siquiera aquellos que leían el periódico, podían adivinar lo que él era en realidad. Y por su parte no sabía tampoco de ellos sino que eran millones de desconocidos, clasificables por categorías en los ficheros y en los expedientes... Nada más...

Levantó la mirada. La plaza del Gran Teatro se iluminó en aquel instante. La calle Tverskaya arrastraba la densa multitud del anochecer. Dentro del auto gubernamental, los cuatro hombres de uniforme permanecían en silencio. Cuando finalmente el vehículo se lanzó a toda velocidad por la calzada de Leningrado, después de haber contorneado un arco de triunfo, macizo como la puerta de una cárcel, Erchov recordó amargamente lo mucho que le gustaba el auto y la velocidad. Su cargo se oponía ahora a que condujera por sí mismo, y aunque no se hubiera opuesto, la tensión nerviosa y la obsesión de sus asuntos se lo habrían impedido igualmente. Contempló la carretera. Una hermosa calzada que demostraba que los rusos sabían construir. Una carretera como aquella, paralela al transiberiano, era lo que hacía falta para la seguridad del Extremo Oriente. Empleando la mano de obra de quinientos mil hombres, de los que cuatrocientos mil procederían de las penitenciarías, podría estar terminada en pocos años. Se prometió a sí mismo volver a examinar la idea con más calma. Pero en aquel mismo momento le pareció ver la imagen del loco, atado en la silla y con las botas al aire, destacándose sobre la calzada negra bordeada de un blanco purísimo. “No cabe duda que tiene motivos para haberse vuelto loco...” pensó. Y el caso es que le parecía verle reírse maliciosamente, como si le dijera:

“El loco eres tú, eres tú y no yo.”

Encendió un cigarrillo y notó cómo temblaba entre sus manos enguantadas la llama del encendedor. Así logró disipar aquel principio de pesadilla. Se dijo a sí mismo que tenía los nervios deshechos. Necesitaba un día de reposo, un día para respirar aire puro... Poco a poco iba haciéndose menor la luz y la noche parecía surgir del fondo del paisaje, donde los árboles formaban una hilera verde. La contempló sintiendo una humilde alegría en el fondo de sí mismo, pero sin conciencia de lo que era en realidad, al mismo tiempo que pensaba en índices, intrigas, proyectos y detalles de asuntos. El auto penetró a los pocos instantes en las tinieblas, bajo los altos pinos cubiertos de una nieve parecida a la espesa pelambrera de los animales. El frío se hizo más vivo. El auto dio la vuelta, resbalando sobre la nevada capa.

Los tejados puntiagudos de una espaciosa casa de estilo noruego se recortaron, oscuros, sobre el cielo: era la villa número I del Comisariado del Pueblo para el Interior.

Traspasado el umbral de la casa, se echaba pronto de ver la calma tranquila que reinaba en ella. Todos los objetos que la llenaban eran blancos y de colores brillantes y estaban cuidadosamente seleccionados. No se veía un solo teléfono, ni un periódico, ni un retrato oficial (proscribirlos era una audacia), ni un arma, ni un bloc de notas de cabecera administrativa. Erchov deseaba que nada le recordara el trabajo. El animal humano necesita un descanso absoluto cuando rinde el máximo esfuerzo; y el funcionario, responsable de tantas cosas, tiene derecho a disfrutarlo. Por eso no quería que entre las cuatro paredes de su casa se albergara más que la vida privada, la intimidad absoluta. Él y Valia, solamente. En la sala de estar había un retrato de ella en un marco ovalado, color blanco crema, coronado por un lazo de cintas cinceladas. El gran espejo reflejaba cálidos colores del Asia central. Ni un solo detalle denunciaba allí al invierno, ni siquiera las ramas nevadas que se descubrían a través de los cristales. Parecía más bien, una magnífica decoración de magia blanca.

Se acercó al gramófono. El disco era un “blue” hawaiano. ¡No..., aquel día no estaba de humor para tales músicas! Le parecía seguir oyendo la voz del loco que gritaba: “¡Traidores! ¡Somos todos unos traidores!” ¿Pero había dicho “somos todos” o era él quien lo añadía? ¿Por qué se le ocurría aquello? Su espíritu de investigador profesional tropezó con un obstáculo singular. ¿No se debería, por humanidad, suprimir los locos?

Valia salió del cuarto de baño, envuelta en un blanco peinador.

—¡Buenas noches, querido!

Desde que el cuidado del cuerpo y el bienestar habían transformado a aquella provincianita del Yenisei, todo su ser expresaba con una radiante agilidad la alegría de vivir. Cuando fuera construida la sociedad comunista, después de los períodos de transición, duros, pero

enriquecedores, todas las mujeres alcanzarían aquella plenitud...

—Eres una anticipación viviente, querida Valia.

Y ella respondía:

—Gracias a ti, Máximo, que trabajas y que luchas, gracias a los hombres como tú...

Se decían de vez en cuando estas cosas, sin duda para justificar ante ellos mismos su condición privilegiada. Su unión era pura y estaba desprovista de complicaciones, parecida a la de dos cuerpos sanos que se desean. Ocho años antes, viajando en una jira de inspección por la región de Krassnoyarsk, donde mandaba una división de tropas especiales de policía, se detuvo en una ciudad militar, perdida en el corazón de los bosques. Fué a alojarse en casa de un jefe de batallón. La mujer de aquel subordinado le deslumbró desde el primer momento con su animalidad inocente y segura de sí misma. Su presencia evocaba el bosque, el agua fría de los pequeños torrentes, la pelambrera de los animales salvajes, el gusto de la leche fresca. Tenía grandes ojos de gata y las aletas de la nariz dilatadas, como si estuvieran olfateando sin cesar. La deseó en seguida, pero no para la fugacidad de una aventura o para pasar unas noches con ella, sino para poseerla enteramente, para siempre, con todo orgullo. “¿Por qué es de otro, si yo la quiero?”, se preguntó. Aquel otro, minúsculo oficial sin ningún porvenir, deferente hasta el ridículo delante del jefe, tenía la detestable manera de hablar de los tenderos. Le despreció inmediatamente, y para quedarse a solas con la mujer codiciada le envió a inspeccionar los puestos de los bosques. Al acercarse la hora del coloquio con ella, tuvo que fumarse varios cigarrillos para calmar su impaciencia. Sus frases fueron concisas:

—Valia Anissimovna, escuche bien lo que voy a decirle. No falto nunca a mi palabra. Soy limpio y seguro, como un buen sable de caballería. Quiero que sea usted mi mujer...

Levantó los ojos y la contempló, sentada enfrente de él, con una expresión dura, como si acabara de dar una orden y ella tuviera que obedecerle necesariamente.

—Pero no le conozco a usted... —replicó con acento desesperado y temeroso.

—No tiene importancia. Yo la he conocido desde el primer instante. Estoy seguro de usted y le doy mi palabra que...

Ella le interrumpió.

—No lo dudo— murmuró sin saber que aquello era ya un asentimiento—; pero...

Erchov se irguió:

—No hay “peros” que valgan. La mujer es libre para hacer su elección...

Se contuvo para no añadir: “Soy el jefe de la división y su marido, en cambio, no llegará nunca a nada”. Sin embargo, ella debió de pensar lo mismo, pues se miraron confusos, con tal sentimiento de culpabilidad que la vergüenza hizo que ambos se ruborizaran. Erchov volvió

contra la pared el retrato del marido, la abrazó y la besó en los ojos con una rara ternura.

—¡Tus ojos, tus ojos, alma mía!

Ella no opuso ninguna resistencia, preguntándose tontamente si aquel importante jefe — y hombre apuesto — iría a poseerla inmediatamente sobre el pequeño e incómodo diván. Felizmente, estaban solos, felizmente... Pero él no hizo nada, contentándose con agregar con acento preciso:

—Dentro de dos días, nos marcharemos juntos. En cuanto regrese, me explicaré de hombre a hombre con Nikudychin, el jefe del batallón. Te divorciarás hoy mismo...

¿Pero qué podía objetar un jefe de batallón al de una división? La mujer era libre y la ética del Partido obligaba a respetar esa libertad. Y el jefe de batallón Nikudychin, cuyo nombre significaba más o menos “casi nada”, no se quitó la borrachera en una semana, antes de ir a buscar otra clase de olvido en las prostitutas chinas de la ciudad. Erchov, informado de aquella conducta, se mostró indulgente, pues comprendió el pesar de su subordinado. Sin embargo, ordenó al secretario del Partido que le sermoneara... ¿Podía perder un comunista su equilibrio moral a causa del alejamiento de su mujer?

En las amplias habitaciones de su casa, Valia se complacía en vivir casi desnuda, con el cuerpo envuelto en flotantes gasas. Así la presencia de su cuerpo era tan completa como la de sus ojos o su voz. Sus grandes pupilas parecían tan doradas como los bucles que le caían sobre la frente. Tenía los labios carnosos, los pómulos acentuados, la piel clara y las formas ágiles y frescas de experimentada nadadora.

—Se diría que acabas de salir, alegre y satisfecha, del agua fría, del sol... —le dijo un día su marido.

Ella respondió con una breve risita alegre, al tiempo que se miraba en el espejo:

—Soy así. Fría y soleada. Soy tu pececillo de oro.

Aquella noche tendió hacia él sus brazos desnudos:

—¿Por qué vienes tan tarde, querido? ¿Qué te ha ocurrido?

—Nada..., nada— contestó Erchov con una sonrisa forzada.

Al pronunciar estas palabras, se dio cuenta de que realmente todo era al contrario. Había ocurrido algo. Algo que le seguía dondequiera que fuera, algo inconcebible, infinitamente temible para él y para aquella mujer, acaso demasiado bella, acaso demasiado privilegiada, acaso... El eco de unos pasos regulares sonó en el pasillo vecino: el agente de guardia iba a asegurarse de la entrada del servicio.

—Nada... Me han cambiado dos hombres de la escolta personal. Eso me contraría.

—Pero tú eres el amo, querido — repuso Valia, de pie ante él, con el peinador entreabierto

descubriendo el pecho.

Siguió limándose una uña, previamente laqueada. Erchov contempló estúpidamente, con las cejas fruncidas, un hermoso seno blanco que asomaba entre los encajes del escote. Sostuvo sin sonreír la mirada fija de aquellos ojos llenos de flores de verano. Le preguntó:

—¿Acaso no haces lo que quieres?

Debía hallarse muy fatigado para que unas palabras tan insignificantes hallaran en él aquel eco tan singular... Al escuchar aquella frase trivial, se dio cuenta de que su voluntad no dominaba ya nada, que toda lucha sería completamente vana. “Sólo los locos hacen lo que quieren”, pensó. Y al mismo tiempo respondió en alta voz con forzada sonrisa:

—Sólo los locos creen que hacen lo que quieren.

La mujer adivinó. Algo sucedía. Y sin atreverse a interrogarle, sintió que se desvanecía aquel impulso cálido que la arrastraba hacia él. Sin embargo, hizo un esfuerzo para aparentar una alegría que no sentía.

—¿Por qué no me das un beso, Sima? —le pidió. Él la levantó como tenía por costumbre, cogiéndole ambos codos con las palmas de las manos, y la besó, no en los labios, sino más bien entre ellos y las aletas de la nariz, sobre la comisura de la boca, sorbiendo el aroma de la piel. (“Nadie besa así”, le había dicho cuando le hacía la corte. “Sólo nosotros...”).

—¿Por qué no tomas un baño? —propuso ella.

Erchov no creía en la pureza del alma— ¡qué palabras tan caducas! —, pero sí en la pureza benéfica del cuerpo lavado, aclarado, duchado con agua fría después del baño tibio, frotado con agua de Colonia y admirado luego en el espejo.

— ¡Qué hermoso es el animal humano! — exclamaba a veces en el interior del cuarto de baño. — ¡Yo también soy hermoso, Valia!

Ella corría al oírle y ambos se besaban ante el espejo, el hombre fornido y musculoso, ella a medio vestir, envuelta en cualquier bata casera... A la mente de Erchov volvieron recuerdos de otros tiempos. De la época en que era jefe de las operaciones secretas en una región fronteriza de Extremo Oriente. Cuando acorralaba por sí mismo los espías de los bosques, dirigía silenciosas cazas del hombre, entrevistándose con agentes dobles, y temblaba cada vez que una bala desconocida, partida de cualquier lugar ignorado, abatía a un hombre... Amaba la vida, sin creerse prometido a un alto destino... El agua tibia que resbalaba por sus hombros le devolvió a la realidad. Levantó la mirada, viendo reflejado en el espejo un rostro de rasgos crispados y mirada inquieta. “Tengo la expresión de un tipo al que acabaran de detener”, pensó. Pero sus reflexiones se vieron interrumpidas por el vibrar de un banjo y una voz negra o polinésica que cantaba: *I am fond of you...* Sin poderse dominar más, estalló:

—¡Valia! Hazme el favor de hacer añicos ese disco...

El “blue” se interrumpió bruscamente y el agua helada siguió cayendo sobre su nuca, proporcionándole un gran alivio.

—Ya está, Sima querido — le contestó la voz de Valia.

—Gracias — dijo, volviéndose hacia la puerta. — Eres tan buena como el agua helada.

Se hicieron servir bocadillos y vino espumoso en el dormitorio. Erchov sintió que se disipaba su malestar. Valia inquirió:

—¿Quieres que hagamos una salida con esquís mañana?

Pero cuando aguardaba la respuesta de su marido, éste se levantó con tal presteza que tiró la mesita dispuesta ante ellos. Abrió la puerta con viveza y al mismo tiempo se oyó en el corredor un ligero grito femenino.

—¡Me ha asustado usted, camarada jefe!—exclamó la doncella, recogiendo las servilletas que habían caído sobre la alfombra.

—¿Qué hacía usted aquí? —preguntó Erchov con una voz que la cólera transformó en un rugido casi ininteligible.

—Pasaba, camarada jefe. Usted me ha asustado...

Una vez cerrada la puerta, volvió al lado de Valia con una expresión de rabia y tristeza reflejada al mismo tiempo en su rostro.

—La muchacha estaba escuchando...

—No es posible, querido. Estás muy cansado y dices tonterías...— Él se acurrucó en la alfombra, a sus pies. Ella cogió con ambas manos su cabeza y la apoyó en sus rodillas. — ¡Basta de necesidades, querido! Vámonos a dormir.

Pero Erchov vaciló unos instantes antes de levantarse. “¿Crees que es tan fácil dormir?”, pensó. Luego remontó sus manos a lo largo del cuerpo de su mujer.

—Pon un disco, Valia. Nada hawaiano, ni negro, ni francés... Algo nuestro...

—¿Quieres que ponga *Los guerrilleros*?

Erchov se paseó de un extremo a otro de la estancia mientras ascendía de la gramola el coro de los guerrilleros rojos cabalgando a través de la taiga: “Vencerán a los atamanes... Vencerán a los generales... y acabarán sus victorias... a la orilla del océano...” Le pareció ver unas columnas interminables de hombres enfundados en capotes grises que desfilaban cantando aquella canción por las calles de una pequeña ciudad asiática. Se detuvo para contemplarles. La voz única de un mocetón lanzaba triunfalmente al aire los primeros versos de cada estrofa, repetida luego por el coro disciplinado. El paso cadencioso de las botas sobre la nieve acompañaba sordamente la canción. “Estas voces conscientes”, pensó, “estas voces confundidas

y potentes, estas voces que reflejan la fuerza terrestre, somos nosotros...” Terminada la canción, dio unos pasos para ir a tomar un poco de vodka. En aquel momento llamaron quedamente a la puerta.

—Camarada jefe, el camarada Gordeev le llama al teléfono.

Y la voz sesuda de Gordeev, al otro lado del hilo, anunció nuevos informes referentes al atentado:

—Los acabo de descubrir en este instante. Perdóneme si le he molestado, Máximo Andreievitch. Hay que tomar una importante decisión... Tres poderosas presunciones de culpabilidad indirecta coinciden en K. K. Rublev. De esta manera, el asunto del atentado se unirá, por un sesgo curioso, con el último proceso... Pero estando incluido K. K. Rublev en la lista especial de los antiguos miembros del Comité Central, no he querido tomar sobre mí...

“¿De manera que quieres que yo tome la responsabilidad de ordenar o impedir esa detención, cocino indecente?”, se dijo Erchov. Pero se limitó a preguntar secamente:

—¿Historial?

—Aquí tengo la ficha. En 1905 era estudiante de medicina en la Facultad de Varsovia. Maximalista en 1906, hirió con dos balas de revólver al coronel Golubev. En 1907 se evadió de la fortaleza donde cumplía condena y se hizo miembro del Partido en 1908. Muy ligado a Innokentii (Dubrovinski), Rykov, Preobrajenski y Bujarín (los nombres de los traidores que habían sido primero jefes del partido y luego fusilados, parecían condenar de antemano a aquel Rublev). Comisario político en el Ejército N, fué encargado de una misión en la región de Baikal, seguida de una misión secreta en Afganistán. A continuación se le nombró presidente del trust de Abonos Químicos, encargado de curso en la Universidad Sverdlov y miembro del CC hasta... Miembro también de la Comisión Central de Control hasta... Censurado con advertencia posterior por la Comisión Interventora de Moscú por actividad tendente a la fracción... Objeto de una demanda de exclusión por oportunismo derechista... Sospechoso de haber leído el documento criminal redactado por Riutin... Sospechoso de haber asistido a la reunión clandestina del bosque de Zelony Bor... Sospechoso de haber socorrido a la familia de Eysmont cuando éste fué encarcelado... Sospechoso de haber traducido del alemán un artículo de Trotszky, descubierto durante un registro en casa de su antiguo alumno B. (Las sospechas acosaban a aquel hombre por todos los lados, mientras él dirigía tranquilamente el departamento de Historia general de una biblioteca.)

Erchov escuchaba con una creciente irritación. Todo aquello lo sabía su departamento desde hacía mucho tiempo. Estaban saturados de sospechas, denuncias y presunciones. Pero de toda aquella red no partía un solo cabo que atar con el asunto Tulaev. Sin embargo, Gordeev

quería tenderle un lazo, deseaba que detuviera a un antiguo miembro del CC. Si hasta entonces no le habían encarcelado, era señal de que el Politburó tendría sus razones para ello... Y así, pues, optó por responder secamente:

—Aguarde instrucciones. ¡Buenas noches!

El camarada Popov, de la Comisión Central de Control, personaje desconocido para el gran público, pero que gozaba de una alta autoridad moral — sobre todo después de la ejecución de dos o tres acusados de alta traición, hombres todavía más respetados que él—, se hizo anunciar al Alto Comisario. Éste le recibió inmediatamente, no sin curiosidad. Era aquella la primera vez que le veía. Durante los fríos rigurosos cubría su abundante cabellera grisácea con una vieja gorra de obrero comprada por seis rublos en los almacenes de Moscú-Confección. Su chaquetón de cuero, descolorido y sucio, debía tener por lo menos diez años. Su rostro era arrugado y las hinchazones denotaban que en él se observaba una mala salud. Llevaba gafas de montura metálica y una cartera enorme bajo el brazo.

—¿Qué tal, camarada?—preguntó familiarmente.

Erchov se sorprendió — tan sólo una décima de segundo — de aquella apariencia bonachona de viejo astuto.

—Satisfecho de conocerle por fin, camarada Popov — respondió.

Éste se desabrochó su chaquetón y se dejó caer pesadamente en un sillón, murmurando:

—¡Me siento cansado! Se está muy bien aquí. Son confortables estas nuevas construcciones... —comentó mientras cargaba su pipa. — Conocí la Tcheka del principio, con Félix Edmundovitch Dzerjinski... Entonces no había la comodidad y organización de ahora... El país soviético se engrandece a ojos vistas, camarada Erchov. Usted tiene la suerte de ser joven...

Erchov le dejó cortésmente que se tomara el tiempo necesario para los preliminares. Por fin, Popov levantó la mano terrosa, deforme y de uñas descuidadas.

—He aquí lo que he venido a decirle, querido camarada. El Partido ha pensado en usted, como piensa en cada uno de nosotros. Trabaja usted mucho, con gran celo y competencia. Por eso le aprecia el Comité Central. Claro que a veces le ha desbordado el trabajo; tenía una herencia que liquidar (la alusión a los predecesores fué discreta), y además el período de conjuras que atravesamos...

“¿Dónde irá a parar?”, se preguntó Erchov.

—La historia procede por etapas... Unas *veces* las polémicas, otras las conjuras... El caso es que debe hallarse usted terriblemente fatigado. No ha estado a su altura en este asunto del atentado terrorista perpetrado contra el camarada Tulaev... Me perdonará que se lo diga con mi vieja franqueza, a título completamente personal y entre nosotros dos, igual que una vez, en

1918, me dijo a mí Vladimir Illitch... Es usted apreciado y...

Lo que pudo haberle dicho Lenin veinte años antes no lo dijo. En vez de ello se interrumpió, y después de una breve pausa, prosiguió:

—Creo que no le vendrían mal dos meses de reposo al aire libre y al sol, en el Cáucaso... Podrá tomar las aguas y hacer una cura de reposo... Créame que le envidio: Matsesta, Kislovodsk, Sochi, Tijés-Dziri, país de ensueño. Ya conoce usted el verso de Goethe:

¿Kennst du das Land wo de Zitronen blühn? (1)

— ¿Sabe usted el alemán, camarada Erchov?

El Alto Comisario pudo darse cuenta por fin del sentido de aquel parloteo.

—Perdón, camarada Popov. No estoy muy seguro de haber comprendido bien. ¿Es una orden?

—No, camarada; sólo una recomendación que le hacemos. Está usted fatigado, según se nota a simple vista. Pertenecemos al Partido y le tenemos que dar cuenta de nuestra salud. Y el Partido, a su vez, vela por nosotros. Los viejos han pensado en usted, han hablado de usted en el Buró de Organización (por no decir en el Politburó) y han decidido que Gordeev le reemplace en su ausencia... Conocemos las buenas relaciones que les unen a ambos; así que él será quien le sustituya durante..., sí..., durante dos meses, más o menos. El Partido no puede conceder un permiso por más tiempo, querido camarada...

Estiró sus rodillas con una lentitud exagerada y se levantó con la sonrisa afectada que daba a su rostro una expresión entre bonachona y maliciosa.

— ¡Maldición! No sabe usted todavía lo que es el reumatismo... ¿Cuándo ha decidido usted marcharse?

—Mañana por la noche saldré para Sukhum. Esta misma tarde pienso comenzar mi permiso.

Popov pareció encantado.

— ¡Perfectamente! Rapidez militar en la decisión... ¡Así me gusta! Yo también, a pesar de los años... Sí, sí... Que descanse usted bien, camarada Erchov... El Cáucaso es un país magnífico, verdadera joya de la Unión... *Kennst du das Land...*?

Erchov estrechó con fuerza la mano venosa que le tendía, le acompañó hasta la puerta y, después de haberle despedido, se detuvo en medio del despacho con una absoluta sensación de desamparo. Todo lo que le rodeaba había dejado de pertenecerle. Algunos minutos de hipócrita conversación habían bastado para desposeerle de las palancas del mando. ¿Qué significaba aquello? Sonó el teléfono. Era Gordeev, preguntando a qué hora debía convocar a los jefes de

1 ¿Conoces el país donde florecen los naranjos? — (N. del T.)

servicio para la proyectada conferencia.

—Venga a recibir órdenes — contestó Erchov, dominando apenas sus sentimientos. — Pero no..., no venga... Hoy no habrá conferencia...

Se bebió un vaso de agua helada y abandonó la oficina.

Ocultó a su mujer que aquel súbito permiso era obligado. En Sukhum, a orillas de un mar increíblemente azul, bajo las palmeras y entre plantas aromáticas, no se le hizo penosa la estancia. Los partes rigurosamente secretos de información le llegaron con toda regularidad durante los seis primeros días. Luego, dejaron de enviárselos. No se atrevió a reclamarlos, pero a partir de aquel instante se reunió en el bar con los taciturnos generales que llegaban de Mogolia. El alcohol les identificaba, infundiéndoles una animación que no sentían. El anuncio de que iba a llegar un miembro del Politburó a una ciudad vecina sumió en un gran pánico a Erchov. ¿Y si ese personaje afectaba ignorar la presencia del Alto Comisario?

—Hagamos una excursión a las montañas, Valia — propuso.

El auto remontó penosamente la caprichosa carretera que serpenteaba entre rocas estallantes de luz, cepas y la inmensa copa de esmalte fundido del mar. El horizonte, de un azul cegador, iba ascendiendo cada vez más. Valia comenzó a sentir temor. Adivinaba que aquello era una fuga, pero al mismo tiempo la sabía irrisoria e imposible.

—¿Has dejado de quererme? —le preguntó finalmente a Máximo, cuando alcanzaron los mil doscientos metros de altura, entre el mar, las rocas y el cielo.

Él le besó la punta de los dedos, sin saber siquiera si era capaz de desearla con aquella turbia inquietud en el alma.

—Tengo demasiado miedo para seguir pensando en el amor... Tengo miedo; es idiota... Pero no; es muy natural que sienta miedo, pues me hallo en trance de ser aniquilado...

La vista de las rocas, sobre las que resbalaba el sol, le fatigaba deliciosamente. Y al fondo brillaba el mar, el mar... “Si tengo que perecer, disfrutaré al menos de esta mujer y de este azul”, pensó. Y acto seguido la besó glotonamente, aplastando sus labios contra los de ella. La pureza del paisaje les penetraba a ambos con un resplandor parecido a la luz. Pasaron tres semanas en un “chalet” de las alturas. Una pareja de *abkhases*, vestidos de blanco y con los rasgos regulares y bellos de la raza, les servía en silencio. Dormían en la terraza, al aire libre, bajo espesas mantas, y sus cuerpos envueltos en seda se reunían en la contemplación de las estrellas.

Valia dijo una vez:

—Mira, querido, parece que las estrellas van a caer sobre nosotros...

El alma de Erchov encontró así un poco de reposo. Dos pensamientos la atormentaban: uno racional, tranquilizador. El otro pérfido, enmascarado, siguiendo sus propios caminos y

tenaz como una carie. El primero se formulaba claramente en su ánimo: “Seguramente, me separarán de los asuntos el tiempo preciso de arreglar esa estúpida historia en la que me he dejado enredar. El Jefe está bien dispuesto hacia mí. Después de todo, les queda el recurso de enviarme al ejército. Mi pasado no estorba a nadie, y si yo mismo pidiera que me destinaran a Extremo Oriente, seguramente se sentirían satisfechos...” Pero el segundo le replicaba insidioso: “Sabes demasiadas cosas, querido Máximo. ¿Cómo pueden estar seguros de que no las vas a repetir? Tienen que hacerte desaparecer, como a los que te precedieron. Ellos también supieron de esas inquietudes, esos indicios, esas dudas, esas esperanzas, esos súbitos permisos, esas fugas insensatas y esos regresos resignados. Y a ellos también los fusilaron...” Los pensamientos le atormentaban y trataba de alejarlos saliendo con Valia de caza, trepando hasta lugares casi inaccesibles desde donde se dominaba el paisaje de rocas y playas tendido a sus pies como un enorme mapa. Un día habían alcanzado una de aquellas elevadas estribaciones, y, de pronto, levantó la mano y señaló a su mujer una roca inmediata:

—¡Mira, Valia!

Un macho cabrío acababa de aparecer en el pico, destacándose inmóvil sobre el azul del cielo, con la cornamenta erguida y las pezuñas agarradas al granito. Erchov pasó la carabina a su mujer, quien se la echó a la cara lentamente. Tenía los brazos desnudos y unas gotitas de sudor brillaban en su nuca. Él parecía llenar la copa del mundo, el silencio más profundo reinaba en el Universo y sobre el telón de fondo del cielo se recortaba la esbelta silueta de un animal dorado...

—Apunta bien — le murmuró al oído. — Y sobre todo, querida, no le aciertes...

El cañón de la carabina se alzó con lentitud, y cuando el arma estuvo apuntada hacia el cenit, partió el disparo. Valia se echó a reír, con los ojos llenos de cielo. La detonación se fué desvaneciendo hasta quedar reducida a un eco ligero. El macho cabrío volvió la cabeza hacia las blancas nubecillas de la pólvora que se deshacían en el aire, las contempló unos instantes, dobló las corvas, saltó graciosamente hacia la parte del mar y desapareció...

Aquella misma noche, al regresar, Erchov recibió un telegrama que le reclama urgentemente en Moscú.

Partieron en el vagón especial. Al segundo día de viaje, el tren se detuvo en una estación perdida, en medio de los campos nevados de maíz. Una bruma pesada oscurecía el horizonte. Valia fumaba, con un libro de Zostchenko en las manos y la expresión ligeramente aburrida.

— ¿Qué interés hallas en ese humor triste que nos calumnia? —de preguntó su marido. Y ella le respondió en un tono francamente hostil:

—Tus razonamientos son siempre bastante oficiales...

En realidad la proximidad de la vida rutinaria de Moscú les enervaba ya. Erchov hojeó los

periódicos. El oficial de servicio acudió a decirle que le llamaban al teléfono en la estación, ya que una avería hacía imposible que el hilo pudiera conectarse con el vagón especial. Al Alto Comisario se le nubló el rostro:

—Cuando lleguemos impondrá cinco días de arresto al jefe de material. Los teléfonos de los vagones especiales tienen que funcionar irreprochablemente... ¿Ha comprendido? I... rre... pro... cha... ble... men... te...

—Sí, camarada Alto Comisario.

Erchov se puso el capote con las insignias del más alto poder, descendió al andén de tablones de la minúscula estación, completamente desierta en aquel momento, y se dirigió a grandes zancadas hacia la única casita blanca que se alzaba al otro lado de la vía. Al pasar, se dio cuenta de que la locomotora no remolcaba más que tres vagones. El oficial de servicio le seguía, respetuosamente, a algunos pasos. *Intervención de los Caminos de Hierro.* Erchov penetró en la casita, donde le saludaron varios soldados en posición de firmes.

—Por aquí, camarada jefe—le dijo el oficial de servicio, extrañamente ruborizado.

En la estancia del fondo, calentada por una estufa que ocupaba todo el lado de un tabique, dos individuos se levantaron al entrar él, como impulsados por los resortes de la disciplina. Uno era delgado y otro grueso, los dos lampiños y de alta graduación. Erchov, ligeramente sorprendido, les devolvió el saludo. Luego inquirió brevemente:

—¿El teléfono?

—Tenemos un mensaje para usted — respondió evasivamente el delgado, de rostro anguloso y ojos fríos y penetrantes.

—¿Qué mensaje? Démelo...

El oficial sacó de su cartera una hoja de papel con algunas líneas escritas a máquina y se lo alargó con un gesto impreciso. Leyó:

“Por decisión de la comisión especial del Comisariado del Pueblo para el Interior... con fecha de... y con referencia al asunto núm. 4.628... se procederá a la detención preventiva... de ERCHOV, Máximo Andreievitch, de cuarenta y un años...”

En seguida sintió que una mano invisible le atenazaba la garganta. Sin embargo, sacó fuerzas de flaqueza para releer, palabra por palabra, la comunicación, examinar los sellos y las firmas: Gordeev, visto bueno ilegible, los números de orden...

—Nadie tiene derecho — dijo absurdamente Erchov a los pocos instantes—; soy...

Pero el más grueso de los oficiales no le dejó acabar.

—Ha dejado usted de serlo, Máximo Andreievitch. Por decisión del Buró de organización, ha sido usted relevado de sus altas funciones.

Hablaba con una untuosa deferencia que hacía todavía más acusada la difícil situación.

—Aquí tengo la copia... ¿Quiere usted entregarme sus armas?

Erchov depositó sobre la mesa, cubierta de un hule negro, su revólver reglamentario. Al llevarse la mano al bolsillo trasero del pantalón para sacar el pequeño “browning” de reserva que llevaba habitualmente, le acometió la tentación de dispararse una bala en el corazón e hizo más pausados sus movimientos mientras creía componer un rostro impasible. Le pareció que en aquellos instantes volvía a ver el macho cabrío en la cima de la roca, destacándose sobre el mar. Los dientes de Valia rechinaban y las minúsculas gotitas de sudor de su nuca brillaban al sol... El azul del cielo y el mar... Todo aquello había terminado. Los ojos helados del oficial delgado no se apartaban de los suyos y las manos del oficial grueso se tendieron para recibir el pequeño “browning”. Una locomotora silbó prolongadamente. A duras penas pudo articular:

—Mi mujer...

El oficial grueso y bajo le interrumpió apresuradamente:

—No se inquiete, Máximo Andreievitch. Me ocuparé yo mismo.

—Se lo agradezco — dijo Erchov estúpidamente.

—No tendrá inconveniente en cambiarse de ropas, ¿verdad? Es a causa de las insignias...

Era natural: las insignias... Una guerrera militar desnuda de todo emblema y un capote grueso estaban preparados sobre el respaldo de una silla. Se vistió con los movimientos precisos y pausados de un sonámbulo. Desde el tabique, su propio retrato, sucio por las moscas y descolorido por el sol, le contemplaba.

—Quiten ese retrato — ordenó severamente. El sarcasmo le devolvió algo de sus fuerzas perdidas, pero cayó en el más absoluto mutismo.

Cuando salió de la estancia, entre los dos oficiales, el cuerpo de guardia contiguo estaba vacío. Los hombres que le habían visto entrar llevando en el cuello y en las mangas el emblema del poder, no le veían salir degradado. “El organizador de este arresto merece una efusiva felicitación”, pensó el destituido Alto Comisario. No supo si era el automatismo o la ironía quienes le dictaban esta reflexión. La estación se hallaba desierta. Las vías se destacaban, oscuras y sinuosas, sobre la nieve blanca. El tren especial había partido ya, llevándose a Valia, llevándose al pasado. Un solo vagón aguardaba en un apartado, a unos cien metros, un vagón más especial hacia el que se dirigió a grandes zancadas, flanqueado por los dos silenciosos oficiales.

III

LOS HOMBRES CERCADOS

Procedentes de las regiones polares, pasando por encima de los bosques dormidos de la Kama, llegaban las tempestades de nieve a Moscú, después de haber ahuyentado manadas de lobos ante ellas. Parecían desgarrarse sobre la ciudad, agotadas por el largo viaje aéreo, velando de pronto el azul del cielo y extendiendo una claridad lechosa sobre las plazas, las calles, las minúsculas residencias olvidadas en las callejuelas antiguas y los tranvías de cristales empañados... Todo quedaba envuelto en un remolino de blancura, semejante a una lívida mortaja. Parecía andarse sobre miríadas de estrellas puras, renovadas a cada instante. Pero al poco, sobre los bulbos de las iglesias, sobre las esbeltas cruces que el tiempo no había desdorado todavía, aparecía de nuevo el azul. El sol se reflejaba en la nieve, acariciando las viejas y sórdidas fachadas, penetrando en los interiores a través de los cristales dobles de las ventanas... Rublev contemplaba incansablemente aquellas metamorfosis. Las ramas de los árboles, cuajadas de diamantes, ascendían hasta la ventana de su cuarto de trabajo. Visto desde allí, el Universo se reducía a un pedazo de jardín descuidado, un muro, y tras él una capilla abandonada, con una cúpula dorado-verdosa que la pátina del tiempo iba oscureciendo.

Apartó los ojos de los cuatro libros que consultaba simultáneamente. Una sola serie de hechos revestía cuatro aspectos innegables, pero inciertos, de donde nacían los errores de los historiadores, unos metódicos y los otros espontáneos. Durante mucho tiempo se andaba a través del error como a través de una borrasca de nieve. Algunos siglos más tarde se hacía evidente para alguien — como aquel día para él — aquella red de contradicciones. “La historia económica”, pensaba, “tiene con frecuencia la claridad engañosa de un atestado de autopsia. Felizmente, igual que a ésta, se le escapa algo esencial: la diferencia entre el cadáver y el ser vivo.”

—Tengo una escritura de neurasténico — se dijo a sí mismo en aquel instante.

Entró Andronnikova, la ayudante bibliotecaria. (“Ella piensa que tengo una cabeza de neurasténico...”)

—Kiril Kirilovitch, ¿quiere revisar la lista de obras prohibidas al público y cuya autorización especial ha sido solicitada?

Rublev repasaba todas las demandas que se refirieran a historiadores idealistas, economistas liberales, socialdemócratas adictos al eclecticismo burgués, institucionalistas nebulosos... Pero en aquella ocasión puso mala cara: un estudiante del Instituto de Sociología aplicada pedía *El año 1905*, de L. D. Trotszky. La ayudante, de rostro menudo rodeado de una espuma de cabellos

blancos, aguardaba con visible impaciencia la respuesta.

—Rehusado — dijo Kiril Kirilovitch. — Aconseje a ese joven que se dirija a la biblioteca de la Comisión de Historia del Partido...

—Ya se lo he dicho — repuso Andronnikova suavemente —, pero ha insistido mucho.

Rublev creyó darse cuenta de que ella le miraba con una simpatía infantil de ser débil, puro y bueno.

—¿Qué tal se encuentra, camarada Andronnikova? ¿Ha hallado tejidos en la cooperativa de Kuznetski-most?

—Sí... Y se lo agradezco mucho, Kiril Kirilovitch — contestó ella con una efusión contenida en la voz.

Él descolgó su chaquetón de la percha y, mientras se lo ponía, bromeó sobre el arte de vivir:

—Hay que estar acechando siempre la menor ocasión, camarada Andronnikova. Tanto para uno como para los demás... Vivimos perdidos en las selvas del período de transición, ¿no es así?

La mujer de cabello blanco pensó que era un arte peligroso el de vivir, pero se contentó con esbozar una sonrisa, más con los ojos que con los labios. ¿Creía en realidad aquel hombre singular, erudito agudo y apasionado de la música, en “el doble período de transición del capitalismo al socialismo y del socialismo al comunismo”, sobre el que había publicado un libro en los tiempos que el Partido le permitía todavía escribir? Con sus sesenta años, antes princesa, hija de un gran político liberal (y monárquico), hermana de un general asesinado en 1918 por sus soldados, viuda de un coleccionista de cuadros que no había amado en toda su vida más que a Matisse y a Picasso, privada del derecho de voto por causa de sus orígenes sociales y obligada a una mísera existencia, vivía de un culto íntimo consagrado a Wladimir Soloviev. El filósofo de la razón mística, si bien no la ayudaba a comprender a aquella variedad de hombres extrañamente obstinados, duros, limitados y peligrosos, algunos de los cuales tenían, sin embargo, almas de una desconocida riqueza — los bolcheviques —, hacía por lo menos que sintiera hacia ellos una indulgencia, mezclada después con un poco de secreta compasión. ¿Sería cristiano un amor que no englobara también a los peores? ¿Serían éstos efectivamente los peores si algunas veces no estuvieran extrañamente próximos a los mejores? “Creen seguramente en lo que escriben”, pensó. “Acaso Kiril Kirilovitch tenga razón. Quizá sea éste, verdaderamente, un período de transición...” La hija del político liberal conocía los nombres, los rostros, la historia, la manera de sonreír y la forma de ponerse la pelliza que tenían muchos de los grandes personajes del Partido recientemente desaparecidos o fusilados después de incomprensibles procesos. Parecían

hermanos del que tenía ante sus ojos en aquel instante, se tuteaban con él y hablaban entre sí del *período de transición*. Sin duda habían muerto porque creían en todo aquello.

Sin dejárselo adivinar, velaba sobre él con una ansiedad casi dolorosa. Repetía el nombre de Kiril Kirilovitch en sus oraciones mentales de la noche, antes de dormirse cubierta de bordados hasta la barbilla como a los dieciséis años. La habitación era minúscula y estaba llena de cosas marchitas, de cartas amarillentas encerradas en cofrecillos, de retratos de apuestos jóvenes, sobrinos y primos que yacían la mayor parte en cualquier desconocido rincón de los Cárpatos, de Gallipoli, de Trebizonda, Yaroslav o Túnez. Dos de aquellos aristócratas sobrevivían inverosímilmente, uno como camarero de un restaurante de Constantinopla y el otro, con falso nombre, como conductor de tranvías en Rostov. Pero a pesar de todas aquellas desventuras, sentía todavía cierto placer por la vida cuando conseguía obtener un poco de té pasable o una pequeña ración de azúcar... Para poder tener unos cuantos minutos de conversación diaria con Rublev, había imaginado buscar tejidos, papel para cartas y víveres raros en las tiendas, confiándole sus tribulaciones, de modo que, a partir de entonces, se dedicaba a recorrer las calles de Moscú, entrando en las tiendas y preguntando sobre las existencias para informarla a ella después.

Respirando a pleno pulmón el aire helado, aquel día atravesó a pie los blancos paseos de la ciudad. Era alto, delgado, de hombros anchos y espalda que comenzaba a encorvarse desde hacía dos años, y no por el peso del tiempo, sino por el más agobiante de la inquietud. Los arrapiezos que le perseguían patinando por el paseo conocían su viejo chaquetón desteñido por los hombros, su gorro de astrakán hundido hasta los ojos, su barba gris, su enorme nariz huesuda, sus cejas espesas y la cartera arrollada que llevaba bajo el brazo. Les oía gritar a su paso: “¡Eh, Vanka...! ¡Aquí está el profesor Jaque-Mate!”, o bien: “¡Cuidado, Tiomka...! ¡Ya llega Ivan el Terrible!” El caso era que tenía al mismo tiempo el aire de un profesor versado en el ajedrez y un gran parecido con los retratos del sanguinario zar. Un escolar, lanzado a toda velocidad sobre un único patín, se había estrellado una vez contra sus piernas, y por toda excusa tartamudeó: “Perdóneme, ciudadano profesor Ivan el Terrible...” Sin duda, el pequeño no comprendió la extraña risa que su frase provocó en aquel viejo alto y de aspecto severo.

Pasó delante de la reja del número 25 del paseo Tverskoy, convertido en Casa de los Escritores. En la fachada del hotelito, un medallón mostraba el noble perfil de Alejandro Herzen. De las ventanas del sótano se escapaban los aromas del restaurante de los literatos, o para ser más justos, del comedor de los plumíferos. “He sembrado dragones”, decía Marx, “y he recogido pulgas”. Rublev pensó que aquel país sembraba dragones sin cesar y en las épocas huracanadas producía magníficos ejemplares, alados, poderosos, provistos de un extraordinario cerebro, pero

su descendencia se iba debilitando hasta convertirse en pulgas, pulgas amaestradas, pulgas hediondas, pulgas, pulgas... *En esta casa nació Alejandro Herzen*, el hombre más generoso de la Rusia de su tiempo, obligado por ello a vivir en el exilio. Tal vez por haber cambiado un mensaje con él, la alta inteligencia de un Tchernychevski fué atormentada durante veinte años por los gendarmes. Ahora, por el contrario, las gentes de pluma habitaban en aquella casa, hinchándose la panza escribiendo, en verso y prosa, las estupideces y las infamias que les mandaba el despotismo. ¡Pulgas! ¡Pulgas! Por su parte, pertenecía aún al Sindicato de Escritores, cuyos miembros, que antes solicitaban sus consejos, aparentaban ahora no conocerle cuando se cruzaban con él por la calle, temerosos sin duda de posibles complicaciones... Una especie de odio encendió sus ojos cuando supo que el “poeta de las juventudes comunistas” (cuarenta años) había escrito los siguientes versos dedicados al fusilado Piatakov y a algunos otros:

*Fusilarles es poco,
poco, muy poco...
Carroñas enconadas, crápulas,
miseria imperialista
que ensucia nuestras balas socialistas...*

¡Excelentes rimas! Había cien versos parecidos; a cuatro rublos cada uno, significaba un mes de trabajo de obrero calificado y tres meses de trabajo de un peón. El autor de aquello, ataviado como de costumbre con un traje deportivo de gruesa tela de fabricación alemana, paseaba por las redacciones un rostro rubicundo.

Rublev atravesó la plaza Strastnaya, antes del Monasterio de la Pasión, donde Puchkin meditaba sobre su pedestal. ¡Da gracias a los siglos, poeta ruso, de no haber sido un cerdo, de no haber sido más que un poco cobarde, justamente lo que hacía falta para seguir viviendo bajo una tiranía relativamente iluminada que colgaba a tus amigos, los decembristas! Unas brigadas de obreros demolían sin prisa la pequeña torre del monasterio. El rascacielos de cemento armado de la *Izvestia*, rematado por un reloj, dominaba los antiguos jardines monacales. En las esquinas de la plaza se veían una minúscula iglesia de un blanco sucio, unos cines y una librería. Una cola de gente aguardaba pacientemente el autobús. Rublev siguió por su derecha, a lo largo de la calle de Gorki, y echó una ojeada a los escaparates de una gran tienda de comestibles, llenos de opulentos pescados del Volga, de hermosos frutos del Asia Central, manjares todos ellos de lujo, reservados a los especialistas espléndidamente retribuidos. Vivía en la pequeña calleja lateral, en un inmueble de diez pisos y pasillos débilmente iluminados. El ascensor alcanzó lentamente el séptimo. Siguió un triste y oscuro corredor, llamó discretamente a una puerta, entró y besó a su mujer en la

frente.

—¿Qué tal, Dora? ¿Y la calefacción?

—Mal. Los radiadores apenas están tibios. Ponte el chaquetón viejo.

Ni las asambleas de inquilinos en la Casa de los Soviets, ni los procesos anuales de los técnicos de la Dirección Regional de Combustibles remediaban la crisis. El frío llenaba a la extensa pieza de una especie de desolación. La blancura de los techos estaba acrecentada por la luz del crepúsculo que entraba por la ventana. El follaje verde de las plantas parecía metálico y la máquina de escribir mostraba un teclado empolvado semejante a un fantástico endentado. Los cuerpos humanos que Miguel Ángel pintara para la Capilla Sixtina, disminuida su plétora vital por la fotografía en gris y negro, no eran sobre la pared más que manchas sin interés. Dora encendió la lámpara, se sentó, cruzó los brazos sobre su mantón de lana castaña y levantó hacia él su mirada tranquila y gris.

— ¿Has trabajado bien?—le preguntó, reprimiendo su alegría por verle sano y salvo, como pocos instantes antes había contenido su temor de no volverle a ver jamás.

—Sí. ¿Y tú? ¿Has leído los periódicos?... ¿Ojeado tan sólo? Han nombrado un nuevo Comisario del Pueblo para la Agricultura de la RSESR; el otro ha desaparecido... ¡Diablo! Y éste desaparecerá también dentro de cinco meses. No te quepa la menor duda, querida Dora. Y el siguiente también. ¿Y quién mejorará algo?

Hablaban en voz baja. Si tuvieran que hacer la cuenta de las personas de aquella misma casa, todas influyentes, desaparecidas en veinte meses, habrían podido establecer porcentajes sorprendentes, comprobar que aquellos pisos traían desgracia y evocar más de veinticinco años de historia.

En aquella misma habitación, entre las plantas de hojas metálicas y las reproducciones de la Sixtina, escuchaban constantemente, hasta bien entrada la noche, las voces insensibles, demoníacas, inexorables e inimaginables que iba vertiendo el altavoz. Aquellas voces parecían colmar todas las horas, las noches, los meses y los años, Infundían delirio en las almas y sorprendía que pudiera seguirse viviendo después de haberlas oído. Una vez, Dora se había vuelto, pálida y desamparada, con las manos caídas, para exclamar:

—Es como si una borrasca de nieve cubriera el continente... No hay caminos, ni luz, ni marcha posible... Todo parece envuelto en un sudario. Es como si un alud rodara sobre nosotros, arrastrándonos... Es una revolución horrible...

Kiril estaba también pálido, y la habitación descolorida. La caja barnizada del receptor vertía una voz un poco ronca, trémula, vacilante, salpicada de un mal acento turco — pertenecía a un ex miembro del Comité Central del Turkmenistán que confesaba, como todo el mundo,

innumerables traiciones, que iba enumerando horrores sin cuento: “Organicé el asesinato de... Tomé parte en el atentado contra..., que no tuvo éxito... Hice fracasar los planes de irrigación. Provoqué la revuelta de los *bastmatchis*... Entregué al Intelligence Service... Recibí de la Gestapo... Me pagaron treinta mil dinares...” Kiril dio la vuelta a un botón para detener aquel torrente de insensatas palabras.

—Es el interrogatorio de Abrahamov — murmuró. — ¡Pobre diablo!

Le conocía: era un joven arribista de Tachkent, bebedor de buen vino, celoso funcionario y que no tenía un pelo de tonto... Pensando en ello se puso de pie y dijo lentamente:

—Es la contrarrevolución, Dora.

La voz del Fiscal Supremo seguía rumiando indefinidamente, lúgubrementemente, conspiraciones, atentados, crímenes, devastaciones, felonías y traiciones sin cuento; poco a poco iba transformándose en un fatigado ladrido que cubría de injurias a aquellos hombres que le escuchaban atentos, con las nuca bajas, desesperados, entre dos guardias que les custodiaban y sabiéndose blanco de las iras de la multitud. La mayoría de ellos eran puros, los más puros precisamente, los mejores y más inteligentes de la revolución. Exactamente por esa razón padecían suplicio y aceptaban sufrirlo. Escuchándolos por el micrófono llegaba a pensarse alguna vez: “¡Cómo deben sufrir...!” Sin embargo, sus voces sonaban naturales. ¿Estaban locos acaso? ¿Por qué mentían así? Apoyándose en las paredes, Dora, atravesó la habitación. Luego se dejó caer en la cama, sacudida por un hipo convulsivo, aunque sin llorar. “¿No sería preferible que se dejaran despedazar vivos? ¿No comprenden que están envenenando el alma del proletariado y enturbiando las fuentes del porvenir?”

—No lo comprenden — dijo Rublev. — Creen estar sirviendo todavía al socialismo. Algunos esperan sobrevivir. Les han torturado y...

Se retorció las manos.

—Pero no... no son unos cobardes. No creo que nadie les haya torturado. Siguen siendo fieles, ¿comprendes?, siguen siendo fieles al Partido, cuando en realidad éste no existe ya, sino que ha sido sustituido por unos inquisidores, unos verdugos, unos miserables... Pero no sé ya lo que me digo. No es tan sencillo penetrar en ello. Acaso hiciera yo igual de hallarme en su lugar...

(En seguida pensó con claridad que aquel lugar era, efectivamente, el suyo y que necesariamente se encontraría en él algún día. Y su mujer adivinó inmediatamente lo que estaba pensando).

—Se repiten a sí mismos que es preferible morir deshonrados, asesinados por el Jefe, que denunciándolo a la burguesía internacional.

Y luego, casi en voz baja, como un hombre abrumado, añadió:

—Y en eso tienen razón.

Esta conversación obsesionante se desarrollaba muchas veces entre los dos. Sus mentes no trabajaban más que sobre este tema, escrutado en todos los sentidos, pues la Historia, en aquella parte del mundo, la enorme sexta parte, no trabajaba más que sobre aquellas tinieblas, aquellas falsedades, aquellos perversos sacrificios, aquella sangre vertida todos los días. Los miembros más antiguos del Partido se evitaban unos a otros, para no mirarse cara a cara, para no mentir innoblemente por cobardía, para no tropezar con los nombres de los camaradas desaparecidos, para no comprometerse estrechando una mano y no abrumarse a sí mismos no estrechándola. Pero a pesar de ese voluntario aislamiento, se enteraban de los arrestos, de las desapariciones, de los extraños permisos “por razones de salud”, de los cambios de mal augurio, de los interrogatorios secretos y los rumores siniestros. Mucho tiempo antes de que aquel subjefe de Estado Mayor, ex minero, bolchevique de 1908 y condecorado por una campaña en Ucrania, una campaña en el Altai y otra en Yakutia, mucho tiempo antes de aquel general condecorado tres veces con la Orden de la Bandera Roja desapareciera, un pérfido e insidioso rumor le rodeó, dilatando inexplicablemente las pupilas de las mujeres que hallaba a su paso, haciendo que el más rotundo vacío se produjera a su alrededor cuando atravesaba las antecámaras del Comisariado de Defensa. Rublev lo había visto en una velada celebrada en la Casa del Ejército Rojo.

—Figúrate, Dora, que a unos diez pasos de él los grupos se deshacían y las gentes huían... Los que no podían evitar el encuentro cara a cara, afectaban unas maneras suaves y dulzurras, y luego aprovechaban la menor ocasión para desaparecer... Lo estuve observando durante veinte minutos; estaba completamente solo, sentado entre dos sillas vacías, y con todas sus condecoraciones, y su uniforme parecía un muñeco de cera que contemplara las vueltas de las parejas. Unos tenientes jóvenes e ignorantes de lo que ocurría sacaron a bailar a su mujer... Archinov se acercó, le reconoció, miró a ambos lados como si buscara a alguien... y le volvió lentamente la espalda...

Al cabo de un mes, cuando le detuvieron al salir de una sesión del Comité, donde ni siquiera había pronunciado una palabra, se sintió aliviado. Era el fin de una espera. Idéntica atmósfera glacial se hizo en torno a otro general rojo llamado por telegrama desde el Extremo Oriente para recibir una afectación mítica. Ése se levantó la tapa de los sesos en el baño. Contrariamente a lo que cabía esperar, la Dirección de Artillería le hizo unas solemnes exequias; tres meses más tarde, por aplicación del decreto ordenando la deportación a “las regiones más alejadas de la Unión” de las familias de los traidores, su madre, su mujer y dos hijos se vieron obligados a partir hacia lo desconocido.

Estas noticias y otras del mismo género iban de boca en boca, susurradas

confidencialmente, sin que nadie supiera con exactitud sus detalles. A veces, al ir a visitar un amigo, la criada abría la puerta y se quedaba contemplando con sorpresa y temor al recién llegado.

—No sé nada... No está aquí y no regresará. Me han dicho que volviera al campo... No, no sé nada...

Se leía en sus ojos el miedo a decir una sola palabra más. Otras veces se telefoneaba a cualquier camarada, desde una cabina pública, por precaución, y una voz ignota, de hombre, interrogaba atentamente:

— ¿De parte de quién?

Era fácil comprender entonces que estaba tendida una ratonera, y por lo tanto, no quedaba más recurso que responder apresuradamente:

—Del Banco del Estado, para un asunto urgente... —y huir sin volver la cabeza, pues era seguro que registrarían la cabina a los pocos instantes.

En otras ocasiones, caras nuevas reemplazaban inesperadamente en las oficinas a los rostros ya conocidos, y los que habían quedado sentían tanta vergüenza en pronunciar el nombre del desaparecido como en evitar pronunciarlo. Los periódicos publicaban el nombramiento de nuevos miembros de los gobiernos federales, sin indicar lo que había ocurrido con sus predecesores. Sin embargo, todos lo sabían perfectamente. En los pisos comunales, ocupados por varias familias, era general la inquietud cuando el timbre sonaba a medianoche. Los inquilinos musitaban en voz baja: “Han venido a buscar al comunista”, de igual manera que otras veces habían supuesto inmediatamente que iban a detener al técnico o al oficial.

Rublev recontó los antiguos camaradas supervivientes con los que le unía una verdadera amistad y, después de varias dudas y vacilaciones, descubrió que quedaban dos: Filippov, de la Comisión del Plan, y Wladek, un emigrado polaco. Este último había conocido en otro tiempo a Rosa Luxemburgo, perteneció con Warski y Waletski a los primeros comités centrales del P. C. de Polonia y había trabajado en los servicios secretos bajo la dirección de Unschlicht... En caso de que vivieran, Warski y Waletski se hallarían en cualquier celda secreta reservada a los antes influyentes dirigentes de la III Internacional. En cambio, el corpulento Unschlicht, con su cabeza cuadrada y sus gafas, había caído ante los fríos ejecutores. Wladek, oscuro colaborador de un Instituto Agrónomo, trataba por todos los medios de que no se acordaran de él. Vivía a unos cuarenta kilómetros de Moscú, en una villa abandonada. No frecuentaba la ciudad, no visitaba a nadie, no recibía cartas ni escribía a nadie y se abstenía de telefonar a sus antiguos amigos.

—Acaso consiga que me olviden — le había confesado a Rublev en unos minutos de confianza. — Éramos una treintena de polacos pertenecientes a los antiguos cuadros del Partido.

Si quedamos cuatro, somos muchos...

Era de corta talla, casi calvo, con la nariz curvada y los ojos miopes. Al hablar, contemplaba a su interlocutor a través de unos cristales de extraordinario espesor y de vez en cuando subrayaba la conversación con unos gestos rotundos, precisos.

—Querido Kiril Kirillovitch... Todas esas pesadillas son en el fondo muy interesantes y muy viejas. La Historia se ríe de nosotros, amigo mío. Esa especie de bruja de Macbeth se burla de los minúsculos marxistas que idean planes y se plantean cuestiones de conciencia social. Y hace que reviva entre nosotros nuestro antepasado Ivan el Terrible, con sus llantos histéricos y su gran bastón herrado.

Conversaban en voz baja, fumando unos cigarrillos en la penumbra de una antecámara cuyas vitrinas contenían colecciones de gramíneas. Rublev le respondió con una sonrisita:

—Los escolares encuentran que me parezco a él.

—Todos tenemos algún rasgo común — dijo Wladek, medio en serio medio en broma. — Todos somos profesores pertenecientes a la descendencia del Terrible... Incluso yo, con mi calvicie y mis orígenes semíticos, me causo a mí mismo un poco de temor cuando me contemplo.

—No estoy de acuerdo con tu perversa literatura psicológica, Wladek. Es necesario que hablemos todos seriamente. Yo me encargo de avisar a Filippov.

Se citaron en el bosque, a orillas del Istra, pues no hubiera resultado sensato pensar en encontrarse en la ciudad, ni tampoco en casa de aquél, que tenía por vecinos a una colonia de ferroviarios. “No recibo visita de nadie”, decía cuando alguien le preguntaba la razón de su soledad. “Es más seguro. Además, ¿de qué hablaría con la gente?”

No comprendiendo una sola palabra de economía, sobrevivía extrañamente a todos los sucesivos equipos de economistas que habían pasado por la Comisión central del Plan. “El solo plan que se cumplirá a fondo, acostumbraba asegurar con ironía, es el de las detenciones”. Miembro del Partido desde 1910, había sido presidente de un soviet de Siberia cuando las aguas primaverales de marzo de 1917 se llevaron las águilas bicéfalas (de carcomida madera), ocupando más tarde el comisariado de los grupos de guerrilleros rojos que recorrían la taiga luchando contra el almirante Koltchak. Desde hacía dos años colaboraba en el establecimiento de los planes de producción de artículos de primera necesidad. Tarea verdaderamente inverosímil, apta para ir a parar inmediatamente a la cárcel, en un país en que faltaban al mismo tiempo los clavos, el calzado y las cerillas. Pero como se desconfiaba de él a causa de su antigüedad en el Partido, los directores, preocupados en evitar enojosos asuntos, le habían confiado el plan de reparto de instrumentos de música popular, tales como acordeones, flautas, guitarras, cítaras y tambores para Oriente, excepto el equipo de orquestas completas, que estaba a cargo de un servicio

particular.

Aquella oficina constituía un oasis de seguridad; la oferta sobrepasaba la demanda en todos los mercados, salvo en los de Buriat-Mogolia, Birotidjan, territorio autónomo de Nakhitchewan y de la república autónoma de las Montañas de Karabakh, considerados como secundarios. “Hemos introducido el acordeón en Dzungaria”, explicaba, “y los samanes de la Mogolia interior reclaman nuestros tambores...” La distribución obtenía éxitos insospechados. En realidad, nadie ignoraba que la buena venta de instrumentos de música se explicaba precisamente por la penuria de objetos más útiles, y que su fabricación se debía en parte al trabajo de los artesanos refractarios a la organización cooperativa, y en parte a la propia inutilidad de aquella pacotilla... Pero de aquello era responsable la Comisión del Plan en sus estratos más superiores...

Filippov acudió a la cita con unos esquís, como Rublev. Wladek, en cambio, salió de su casa con botas de fieltro y pelliza de piel de carnero, semejante a un extraño leñador miope. Se encontraron bajo los pinos, cuyos troncos, erguidos y negros, se alzaban quince o veinte metros sobre la nieve azulada. El río describía unas curvas lentas entre las colinas cubiertas de bosque y el cielo tenía unas tonalidades rosáceas y azuladas parecidas a los fondos suaves de una acuarela japonesa. Los tres hombres se conocían desde hacía mucho tiempo. Filippov y Rublev por haber dormido en el mismo cuarto de un hotel miserable de la plaza de la Contrescarpe, en París, poco antes de la Gran Guerra. En aquella época se alimentaban de queso de Brie y de morcilla negra, comentaban con desprecio, en la biblioteca de Santa Genoveva, la sociología chata del doctor Gustave Le Bon, leían juntos en el periódico de Jaurés las actas del proceso de madame Caillaux, hacían sus compras a los vendedores ambulantes de la *rue* Mouffetard, cautivados al contemplar las antiguas casas de los revolucionarios y al transitar por las callejas cubiertas de historia... Filippov se acostaba a veces con la pequeña Marcela; castaña, risueña y seria, peinada *à la chien*, que frecuentaba la taberna del Panteón. Al anochecer, en las estrechas salas de los sótanos y al son de los violines y acordeones, bailaban juntos vales movidos. Rublev reprochaba a su camarada una moral sexual inconsecuente. A veces iban a ver, en la *Closerie des Lilas*, a Paul Fort, rodeado siempre de admiradores. El poeta componía un rostro de mosquetero, y delante del café, el mariscal Ney, sobre su pedestal, partía para la muerte blandiendo el sable y jurando, según afirmaba Rublev: “¡Hatajo de cerdos! ¡Hatajo de cerdos!” Otras veces recitaban juntos los versos de Constantino Blamont:

Soyons tels que le soleil! (2)

discutiendo luego sobre el problema de la materia y la energía, cuyos términos habían sido

2 Seamos como el sol. — (N. del T.)

renovados por Avenarius, Mach y Maxwell, “La energía es la única realidad cognoscible”, afirmó una noche Filippov; “la materia no es más que un aspecto”... Rublev protestó: “¡No eres más que un idealista inconsciente que vuelve la espalda al marxismo...!” Y luego añadió: “Claro que tu ligereza de pequeño burgués en la vida privada me había ya puesto sobre aviso de ello”.

Aquella noche, al llegar a la esquina de la rue Soufflot, cambiaron un frío apretón de manos. La silueta maciza y negra del Panteón se elevaba al fondo de aquella calle larga y desierta, flanqueada de fúnebres faroles. Brillaban los adoquines como si una mano invisible acabara de lavarlos y una sola mujer, una prostituta de rostro medio velado, aguardaba al desconocido en la oscuridad. La guerra agravó su distanciamiento, pese a que ambos se hicieron internacionalistas, pues uno se alistó en la Legión Extranjera mientras el otro era internado. Volvieron a encontrarse en Perm, mediado el año 1918, sin poder sorprenderse o alegrarse de su encuentro más de cinco minutos. Rublev mandaba un destacamento obrero encargado de reprimir un motín de marinos borrachos. Filippov, en cambio, acababa de escapar por azar a las mazas de los campesinos alzados contra las requisas. Sostuvieron consejo a la luz de una vela, protegidos por proletarios de Petrogrado, con los gabanes cruzados por cintas de cartuchos. En la ciudad, oscura y hostil, sonaban disparos de vez en cuando. Filippov fué el primero en hablar: “Haz fusilar a cualquiera o no saldremos de aquí.” Uno de los hombres que estaban de guardia en la puerta gruñó en señal de asentimiento. “¿A quién?”, preguntó Rublev venciendo su cansancio, sus ganas de dormir y las náuseas que sentía. “Tenemos rehenes: oficiales, un pope, fabricantes...” Rublev ahogó un bostezo: “¿Es necesario?” El hombre de guardia volvió a gruñir: “Claro que sí. Si no, estamos perdidos.” Y como si quisiera subrayar las últimas palabras, dió unos pasos hacia ellos, con las manos sucias levantadas amenazadoramente.

Rublev se puso en pie, presa de una cólera sorda: “¡Silencio! ¡Prohibido intervenir en las deliberaciones del consejo de ejército! ¡Disciplina!” Filippov le obligó a sentarse de nuevo y, decidido a cortar cualquier altercado, le susurró irónicamente: “Recuerdas la *Boul' Miche*?” Pero la estratagema no tuvo resultado.

—No sigas hablando, tártaro... Soy contrario a la ejecución de rehenes. No quiero derivar hacia la barbarie.

Pero Filippov replicó:

—Tienes que consentir por varias razones. Primera: porque tenemos cortada la retirada en tres cuartas partes. Segunda: porque me hacen falta unos vagones de patatas que no puedo pagar. Tercera: porque si bien los marinos se han conducido como unos bribones, no les puedes fusilar a ellos porque son unos magníficos muchachos. Y cuarta: porque en cuanto hayamos vuelto la espalda, todo el país se sublevará... Señal de que...

La orden de ejecución, escrita con lápiz en el dorso de una factura, estaba dispuesta. Rublev la firmó a regañadientes: “Si en este momento tengo un deseo, es que pronto paguemos esto, tú y yo. Estamos manchando la revolución. El diablo sabrá lo que va a ocurrir...” Entonces eran todavía jóvenes. Ahora, veinte años más tarde, encanecidos y con aspecto derrotado, se deslizaban lentamente sobre los esquís, a través del admirable paisaje de Hokussi, mientras el pasado iba reviviendo en sus mentes sin que cruzaran una sola palabra entre ellos.

Filippov se adelantó. Wladek salió a su encuentro. Clavaron los esquís en la nieve y siguieron un sendero del bosque, cubierto de nieve y flanqueado de hayas blancas.

—¡Qué alegría volvernos a ver! —exclamó Rublev.

—Es sorprendente que estemos todavía vivos—dijo Wladek.

—¿Qué vamos a hacer ahora?—preguntó Philippov, — *That is the question.*

Les rodeaba el bosque, la nieve, el hielo, el azul del cielo y el impresionante silencio. Wladek habló de los polacos, desaparecidos todos ellos en las cárceles. Primero la derecha, dirigida por Kostchewa, y luego la izquierda, dirigida por Lenski.

—Los yugoeslavos han corrido igual suerte —añadió— y también los finlandeses.

Fué sembrando su relato de nombres y rostros hasta que Philippov le interrumpió:

—¡La comisión del Plan es mucho más segura! —exclamó alegremente. Luego, poniéndose repentinamente serio, agregó: —Creo que debo la vida a Bruno. Tú le conociste, Kiril, cuando era secretario de Legación en Berlín. ¿Recuerdas su perfil asirio? Esperaba que le liquidaran después de la detención de Kretinski, y lo increíble es que lo nombraran subdirector de un servicio central en el interior... Eso le daba acceso al fichero principal. Me dijo que esperaba haber salvado por lo menos una docena de camaradas suprimiendo sus fichas. Él también estaba fichado, pero eso no le preocupaba. Claro que quedaban los expedientes del archivo central, pero como están menos a la vista, son más difíciles de hallar.

—¿Y cómo acabó?

—El año pasado desapareció. Ignoro las circunstancias.

Hubo un intervalo de silencio. Luego Philippov repitió:

—¿Qué vamos a hacer?

Nadie le contestó. Aunque ninguno se atreviera a confesarlo, todos pensaban en la suerte de aquel Bruno. Wladek fué el primero en romper el penoso mutismo. Rebuscó cigarrillos en todos sus bolsillos y afirmó con el aire un poco grotesco de un niño llorón:

—Os aseguro que si alguna vez quieren detenerme, no me dejaré coger vivo.

Los otros dos se quedaron mirando la lejanía con aire pensativo.

—Sin embargo — dijo Philippov —, algunas veces vuelven a poner en libertad a los

detenidos o se contentan con deportarles. Conozco a algunos que les ocurrió eso. Y además, hay en esa actitud algo que no me gusta. Se parece demasiado a un suicidio.

Se interrumpió unos instantes para proseguir con más vehemencia:

—Si intentan detenerme les diré con toda cortesía que, con proceso o sin él, no estoy dispuesto a que me lleven a ningún “combinado”. Que hagan de mí lo que quieran. Cuando se está limpio de toda culpa, creo que hay oportunidades de salir bien librado. En último caso siempre puede aceptarse un destino en Kamchatka o hacer planes de talas de bosques. ¿No opinas igual que yo, Kiril?

Éste se quitó su gorro de piel y dejó que el aire frío se posara como una mano helada sobre su frente ancha, bajo unos mechones revueltos.

—Desde que fusilaron a Nicolás Ivanovitch presiento que dan vueltas de una manera invisible a mi alrededor. Y les espero. No se lo digo a Dora, pero ella lo sabe. Por lo tanto, el problema que os estáis planteando es algo muy práctico para mí, ya que puede ser cosa de unos días... Y... no sé...

Andaban lentamente, hundiéndose en la nieve hasta los tobillos. Sobre sus cabezas volaban, de rama en rama, los cuervos. La luz del día se hallaba toda impregnada de una blancura invernal. Kiril sobrepasaba en estatura a sus compañeros. Mientras andaba iba monologando con voz tranquila, como si hablara consigo mismo:

—El suicidio es tan sólo una solución individual y por consecuencia no es socialista. En mi caso, practicarlo sería difundir un mal ejemplo. No quiero quebrantar con ello, querido Wladek, tu resolución: tienes tus razones y creo que son valederas para ti. Decir que no se piensa abrir los labios es valiente, demasiado valiente acaso, ya que nadie está completamente seguro de sus fuerzas. Y además, todo es más complejo de lo que parece.

—Sí..., claro... —asintieron los demás dando traspies en la nieve.

—Sería necesario estar consciente de lo que ocurre..., estar consciente...

Rublev repitió las últimas palabras con aire de pedagogo preocupado. Wladek pareció irritarse y gesticuló, congestionado, con sus brazos cortos:

—¡Maldito teórico! ¡Incurable propagador de sofismas! Me parece estar leyendo todavía los artículos en los que defendías en el 27 a los trozkistas, demostrando que el partido proletario no podía degenerar... Porque si degeneraba era evidente que había dejado de ser el partido proletario... ¡Bah! ¡Un casuista! Lo que ocurre está claro como el día. Termidor, Brumario, etc., sobre un plan social imprevisto en el país donde Gengis Kahn dispone de teléfono, como decía el viejo Tolstoi.

Filippov intervino entonces en la conversación.

—Gengis Kahn — dijo pausadamente — es un gran desconocido. No era cruel. Si mandaba levantar pirámides de cabezas cortadas, no era por maldad ni por un primitivo gusto estadístico, sino para despoblar los parajes que no podía dominar de otra manera, y que quería reducir a la economía pastoril, única que era capaz de entender. Eran ya los problemas diferenciales de las economías los que impulsaban en aquellos tiempos la espada de los verdugos... Además, hay que considerar el hecho de que no tenía otro medio de asegurarse de la buena ejecución de las matanzas que reuniendo las cabezas cortadas. El Kahn desconfiaba de su mano de obra.

Siguieron andando unos instantes hasta alcanzar un paraje donde la nieve era más profunda.

—¡Maravillosa Siberia! —murmuró Rublev, a quien el paisaje había serenado. Wladek, en cambio, se volvió hacia sus dos camaradas y exclamó, cómicamente exasperado:

—¡Magníficas disertaciones! Uno conferencia sobre Gengis Kahn y el otro preconiza la adopción de una postura por parte de la conciencia. ¡Os estáis burlando de vosotros mismos, camaradas! Permitidme que os haga una revelación. Yo..., yo...

(Vieron cómo sus gruesos labios temblaron, cómo se extendía una niebla ligera sobre los cristales de sus gafas, cómo aparecían en sus mejillas unas arrugas verticales y cómo balbuceaba de una manera ininteligible durante unos instantes.)

—Soy de una naturaleza más burda que la vuestra, queridos camaradas. Y he de confesar que me muero de miedo. Lo digo y lo repito, aunque sea indigno de un revolucionario, aunque ello me haga desmerecer ante vuestros ojos. Vivo completamente solo, como un animal, oculto entre toda esta nieve y todos estos árboles que detesto desde lo más profundo de mi ser. ¿Por qué? Porque tengo miedo. Vivo sin mujer porque no quiero que seamos dos a despertarnos durante la noche, preguntándonos si será la última de nuestra vida. Los espero cada noche, completamente solo, tomando bromuro hasta que me duermo embrutecido para despertarme a la media hora, sobresaltado, creyendo que ya están allí. Entonces grito: “¡Quién anda ahí!” Y la vecina me contesta: “Es la ventana, Vladimir Ernestovitch... Duerma tranquilo.” Pero, por muchos esfuerzos que hago, no puedo volver a conciliar el sueño. Es espantoso. Tengo miedo y vergüenza, no por mí, sino por todos nosotros. Pienso en los fusilados, veo sus rostros y me parece escuchar su charla... A veces me acometen dolores todavía clasificados por la medicina: la nuca me da unas punzadas terribles y todo lo veo entonces borroso. Es el miedo..., el miedo que siento constantemente, que no me abandona un solo instante. Miedo de todo lo que me rodea... Miedo de pensar, de comprender...

Se interrumpió. Sus ojos parpadearon y su rostro congestionado tuvo unos movimientos

convulsivos.

Filippov hizo un ademán impreciso:

—Yo también tengo miedo, como es natural. Pero como no sirve de nada, me he acostumbrado ya. Se vive con él como con una hernia.

Kiril Rublev se apartó lentamente de sus compañeros. Contempló sus propias manos, que eran fuertes y anchas, con un poco de vello sobre las articulaciones. “Manos cargadas todavía de una gran vitalidad”, pensó. Maquinalmente, sin saber a ciencia cierta lo que hacía, cogió un puñado de nieve y se puso a amasarla con fuerza. Sus labios adquirieron un gesto irónico.

—Somos todos unos miedosos — dijo gravemente. — Todo lo que estáis diciendo es conocido desde hace mucho tiempo. El valor consiste en saberlo y comportarse, cuando hace falta, como si el miedo no existiera. Haces mal, Wladek, en creer que tu temor es excepcional. Y aunque así fuera, creo que no vale la pena encontrarse en medio de toda esta nieve mágica para hacerse confidencias tan inútiles...

Wladek no respondió nada. Se limitó a contemplar con sus grandes ojos el paisaje desierto, triste y luminoso. Por su mente atravesaban en aquel instante unos pensamientos tan lentos y silenciosos como el vuelo de los cuervos: “Todas nuestras palabras no sirven para nada... Quisiera una taza de té caliente...” Pero en aquel mismo momento, Kiril, despojado del peso de los años, retrocedió unos pasos, levantó el brazo... y la dura bola de nieve se estrelló contra el pecho de un Filippov sorprendido.

—¡Defiéndete, que ataco! —gritó alegremente al tiempo que recogía nieve con ambas manos.

—¡Maldito niño!—respondió Filippov, transfigurado.

Casi en seguida se hallaban empeñados en una intensa batalla. Los tres parecían revivir sus años infantiles, cuando luchaban en las afueras de la ciudad después de salir del colegio. Wladek, inmóvil en su sitio, iba formando bolas con ademanes metódicos y luego atacaba de flanco a Rublev, riendo hasta saltársele las lágrimas, injuriándole sin cesar:

—¡Maldito teórico! ¡Moralista! ¡Que el diablo te lleve!... —y errándole siempre.

Pronto estuvieron muy acalorados. La noche cayó de una manera súbita, envolviendo la nieve y los árboles petrificados en una ligera bruma. Los tres, conteniendo con ambas manos los latidos acelerados de su corazón y respirando hondamente, se encaminaron hacia la vía férrea.

—¿Qué me dices, Kiril, de ese golpe que te ha acertado la oreja? — preguntó Filippov entre risas.

— ¿Y el que yo te he dado en la nuca? —le replicó a su vez Rublev.

Fué Wladek quien reanudó la grave conversación anterior:

—Tengo los nervios destrozados... Mi temor es que, ocurra lo que ocurra, reventaré como cualquier otro para fertilizar la tierra socialista, si es la tierra socialista...

—Capitalismo de Estado — repuso Filippov.

Rublov intervino entonces:

—...hay que ser consciente. Hay que obligar a la conciencia a adoptar una posición. Bajo esta barbarie permanece intacta una conquista y un progreso bajo esta regresión. ¡Contemplad las masas, nuestra juventud, todas esas nuevas fábricas, el Dniepronastroi, Magnitogorsk, Kirovsk...! Somos todos unos fusilados en potencia, pero la verdad es que el aspecto de la tierra rusa ha cambiado, que los pájaros emigrantes no deben reconocer ya esos desiertos donde se cuentan a miles las obras. Y que surge un nuevo proletariado industrial, llegando a diez millones los hombres que se afanan con las máquinas, en lugar de los tres y medio de 1927. ¿Qué es lo que ese esfuerzo dará al mundo en medio siglo?...

—...¿cuando no quede nada de nosotros, ni siquiera nuestros esqueletos? — completó Wladek, acaso sin ironía,

Se despidieron, por precaución, al llegar a las primeras casas. Wladek propuso otro encuentro para fecha próxima y los demás asintieron con aparente entusiasmo, pero seguros en el fondo de que no volverían a verse. Se separaron después de darse unos fuertes apretones de manos. Kiril Rublev se deslizó sobre sus esquís hasta la estación siguiente, siguiendo la linde del bosque. Una niebla espesa lo envolvía todo, surgiendo del suelo como las tinieblas. La luna, en su cuarto creciente, iluminaba difusamente las copas de los árboles. No pudo contener un pensamiento: “Desagradable luna... El temor surge en nuestra alma con la noche”...

Unos días después, cuando los Rublev estaban terminando de cenar, llegó Xenia Popova para comunicarles una gran noticia. Sobre la mesa había un plato de arroz, unos pedazos de salchichón, una botella de agua mineral Narzan y un pan de color grisáceo. El fogón Primus zumbaba bajo la tetera. Kiril Rublev se hallaba sentado en un viejo sillón, y Dora en un extremo del desvencijado diván.

—¡Qué hermosa eres! —dijo afectuosamente Kiril, dirigiéndose a Xenia. — Enséñame tus ojos... — Ella volvió la cabeza hacia él, mostrando sus ojos profundos, bordeados de espesas pestañas. — Ni las piedras, ni las flores, ni siquiera el cielo tiene ese color — añadió Rublev.— Sólo la pura maravilla de tu ojos. Puedes sentirte orgullosa, pequeña.

Xenia trató de ocultar un rubor súbito.

—Va usted a hacer que me avergüence — repuso con timidez.

Pero Rublev, sin hacer caso de la protesta, siguió contemplándola. Conocía a Popov desde hacía veinte años. Era un viejo imbécil que, falto de la mínima inteligencia para comprender el

abc de la economía política, se había especializado en los problemas de moral socialista, sumergiéndose, por esa razón, en el mar de expedientes de la Comisión Central de Control del Partido. Vivía tan sólo para los adulterios, las prevaricaciones, las borracheras crónicas y los abusos de autoridad cometidos por los viejos revolucionarios. Era él quien distribuía las advertencias, preparaba las requisitorias, daba oídos a las quejas, preparaba las ejecuciones y proponía recompensas para los ejecutores. “Muchos bajos menesteres tienen que cumplirse; es necesario, por tanto, que existan muchos seres viles.” El pensamiento de Nietzsche cobraba en él su más trágico relieve. ¿Pero cómo era posible que de su carne y de su alma se hubiera desgajado una rama como Xenia? “La vida triunfa sobre nuestra baja arcilla”, pensó Rublev mientras la observaba con una alegría ávida y maliciosa.

La muchacha cruzó las piernas y encendió un cigarrillo. Se sentía tan feliz que temía demostrar a todos su dicha. Adoptó un aire de estudiado despegue para decir:

—Papá ha logrado que me manden al extranjero. Estaré seis meses, pensionada por la Dirección Central Textil, estudiando la nueva técnica de tejidos impresos... Papá sabía que deseaba ir al extranjero... ¡Qué alegría me ha dado!...

—Y tienes tus motivos para estar alegre, querida — dijo Dora. — ¿Qué piensas hacer en París?

—Me da vértigo sólo de pensarlo. Visitaré Notre-Dame y Belleville. He leído la vida de Blanqui y la historia de la Comuna. Iré a ver el *faubourg* Saint-Antoine, la *rue* Saint-Merry, la *rué* Haxo, el muro de los Federados... Sé que Bakunin vivió en la *rué* de Borgoña, pero he buscado en vano el número. Además, es posible que desde entonces los hayan cambiado. ¿Sabe usted dónde vivió Lenin?

—Estuve en su casa una vez — pronunció Rublev lentamente. — Pero he olvidado por completo el lugar donde se hallaba.

Xenia soltó una exclamación de reproche. ¿Cómo podían olvidarse semejantes cosas? Sus grandes ojos se dilataron asombrados.

—¿De verdad conoció usted a Wladimir Illitch?... ¡Qué suerte!

“Es una niña”, pensó Rublev, “Pero tiene razón”...

—Además — añadió la muchacha tras una ligera vacilación — quiero proveerme de unos cuantos vestidos. Comprar bonitas cosas francesas... ¿No hago mal, verdad?

—Todo lo contrario — repuso Dora. — Todas nuestras muchachas deberían de tener cosas así.

—Eso pienso yo. Pero mi padre dice que los vestidos tienen que ser utilitarios y que los adornos son supervivencias de culturas bárbaras... Dice también que las modas caracterizan la

mentalidad capitalista... (Los ojos azules tuvieron un resplandor de risas).

—Tu padre es un viejo y maldito puritano... ¿Qué es lo que hace ahora?

Xenia pareció vacilar unos instantes antes de responder:

—Está muy ocupado con el asunto Tulaev. Asegura que se trata de una gran conjura.

—Conocí un poco a ese Tulaev — manifestó Rublev con voz algo sorda. — Hace cuatro años tomé la palabra para atacarle en el seno del Comité de Moscú. Estábamos en vísperas de invierno y, como es natural, faltaban los combustibles. Tulaev propuso el inmediato procesamiento de los dirigentes del Trust de los Combustibles. Logré que rechazaran aquella estúpida proposición.

—...mi padre dice que hay muchas personas comprometidas... Según creo... no lo repita porque es bastante grave, han detenido a Erchov... Estaba descansando en el Cáucaso cuando le llamaron. No ha vuelto a aparecer, pero escuché por casualidad una conversación telefónica respecto a su mujer y estoy convencida de que ella se halla también detenida...

Rublev cogió el vaso vacío que estaba sobre la mesa y se lo llevó a los labios maquinalmente. Xenia le contempló estupefacta y Dora no pudo contener una pregunta, sorprendida:

—¿Qué estás bebiendo, Kiril?

Éste tardó unos segundos en responder:

—Nada... Absolutamente nada — repitió con sonrisa abstraída.

Se produjo un mutismo penoso. Xenia bajó la cabeza. Entre los dedos de su diestra humeaba, inútil, el cigarrillo. Finalmente hizo un esfuerzo para preguntar:

—¿Cree que nuestra España podrá seguir resistiendo? Quisiera...

Se interrumpió sin decir lo que hubiera deseado. Rublev volvió a dejar el vaso vacío sobre la mesa.

—No tardarán en derrotarla — afirmó lacónicamente.

Siguió un silencio mucho más largo que el anterior. Dora trató inútilmente de hablar sobre otros temas: “¿Vas al teatro, Xenia? ¿Qué estás leyendo ahora?” Pero sus buenos propósitos cayeron en el vacío. Una niebla húmeda y fría fué invadiendo irresistiblemente la estancia. La lámpara se iba empañando. Xenia no pudo reprimir un súbito escalofrío. Rublev y Dora se levantaron al mismo tiempo para acompañarla hasta el umbral. Al ponerse en pie sobrepasaron por un instante la niebla.

—Xenia — dijo Dora dulcemente —, deseo que seas feliz.

La muchacha volvió a estremecerse. Estas palabras le sonaban como una despedida. Fué a hablar, pero Rublev la cogió afectuosamente por la cintura:

—Tienes unos hombros de figurita egipcia. Más anchos que las caderas. Con esos hombros y esos ojos luminosos, querida Xeniutchka, trata de preservarte bien...

—¿Qué quiere usted decir?

—Muchas cosas. Ya me comprenderás algún día. Buen viaje.

En el último instante, cuando se hallaba ya en el vestíbulo atestado de montones de periódicos, Xenia recordó una cosa importante que no podía seguir callando.

—He oído decir a mi padre que han vuelto a traer a Ryjik a una cárcel de Moscú, que ha hecho la huelga del hambre y que se encuentra muy mal... ¿Es un trotszkista?

—Sí.

—¿Un agente del extranjero?

—No... Un hombre puro y fuerte, transparente y limpio como el cristal.

En la mirada desesperada de Xenia apareció una expresión de temor.

—¿Entonces?...

—Nada ocurre en la Historia que, hasta cierto punto, no sea racional. Los mejores deben ser aniquilados algunas veces porque estorban, precisamente porque son los mejores. No puedes comprenderlo todavía, querida Xenia.

Un impulso maquinal la lanzó casi al pecho de Rublev.

—¿Es usted opositorista, Kiril Kirilovitch?

—No.

Esta fué la última palabra de aquella conversación. Tras unas cuantas caricias y unos besos cambiados con Dora — cuyos labios estaban fríos como el hielo —, Xenia desapareció en la penumbra del pasillo. Kiril y su mujer volvieron al interior de la estancia, que les pareció más fría, más grande, más inhospitalaria.

—Así es — pronunció Kiril.

—Así es — repitió Dora con un suspiro.

Rublev se sirvió un vaso de vodka, apurándolo de un trago, y contemplando luego fijamente a su mujer, le preguntó:

—Dora, tú que vives conmigo desde hace dieciséis años, ¿crees que soy un opositorista?

Ella prefirió no contestar. Muchas veces se hablaba Kiril Kirilovitch a sí mismo haciendo como que se dirigía a ella. Entonces era mejor no interrumpirle, no cortar con inútiles respuestas el hilo tenso de sus pensamientos.

—Quisiera emborracharme mañana, querida Dora. Me parece que luego lo vería todo con mayor claridad... Nuestro partido no puede permitir ninguna oposición: es monolítico, precisamente porque une el pensamiento y la acción para lograr una eficacia superior. Preferimos

errar unidos que tener razón unos contra otros, pues así somos más poderosos en nuestra lucha por el proletariado. Era un viejo error del individualismo burgués tratar de hallar la verdad a través de una conciencia, de la propia conciencia de cada uno..., de la conciencia mía, de aquel, de aquel otro... ¡Nos reímos del *yo*! ¡Me río del *yo* y de la verdad con tal de que el Partido sea fuerte...!

—¿Qué partido?...

Las dos palabras pronunciadas por Dora, con voz baja y glacial, en el momento en que el péndulo interior comenzaba su trayectoria a la inversa, causaron su efecto.

—...es evidente que si el Partido se ha traicionado a sí mismo, no es ya el partido de la Revolución, y en ese caso lo que estamos haciendo aquí es ridículo y loco. Precisamente todo lo contrario de lo que debería hacerse en realidad: cada conciencia debería dominarse. Necesitamos una unidad inquebrantable para contener la marea creciente de las fuerzas enemigas... Pero si ocurre que esas fuerzas se apoyan en nuestra unidad, entonces... ¿Qué es lo que acabas de decir?...

No acertaba a estarse quieto un solo instante. Su figura angulosa se desplazaba constantemente de un lado a otro de la habitación. Dora le contempló unos instantes y luego se encogió de hombros:

—Nada.

—Será necesario, entonces, revisar los juicios formulados sobre la oposición entre 1923 y 1930, de siete a diez años antes. Debimos estar equivocados en aquella época y acaso la oposición tenía razón... Tal vez porque nadie creía que la Historia pudiera seguir el curso que llevaba... ¿Habrá que revisar los juicios sobre los años muertos, sobre las luchas ya acabadas, las fórmulas superadas y los hombres sacrificados por diversas causas?

Transcurrieron algunos días. Días de Moscú, presurosos y apresurados, llenos de ocupaciones, interrumpidas de vez en cuando por límpidos resplandores, cuando se olvidan todas las preocupaciones para contemplar las tonalidades cambiantes y la nieve, en la que se refleja un sol hermoso y frío.

Por las calles transita un pueblo tan numeroso como las hierbas de la estepa, mezcla de cien razas diferentes: eslavos, fineses, mogoles, escandinavos, turcos, judíos... Cien razas unidas en un solo crisol: la Unión. El transeúnte, al contemplar ese reflujo humano, piensa en las máquinas que producen energía para las nuevas fábricas; son ágiles y brillantes, con la fuerza de millones de esclavos insensibles. Piensa en ese mundo nuevo que emerge poco a poco del mal, de la falta de jabón, de ropa blanca, de trajes, de generosidad, de franqueza y de alegría. Piensa que en torno de las fábricas gigantescas, mejor provistas que las de Detroit o las del Ruhr, crecen las barracas sórdidas, en las que las multitudes sometidas a la dura ley del trabajo duermen el sueño

de los brutos. Pero asimismo tiene la seguridad de que la fábrica vencerá a la barraca, y que las máquinas acabarán por dar a esas multitudes, o a las que las sigan, un sorprendente resultado. El ensueño se hará realidad. Y ese nacimiento de un mundo nuevo, esa progresión constante de la máquina y la masa, significará necesariamente el fin de muchas cosas...

Kiril dió unos pasos y luego se detuvo junto a un farol. A su alrededor continuaba transitando el río humano. Se levantó el gorro de astracán y pasó su mano por la frente. Dora estaría esperándole con la misma inquietud de siempre, pero no le importaba. Quería seguir pensando, pensando...

“¿Será también el fin de nuestra generación? ¿Tendremos que perecer para que otros sigan su marcha hacia adelante? ¿Qué duda cabe...? Nuestra resistencia no haría más que agravar el mal. Si un Bujarin o un Piatakov se levantaran de pronto del banco de los acusados para desenmascarar en un periquete a los pobres camaradas que mentían en virtud de órdenes superiores, al fiscal falsario, a los jueces complicados, a los feroces esbirros, al Politburó obediente a los dictados del terror, al Comité Central aniquilado... ¡Qué júbilo en el mundo capitalista! ¡Qué titulares en la prensa fascista! *El escándalo de Moscú. La podredumbre del Comunismo. El jefe denunciado por sus víctimas...* No; es preferible el fin, sea cual sea. La cuenta se ha de saldar entre nosotros, en el seno de una sociedad nueva corroída por viejas enfermedades...” Y el pensamiento de Rublev no dejaba un instante de dar vueltas en este círculo de hierro.

Un anochecer, después de cenar, se puso la pelliza y, calándose el gorro de astracán, dijo a Dora:

—Voy a tomar el aire arriba.

Cogió el ascensor y subió a la terraza, situada sobre el décimo piso. En verano se establecía allí un restaurante caro y los comensales, mientras escuchaban distraídamente los violines, contemplaban las innumerables luces de Moscú. Pero en invierno, cuando no había comensales, ni flores, ni pantallas de colores en las mesas, ni violines, ni aromas de carnero asado, de champaña y de cosmético, era mucho más bello. Sólo la noche extendida sobre la ciudad. El halo rojo de la plaza de la Pasión envolvía las casas cercanas. Desde aquella altura, la electricidad no molestaba la vista y se distinguían perfectamente las estrellas. Resplandores de ascua, surgiendo entre el negro denso de los edificios, señalaban las plazas. Los paseos, claros y verticales, se perdían en la sombra.

Con las manos metidas en los bolsillos dió una vuelta a la terraza, tratando de alejar todos los pensamientos que invadían su mente. Una sonrisa desvaída apareció entre la barba y el bigote. “Hubiera tenido que obligar a Dora a que viera esto. Es magnífico, magnífico...” Se detuvo de pronto, maravillado y sorprendido, ya que, como surgida del cielo y de la noche, acababa de

aparecer ante sus ojos una pareja que, enlazada por la cintura e inclinada hacia adelante, se acercaba a él con el movimiento ligero de un vuelo. Los dos enamorados que patinaban a solas en la terraza parecieron precipitarse sobre él e iluminarle con sus rostros cautivados y su labios entreabiertos. Después de describir una extensa curva casi aérea, regresaron hacia el horizonte, es decir, hacia el otro lado de la terraza desde donde se distinguía el Kremlin. Les vio detenerse allá y acodarse en la balaustrada. Les siguió y se acodó como ellos. Se veía perfectamente la alta muralla almenada, las macizas torres de guardia, la llama roja de la bandera, alumbrada por un proyector, sobre la cúpula del Ejecutivo, los bulbos de las catedrales y el vasto halo luminoso de la Plaza Roja...

La joven patinadora echó una mirada de soslayo a Rublev, en quien reconoció al viejo bolchevique influyente, al que un auto del Comité Central acudía a buscar todas las mañanas... el año anterior. Volvió la cabeza hacia él. Entre tanto, su amigo le acariciaba la nuca con las yemas de los dedos.

—¿Vive allá el jefe de nuestro partido? —preguntó la muchacha, levantando la mirada hacia las torres almenadas que se destacaban, envueltas en luz, entre las tinieblas.

—Tiene unas habitaciones en el Kremlin — respondió Rublev —, pero no vive en ellas casi nunca.

—¿Trabaja allí? ¿En cualquier lado, bajo la bandera roja?

—Sí. Algunas veces.

La muchacha se quedó unos instantes pensativa y luego volvió de nuevo hacia Rublev los ojos luminosos.

—Es terrible pensar que un hombre como él ha vivido durante años rodeado de traidores y criminales. ¡Su vida corre siempre peligro...! ¿No es terrible?

Rublev le hizo eco sordamente:

—...terrible.

—Vamos, Dina — dijo a media voz su acompañante.

Volvieron a cogerse por el talle, se inclinaron y, como impulsados por una fuerza misteriosa, partieron hacia el otro horizonte... Rublev, un poco irritado, se encaminó hacia el ascensor.

Abajo halló a Dora, muy pálida, sentada ante un visitante desconocido, joven y correctamente vestido.

—Camarada Rublev, le traigo un mensaje del Comité de Moscú... — Le alargó un sobre amarillo. En el interior, una simple convocatoria para un asunto urgente.— ¿Quiere acompañarme? Tengo el coche abajo...

—¡Pero si son las once...!— objetó Dora.

—El camarada Rublev estará de regreso dentro de veinte minutos — aseguró el desconocido. — Podrá utilizar el coche, si lo desea.

Rublev hizo una señal de asentimiento.

—Estaré abajo dentro de tres minutos.

Luego, cuando el mensajero hubo salido, contempló a su mujer. Tenía los labios exangües y un rostro amarillento, como desfallecido. Ella le miró también a su vez y murmuró:

—¿Qué crees que será?

—No lo sé. Ya sabes que ha ocurrido otras veces. Claro que, de todas maneras, es bastante extraño...

Trató de aparentar una serenidad que estaba muy lejos de sentir. No había ningún socorro posible. Se besaron rápidamente, maquinalmente, con los labios helados. “En seguida volveré...”, pensó Rublev. “En seguida...”

Las oficinas del Comité estaban completamente desiertas. En la secretaría, un grueso tártaro, con el cráneo afeitado, la guerrera cuajada de condecoraciones y el labio superior orlado de pelo negro, leía los periódicos mientras bebía una taza de té.

—¿Rublev? ¡En seguida!

Abrió una carpeta y sacó de su interior una hoja mecanografiada. La leyó con las cejas fruncidas y luego levantó el rostro, un rostro congestionado, sudoroso y grasiento de buen gastrónomo.

—¿Tiene usted el carnet del Partido? ¿Quiere enseñármelo?

Rublev sacó de su cartera la libreta de tapas rojas donde estaba escrito: “Afiliado desde 1907”. Más de treinta años ¡Y qué años...!

—Bien.

La libreta de tapas rojas desapareció en un cajón de la mesa.

—Es usted objeto de una instrucción criminal. Si ha lugar, se le devolverá el carnet después del sumario. Eso es todo.

Rublev esperaba aquello desde hacía largo tiempo. Sin embargo, no pudo evitar que el furor erizara sus cejas, crispara sus manos y apretara sus mandíbulas... El funcionario echó para atrás su sillón,

—No sé nada más... Cumpló órdenes precisas. Eso es todo, ciudadano.

Rublev dio media vuelta, sintiendo en su interior un extraño alivio. Siguió un corredor vacío y desembocó en la gran escalinata de mármol. Luego atravesó la doble puerta giratoria y salió a la calle. Una ráfaga de frío seco le azotó el rostro. Levantó la cabeza y vio el auto negro del

mensajero que le esperaba junto a la acera. Al lado del joven desconocido, que aguardaba fumando, había alguien más. Éste se acercó para decirle en voz baja:

—Camarada Rublev. Tiene que acompañarnos... Es cosa de unos instantes y...

Kiril Kirillovitch asintió:

—Ya sé, ya sé.

Abrió la portezuela, penetró en el “Lincoln” helado y cruzó los brazos, ejerciendo toda su voluntad para dominar una explosión de furor desesperado...

Los cristales reflejaron las calles, oscuras y nevadas.

—¡Frene...!— ordenó al chofer, que obedeció en silencio. Entonces bajó el cristal para ver mejor un trecho de la calle. Que fuera la que fuera... No le importaba. La calzada resplandecía, cubierta por una capa de nieve virgen. Un viejo hotel señorial, vestigio del siglo pasado, parecía dormir, sumido en un sueño profundo de cien años. Los troncos plateados de los álamos brillaban débilmente en el jardín. Contempló pensativo lo que se ofrecía ante sus ojos. Una villa, envuelta en un perfecto silencio, en una pureza de ensueño... ¡Adiós, villa sumergida! El chofer aceleró... “Somos nosotros los que estamos bajo el mar”, pensó Kiril. “Pero es igual... Hemos sido fuertes...”

IV

CONSTRUIR ES PERECER

Makeev poseía en un grado excepcional el don de olvidar para medrar. De su época de pequeño labrador de Akimovka, por Kliutchevo, La Fuente, gobierno de Tula, y de los campos ondulados, verdes y rojizos, no le quedaba más que un recuerdo elemental y preciso para enorgullecerse de haber cambiado. Había sido un muchacho pelirrojo, parecido a otros tantos millones y destinado, como ellos, a las duras tareas de la gleba. Las muchachas del pueblo no le habían querido; le llamaban, con un matiz de burla, Artiemka, “El Picado”. El raquitismo infantil curvaba sus piernas de una manera grotesca y era bastante débil. Sin embargo, a los diecisiete años, en las batallas que tenían lugar entre los de la calle Verde y los de la calle Pestilente, derribaba a sus contrincantes con un puñetazo de su invención, dado en cualquier punto entre el cuello y la oreja, y que bastaba para provocar un vértigo instantáneo... Cuando se terminaron las batallas y en vista de que ninguna muchacha le quería todavía, permanecía sentado en el umbral de su casa, comiéndose las uñas y viendo cómo se movían entre el polvo los enormes dedos de sus pies. De haber sabido que había palabras para expresar el pernicioso torpor de aquellos instantes, habría murmurado, como Máximo Gorki a su edad: “¡Qué aburrimiento, qué soledad y qué ganas de romperle la cabeza a alguien!” No por el placer de vencer, en este caso, sino para evadirse de sí mismo y de un mundo peor. El Imperio hizo de él un soldado pasivo, tan sucio y ocioso como los demás que guarnecían las fronteras de Volinia. Pasaba el tiempo merodeando por lugares visitados antes por cien mil merodeadores parecidos a él, despiojándose laboriosamente al caer el crepúsculo y soñando en la violación de raras campesinas jóvenes que se rezagaban en los caminos y que, por lo demás, habían sido violadas muchas otras veces... Pero él no se decidía. Iba tras ellas por aquellos paisajes de pesadilla, llenos de árboles desmochados, de tierra removida de donde de pronto se veía salir una mano encogida, una rótula, un casco, o un bote de conservas despanzurrado. Seguía a aquellas mujeres paso a paso, con la garganta seca y los músculos ansiosos de violencia. Pero jamás se atrevió...

Al enterarse de que los campesinos se repartían la tierra se despertó en su interior una fuerza extraña, que al principio le inquietó a él mismo. A partir de aquel instante no tuvo en la imaginación más que el dominio señorial de Akimovka, la residencia de bajo frontis apoyado en cuatro columnas blancas, la estatua de una ninfa a orillas del estanque, los barbechos, los bosques, los pantanos y los prados... Sintió que odiaba de una manera inexpresable a los poseedores desconocidos de aquel universo, que era en realidad el suyo, pero que le habían arrebatado por

medio de un crimen sin nombre cometido mucho antes de su nacimiento, un crimen inmenso perpetrado contra todos los campesinos del mundo. Las ráfagas de aire, soplando sobre las tierras devastadas por la guerra, parecieron traerle murmullos ininteligibles y palabras reveladoras. A los señores, a los caballeros y a las damas de la residencia se les llamaba “bebedores de sangre”. No los había visto nunca, pero se los imaginaba bebiendo sangre, sangre igual a la de sus camaradas, tantas veces contemplada después del estallido de los “shrapnels”, cuando la embebía la tierra y la hierba amarillenta: muy roja al principio, luego negra, espesa, llena de moscas...

Por aquel tiempo, pensó por vez primera en su vida. Se pasaba las noches meditando, mientras retumbaba en la lejanía el cañón o el fuego de fusilería crepitaba junto a él. Se repetía, una y otra vez, que tenía que *marcharse, llevarse unas granadas bajo el capote, regresar al pueblo, prender fuego a la residencia y apoderarse de la tierra*. ¿Cómo se le había ocurrido la idea del fuego? El bosque se incendia muchas veces en verano, sin que se sepa por qué. La idea del fuego le obligó a pensar todavía más. Era penoso, efectivamente, quemar la bella residencia... ¿pero qué podía hacerse con ella? ¿Podía convertirse en algo útil para los campesinos? No era posible pensar en que aquellos patanes vivieran allí dentro... Quemado el nido, expulsado el pájaro. Incendiado el nido de los señores, un foso Heno de terror y fuego separaría el pasado del presente, los campesinos se habrían convertido en incendiarios y éstos son siempre pasto de la cárcel y la horca. Por tanto, sería necesario ser más fuertes que ellos... Pero este último pensamiento sobrepasaba ya su inteligencia natural, que sentía las cosas más que pensarlas.

En los trenes encontró a hombres parecidos a él, escapados también de los frentes; viéndolos, su corazón se hinchó de fuerza. Sin embargo, no les dijo nada, pues el silencio aumentaba su fortaleza. Se encendió la resistencia. Un escuadrón de cosacos marchó, por los caminos verdes, contra la sublevación campesina: las avispas zumbaban sobre las grupas sudorosas de los caballos y las mariposas multicolores huían al acre olor de aquella tropa en marcha. Antes de que los cosacos hubieran alcanzado Akimovka, el pueblo criminal, los telegramas llegados al distrito extendieron misteriosamente la buena nueva: el decreto sobre la apropiación de tierras había sido firmado por los Comisarios del Pueblo. Los cosacos se enteraron de ello por boca de un viejo de pelo blanco que surgió entre los arbustos del camino:

— ¡Es la ley, hijos míos! ¡La ley...! ¡No podéis nada contra ella...!

¡La tierra! ¡La ley! Estas palabras se difundieron en un murmullo sorprendido entre los cosacos. Interrumpieron su marcha y se pusieron a deliberar. Las mariposas, estupefactas, se posaron en la hierba mientras la tropa, detenida por un invisible decreto, se revolvía indecisa, sin saber a qué parte dirigirse. ¿Dónde estaba la tierra? ¿Qué tierra? ¿La de los señores? ¿La de ellos? ¿De quién era la tierra? ¿De quién? El oficial, consternado, sintió súbito temor de sus hombres,

pero nadie pensó en impedirle la huida. En la única calle de Akimovka, donde se espaciaban las casas de rollizos y heno, las mujeres hacían la señal de la cruz con aire atemorizado. ¿No había llegado acaso el tiempo del Anticristo?

Makeev, que no se separaba de su cinturón de granadas, apareció entonces, con las cejas fruncidas y el hocico arrugado, para gritarles a aquellas brujas que se callaran si no querían ver de lo que era capaz, que se callaran, que se callaran cuanto antes... El primer consejo de campesinos pobres de los alrededores le eligió presidente de su comité ejecutivo. El primer decreto que dictó a su escribiente (el de la justicia de paz del distrito) ordenaba la fustigación de las comadres que hablaran en público del Anticristo, y el texto, caligrafiado en redondilla, fué fijado en la calle Mayor.

Así comenzó una carrera vertiginosa. Se convirtió muy pronto en Artemio Artemitch, presidente del Ejecutivo, sin saber exactamente qué era aquel Ejecutivo, pero con los ojos centelleantes bajo el arco de sus cejas, la boca rígida, la camisa limpia de parásitos y una voluntad firme como las raíces de un roble. Mandó expulsar de sus dominios a las gentes que añoraban la policía de antes e hizo detener a otros, mandándolos a la capital de distrito, de donde no volvieron más. Decían de él que era justo. Y se lo repetía a sí mismo una y otra vez: justo. Si hubiera tenido tiempo de contemplar su propia existencia se habría sorprendido al hacer un nuevo descubrimiento. Del mismo modo que la facultad de pensar se le había revelado de pronto, otra propiedad más oscura, nacida inexplicablemente en cualquier parte de su mente, le arrastraba, le impulsaba, le daba fuerzas. No sabía su nombre. Los intelectuales la habrían llamado voluntad. Antes de aprender a decir *quiero*, lo que no logró hasta el cabo de algunos años, cuando se había acostumbrado ya a frecuentar las asambleas, supo instintivamente lo que hacía falta para obtener, imponerse, ordenar, tener éxito y luego experimentar una tranquila satisfacción, tan buena casi como la que seguía a la posesión de una mujer. Raramente hablaba en primera persona, prefiriendo decir *nosotros*. No era él quien quería cualquier cosa, sino *nosotros*. Hizo sus primeras armas en la oratoria hablando a unos soldados rojos que llenaban un vagón de mercancías. Tuvo que esforzarse para que su voz dominara el ruido del tren en marcha, pero sus palabras enardecieron al auditorio. Sin embargo, le costaba reducir sus sensaciones, sus intuiciones y sus movimientos instintivos y primarios a palabras, y luego esas palabras a ideas y a recuerdos. Prefería seguir la fuerza interior que le dirigía, seguirla ciegamente, sin pararse a considerar si sus movimientos eran justos o no.

Los blancos invadieron la comarca. Cuando cogían a uno de los innumerables Makeev que pululaban por ella, lo colgaban con un cartel infamante sobre el pecho: *bribón* o *bolchevique*. Y a veces, ambos a la vez. Él reunió a sus camaradas en el bosque, se apoderó de un tren y descendió

a una ciudad de la estepa, pues era la primera ciudad grande que veía en su vida. La existencia de la ciudad se desenvolvía, plácida y tranquila, bajo el sol tórrido. En el mercado vendían grandes sandías jugosas por algunos kopeks. Los camellos transitaban perezosamente por las calles enarenadas. A tres kilómetros, oculto entre unos cañaverales, a orillas de un arroyuelo que se deslizaba cálido entre arenas, Makeev disparó con tanta puntería sobre los jinetes de blancos turbantes, que los campesinos le hicieron subjefe. Poco después, en el año 19, se adhirió al Partido. La reunión de admisión se celebró en pleno campo, alrededor de un brasero, bajo las constelaciones radiantes. Los quince hombres del Partido se hallaban agrupados en torno al comité de los Tres, los cuales estaban agachados, en cuclillas, junto a la lumbre. Después del informe sobre la situación exterior, recitado por una voz ronca que daba a los extraños nombres europeos una consonancia asiática — Kle... nam... sso, Lloy... Djorgo..., Guermania, Liebkenecht—, el comisario Kasparov preguntó “si alguien tenía que hacer alguna objeción a la admisión del candidato Makeev, Artemio Artemievitch en el seno del partido proletario.”

—Levántate, Makeev — dijo imperativamente.

Éste ya estaba de pie, muy erguido, al resplandor rojizo del fuego, cegado por las llamas y con todas las miradas fijas en él durante aquella especie de consagración.

—Campesino, hijo de campesinos trabajadores...

Rectificó valientemente:

—Hijo de campesinos sin tierra.

Muchas voces aprobaron con una aclamación su afiliación.

—Adoptado — pronunció el comisario.

En Perekop, cuando fué necesario entrar en el mar péfido de Sivach para ganar la última batalla de aquella guerra maldita y marchar con el agua hasta el vientre y hasta los hombros en los malos trechos, Makeev, subcomisario del 4.º Batallón, arriesgó muchas veces su vida. Y la noche de la extenuante victoria, cuando un jefe, vestido con un uniforme nuevo de color caquí, se subió a un armón para leer a la tropa un mensaje del *Komandarm* — comandancia del ejército —, no le escuchó, pues tenía los músculos ateridos de humedad y los párpados caídos de sueño. Al final, las palabras hinchadas lograron penetrar hasta su mente: “¿Quién es el más valeroso combatiente de la gloriosa división de la estepa que...?” Se preguntó a sí mismo, de una manera completamente maquinal, quién podía ser el valeroso combatiente y lo que podía haber hecho, pero los párpados se le cerraron y mandó al diablo todas aquellas ceremonias. En el mismo instante, el comisario Kasparov posó en él una mirada tan severa que creyó que le había sorprendido en alguna falta. “Debe suponer que estoy borracho”, se dijo, haciendo un gran esfuerzo para no cenar los ojos. Kasparov gritó:

—¡Makeev!

Entonces salió, vacilante, de la hilera, seguido por un murmullo de todos los soldados. “Él... es él... Artemitch”... El mozuelo objeto de desprecio de las muchachas de la aldea, entraba en la gloria, cubierto de lodo seco hasta los hombros, borracho de fatiga y sin más deseo que hallar un poco de hierba o de paja donde tumbarse, El jefe le besó, conmovido. Estaba mal afeitado y olía a cebolla cruda, a sudor frío y a caballo. Sin embargo, le pareció que le besaban los propios ángeles. Entre la bruma húmeda de sus ojos reconoció en el hombre que tenía delante al guerrillero de los Urales, al vencedor de Krassny-Yar, al vencedor del Ufa y al triunfador de la más desesperada retirada: era Blücher.

—Camarada Blücher— dijo lentamente—, me siento, me siento..., alegre al verte... Eres un hombre...

Tuvo la impresión de que los párpados del jefe estaban, como los suyos, entornados por el sueño.

—Tú también eres un hombre — respondió Blücher, sonriendo —, un verdadero... Ven a tomar una taza de té al Estado Mayor de la división, mañana por la mañana.

A partir de aquel día, se formó una gran amistad entre aquellos dos hombres de igual temple, que siguieron viéndose una o dos veces al año, en los campos, en las solemnidades y las grandes conferencias del Partido.

En 1922, Makeev regresó a Akimovka en un Ford desvencijado que llevaba las iniciales del CC del PC de la RSFSR. Los chiquillos del pueblo rodearon el vehículo. Por su parte, los contempló durante algunos segundos con una intensa emoción: en realidad, se buscaba a sí mismo entre ellos, pero con demasiada torpeza para ver cuántos se parecían a él. Les echó toda su provisión de azúcar y monedas, acarició a las muchachitas más tímidas, bromeó con las mujeres, se acostó aquella noche con la más sonriente de las que tenían los senos maduros, los ojos negros y los dientes blanquísimos, y luego se instaló en la mejor casa del pueblo en calidad de secretario de la organización del Partido.

—¡Qué país tan atrasado! — exclamaba cuando alguien le hablaba de la región.—Todo está por hacer... Envuelto en tinieblas.

Enviado a la Siberia occidental para presidir un Ejecutivo regional, fué elegido miembro suplente del CC al año siguiente a la muerte de Wladimir Illitch... Anualmente iban añadiéndose nuevas menciones a la hoja de servicio de su expediente personal de miembro del Partido perteneciente a una de las categorías más responsables. Con paso seguro, honesta y pacientemente, ascendía los escalones del poder. Sin embargo, el olvido apagaba en su interior el recuerdo preciso de la infancia y la adolescencia míseras, de la guerra sufrida en la humillación y

de un pasado sin valentía y sin fortaleza. Porque se sentía superior a todos los que le rodeaban, excepto a los hombres investidos por el CC del más alto poder. A éstos los veneraba sin envidia, como seres cuya esencia no era todavía la suya, pero que un día alcanzaría, a no dudar. Se sentía en posesión de una autoridad legítima, integrada en la dictadura del proletariado como un tornillo de buen acero está puesto en su lugar, en el interior de una máquina complicada y precisa.

Como secretario del Comité Regional, gobernó Kurgansk, la ciudad y su comarca, durante varios años. Aunque nunca lo confesara, tenía el orgulloso propósito de darle su nombre: Makeevgorod o Makeevgrado, ¿por qué no? El más sencillo, Makeevo, le recordaba demasiado el lenguaje campesino. La propuesta, emitida en los pasillos de una conferencia regional del Partido, iba a ser aprobada — votada por unanimidad, según el uso —, cuando, presa de una duda, él mismo cambió de opinión en el último momento.

—Todo el honor de mi obra — exclamó desde la tribuna, bajo la enorme imagen de Lenin—pertenece al Partido. El Partido me ha hecho; el Partido lo ha hecho todo.

Estallaron los aplausos. Pero al bajar de la tribuna se preguntó, temeroso, que alusiones desgraciadas podrían dar a sus palabras los miembros del Politburó. Una hora más tarde volvió a subir a la tribuna, después de haber consultado los dos recientes números de la revista teórica *El Bolchevique*, con el fin de hallar algunas frases que lanzó al auditorio, acompañándola de breves y enérgicos gestos:

—La más alta personificación del Partido es nuestro gran jefe, nuestro genial jefe... Propongo dar su magnífico nombre a la nueva escuela que vamos a construir.

Se le aplaudió con fervor, como se habría votado igualmente el nombre de Makeevgrado, Makeevo o Makeev-City. Descendió de la tribuna enjugándose la frente, contento de haber tenido la habilidad de rechazar, por el momento, la gloria. Ya llegaría el día en que su nombre figurara en los mapas, entre los recodos de los ríos, las manchas verdes de los bosques, los sombreados de las colinas y las gruesas líneas negras de los caminos de hierro. Pues tenía tanta fe en sí mismo como en el socialismo triunfante. Y estaba seguro de su fe.

En el fondo amaba a aquel país, tan grande como la vieja Inglaterra, extendido en sus tres cuartas partes sobre Europa y desbordándose por la cuarta sobre las llanuras y los desiertos de Asia, todavía marcados por las huellas de las caravanas. País sin historia, por allí habían pasado los khazares en el siglo V, semejantes sobre sus pequeños caballos de largo pelo a los scynthos, que les habían precedido en los siglos, yendo a fundar un Imperio en el Volga. ¿De dónde procedían? ¿Quiénes eran? Por allí habían pasado los petchenegos, los jinetes de Gengis, los arqueros de Kulagu-Kahn, los cortadores de cabezas de la Horda de Oro y los tártaros. Llanuras, siempre llanuras. Las emigraciones de pueblos se perdían en ellas como el agua en la arena. De

todas aquellas leyendas inmemoriales, no sabía más que algunos nombres, algunos datos sueltos, pero comprendía a los caballos como los petchenegos, y como ellos descifraba el vuelo de los pájaros y se dejaba guiar a través de las tormentas de nieve por indicaciones indiscernibles para los hombres de otras razas. Parecía que el arco de los siglos pasados hubiera vuelto a encontrarse, por milagro, en sus manos, igual que aquellos desconocidos que habían vivido de aquella tierra y que, estando muertos, habían vuelto a encarnarse en él... “¡Todo es nuestro!”, decía con la mayor sinceridad en sus arengas del club de los Ferroviarios. Y sus palabras hubieran podido transcribirse fácilmente así: “Todo es mío”, sin saber bien dónde terminaba el *mío* y comenzaba el *nuestro*. (El *mío* pertenece al Partido; el *mío* no vale más que porque encarna, a través del Partido, la nueva colectividad; sólo que como le encarna poderosamente y conscientemente, el *mío*, en nombre del *nuestro*, posee el mundo). Pero no estaba fuerte en teorías. En la práctica, en cambio, no le acometía ninguna duda.

—Este año tengo cuarenta mil corderos en el distrito de Tatarovka — decía alegremente en la conferencia regional de producción. — El año que viene tendré tres centros carboníferos en actividad. — Y dirigiéndose a la Comisión del Plan, le dijo: “Camaradas, tenéis que darme los trescientos caballos antes del otoño o expondréis al fracaso el plan de todo el año... ¿Queréis ligar a vuestras actividades mi única central eléctrica? No me conformo: la central es mía, agotaré todos los recursos para oponerme a esa decisión y el CC decidirá.”

En realidad decía *instancias* por *recursos*, y creyendo decir *instancias* decía *insistencias*.

No tardó en instalarse en la más lujosa villa de Kurgansk. Sobre la puerta de caoba, de dos batientes, apareció un rótulo: *Despacho del secretario regional*. En el interior, una gran mesa con cuatro teléfonos, de línea directa con Moscú, el CC y el Ejecutivo Central. Palmeras enanas entre las altas ventanas, cuatro mullidos sillones de cuero — únicos que poeía la ciudad — y, sobre el tabique de la derecha, un mapa de la región especialmente dibujado por un ex oficial deportado, haciendo frente al mapa de la comisión del plan económico, fijado sobre el tabique de la izquierda, que indicaba el emplazamiento de las fábricas futuras, de las vías férreas por construir, del canal que tenía que cruzar la desolada estepa, de las tres ciudades obreras que iban a levantarse, de los baños, las escuelas y los estadios que había que crear en la ciudad... Tras el comfortable sillón del secretario regional, un gran retrato al óleo del secretario general, comprado por ochocientos rublos en los Almacenes Universales de la capital. Cuando se terminó la instalación del despacho, entró y contempló todo aquello con reprimida alegría.

— ¡Es sorprendente este retrato del Jefe! —exclamó levantando la mirada hacia el cuadro. — ¡Verdadera joya del arte proletario! — Se quedó unos instantes pensativo y luego pronunció: —¿Pero qué es lo que falta aquí? ¡Qué vacío tan extraño, tan inconcebible e inconveniente!... —

Se volvió hacia las personas que le rodeaban — el arquitecto, el secretario del Comité local, el jefe del edificio, el administrador y la secretaria particular—y preguntó: —¿Y Lenin? ¿Habéis olvidado a Lenin, camaradas? ¡Ja, ja, ja!...—Se echó a reír con insolencia entre la confusión general. El secretario local fué el primero en recobrase:

—¡Claro que no, camarada Makeev! A pesar de nuestros esfuerzos, no hemos podido terminar la instalación esta misma mañana y se han quedado en el almacén los tomos de la *Obra completa* de Illitch, así como el busto, idéntico al que yo tengo en mi despacho.

—¡Perfectamente! —asintió, con los ojos todavía sonrientes. Y antes de despedirse de todo el mundo, sentenció con tono severo: —No hay que olvidarse de Lenin, camaradas. Es la ley del comunista.

Cuando salieron los demás del despacho, se hundió en su sillón giratorio, le hizo dar vueltas en todos los sentidos, mojó la pluma nueva en la tinta roja y estampó en el bloc de notas (con la antefirma *PC de la URSS, Comité Regional de Kurgansk. El Secretario Regional*) una gran firma rubricada A. A. MAKEEV, que estuvo admirando largo rato. Luego, mirando los teléfonos, les sonrió amablemente.

—Aquí el Secretario Regional... ¿La ciudad? 76... —Prosiguió con una voz algo enronquecida: —¿Eres tú, Alia? (Una risa casi mimosa.) Nada..., nada... ¿Qué tal estás? Bueno..., bueno... Hasta ahora.— Cogió el segundo aparato: —¿Seguridad Nacional? El despacho del jefe... ¡Buenos días, Tijon Alexevitch! ¿Hemos quedado citados a las cuatro, verdad? ¿Y tu mujer? ¿Está mejor? Sí..., sí...

Sonrió satisfecho: todo aquello le parecía maravilloso. Echó una mirada de reojo a la línea directa que le unía con Moscú, pero no halló nada urgente que comunicar a los hombres del Kremlin. Sin embargo, no pudo contenerse y puso la mano sobre el aparato (¿Si llamara a la Comisión Central del Plan para hablar de los transportes por carretera?), pero tras largas vacilaciones volvió a quitarla. El teléfono le había maravillado toda su vida y aquella magia del aparato, puesta a su servicio, le parecía ahora un signo de poder. A los pocos días, los pequeños comités locales tenían sus llamadas directas. Su voz imperiosa estallaba en el aparato:

— ¡Aquí Makeev! (Se oía tan solo un “eev” rugiente) ¿Es usted, Ivanov? ¿Siguen los escándalos, eh? No los toleraré..., sanciones inmediatas... Le doy veinticuatro horas...

Representaba preferentemente estas escenas en presencia de algunos deferentes colaboradores. La sangre fluía a su rostro macizo, a su cráneo afeitado, largo y cónico. Terminada la reprensión, colgaba el auricular, se levantaba aparentando no prestar atención a ninguno de los que le rodeaban en aquel instante y abría una carpeta hojeando cualquier expediente. En apariencia trataba de calmarse, pero en realidad todo aquello no era más que un

rito interior. ¡Desgraciado el miembro del partido cuyo expediente caía en sus manos en aquellos momentos! Cuarenta segundos bastaban para que el flamante secretario regional hallara el punto débil del asunto. Si por ejemplo constaba en alguna hoja del expediente que el encargado *pretendía ser hijo de campesinos pobres, cuando en realidad era hijo de un diácono*, el verdadero hijo de campesinos pobres sonreía maliciosa y duramente y en la columna de los fallos propuestos escribía con letra muy pequeña: *excl.* (exclusión), seguida de una “M” enorme e implacable, trazada con un lápiz rojo.

Tenía una memoria desconcertante para aquellos expedientes y conseguía descubrirlos entre otros cien para mantener su decisión dieciocho meses más tarde, cuando la carpeta, aumentada con una docena de notas, volvía de Moscú. Incluso era capaz, si la Comisión Central de Control emitía un parecer favorable al mantenimiento del pobre desgraciado en el Partido, sancionándolo únicamente con una “advertencia grave”, de oponerse de nuevo con una habilidad maquiavélica. En la CCC se tenía noticia de aquellos casos, pensando con indulgencia que lo que realmente se proponía era arreglar cuentas personales, pues nadie en el mundo era capaz de creer en el desinterés de aquellas cóleras, inspiradas solamente en razones de prestigio. Sólo uno, entre todos los secretarios del CCC, se permitía a veces revisar aquellas decisiones: Tulaev.

— ¡Jaque a Makeev! —murmuraba bajo sus poblados bigotes, haciendo reintegrar al excluido, que ni él ni Makeev habían visto, ni verían jamás.

Cuando se encontraban en Moscú, cosa que ocurría raramente, Tulaev, personaje más importante que Makeev, le tuteaba familiarmente, pero añadiendo la palabra “camarada” para marcar la distancia entre bolcheviques. Por lo demás, apreciaba su carácter. En el fondo, ambos hombres se parecían. Sin embargo, Tulaev era más suave, estaba más instruido, más hastiado del ejercicio del poder (había cursado estudios en calidad de primer empleado de un gran negociante del Volga) y su carrera era más grande que la de Makeev. Llegó a sumir a éste en una confusión intolerable al relatar delante de una asamblea que, durante la manifestación del primero de mayo, se habían podido contar en el cortejo de la ciudad de Kurgansk ciento treinta y siete retratos, en diversas dimensiones, del camarada Makeev, secretario regional. Informó asimismo sobre la inauguración de una sala maternal Makeev, en un pueblo kazán, que había emigrado poco después en busca de nuevos pastos. El interesado, hundido bajo un huracán de risas, no pudo contener las lágrimas que afluían a sus ojos y un acceso de tos le ahogó mientras, de pie, congestionado y arrebatado, pedía la palabra. No se la dieron, pues en aquel instante entró un miembro del Politburó ataviado con una guerrera de ferroviario, y la sala se levantó, unánime, para tributarle la ovación ritual de doce o quince minutos. Tulaev abordó a Makeev al final de la sesión.

—Te he ajustado las cuentas, camarada — le dijo con una sonrisa sarcástica. — Pero no te enfades por ello... En cuanto se te presente la ocasión, pégame sin preocuparte... ¿Tomamos una copa?

Aquella era la época de Ja ruda fraternidad.

Pero llegó el momento en que el Partido cambió de piel. Sobrado de héroes, necesitaba buenos administradores, hombres prácticos y no románticos. Acabados los esfuerzos aventureros de la revolución internacional, planetaria, etcétera, había que pensar en sí mismos, en construir un socialismo puramente ruso y sólo para los rusos. La renovación de los cuadros, dejando paso a los hombres de segunda fila, rejuvenecería la República. Makeev contribuyó a aquella decisión del mando, llevando a cabo las depuraciones, haciéndose una fama de hombre práctico y fiel a la “línea general” y aprendiendo a repetir las frases oficiales que daban reposo al alma.

Un día, sintió una extraña emoción al recibir a Kasparov. El antiguo comisario de la división de la estepa, el jefe de las jornadas ardientes de la guerra civil, entró suavemente, sin llamar ni hacerse anunciar, en el despacho del secretario regional. Era un Kasparov envejecido, adelgazado y como amasado de nuevo. Llevaba una blusa y una gorra blanca que hacía destacar mucho más las arrugas de su rostro.

— ¡Tú!—exclamó Makeev. Y adelantándose hacia su visitante, le besó en ambas mejillas al tiempo que le estrechaba contra su pecho. Luego se sentaron uno enfrente del otro, en los mullidos sillones, y el malestar surgió entre ellos, ahogando la alegría del reencuentro. Kasparov contemplaba enigmáticamente a Makeev, juzgándolo acaso. Éste experimentó cierta irritación.

—El CC me ha nombrado director de los transportes fluviales de Extremo Oriente — le oyó decir. Entonces se imaginó inmediatamente el significado de semejante desgracia. Representaba un lejano exilio, una función puramente económica, cuando por sus condiciones hubiera podido gobernar, por lo menos, Vladivostok o Irkutsk.

—¿Y tú? —le preguntó con una entonación triste en la voz.

Para disipar el malestar, Makeev se levantó. Era de apariencia hercúlea y maciza. Sobre su blusa aparecieron unas manchas de sudor. Le condujo ante el mapa de la Comisión del Plan. Se veían allí marcadas obras de irrigación, tejeras, depósitos de ferrocarriles, escuelas, baños.

— ¡Mira, viejo, cómo crece el país a ojos vistas! En veinte años adelantaremos a los Estados Unidos de América. Yo lo sé porque estoy metido en todo ello.

Al pronunciar estas palabras, su voz sonó un poco falsa. Se dio cuenta. Era la misma voz de las conversaciones oficiales, de los discursos. Kasparov rechazó, con un gesto apenas esbozado, la vana palabrería, los planes económicos y la falsa alegría del antiguo camarada. Aquello era lo que Makeev había temido confusamente.

—Todo está muy bien. Pero el Partido se encuentra en una encrucijada. Se está decidiendo el destino de la revolución, hermano.

Con inaudita oportunidad, el teléfono emitió en aquel instante un zumbido insistente. Makeev dio las órdenes oportunas al sector paraestatal del comercio. Luego, apartando de su pensamiento lo que prefería ignorar, adoptó un aire ingenuo y abrió sus manos carnosas en un gesto demostrativo:

—En esta comarca todo se halla en vías de realización. Mi única preocupación es seguir la línea general. Si vuelves dentro de tres o cuatro años, no reconocerás la ciudad ni los campos. Habrá surgido un mundo nuevo, querido amigo, una nueva América, más poderosa que la antigua. Habrá nacido un Partido joven, inaccesible al terror, Heno de confianza. ¿Quieres presidir conmigo esta noche el desfile de las Juventudes? Ya verás...

Kasparov hizo un ademán evasivo con la cabeza. Aquello significaba el final de otro termidoriano, convertido en un ejemplar administrativo, que conocía de memoria las cuatrocientas palabras de la ideología corriente que dispensaban de pensar, de ver y de sentir. Y hasta de recordar. E incluso de sentir el mínimo remordimiento cuando hacía las peores cosas. En la sonrisa que apareció en su rostro demacrado hubo ironía y hasta desesperación. Al sentir los efluvios de aquellos sentimientos, totalmente extraños a su naturaleza, pero que sin embargo adivinaba, Makeev se estremeció.

—Sí, claro... —asintió Kasparov con un singular tono de voz.

Y luego pareció instalarse a sus anchas, desabrochando el cuello de su blusa, tirando su gorra sobre uno de los butacones, y sentándose cómodamente con las piernas cruzadas.

—Desde luego, éste es un hermoso despacho— añadió. —Pero no te fíes, Artemitch, del bienestar burocrático. Es todo barro y uno se ahoga en él.

¿Sería su intención ser deliberadamente desagradable? Makeev sintió que perdía la paciencia. Kasparov seguía mirándole fijamente con sus regocijados ojos grises, tan reposados en el peligro como en la pasión.

—He hecho otras reflexiones, Artemitch. Nuestros planes son irrealizables, en la medida de un cincuenta o un sesenta por ciento. Para llevarlos a cabo en la medida del cuarenta por ciento restante, habría necesidad de rebajar los sueldos verdaderos de la clase obrera a un nivel inferior al alcanzado en el régimen imperial... Muy por debajo del nivel que alcanzan en la actualidad en los países capitalistas, incluso en los más atrasados... ¿Has reflexionado alguna vez sobre eso? Permíteme dudarlo. Dentro de seis meses, a más tardar, habrá que declarar la guerra a los campesinos y fusilarlos a todos. Se producirá una escasez de mercancías industriales, además de la depreciación del rublo. Hablando francamente: inflación oculta, bajos precios de los cereales

impuestos por el Estado, resistencia natural de los poseedores del grano... Ya conoces todo eso, ¿no? ¿Y has pensado en las consecuencias?

Pero Makeev poseía un excesivo sentido de la realidad para permitir una objeción. Tuvo miedo de que oyeran desde el pasillo semejantes palabras pronunciadas en su despacho. (Sacrilegios, atentados a la doctrina del Jefe y a todo.) Le asustaban, le inquietaban, pues se daba cuenta de que hacía esfuerzos para no utilizar igual lenguaje. Kasparov prosiguió:

—No soy cobarde ni burócrata. Sé cual es el deber hacia el Partido. Todo lo que te estoy diciendo se lo escribí al Politburó apoyándome en cifras. Lo firmamos treinta, todos antiguos fugitivos de las viejas cárceles del Taman, de Perekop, de Kronstadt... ¿Adivinas cuál fué su respuesta? A mí, en principio, me enviaron a inspeccionar las escuelas del Kazastan, desprovistas de maestros, de locales, de libros y cuadernos... Ahora me mandan a contar chalanas a Krassnoyarsk. Yo me río de todo eso... Pero no me río de que continúen las criminales sandeces, a fin de satisfacer a cien mil burócratas demasiado haraganes para comprender que están marchando hacia su propia perdición, y que arrastran con ellos a la revolución. ¿Y tú, camarada? ¿Ocupas acaso un lugar honorable en la jerarquía de esos cien mil? Lo dudo un poco. Algunas veces llegué a preguntarme: “¿Que va a ser de Makeev, en el caso de que no esté ya convertido en un borracho acabado?”

Éste paseaba nervioso de un mapa a otro. Aquellas palabras, aquellas ideas, hasta la propia presencia de Kasparov se iban haciendo terriblemente penosas para él. Tenía la sensación de estar completamente sucio de pies a cabeza. Los cuatro teléfonos y hasta los más pequeños detalles del despacho parecían revestir en aquel instante tonalidades odiosas. Y sin embargo, no se sentía capaz de ampararse en una posible cólera. ¿Por qué? Respondió con voz fatigada:

—Dejemos todos estos asuntos. Sabes que no soy un economista. Ejecuto las directrices del Partido; eso es todo. Igual hoy que antes, cuando estaba en el ejército contigo y tú me enseñabas a obedecer para el bien de la revolución. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Por qué no vienes a cenar a mi casa luego? Como sabrás, tengo otra mujer: se llama Alia Saidovna. Es tártara. ¿Vendrás?

Bajo el tono aparentemente frívolo, Kasparov descubrió un acento implorante. En realidad quería decir: “Demuéstrame que me aprecias todavía lo bastante para sentarte en mi mesa con mi nueva mujer. Es todo lo que te pido.” Volvió a ponerse la gorra, silbó ante la ventana que se abría sobre el jardín público (disco de grava brillante bajo el sol; pequeño busto en bronce negro, en medio), y luego se volvió hacia él.

—Hasta la noche, Artemitch. Posees una hermosa ciudad.

—¿Verdad que sí? —”respondió Makeev súbitamente aliviado. Abajo, el cráneo de bronce

de Lenin brillaba con un resplandor de piedra pulimentada.

La cena resultó excelente, servida por Alia, que era rolliza y de baja estatura, de formas redondas y aire de animal huidizo. Sus trenzas, de un negro azulado, arrolladas sobre las sienes, estaban complementadas por unos ojos de gacela y un perfil de líneas suaves. De los lóbulos de las orejas le colgaban unas monedas de oro del Irán y llevaba pintadas las uñas de un rojo escarlata. Ofreció a Kasparov el plato de arroz, el jugoso melón, el auténtico té “como no se encuentra ya en ninguna parte”, según dijo gentilmente. Él se abstuvo de confesar que desde hacía seis meses no había comido de una manera tan succulenta. Durante toda la cena mostró un gesto amable. Explicó las tres únicas anécdotas que conocía y que para sus adentros llamaba “las tres estúpidas historias para veladas”. Se exasperó, aunque sin dejarlo traslucir, viendo la hermosa sonrisa y los dientes blancos de Alia, la risa satisfecha de Makeev; incluso llevó su complacencia hasta el punto de felicitarles por su dicha:

—Deberías tener un pájaro encerrado en una gran jaula. Queda muy bien en un interior íntimo.

Makeev estuvo a punto de adivinar el sarcasmo, pero Alia contestó: —Yo lo pensé ya, camarada. Pregúntele a Artemio, si no se lo dije antes.

Al despedirse, los dos tuvieron la seguridad de que no volverían a verse más. O que, acaso, algún día se encontrarían frente a frente, como enemigos.

Aquella fué una visita de mal agüero. Seguidamente comenzaron las molestias para todos. Acababan de terminar las depuraciones en las administraciones y el Partido, llevadas a cabo enérgicamente por Makeev. En los despachos de Kurgansk no quedaba más que un breve porcentaje de antiguos militantes, es decir, de aquellos hombres formados en las penalidades de los diez años transcurridos. Las tendencias de izquierda (trozkismo), de derecha (Rykov-Tomski-Bujarin), y de falso legitimismo (Zinoviev-Kamenev), parecían bien aniquiladas, sin estarlo del todo en realidad, pues la prudencia recomendaba reserva ante el porvenir. Pero la producción de trigo era mala. Makeev, siguiendo las órdenes del CC, visitó los pueblos y prodigó las promesas y las amenazas. Se hizo fotografiar rodeado de mujiks, de mujeres y de niños, organizó algunos desfiles de cultivadores entusiastas que entregaban todo su trigo al Estado. Éstos se dirigían a la ciudad en una larga hilera de carros cargados de sacos, engalanados con banderas rojas y pancartas que proclamaban fidelidad unánime al Partido, retratos del Jefe y del camarada Makeev, llevados por los jóvenes. Una atmósfera de fiesta reinaba en aquellas manifestaciones. El Ejecutivo del Soviet Regional envió al encuentro de aquellos desfiles un tropel de operadores cinematográficos que, llamados a Moscú por teléfono, llegaron en avión, filmando uno de aquellos cortejos rojos que la URSS entera vio después desfilan en la pantalla. Makeev recibió a

los manifestantes de pie, subido en un camión y gritando con voz retumbante:

— ¡Honor a los campesinos de una tierra feliz!

La noche de aquel mismo día estuvo hasta muy tarde en su despacho, acompañado del jefe de la Seguridad Nacional, del presidente del Ejecutivo del Soviet y de un enviado especial del CC, pues la situación era grave. Las reservas eran insuficientes, las entradas también, había una disminución en la superficie sembrada, una alza ilícita en los precios de los mercados y un aumento en la especulación. El enviado extraordinario del CC anunció nuevas medidas draconianas que había que aplicar “con mano de hierro”.

—Seguramente — dijo Makeev temiendo comprender.

De esta forma, llegaron los años negros. El siete por ciento de los cultivadores, expropiados y luego deportados, abandonaron la comarca en vagones de ganado, entre clamores, llantos y maldiciones de rapazuelos, de mujeres despeinadas y ancianos locos de furor. Las tierras quedaron abandonadas, el ganado desapareció, se comieron los tortones destinados a alimentar el ganado, dejó de existir el azúcar, el petróleo, el cuero y el calzado, los tejidos y el papel. Reinó el hambre y la enfermedad por doquier, la Seguridad diezmó en vano a los burócratas de los servicios de la agricultura, de los encargados del transporte, de abastos, de la industria azucarera y del reparto... El CC recomendó la cría del conejo. Makeev hizo fijar carteles diciendo que “el conejo era la piedra angular de la alimentación proletaria”, y los conejos del gobierno local — es decir, los suyos — fueron los únicos en la región que no murieron al principio de la cría, ya que, en realidad, fueron los únicos en recibir alimento. “Pues el conejo tiene también que comer, antes de ser comido”, según afirmó irónicamente Makeev.

La colectivización de la agricultura englobó el ochenta y dos por ciento de los hogares... “Es muy grande el entusiasmo socialista de los campesinos de la región”, escribía el *Pravda*, publicando asimismo un retrato del camarada Makeev, “organizador combativo de aquella creciente marea”. Fuera de los “koljoses” no vivían más que campesinos aislados, cuyas casas dormitaban retiradas de las carreteras y los caminos, algunos caseríos poblados por menonitas y un pueblo donde resistía un antiguo guerrillero del Irtych, condecorado dos veces con la orden de la Bandera Roja, que había conocido a Lenin y al que no detenían por esa razón... Al mismo tiempo que se libraba la batalla contra los campesinos, se construía en la región una fábrica de conservas de carne, provista de maquinaria americana del último modelo y completada por una curtiduría, una fábrica de zapatos y una manufactura de cueros especiales para el ejército. Sin embargo, se terminó precisamente el año en que desaparecieron la carne y los cueros. Se construyeron también viviendas confortables para los dirigentes del Partido y los técnicos, así como una ciudad obrera no lejos de la fábrica muerta...

Pero, pese a estos parciales fracasos, Makeev se revelaba infatigable, haciendo frente a todo y guerreando de verdad “en tres frentes” para ejecutar las órdenes del CC, cumplir el plan de industrialización y no dejar morir la tierra. ¿De dónde sacar la madera para las construcciones, los clavos, el cuero, la ropa de trabajo, los ladrillos y el cemento? A cada instante faltaban los materiales, desaparecían los hombres hambrientos y no quedaban al alcance del gran constructor más que papeles, circulares, informes, órdenes, tesis, previsiones oficiales, textos de discursos conminatorios, mociones votadas por las brigadas de choque... Telefoneaba incansablemente, recorría los caminos de la región con su viejo Ford y se presentaba de improviso en unas obras, contando por sí mismo las toneladas de cemento, los sacos de cal y las vigas, interrogando a los ingenieros y tratando de poner un poco de orden en toda aquella confusión. Sin embargo, unos le mentían jurando construir sin madera ni ladrillos y otros le mentían también demostrando la imposibilidad de construir con aquel cemento. Algunas veces, llegaba a preguntarse si no estarían conspirando todos ellos para lograr la pérdida de la Unión y la suya propia.

Entonces, con la cartera bajo el brazo y la gorra encasquetada en la nuca, se hacía conducir a toda velocidad, a través de las llanuras, a cualquier “koljos”, esperando hallar un poco más de orden en las explotaciones agrícolas. Empeño inútil. En el “koljos” *Gloria a la Industrialización* no había un solo caballo, las últimas vacas estaban a punto de perecer por falta de forraje y manos desconocidas acababan de robar aquella noche treinta balas de heno, quizá para alimentar a los caballos, muertos en apariencia, pero en realidad escondidos en el bosque dormido de Tchertov-Rog, el Cuerno del Diablo. El “koljos” parecía desierto, y los comunistas jóvenes recién llegados de la ciudad vivían entre la hostilidad y la hipocresía general. El presidente, tartamudeando confuso, explicaba al camarada secretario del Comité Regional que los niños estaban todos enfermos de hambre, que era necesario un camión de patatas, por lo menos, para que pudiera reanudarse el trabajo, y que las raciones concedidas por el Estado al final del año transcurrido (un año de escasez) habían sido insuficientes, por lo menos en dos meses. Makeev se enfadaba, prometía, amenazaba y se desgañitaba inútilmente, sintiéndose cada vez más dominado por una estúpida desesperación... Viejas historias, repetidas una y otra vez y archiconocidas, le hacían perder el sueño. La tierra iba haciéndose cada vez más yerma, los animales morían, los hombres también e incluso el Partido parecía sufrir una especie de escorbuto. Makeev veía morir hasta los propios caminos, invadidos por la hierba y la maleza al faltar las carretas campesinas que rodaran sobre ellos.

Llegó a sentirse tan odiado por los habitantes de la comarca, que no salía de la ciudad a pie más que en casos de extrema necesidad, haciéndose acompañar por un policía secreta que le seguía a un metro de distancia, con la mano en el revólver, pronto a repeler cualquier agresión.

Hizo rodear su casa de alambradas y apostó milicianos en los rincones más estratégicos. Sin embargo, pese a aquellas medidas, la aversión del pueblo iba en aumento. El drama adquirió más gravedad al tercer año de escasez, el día que recibió de Moscú la orden confidencial de proceder a una nueva depuración en los “koljoses” para reducir las últimas resistencias ocultas antes de proceder a la siembra de otoño.

— ¿Quién ha firmado esa decisión? —preguntó.

—El camarada Tulaev, tercer secretario del CC — fué la respuesta.

Dió las gracias secamente, cortó la comunicación y descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Está completamente loco...

Sintió que le embargaba una oleada de odio profundo contra Tulaev, contra sus largos bigotes, su rostro alargado, su duro corazón de burócrata y sus determinaciones frías y conminatorias... Alia Saidovna vio regresar aquella noche a un Makeev enfurecido y parecido a un perro de presa. Le vio dar furiosos paseos en torno a la habitación y escuchó sus gruñidos interminables:

—No quiero que vuelva a haber un hambre como las anteriores. Hemos pagado nuestra cuota y ya basta... No estoy dispuesto a seguir soportando todo esto. La comarca está depauperada... ¡No, no, no!... Voy a escribir al CC.

Y así lo hizo, tras una noche de insomnio y de angustia. Por primera vez en su vida, rehusó ejecutar una orden del CC y denunció el error, la locura y el crimen. Unas veces le parecía excesivamente fuerte lo que escribía, otras demasiado flojo: al releer las hojas de que se componía su informe, tuvo que confesarse, aterrorizado, que si alguien se hubiera permitido criticar en su presencia y en semejantes términos una directriz del Partido, habría pedido para él la exclusión y la detención. Pero los campos invadidos por la cizaña, los caminos roídos por la hierba, los niños con los vientres hinchados por el hambre, los puestos vacíos de todo comercio y las miradas torvas de los campesinos, pudieron más que su temor. Fué rasgando, uno por uno, muchos borradores.

Alia, ardiente e inquieta, daba vueltas febrilmente en el enorme lecho. Makeev ni siquiera le prestaba atención, ya que raras veces conseguía atraerle aquella minúscula hembra que no le comprendería jamás. El informe sobre la necesidad de diferir o anular la circular Tulaev concerniente a la nueva depuración de los “koljoses” salió al día siguiente hacia Moscú. Agotado por el esfuerzo, se pasó la jornada vagando en zapatillas por las enormes estancias de la casa. Alia le servía de vez en cuando, en un bandeja, pequeños vasos de vodka, entremeses salados y grandes vasos de agua fresca. Makeev tenía los ojos enrojecidos por el insomnio, las mejillas

cubiertas de barba y olía a sudor.

—Tendrías que hacer un viaje, Artemio — sugirió Alia —; te haría mucho bien.

Él pareció darse cuenta entonces de su presencia. El calor alucinante pesaba obsesionante sobre la ciudad y la llanura circundante, traspasaba los muros de la vivienda y hacía arder las venas. Apenas tres pasos le separaban de Alia, que retrocedió, tambaleándose, al borde de un diván, empujada, estrujada violentamente desde el cuello a las rodillas por sus manos enormes, aplastada su boca por la boca sofocante de él, rasgado el kaftán de seda que tardaba en ceder y magulladas las piernas por su violencia.

—Eres aterciopelada como un melocotón, querida Alia—dijo al levantarse, súbitamente aliviado. — El CC verá ahora si soy yo o ese imbécil de Tulaev quien tiene razón.

La posesión de la mujer le había procurado, por unos instantes, un sentimiento de victoria sobre el Universo.

Pero, al cabo de quince días, perdió su batalla contra Tulaev. Acusado por su poderoso adversario de haberse inclinado hacia la “desviación oportunista de la derecha”, se vio al borde del abismo. Algunas cifras y varios renglones de la memoria Makeev, citados para denunciar “las incoherencias de la política agraria del Politburó” y la “funesta ceguera de ciertos dirigentes”, se hallaban también en un documento, probablemente redactado por Bujarin y remitido a la Comisión de Control por un indicador. Viéndose perdido, renegó con pasión de sus errores. El Politburó y el Orgburó — Buró de Organización — decidieron mantenerlo en su puesto, en vista de la energía ejemplar con que estaba procediendo a la depuración de los “koljoses”. Lejos de perdonar a sus protegidos, se mostró tan severo con ellos que muchos tomaron el camino de los campos de concentración. Desviando hacia ellos sus responsabilidades propias, rehusó verlos o interceder en su favor. Desde el fondo de las cárceles, algunos escribieron que no habían hecho más que ejecutar sus órdenes.

—La inconsciencia revolucionaria de estos desmoralizados elementos — dijo entonces Makeev—no merece ninguna indulgencia. No tratan más que de desacreditar la dirección del Partido. — Y tanto repitió la canción que acabó por creérsela.

¿Irían a recordar su desacuerdo con Tulaev en el momento de las elecciones para el Consejo Supremo? Le inquietó una ligera vacilación que observó en los comités del Partido. En muchas comarcas se preferían las candidaturas de los altos funcionarios de la Seguridad Nacional o de los generales, a las de los dirigentes comunistas. Pero pronto se disiparon sus dudas. El rumor oficial atribuyó a un miembro del Politburó la siguiente resolución: “La candidatura Makeev es la única posible en la región de Kurgansk... Makeev es un constructor.” Surgieron inmediatamente las pancartas, clamando a través de las calles: *Votad por el constructor Makeev*, que

además era el único candidato. En la primera sesión del Consejo Supremo, en Moscú, hallándose en el apogeo de su destino político, encontró en los corredores a Blücher.

— ¡Salud, Artemio! —le dijo el comandante en jefe del valeroso ejército especial de la Bandera Roja en Extremo Oriente.

Makeev, emocionado, respondió:

— ¡Salud, mariscal! ¿Cómo estás?

Se dirigieron juntos al restaurante, cogidos del brazo como dos antiguos compañeros que eran. Ambos iban enfundados en guerreras de buen corte y ostentaban condecoraciones en el pecho. Blücher llevaba en el lado derecho cuatro placas brillantes, tres de la orden de la Bandera Roja y una de la orden de Lenin. Makeev, menos heroico, no tenía más que una Bandera Roja y la Insignia del Trabajo... Lo extraño fué que al llegar al restaurante, los dos se dieron cuenta de que no tenían nada que decirse. Se limitaron a cambiar, entre gestos de alegría y satisfacción, frases de periódico:

— ¿De manera que construyes incansablemente, muchacho? Eso está muy bien...

Makeev sonrió al escuchar las alabanzas y preguntó a su vez:

—Conteniendo a esos ridículos japoneses, ¿verdad, mariscal?

Blücher asintió:

—Sí... Dispuesto a recibirlos en cuanto se acerquen.

En aquel instante, unos diputados del Norte siberiano, ataviados con sus trajes nacionales, se agruparon para contemplarles. Makeev, que sentía reflejarse en él la gloria del guerrero que tenía al lado, se admiró de aquella súbita popularidad. “Haríamos una buena fotografía”, pensó. Pero el recuerdo de aquellos instantes se volvió amargo algunos meses después, tras los combates de Chang-Ku-Feng, donde el ejército del Extremo Oriente reconquistó a los japoneses dos alturas que dominaban la bahía de Possiet y cuya importancia estratégica, hasta entonces ignorada, se reveló enorme. El mensaje informativo del CC, consagrado a aquellos gloriosos acontecimientos, no mencionó para nada el nombre de Blücher. Makeev comprendió lo que aquello significaba y no pudo disimular su sorpresa. Se sintió comprometido. El propio Blücher descendía a su vez a las tinieblas subterráneas... ¡Inconcebible! ¡Qué suerte que ninguna fotografía hubiera perpetuado aquel momento de conversación entre ambos!

Su conciencia era demasiado ecléctica para que se sintiera indignado por la desaparición de su antiguo jefe del cuadro de la vida pública. “En general, socialmente hablando, la antigua generación está gastada... Héroes de ayer, desechos de hoy... Tal es la dialéctica de la Historia...” Así pensó, pero en el fondo, a pesar de todos los esfuerzos que hacía para tranquilizarse, la caída de Blücher no pudo por menos que inquietarle. Hubiera querido olvidar aquel nombre que le

obsesionaba hasta el punto de hacerle olvidar otros pensamientos e ideas. A tanto llegó su inquietud que creyó haber deslizado su nombre en un mensaje leído en alta voz a los miembros del Politburó.

— ¿No se me ha trabado la lengua? —preguntó con tono negligente a uno de los miembros del Comité Regional. Y mientras aguardaba la respuesta, sentía una loca angustia en su alma.

—Claro que no — contestó el camarada interrogado; — Es singular... ¿Ha creído usted que se le trababa?

Makeev le contempló, presa de un vago terror. “Se está burlando de mí”, pensó. Y los dos hombres se ruborizaron, confusos.

—Ha estado muy elocuente, Artemio Artemievitch — le dijo el miembro del Comité para romper el embarazoso silencio. — Ha leído la comunicación al Politburó con un magnífico ímpetu.

Makeev acabó de azorarse. Sus labios se movían en silencio y hacía un esfuerzo enorme para no ponerse a gritar: “¡Blücher!... ¡Blücher!... ¿Me entiende usted? He nombrado a Blücher, a Blücher...”

Su interlocutor se inquietó:

—¿Se encuentra usted mal, camarada Makeev?

—Un ligero mareo — respondió, tragando saliva.

Sin embargo, pudo sobreponerse a aquella crisis y vencer su obsesión. La imagen de Blücher fué haciéndose más desvaída de día en día, y aunque a su desaparición habían seguido otras de menor importancia, decidió firmemente ignorarlas. “Los hombres como yo tenemos necesidad de poseer un corazón de piedra. Construimos sobre cadáveres, pero construimos.”

Aquel año, las depuraciones y cambio de personal no parecieron finalizar en la región de Kurgansk hasta bien entrado el invierno. En vísperas de la primavera, una cruda noche de febrero, Tulaev fué asesinado en Moscú. Makeev no pudo contener un grito de alegría al enterarse de la noticia. Alia estaba a su lado, envuelta en sedas, haciendo solitarios. Él echó sobre la mesa el sobre rojo de los mensajes confidenciales.

—¡Uno no ha errado el tiro! Ya esperaba yo que sucediera eso algún día... ¿Atentado? ¡Bah! Un tipo a quien envenenaría la existencia y que le ha quitado de en medio... ¡Ha elegido bien! Con su carácter de perro sarnoso, ese Tulaev...

—¿De quién estás hablando? —preguntó Alia sin levantar la cabeza, pues entre ella y el rey de corazones las cartas habían hecho surgir por segunda vez una dama de oros.

—De Tulaev. Comunican de Moscú que le han asesinado...

—¡Dios mío! — exclamó Alia, preocupada por la dama de oros, que significaba, sin duda, una mujer rubia.

Makeev la miró con irritación:

—Te he dicho cien veces que no invoques a Dios como si fueras una campesina.

Las cartas crujieron bajo los dedos delgados, coronados por unas uñas rojo sangre. Sus manos se crisparon. La dama de oros confirmaba las páfidas alusiones de la mujer del presidente del soviét, Dorotheya Guermanovna, una alemana rolliza que sabía todas las habladurías que circulaban por la ciudad desde hacía diez años..., y las reticencias hábiles de la manicura y los datos mortalmente precisos de la carta anónima laboriosamente compuesta en grandes caracteres recortados de los periódicos. Más de cuatrocientos, pegados uno a uno, para denunciar a la cajera del cine *La Aurora*, que se acostaba antes con el director de los servicios comunales, y que desde hacía más de un año era la amante de Artemio Artemievitch. La prueba de ello era que el invierno pasado había tenido un aborto en la clínica de la GPU, donde la habían recibido por recomendación personal, que luego le habían concedido un permiso pagado, que pasó en la Casa de Reposo de los Trabajadores de la Enseñanza, también por recomendación especial, y que el propio camarada Makeev había visitado la Casa de Reposo, pasando allí la noche... La epístola continuaba en ese tono durante varias páginas, todas ellas llenas de letras vacilantes, desiguales, formando absurdos dibujos. Alia levantó sus ojos y los fijó en Makeev, cargados de una atención tan intensa que llegaba a hacerlos crueles.

—¿Qué te pasa? — preguntó él, vagamente inquieto.

—¿A quién han matado? — dijo ella, desfigurada por la atención y la angustia.

—A Tulaev..., a Tulaev..., ¿estás sorda?

Alia se levantó, acercándose hasta tocarle, páfida, erguida, con los labios temblorosos:

—¿Y quién matará a esa cajera rubia? ¡Dímelo, traidor, mentirosos!...

Makeev comenzaba a advertir en aquel instante la gravedad que representaba para el Partido la muerte de Tulaev: cambio en el CC, arreglo de cuentas general, ataques a fondo contra la derecha, mortales acusaciones contra la izquierda excluida y respuestas, ¿qué respuestas? Un viento nocturno, enorme y arremolinado, pareció expulsar de aquella habitación la tranquila luz del día, envolviéndole, haciéndole sentir escalofríos hasta lo más hondo de la médula... A través de aquellos terribles soplos negros, el pobre apóstrofe tembloroso de Alia, y la vista de su rostro revuelto, le sentaron mal.

—¡Déjame en paz! — gritó fuera de sí.

No sabía pensar, a un tiempo, en cosas grandes y pequeñas. Se encerró con su secretario particular para preparar el discurso que iba a pronunciar aquella noche en la asamblea

extraordinaria de los funcionarios del Partido, un discurso aplastante, gritado desde lo más hondo del pecho, subrayado por el puño cerrado. Habló como si se estuviera debatiendo, en singular combate, con los enemigos del Partido, contra los espíritus de las tinieblas, contra la Contrarrevolución mundial, el Trotskismo con collar de metal marcado con una cruz gamada, contra el Fascismo, el Mikado...

—¡Ay de la canalla hedionda que se atreva a levantar una mano armada contra nuestro gran Partido! La aniquilaremos para siempre, ¡hasta su descendencia! ¡Memoria eterna para nuestro gran camarada, nuestro sabio camarada Tulaev, bolchevique de hierro, discípulo inquebrantable de nuestro amado Jefe, el hombre más grande de todos los siglos!...

A las cinco de la mañana, empapado en sudor y rodeado de extenuados secretarios, seguía corrigiendo el texto taquigráfico de su discurso que un correo especial llevaría, dos horas después, a Moscú. Cuando se acostó, la claridad del día llenaba luminosamente la ciudad, las llanuras, las obras y las pistas de las caravanas.

Alia acababa de amodorrarse tras una noche de tormentos. Al darse cuenta de la presencia del marido, abrió los ojos y se le apareció, en toda la realidad, su sufrimiento. Bajó suavemente de la cama, casi desnuda, y se entrevió en el espejo, con el pelo revuelto, los senos caídos, pálida, afeada, humillada, parecida a una vieja..., todo por causa de la rubia cajera del cine *La Aurora*. ¿Se daba cuenta de lo que hacía? ¿Qué iba a buscar en el cajón de las baratijas? Halló un cuchillito de caza con mango de cuerno, y lo cogió. Volvió a la cama. Con las sábanas apartadas y el camisón entreabierto, Artemio dormía profundamente. Su boca estaba cerrada y tenía el borde de las aletas de la nariz perlado de gotitas y el cuerpo robusto, cubierto de pelos leonados, abandonado.

Le contempló unos instantes, como sorprendida de reconocerle y mucho más admirada todavía de descubrir algo desconocido, alguna cosa que se le escapaba sin remisión, acaso una presencia extraña, un espíritu del sueño, parecido a un resplandor secreto que el despertar disipaba. “¡Dios mío! ¡Dios mío!”, se repetía mentalmente, sin cesar, presintiendo en sí misma una fuerza que iba a levantar el cuchillo, hacer acopio de fuerzas y herir aquel cuerpo varonil allí tendido, aquel cuerpo varonil, amado hasta el odio. ¿Dónde herir? Buscar el corazón, protegido por una coraza de huesos y difícil de alcanzar en profundidad, agujerear aquel vientre que parecía ofrecérsele y donde las heridas resultarían fácilmente mortales, desgarrar el cuello. Esta idea, que no era ya idea, sino el mismo esbozo de un acto, fué penetrando en sus centros nerviosos... Cuando más creciente era aquella sombra, la cruzó otra de inquietud. Volvió la cabeza y vio que Makeev la estaba mirando con los ojos muy abiertos y una sagacidad terrorífica en la mirada.

—Alia— dijo simplemente—, tira ese cuchillo.

Se sintió paralizada. Artemio se levantó de un salto, cogiéndola por las muñecas, abriendo

su mano débil y arrojando a un rincón el cuchillo con mango de cuerno. Entonces se hundió en la vergüenza y la desesperación y grandes lágrimas aparecieron en sus ojos... Se sentía como un niño perverso cogido en falta, sin socorro posible, segura de que la arrojaría ahora de su lado, como una perra enferma.

— ¿Querías matarme? — gritó él. — ¿Querías matar a Makeev, secretario del Comité Regional, tú que eres miembro del Partido? ¿Querías matar al constructor Makeev, miserable? ¿Matarme por causa de una cajera rubia? ¡Qué estúpida eres!

Su cólera se iba haciendo cada vez más enorme. Alia, sin mirarle, asintió lentamente con la cabeza.

—Sí — pronunció débilmente.

— ¡Imbécil! ¡Imbécil! ¿Has pensado que te habrían tenido seis meses en un sótano y que luego, una noche, a las dos de la madrugada, te habrían llevado detrás de la estación para alojarte una bala aquí, aquí? (la dio un capirotazo en la nuca). ¿Comprendes? ¿Quieres que nos divorciemos esta misma mañana?

Ella respondió con rabia:

—Sí.

Y al mismo tiempo, añadió en voz más baja y con los ojos velados por sus largas pestañas:

—No. Eres un traidor y un mentiroso. — Lo repitió varias veces, con una especie de automatismo, como si tratara de reunir sus ideas. Luego prosiguió: —Han matado a Tulaev por mucho menos y tú te alegras. Sin embargo, le habías ayudado a organizar el hambre, como decías con mucha frecuencia. ¡Aunque quizá él no había mentido a una mujer, como haces tú!

Eran tan terribles aquellos desvaríos, que Makeev la contempló con ojos enloquecidos. Se sentía desesperadamente débil y tan sólo el furor le impedía desfallecer. Estalló:

— ¡Jamás, jamás dije ni pensé nada semejante!... ¡Eres indigna del Partido! ¡Inmundicia!

Durante unos instantes se estuvo paseando arriba y abajo por la habitación, gesticulando como un demente. Alia, tendida en el diván, con la cabeza hundida en los almohadones, permanecía completamente inmóvil. De pronto se abalanzó sobre ella blandiendo un cinturón. Con la mano izquierda le aplastó la nuca y con la derecha golpeó, azotó y azotó hasta perder el aliento, el cuerpo apenas cubierto de seda, que se convulsionaba bajo sus golpes. Cuando el cuerpo dejó de moverse, cuando la respiración entrecortada de Alia pareció extinguirse, se sintió apaciguado, se volvió, se apartó y volvió para enjugar suavemente con un algodón empapado en agua de Colonia el rostro deformado de su mujer, que en aquellos pocos instantes había adquirido la fealdad lastimosa de una niña... Fué a buscar amoníaco, mojó toallas, mostrándose tan diligente y hábil como buen enfermero... Y así, al recobrar el sentido, Alia vio inclinados

sobre ella los ojos verdes de Makeev, de pupilas estrechas, semejantes a dos ojos de gato... La besó torpemente, ardientemente, el rostro y luego se apartó de ella:

—Descansa, tontuela. Yo me voy a trabajar.

Reanudó su vida normal, entre una Alia silenciosa y taciturna, y la dama de oros, enviada por precaución a las obras de la nueva fábrica de electricidad, situada entre la llanura y el bosque, donde dirigía el registro del correo. Se trabajaba incansablemente en aquellas obras, veinticuatro horas por día. El secretario del Comité Regional hacía frecuentes apariciones por allí, con el fin de estimular el esfuerzo de las brigadas escogidas, seguir por sí mismo la ejecución de los planes semanales, recibir los informes del personal técnico y refrendar los telegramas dirigidos diariamente al Centro. Regresaba agotado, cuando las estrellas brillaban en el firmamento. (Durante aquel tiempo, en algún lado de la ciudad, manos desconocidas, actuando en el mayor de los misterios, recortaban obstinadamente letras de alfabeto de todas dimensiones en los periódicos, coleccionándolas y alineándolas sobre hojas de cuaderno. Se necesitarían unas quinientas para la misiva meditada. La paciente tarea se llevaba a cabo en la soledad, entre el mutismo y la vigilancia de todos los sentidos. Los periódicos mutilados descendían al fondo de un pozo, atados a una piedra, pues quemarlos hubiera producido humo... y no hay humo sin fuego, ¿verdad? Las manos ignoradas preparaban el alfabeto demoníaco, el espíritu ignorado del mundo reunía los rasgos, los indicios desperdigados, los elementos infinitesimales de muchas certidumbres ocultas, inconfesables...)

Makeev tenía proyectado trasladarse a Moscú para discutir con los dirigentes de la electrificación el problema de los materiales deficitarios. Al mismo tiempo pensaba informar al CC y al Ejecutivo central de los progresos realizados en el curso de un semestre en el arreglo de carreteras y la irrigación (gracias a la barata mano de obra penitenciaria). Quizá aquellos progresos compensaran la debilitación del artesanado, la crisis de aprendizaje, el mal estado de los cultivos industriales y la lentitud de los trabajos en los talleres del ferrocarril... Recibió con satisfacción el breve mensaje — confidencial, urgente — del CC, invitándole a asistir a una conferencia de los secretarios regionales del sudoeste. Partió con dos días de anticipación y, en el interior azul del coche cama, examinó los informes del Consejo Económico de la región.

Campos nevados y sin límites, sembrados de pobres chamizos, parecían huir entre hielos, el horizonte de los bosques tenía un tinte de tristeza bajo el cielo plomizo, y la luz llenaba los espacios blancos. Contempló las hermosas tierras negras, que un deshielo prematuro había cubierto a trechos de charcos en los que se reflejaban las nubes. “¡Rusia indigente, Rusia opulenta!”, murmuró, tan sólo porque Lenin, en 1918, había citado esos dos versos de Nekrassov. Los Makeev eran quienes, a fuerza de trabajar aquellas tierras, hacían surgir la

opulencia de la indigencia.

Una vez en la estación de Moscú, logró sin grandes esfuerzos que le enviaran un auto del CC. Se sorprendió al ver que era un enorme vehículo americano de una forma singular, redondeado y alargado, “aerodinámico”, según le aclaró el chofer, vestido casi como los choferes de los millonarios que aparecían en las películas de importación. Halló que en el intervalo de siete meses, muchas cosas habían mejorado en la capital. La vida proseguía con encarnizamiento, en medio de una transparencia gris, sobre un asfalto nuevo que la nieve limpiaba todos los días. En la Comisión central del Plan, instalada en un rascacielos de cemento armado, cristal y acero con doscientos o trescientos despachos, fué recibido según su rango por funcionarios elegantes, con gafas y aspecto británico, obteniendo sin esfuerzo lo que deseaba: materiales, créditos .suplementarios, reenvío de un expediente al servicio de proyectos y creación de una carretera fuera del plan. ¿Corno hubiera podido adivinar que los materiales no existían y que todas aquellas impresionantes jurisdicciones no tenían, en realidad, más que una existencia espectral, pues el Politburó acababa de decidir, en principio, la depuración y la completa reorganización de las oficinas del gran plan? Pero no lo sabía y se sentía satisfecho, considerándose a sí mismo más importante que nunca. Su guerrera cuadrada y su simple gorra de piel contrastaban con los trajes perfectos de los técnicos y hacían resaltar en él al constructor provinciano. “Nosotros, los roturadores de tierras vírgenes...” Gustaba utilizar pequeñas frases como ésta en sus conversaciones sin que sonaran a falso.

El segundo día de su estancia en la capital intentó buscar a algunos antiguos camaradas, hallándose con que ninguno se encontraba a su alcance. Uno estaba enfermo en una clínica de los suburbios, situada demasiado lejos; en cuanto a los dos restantes, al llamarles por teléfono no obtuvo más que respuestas evasivas. Al llamar por segunda vez, se enfadó.

— ¡Aquí Makeev! Makeev, del CC, ¿me entiende? Le estoy preguntando dónde está Foma..., creo que a mí puede decírmelo, ¿verdad?

La vacilante voz masculina que contestaba desde el otro lado del hilo se hizo más baja, como si quisiera esconderse, y murmuró:

—Está detenido.

¿Detenido Foma, bolchevique de 1904, modelo siempre de fidelidad a la línea general, ex miembro de la Comisión Central de Control y miembro del comité especial de la Seguridad Nacional? Se indignó, gesticuló y por unos instantes se quedó desconcertado. ¿Qué estaba sucediendo?

Decidió pasar la velada solo, en la Ópera. Al entrar en el gran palco gubernamental, que antes había pertenecido a la familia imperial, un poco después de alzarse el telón, no halló más

que una pareja de viejos situados en primera fila, hacia la derecha. Saludó discretamente a Popov, uno de los directores de conciencia del Partido, viejo pequeño y descuidado, de perfil blando, perilla amarillenta, ataviado con una guerrera gris con los bolsillos deformados. Su compañera se le parecía extraordinariamente. Por lo demás, tuvo la impresión de que apenas respondía a su saludo, evitando incluso volver la cabeza hacia él. Popov cruzó los brazos sobre el terciopelo de la baranda, carraspeó y adoptó una actitud ausente, como si se hallara completamente abstraído por el espectáculo. Por su parte, tomó asiento en el otro extremo de la fila. Las butacas vacías aumentaban la distancia que le separaba de la pareja de viejos e incluso de haber estado más próximos les habría rodeado la soledad del extenso palco.

No logró interesarse en lo que ocurría en el escenario ni en la música, que le embriagaba como una droga, llenando todo su ser de emoción y su mente de imágenes aisladas, tan pronto violentas como dolientes, su garganta de gritos prontos a nacer, de suspiros y de cualquier otra especie de lamentaciones. Se repitió para sus adentros que todo iba muy bien, que aquel era uno de los más bellos espectáculos del mundo, pese a pertenecer a la cultura del antiguo régimen. Sin embargo, ellos, los comunistas, eran los herederos legítimos, por derecho de conquista, de aquella cultura. Y además estaban aquellas danzarinas, hermosas como figuritas de porcelana. ¿Por qué no desear una de ellas? (Desear seguía siendo una de sus maneras de olvidar.)

En el entreacto se marcharon los Popov tan discretamente que no se dio cuenta de su partida más que por la sensación de que su soledad se había acrecentado. Durante unos instantes contempló el anfiteatro, constelado de resplandores, de tocados y de uniformes. “Nuestro Moscú es la capital del mundo.” Sonrió satisfecho. Al encaminarse al salón de descanso, un oficial de lentes biselados, que llevaba un bigote pulcramente recortado bajo una nariz ganchuda, como el pico de una lechuza, le saludó respetuosamente. Al devolverle el saludo, le hizo con la barbilla un ligero ademán para que se detuviera. El otro se presentó:

—Capitán Panjomov, comandante del servicio de orden y satisfecho de servirle, camarada Makeev.

Halagado de verse reconocido, habría abrazado al oficial de buena gana. La extraña sensación de soledad pareció desvanecerse. Se aferró a Panjomov como a un áncora de salvación.

—¿Acaba usted de llegar, camarada Makeev?—le preguntó lentamente, como si reflexionara las palabras antes de pronunciarlas. — Entonces no conocerá las nuevas instalaciones para el decorado, compradas en Nueva York y montadas en noviembre... Debería verlas, pues han maravillado hasta a Meyerhold. ¿Quiere usted que se las enseñe?

Antes de responder, inquirió con su habitual tono desembarazado:

—Dígame, capitán Panjomov, ¿quién es esa pequeña actriz del turbante verde, tan

graciosa?

Los ojos sombríos de Panjomov parecieron aclararse un poco.

—Un gran talento, camarada Makeev. Es Paulina Ananievna. Se la presentaré en su camerino. No le quepa duda de que se sentirá muy dichosa, muy dichosa, camarada Makeev.

“¡Me río ahora de ti, viejo moralista, viejo Popov, hosco y gruñón..., de ti y de tu vieja mujer, parecida a una pava desplumada. ¿Qué comprendéis vosotros de la vida de los seres fuertes, de los constructores, de los hombres de presa y de combate? Igual que los ratones roen oscuros alimentos bajo los suelos, en el fondo de los sótanos, así vosotros devoráis expedientes, quejas, circulares y tesis que el gran Partido os echa a las oficinas, y de ese modo continuaréis hasta el día en que os entierren con más honores que todos los conocidos en vuestra chata existencia!” Volvió la espalda a aquella desagradable pareja. ¿Dónde invitar a Paulina? ¿Al bar del Metropol? Paulina..., Paulina... Hermoso nombre de amante... ¿Dejaría que la acompañara aquella misma noche? Paulina... Invasado por una especie de felicidad, aguardaba con impaciencia el entreacto.

El capitán Panjomov le aguardaba en el recodo de la gran escalera.

—Primero le enseñaré las nuevas máquinas y luego pasaremos al camerino de la Ananievna, que está ya aguardando... —dijo apresuradamente.

Y Makeev asintió:

—Bien, muy bien...

Siguieron un laberinto de corredores cada vez más iluminados. Una antepuerta abierta a su izquierda le dejó ver a los maquinistas trabajando alrededor de unas cabrias. Muchachos cubiertos con blusas azules barrían el escenario y un mecánico se adelantó hacia ellos, poniendo delante de él un pequeño proyector bajo, montado sobre ruedas.

—Apasionante, ¿verdad? —preguntó el oficial de la nariz de lechuza. Makeev, impaciente por llegar cuanto antes al camerino de la artista, asintió:

—Magia teatral, querido camarada.

Atravesaron una puerta metálica que se cerró tras ellos, encontrándose envueltos súbitamente en la oscuridad.

—Veamos qué ha sido... —exclamó el oficial. —No se mueva, camarada Makeev, yo...

Hacía frío. La oscuridad no duró más que unos segundos y luego se encendió una pobre luz brumosa, de bastidores, de sala de espera abandonada o de antecámara de un enfermo pobre. Panjomov había desaparecido, y en cambio, contra el muro del fondo se destacaban numerosos capotes negros. Un tipo de anchos hombros, gorra echada sobre los ojos y manos en los bolsillos, se aproximó. Su voz murmuró muy cerca, distintamente:

—Nada de escándalos, Artemio Artemievitch. Se lo ruego... Está usted detenido.

Le rodearon otros capotes, pegándose a él. Manos hábiles le registraron, descubriendo sus revólveres... Makeev sintió unas náuseas violentas y quiso librarse de todas aquellas manos, de todos aquellos hombros que le rodeaban, Pero ellas se hicieron más firmes y le dejaron clavado en el lugar donde se hallaba.

—Nada de escándalo — repitió la voz persuasiva. — Sin duda todo se arreglará inmediatamente. No debe ser más que un error... Obedezca las órdenes. ¡Y vosotros, no hagáis ruido!...

Makeev se dejó llevar, casi arrastrar. Le pusieron el chaquetón, dos hombres le cogieron por los brazos y otros le precedieron y le siguieron, marchando así a través de la penumbra, aglomerados, como un solo hombre, moviendo torpemente las piernas al unísono. El estrecho corredor pareció aplastarles, haciéndoles tropezar unos contra otros. Tras un débil tabique, la orquesta comenzó a tocar con prodigiosa dulzura. En algún lugar de los prados, a orillas de un lago plateado, millares de pájaros saludaban la aurora. La luz crecía por segundos y un canto se unió a los gorjeos, una pura voz femenina, surgiendo de aquella aurora de ultratumba...

—Más espacio. Preste atención a los escalones— musitó alguien al oído de Makeev.

Y en aquel instante dejó de haber mañana, canto, ni nada. Sólo la noche fría, un vehículo negro..., lo inimaginable...

V

EL VIAJE A LA DERROTA

Antes de llegar a Barcelona, Ivan Kondratiev sufrió varias transformaciones corrientes. En primer lugar fué mister Murray-Barren, de Cincinnati (Connecticut, USA), fotógrafo de la Mundial-Foto-Press, en viaje de Estocolmo a París, por Londres. Conducido por un taxi a los Campos Elíseos, anduvo unos instantes a pie, con una pequeña maleta amarilla en la mano, entre la *rue* Marbeuf y el Grand Palais. Se detuvo ante el Clemenceau ataviado de soldado que avanza sobre un bloque de piedra en la esquina del Grand Palais. El bronce había helado el ímpetu del viejo. La interpretación era exacta. Se anda así cuando se está al final del camino y no se puede más. “¿Por cuánto tiempo has salvado el mundo agonizante, duro anciano? ¿No habrás hundido más en la roca el barreno que la hará saltar en pedazos?” La imagen de bronce pareció bajar los ojos y murmurar amargamente: “Les he metido en un atolladero para cincuenta años”... Kondratiev le contempló con una secreta simpatía. Luego, leyó regocijado la placa de mármol blanco empotrada en la roca: *Cogne, escultor*.

Dos horas más tarde, mister Murray-Barren salía de una casa de aspecto clerical del barrio de San Sulpicio, llevando siempre su maletín amarillo, pero convertido en Waldemar Laytis, ciudadano letón, delegado en España de la Cruz Roja de su país. Desde Toulouse, sobrevolando paisajes impregnados de una luz feliz, luego las cimas de los Pirineos, Figueras amodorrada, las colinas de Cataluña, tan doradas como una bella piel, un avión de la Air France transportó a Barcelona al señor Waldemar Laytis. El oficial del control internacional de la no intervención, un sueco meticuloso, debió de pensar que la Cruz Roja de los países bálticos desplegaba en la Península una laudable actividad. Waldemar Laytis era el quinto o sexto delegado que enviaban para contemplar los efectos de los bombardeos aéreos en las ciudades abiertas. Al observar el gesto de atención en el rostro del oficial, Ivan Kondratiev se dijo para sus adentros que el servicio de enlace debía de haber abusado del pego. En el aeródromo del Prat, un coronel grueso y con gafas le saludó con voz untuosa, le hizo subir en un hermoso auto cuya carrocería mostraba elegantemente algunos roces de balas, y dijo al chofer: “¡Vaya, amigo!” (3). Ivan Kondratiev, mensajero de una poderosa revolución triunfante, pensó que penetraba en una revolución bien precaria.

— ¿La situación?

— Bastante buena. Es decir, no del todo desesperada... Se confía mucho en ustedes. Un

3 Las palabras y frases en cursiva de este capítulo están en español en el original. — (N. del T.)

barco griego bajo pabellón británico ha sido hundido esta noche a la altura de las Baleares: municiones, bombardeos, disparos de artillería, la batahola diaria... *No importa*. Rumores de concentración en la región del Ebro. *Eso es todo*.

— ¿Y en el interior? ¿Los anarquistas? ¿Los trozskystas?

— Los anarquistas, más razonables, probablemente agotados.

— Puesto que están razonables — dijo suavemente Kondratiev.

— Los trozskystas, encarcelados casi todos.

— Muy bien. Pero han tardado ustedes en decidirse — pronunció Kondratiev severamente, sintiendo que algo se contraía en su interior.

Una ciudad, acariciada con suntuosa dulzura por el sol de la tarde, apareció ante él, semejante a tantas otras ciudades marcadas con el mismo sello infernal. El revoque de las casas estaba agrietado y desprendido, las ventanas abiertas tenían los cristales rotos, tiznes de incendios manchaban de cuando en cuando los ladrillos y los escaparates de las tiendas estaban protegidos con tablas. Unas cincuenta mujeres, pacientes y parlanchinas, aguardaban en la puerta de un establecimiento devastado. Reconoció el color terroso de su rostro y sus facciones estiradas, pues las había visto antes en las puertas de las tiendas de Petrogrado, Kiev, Odessa, Irkutsk, Vladivostok, Leipzig, Hamburgo, Cantón, Chan-Cha y Wu-han, igualmente míseras, resignadas e incansables bajo el sol y la lluvia. Aquellas colas de mujeres para adquirir patatas, pan negro, maíz o azúcar debían ser tan necesarias para la transformación social como los discursos de los jefes, las ejecuciones ocultas o las consignas absurdas. Gastos generales. El vehículo traqueteaba como en Asia Central. Aparecieron unas villas en medio de jardines. Entre el follaje surgió una fachada blanca, atravesada de parte a parte por agujeros abiertos en pleno muro, al través de las cuales se veía el cielo.

— ¿Qué porcentaje de habitaciones deterioradas?

— *No sé*. No tanto como todo eso — respondió negligente el grueso coronel con gafas, que parecía mascar goma constantemente, pero que no mascaba nada, pues no era más que un tic nervioso.

En el patio de una residencia de Sarria, antes ocupada por gente rica, Ivan Kondratiev distribuyó, sonriente, profusos apretones de manos. El surtidor parecía reír dulcemente y gruesas columnas soportaban las bóvedas bajo las que era fresca la sombra. El agua de un canalillo se deslizaba hasta una atarjea de mármol y un penetrante tecleo de máquinas de escribir se mezclaba a aquel ligero rumor de seda estrujada que no interrumpían más que las explosiones lejanas. Después de afeitarse y ponerse un uniforme completamente nuevo del ejército republicano, se convirtió en el general Rudin.

—¿Rudin? — exclamó un alto funcionario de los Asuntos exteriores. — ¿No nos hemos visto otra vez? Acaso en Ginebra, en la SDN...

El ruso se sonrió un poco, muy poco.

—Nunca estuve allá, señor. Pero sin duda halló usted un personaje con ese nombre en una novela de Turgueniev.

El funcionario parpadeó unos instantes:

—¡Caramba! ¡Claro que sí!... Ya sabe usted que Turgueniev es casi un clásico entre nosotros.

Rudin se inclinó cortésmente:

—Lo estoy comprobando con placer— dijo, comenzando a sentirse a disgusto.

Aquellos españoles le sorprendieron desde el primer momento. Eran simpáticos e infantiles, estaban siempre llenos de ideas, de proyectos, de recriminaciones, de informes oficiales, de sospechas expuestas a la luz del día y de secretos desplegados a los cuatro vientos por sus hermosas voces cálidas. Ni uno solo había leído a Marx (algunos mentían descaradamente diciendo que lo habían leído y se mostraban tan ignorantes sobre el marxismo que bastaba cambiar unas frases para adivinar su mentira), ni uno solo habría sido un agitador aceptable en un centro industrial de segundo orden como Zaporojie o Chui. Por si fuera poco, opinaban que el material soviético llegaba en cantidades muy pequeñas, que los camiones eran malos y que las armas dejaban mucho que desear. De creerles, la situación se hacía cada vez más insostenible, pero apenas habían acabado de lamentarse cuando proponían inmediatamente un plan que llevaría, indudablemente, a la victoria. Unos preconizaban la guerra europea, otros, como los anarquistas, creían que lo primero era renovar la disciplina, establecer un orden inexorable y provocar la intervención extranjera. Los republicanos burgueses hallaban que los anarquistas se habían vuelto demasiado juiciosos y reprochaban, en términos velados, el espíritu conservador de los comunistas. Los sindicalistas de la CNT decían que la UGT catalana — dominada por los comunistas— había aumentado por la afluencia de cien mil contrarrevolucionarios y fascitizantes, los dirigentes de la UGT barcelonesa se declaraban dispuestos a romper con la UGT de Valencia y Madrid, y denunciaban por doquier las intrigas de los anarquistas. Los comunistas desconfiaban de todos los demás partidos, aunque prodigando zalemas y cortesías a los de la burguesía. Parecían temer mucho a la organización fantasma de los *Amigos de Durruti*, pese a afirmar ellos mismos que no existía. También afirmaban que habían sido eliminados los trozkistas, pero la verdad era que aunque no terminaban de perseguirles, renacían inexplicablemente de sus cenizas los más hollados en las cárceles clandestinas. En los Estados Mayores se celebraba públicamente la muerte de un militante de Lérida, a quien se le había

disparado un tiro por la espalda en la propia línea de fuego, cuando iba a buscar el rancho para sus compañeros. Se felicitaba por su entereza a un capitán de la división Carlos Marx que había mandado fusilar, con un pretexto hábilmente urdido, a un viejo obrero del *Partido Obrero de Unificación Marxista...*, aquel partido contaminado. No acababan de ajustarse las cuentas y se necesitaban años para montar un proceso incierto contra unos generales que en la URSS hubieran sido fusilados en el acto. Jamás se tenía la seguridad de hallar un número suficiente de jueces lo bastante comprensivos para enviarles, tras el examen de las piezas falsas elaboradas con increíble negligencia, a los fosos de Montjuich, a la hora radiante en que los gorjeos de los pájaros llenaban la recién nacida mañana.

—Habría tenido que comenzarse por fusilar a nuestra propia oficina de falsificadores — dijo Rudin malignamente, recorriendo con la mirada los expedientes. — ¿Es que esos idiotas no saben que un documento falso ha de parecerse, por lo menos, a uno auténtico? Con esas porquerías sólo puede embaucarse a intelectuales ya pagados.

—Nuestros primeros falsificadores han sido ya fusilados casi todos, pero la medida no ha servido de nada — le replicó, con el tono de extrema discreción que le era peculiar, el búlgaro Yuvanov.

Explicó irónicamente que las falsificaciones no llegaban a tomar consistencia en aquel país de restallante sol, donde nada era exacto, donde los hechos más ardientes se deformaban a medida de su combustión. Las falsificaciones hallaban allí los obstáculos más imprevistos. Canallas acabados tenían súbitamente crisis de conciencia parecidas a dolores de muelas, borrachos sentimentales revelaban cualquier secreto, el desorden hacía remontar desde las profundidades del lodazal las auténticas piezas, el magistrado instructor cometía torpeza tras torpeza, el fiscal se ruborizaba, ocultándose el rostro, ante un viejo amigo que le calificaba de vil cretino; y, para colmo de los males, llegaba de Londres cualquier diputado del *Independent Labour Party*, ataviado con un raído traje gris, delgado, huesudo y de fealdad específicamente británica, que cerraba sobre el tubo de su pipa unos maxilares de hombre prehistórico, y no dejaba de preguntar un solo instante, con obstinación de autómatas, “dónde estaba la instrucción sobre la desaparición de Andrés Nin”. Los ministros— ¡otros tipos inauditos! — le rogaban imperativamente ante quince personas que desmintiera “los rumores calumniosos y ultrajantes para la República”, y en la intimidad le daban golpecitos en el hombro: “Son esos puercos quienes tienen la culpa. ¿Pero qué podemos hacer nosotros? No nos es posible proseguir la lucha sin las armas rusas, ¿comprende? ¿Cree acaso que nosotros mismos estamos seguros?” Ninguno de aquellos hombres de Estado, comprendidos los del P. C., hubiera sido digno del más modesto empleo en los servicios secretos. Eran demasiado habladores. Un ministro comunista denunciaba

en la Prensa, bajo un seudónimo transparente, a un colega socialista, acusándole de estar vendido a los banqueros de la City... (4) El viejo socialista comentaba en el café aquella prosa despreciable, y la risa sacudía su triple barbilla, sus hinchadas mejillas y sus abultados párpados: “¿Vendido *yo*? Y son esos canallas quien lo dicen... Ellos sí que están pagados por Moscú... y con oro español, además”.

El búlgaro Yuvanov terminó su informe:

—Todos son unos incapaces. Y, no obstante, las masas siguen tan magníficas... —Suspiró: — ¡Pero qué fastidiosas!

Yuvanov llevaba erguida, sobre sus hombros cuadrados, una cabeza de hombre guapo y peligrosamente serio: pelo atusado, formando unas ondas negrísimas sobre el cráneo, mirada socarrona de domador y bigote cuidadosamente afeitado hasta el borde mismo del labio superior, cuyo contorno acentuaba con un trazo negro. Kondratiev sintió hacia él una instintiva antipatía, que se acentuó cuando ambos examinaron la lista de los visitantes que tenían que recibir. El búlgaro marcaba con un ligero alzamiento de hombros su opinión poco favorable sobre algunos, y los tres que quiso desechar se revelaron como los más interesantes o al menos, gracias a ellos, se enteró Kondratiev de muchas cosas.

Durante varios días no salió de sus dos habitaciones, apenas amuebladas lo necesario, más que para fumar unos cigarrillos en el patio, sobre todo de noche, bajo las estrellas. Ni un solo ruido llegaba de la ciudad, y los murciélagos daban vueltas en el espacio. Fatigado de los informes sobre las subsistencias, los frentes, las divisiones, las escuadrillas aéreas, las conjuras, el personal del SIM, de la censura, de la Marina, de la secretaría de la Presidencia, los gastos del Partido, los casos personales, la CNT, las maniobras de los agentes británicos, etc., contemplaba las estrellas, pollas que sentía desde siempre gran atracción y cuyos nombres ni siquiera conocía. (Pues en los únicos períodos de estudio y meditación de su vida, durante su estancia en diversas cárceles, no había podido obtener ni un tratado de astronomía, ni el placer de un paseo nocturno.) Pero, en realidad, muchas estrellas no tenían nombre ni número, no tenían más que un poco de aquella luz misteriosa, misteriosa a causa de la ignorancia humana... “Moriré sin saber nada más: tal es el hombre de este tiempo, “separado de sí mismo”, desarraigado, como dijo Marx, incluso el revolucionario profesional en quien la conciencia de la evolución histórica alcanza su lucidez más práctica”. ¿Separado de las estrellas? ¿Separado de sí mismo? Prefirió no reflexionar sobre aquella

4 El autor se refiere a unos artículos publicados en “La Vanguardia” y “Frente Rojo” de Barcelona por el ministro rojo de Instrucción Pública, Jesús Hernández, comunista, contra Prieto, ministro de Defensa, con el seudónimo, de todos conocido, de “Juan Ventura”. La censura tachó los artículos, pero el ministro comunista hizo que se publicaran, pese a todo, llevado de su fobia contra Prieto. — (N. del T.)

extraña fórmula que penetraba en su espíritu a través de otras utilitarias aplicaciones.

Volvió a entrar en la elegante villa y cogió la lista anotada de los nombramientos del Servicio de Investigación Militar de Madrid, las fotografías del correo personal de don Manuel Azaña, presidente de la República, y la reseña de las conversaciones telefónicas de don Indalecio Prieto, ministro de la Guerra y la Marina, personaje bastante embarazoso. Después recibió a la luz de unas velas, pues la electricidad había sido cortada durante un bombardeo nocturno del puerto, al primero de los visitantes que Yuvanov hubiera preferido descartar, un coronel socialista, abogado antes de la guerra civil, de origen burgués. Era un mocetón alto y delgado, de rostro amarillo que se arrugaba al sonreír. Sus palabras fueron hábiles y sus reproches acertados:

—Le traigo un informe detallado, querido camarada. (Se le ocurrió, en el ardor de la conversación, decir pérfidamente “querido amigo”.) En la sierra no hemos tenido jamás más de doce cartuchos por combatiente... El frente de Aragón no se defendió, cuando hubiera podido hacerse inconquistable en quince días; llegué a escribir veintisiete cartas a ese respecto; seis de ellas a compatriotas suyos... La aviación es del todo insuficiente. En resumen, que estamos a punto de perder la guerra. No hay que hacerse demasiadas ilusiones, querido amigo...

—¿Qué quiere usted decir?—le interrumpió Kondratiev, a quien aquellas palabras tan tajantes daban frío.

—Lo que digo, camarada. Que si no se nos facilitan medios para batirnos habrá que permitarnos iniciar tratos. Negociando ahora, españoles con españoles, podríamos evitar todavía un desastre completo que, según creo, no tendrán ustedes intenciones de provocar.

La insolencia fué tan brutal que Kondratiev, sintiendo que la cólera se encendía en su interior, respondió con voz irreconocible:

—...a su gobierno le corresponde negociar o continuar la guerra. Hallo su lenguaje bastante desplazado, camarada.

El socialista se irguió, se ajustó el nudo de su corbata y sonrió:

—Excúseme entonces, querido camarada. Es posible que todo esto no sea más que una farsa que yo no alcance a comprender, pero que está costando cara a mi desdichado pueblo. En todo caso, le he dicho la estricta verdad, mi general. Hasta la vista.

Tendió una larga mano simiesca, delgada y sarmentosa, juntó los tacones a la alemana, se inclinó y dio media vuelta. “Derrotista”, pensó Kondratiev rabiosamente. “Mal elemento... Yuvanov tenía razón”...

El primer visitante que recibió el día siguiente, por la mañana, fué un sindicalista de pelo crespo, nariz triangular y ojos unas veces ardientes y otras crepitantes. Respondió con aire concentrado a las preguntas que le hizo. Tenía ambas manos reposadas, puestas una sobre otra.

Al final se produjo una pausa enojosa. Kondratiev se dispuso a levantarse para justificar el final de la audiencia. En aquel instante, el rostro del sindicalista se animó súbitamente, sus dos manos se alzaron con ardor y se puso a hablar rápidamente, con efusión, en un francés entrecortado, como si quisiera convencerle de algo capital:

—Yo, camarada, amo la vida. Nosotros, los anarquistas, pertenecemos al partido de los hombres que aman la vida, la libertad de la vida, la armonía... ¡La vida libre! No soy marxista y sí antiestatal y antipolítico. Estoy en desacuerdo con todas vuestras cosas, en profundo desacuerdo, desde el fondo de mi alma...

—¿Cree usted que puede existir un alma anarquista? — preguntó Kondratiev, regocijado.

—No... Me río de eso del alma... Pero quisiera morir como tantos otros, si es por la revolución. Incluso si hay que ganar la guerra primero, como dicen los vuestros y no hacer la revolución hasta después, lo que me parece un funesto error. Pero para luchar, la gente tiene que... tener una razón... Contáis con arrollarnos con esa historia de la guerra en primer lugar, pero si ganamos os veréis arrollados a vuestra vez... Pero no se trata de eso... No me importa perder la vida, pero perder la revolución, la guerra y mi piel, todo a un tiempo, lo hallo demasiado fuerte. Y eso es lo que estamos haciendo con ese montón de estupideces. ¿Qué estupideces? Pues sencillamente, me refiero a esos veinte mil tipos que están en retaguardia, magníficamente armados y con hermosos uniformes nuevos para guardar en las cárceles a diez mil revolucionarios antifascistas, los mejores... Y esos veinte mil cerdos se largarán a la primera alarma o se pasarán al enemigo. Otro ejemplo es esa política de abastecimientos de Comorera. Los tenderos hacen buenos negocios con las últimas patatas y los proletarios, entretanto, se aprietan el cinturón. También hay que tener presente todas esas habladurías sobre los del POUM; son sectarios como todos los marxistas, pero más honestos que vosotros. Entre ellos no hay un solo traidor y no se les puede acusar de cosas que los demás no hayan cometido.

Por encima de la mesa que les separaba, sus manos buscaron las de Kondratiev, asiéndolas y apretándolas afectuosamente. Aproximó el rostro y sus ojos brillaron encendidos.

—¿Ha sido usted enviado por su jefe? Puede usted decírmelo. Gutiérrez es una tumba para los secretos. ¿Acaso su jefe no ve lo que está ocurriendo aquí, lo que esos imbéciles, esos lacayos, esos incapaces están haciendo? ¿Es sincero al desear nuestra victoria? Si así es, ¿cree que podemos salvarnos, que es posible salvarnos todavía?

Kondratiev respondió lentamente:

—He sido enviado por el Comité Central de mi partido. Nuestro gran jefe quiere el bien del pueblo español. Os hemos ayudado y seguiremos prestándoos ayuda con todo nuestro poder.

La respuesta era glacial. Gutiérrez apartó sus manos y su cabeza cetrina pareció reflexionar

unos instantes y luego se echó a reír.

—*Bueno*, camarada Rudin. Cuando visite usted el metro diga que Gutiérrez, el que ama la vida, acabará allá dentro de dos o tres días. Está decidido. Descenderemos a los túneles con nuestros “naranjeros” y libraremos una batalla que costará cara.

Guiñó el ojo a Kondratiev. Éste hubiera querido tranquilizarle, tutearle... Pero se sentía endurecido. Para despedirle, no halló más que palabras vanas, de cuya vulgaridad se daba perfecta cuenta. Gutiérrez se alejó bamboleándose, con un paso tardo, tras un estrechen de manos rematado por una especie de choque.

Fué introducido inmediatamente el tercero de los visitantes. Era Claus, graduado de la brigada internacional, antiguo militante del P. C. alemán, comprometido en otro tiempo con la tendencia de Heinz Neumann, condenado en Baviera, condenado en Turingia... Kondratiev le conocía desde su estancia en Hamburgo el año 1923, durante los tres días y dos noches de combate que tuvieron lugar en las calles. Era un buen tirador, lleno de sangre fría. Ambos se sintieron satisfechos de volverse a encontrar y permanecieron de pie, frente a frente, con las manos en los bolsillos y la expresión amistosa.

—¿Marcha bien la construcción del socialismo allá?—preguntó Claus.— ¿Se vive mejor? ¿Y la juventud?

Kondratiev elevó el tono de su voz, con una alegría que sintió ficticia, para decir que estaban en pleno crecimiento. Hablaron en términos técnicos de la defensa de Madrid y del espíritu — excelente — de las Brigadas Internacionales.

—¿Recuerdas a Beimler... Hans Beimler? —dijo Claus.

—Claro que sí—respondió Kondratiev.— ¿Está contigo?

—No existe ya.

—¿Lo han matado?

—Efectivamente. Ha muerto en la Ciudad Universitaria, en primera línea, pero a manos de los nuestros, asesinado por la espalda. (Los labios le temblaron y su voz tembló también.) Esa es la causa de que haya venido a verte. Ha sido un crimen abominable.. Le han matado por no sé qué chismes y qué sospechas. El búlgaro con cara de chulo que he encontrado al entrar aquí debe de saber algo de eso. Interrógale.

—Lo haré — afirmó Kondratiev. — ¿Es todo lo que tenías que decirme?

—Todo.

Una vez se hubo marchado Claus, Kondratiev advirtió al ordenanza que no dejara entrar a nadie más, cerró la puerta que daba al patio y dio algunos paseos por la estancia. ¿Qué debía responder a aquellos hombres? ¿Qué tenía que comunicar a Moscú? Las murmuraciones de los

personajes oficiales se hacían más claras a cada confrontación con los hechos. ¿Por qué no entraba en acción la DCA (5) más que al final de los bombardeos, demasiado tarde ya? ¿Por qué no se señalaban las alarmas aéreas hasta que caían las primeras bombas? ¿Cómo explicar la inacción de la flota? ¿Y la muerte de Hans Beimler? ¿Y la falta de municiones en los puestos más avanzados? ¿Y el paso al enemigo de los oficiales de Estado Mayor? ¿Y el hambre de las clases pobres en la retaguardia? Se daba perfecta cuenta de que aquellas preguntas disimulaban un mal más extenso sobre el que era preferible no interrogarse... Pero su meditación duró poco, pues Yuvanov llamó a la puerta.

—Es hora de asistir a la conferencia de comisarios políticos, camarada Rudin.

Kondratiev asintió. Y la investigación sobre la muerte de Hans Beimler, muerto por el enemigo en los paisajes lunares de la Ciudad Universitaria de Madrid, fué clausurada inmediatamente,

—¿Beimler?—repitió Yuvanov con despego.—Ya sé... Valiente, aunque bastante imprudente. No hay nada de misterioso en su muerte, pues esas inspecciones de avanzadillas cuestan uno o dos hombres diariamente. Le habían desaconsejado que fuera. Su conducta política era causa de cierto descontento en la brigada. Nada grave en realidad: discusiones demostrativas de que no comprendía nada... He recibido de fuente segura todos los detalles de su fin. Uno de mis camaradas le acompañaba. Se mostraba indulgente con los trozskystas y difundía habladurías sobre los procesos de Moscú cuando cayó.

Kondratiev insistió:

—¿Ha aclarado usted algo?

—¿Qué había que aclarar? ¿La procedencia de una bala perdida en una tierra de nadie barrida por ametralladoras?

Era ridículo, en efecto, pensar en aquello.

Mientras el auto arrancaba, Yuvanov añadió:

—Tengo una buena noticia, camarada Rudin. Hemos logrado detener a Stefan Stern. Le he hecho transportar a bordo del “Kuban”. ¡Un buen golpe a la traición trozskysta! Vale por una victoria, se lo aseguro.

—¿Una victoria? ¿Cree usted?

El nombre de Stern aparecía en los múltiples informes sobre las actividades de los grupos heréticos. Kondratiev se había ocupado de él muchas veces. Era secretario de un grupo disidente, según parecía. Más teórico que organizador, era también autor de un folleto sobre el

5 Sigla de *Defensa contra Aeronaves*, servicio militar que los rojos españoles organizaron como arma independiente. — (N. del T.)

“reagrupamiento internacional”. Aquel trotskista discutía con Trotsky.

—¿Quién lo ha detenido? —inquirió Kondratiev. — “¿Nosotros? ¿Y lo ha hecho transportar usted a bordo de uno de nuestros barcos? ¿Ha obrado así por orden de alguien o por propia iniciativa?

—Tengo el derecho de no responder a esas preguntas — contestó Yuvanov firmemente.

Stefan Stern había franqueado los Pirineos sin pasaporte y sin dinero, pero llevando en su morral un precioso cuaderno escrito a máquina, titulado: “Tesis sobre las fuerzas motrices de la revolución española”. La primera muchacha morena y de brazos dorados que vio en una posada de la región de Puigcerdá le embriagó con una mirada sonriente, más dorada que sus brazos y le dijo:

—*Aquí, camarada, empieza la verdadera revolución libertaria.*

Por eso consintió que le acariciara y le besara bajo los rizos rojizos de la nuca. No era más que calor fiero en los ojos, blancura en los dientes, acre aroma de carne joven, oliendo a tierra y a ganado. Llevaba entre sus brazos ropa blanca recién lavada y retorcida todavía, y el frescor del pozo la rodeaba toda ella. Una suave blancura teñía las alturas lejanas, a través de las ramas de un manzano.

—*Mi nombre es Nieves*— dijo la muchacha, divertida por la exaltación, mezclada de timidez, de aquel joven camarada extranjero de grandes ojos verdes, ligeramente oblicuos y frente cubierta de mechones rojos, revueltos y desordenados. Él comprendió que se llamaba Nieves.

—Nieves, nieves soleadas, puras nieves... —murmuró con una especie de éxtasis en una lengua que la muchacha no comprendía.

Y aunque siguió acariciándola distraídamente, no pareció seguir pensando en ella. El recuerdo de aquel instante, semejante al de una felicidad simple e increíble, no se extinguió completamente en él. En aquel instante se rompía la vida anterior: la miseria de Praga y de Viena, la actividad de los minúsculos grupos, sus escisiones, el pan insípido de tantos pequeños hoteles oliendo a orines donde había vivido en París, detrás del Panteón, la soledad, en fin, del hombre cargado de ideas. Todo aquello desapareció.

Una vez en Barcelona, al final de un mitin, mientras una multitud cantaba en honor de los que iban a partir para la línea de fuego, bajo un gran retrato de Joaquín Maurín, muerto en la sierra (pero en realidad vivo, preso anónimo en una cárcel del enemigo), Stefan Stern encontró a Annie, cuyos veinticinco años apenas parecían diecisiete. Pantorrillas al descubierto, brazos desnudos y una pesada cartera colgada del brazo, había sido arrastrada desde muy lejos — desde el norte — por una pasión arrebatadora. De haberle recordado en aquellos instantes el gran salón familiar donde su padre, el señor armador, recibía al señor pastor, al señor burgomaestre, al señor

médico y al señor presidente de la asociación de beneficencia, de haberle recordado las sonatas que una Annie anterior, despierta niña con las trenzas recogidas detrás de las orejas, tocaba los domingos en aquel mismo salón delante de las pulcras damas que la escuchaban, Annie, según su humor, habría adoptado un ligero aire disgustado para decir que toda aquella ciénaga burguesa era nauseabunda, o bien, poniéndose provocativa y soltando una risita aguda que no era completamente de ella, hubiera dicho algo así- como: “¿Quieres que te cuente cómo conocí el amor en una cueva de Altamira con unos milicianos de la CNT?”

Había trabajado algunas veces con Stefan Stern, escribiendo lo que le dictaba, y aquel día, al salir del Gran Circo, entre la marea de la multitud, él la cogió por el talle — sin haber pensado siquiera en ello el instante precedente—, la atrajo contra sí y la invitó con sencillez:

— ¿Por qué no te quedas conmigo, Annie? ¡Me aburro tanto por las noches!...

Ella le miró de reajo, entre indignada y alegre, tentada de responderle desabrida: “Ve a buscar una prostituta, Stefan. ¿Quieres que te adelante diez pesetas?” Pero se contuvo y preguntó solamente, en un tono un poco amargo de desafío:

— ¿Tienes necesidad de mí, Stefan?

— ¡Desde luego que sí! — exclamó él con decisión, deteniéndose ante ella y echando hacia atrás, con gesto brusco, los mechones rojos que le caían sobre la frente. Sus ojos tuvieron un resplandor cobrizo.

— Bien. Cógeme del brazo — dijo ella.

Acto seguido se pusieron a hablar del discurso de Andrés Nin, muy desenfocado en unos aspectos e insuficiente en la cuestión esencial.

— Era necesario ser más cortante, no ceder en nada sobre el poder de los comités — opinó Stern.

— Tienes razón — asintió Annie con ímpetu. — Bésame y sobre todo no me recites versos malos.

Se besaron torpemente a la sombra de unos arbustos de la Plaza de Cataluña, mientras un proyector de la defensa antiaérea recorría el cielo y se detenía en el cenit, rígido y vertical, como una espada de luz. Estaban de perfecto acuerdo sobre el problema de los comités revolucionarios, que el nuevo gobierno de coalición no hubiera debido disolver. De aquel acuerdo fué naciendo en ellos una amistosa efusión. Tras las jornadas de mayo del 37, el rapto de Andrés Nin, la decisión llevada a cabo de poner fuera de la ley al POUM y la desaparición de Kurt Landau, Stefan Stern vivió en Gracia con Annie, en una casita de un piso, rodeada del jardín de un horticultor, entonces abandonado, donde las flores de lujo, vueltas a un sorprendente estado silvestre, crecían en desorden, mezcladas con las ortigas, con los cardos y con singulares

plantas de largas hojas velludas.

Annie tenía los hombros erguidos y el cuello recto, como el tallo de una flor. Llevaba levantada con aire digno una cabeza alargada, estrecha en las sienes, y casi no tenía cejas, leves y de un tono indiscernible. Sus cabellos pajizos descubrían una frente amplia y dura y sus ojos pizarrosos posaban en las cosas una mirada desnuda. Iba a la compra, cocinaba en el hogar de la chimenea o sobre un escalfador, lavaba la ropa, corregía pruebas y escribía en la Underwood la correspondencia, los artículos y los ensayos de Stefan. Vivían casi siempre silenciosos. Él se sentaba algunas veces frente a ella, cuyos dedos bailaban sobre el teclado de la máquinas de escribir, la contemplaba con una sonrisa desvaída y decía únicamente:

—Annie.

Ella respondía:

—Déjame terminar... Estoy con el mensaje al ILP. ¿Has preparado la respuesta al KPO?

Stefan callaba, vacilando antes de dar una excusa:

—No he tenido tiempo. He hallado muchas cosas que anotar en el boletín interior de la IV.

En todo aquello abundaba el error, sumergiendo la doctrina victoriosa de 1917, que había que intentar salvar a través de aquella tormenta, en las luchas del futuro, puesto que estaba bien claro que no quedaba otra cosa que salvar más que la doctrina.

Llegaban camaradas, llevándoles diariamente noticias nuevas... Jaime contaba la más extraña historia que corría aquellos días por la ciudad: la de tres tipos que fueron a afeitarse a una peluquería y murieron los tres, degollados por los tres peluqueros a quienes sobresaltó la explosión de una bomba.

— ¿No estarás hablando de un efecto cinematográfico?

Un tranvía cargado de mujeres que volvían de la compra, se había inflamado de pronto, inexplicablemente, como un montón de paja. Las llamas habían ahogado los gritos con su crepitar, y aquel pedazo de infierno no había tardado en dejar, en la esquina, bajo la mirada muda de las ventanas sin cristales, un esqueleto metálico.

—Han desviado la línea.

Las gentes que habían estado a punto de perder sus preciosas patatas, se marcharon a reanudar cada cual su propia vida... Las sirenas mugieron de nuevo, pero las mujeres que hacían cola a la puerta de una tienda de ultramarinos no se dispersaban por temor de perder la exigua ración de lentejas. Pues la muerte era sólo posible, mientras que, por el contrario, el hambre era evidente. Se hurgaba en los escombros de las casas destruidas buscando un poco de madera con que hacer la comida. Las bombas desencadenaban tales ciclones que sólo quedaban en pie los armazones de los edificios fuertes, dominando como islotes de silencio, sobre el paisaje de

cráteres súbitamente abiertos. Nadie sobrevivía bajo los escombros, excepto una chiquilla desvanecida, de bucles negros, salvada como por milagro y descubierta por unos compañeros bajo cinco metros de cascotes, en una especie de alcoba milagrosamente intacta. La recogieron con una dulzura inconcebible, enajenados de emoción al escuchar su respiración apacible. ¿Dormiría tan sólo? Salió del síncope en el momento en que la luz del sol acarició sus pupilas. Se despertó en los brazos de unos hombres medio desnudos, embadurnados de humo, cuyos ojos blancos llenaba una risa loca. Descendían en plena ciudad, desde el cuartel acostumbrado, en la cima de una montaña desconocida... Las comadres afirmaban que habían visto caer del cielo, precediendo a la niña salvada, una paloma decapitada. Del cuello del pájaro gris perla, con las alas desplegadas, surgía una abundante espuma roja parecida a una roja aurora.

— ¿Creéis vosotros esas habladurías de devotas delirantes?

Se andaba largo rato, hasta más allá de las humanas fuerzas, en las tinieblas frías de un túnel, martirizándose los dedos en las paredes rocosas, saltando sobre cuerpos inertes que lo mismo podían ser cadáveres que seres vivos y agotados, a punto de convertirse en tales, se creía poder evadirse hacia la altura menos amenazada, para encontrarse allí con la sorpresa de que no quedaba más que un rincón de subterráneo que fuera habitable...; “espérese a que uno muera”, le decían los demás. No tendrá usted que aguardar mucho tiempo... ¡Jesús!... Y siempre con su ¡Jesús! en la boca... El mar se había precipitado en un extenso refugio abierto en la roca, el fuego del cielo caía en una cárcel, el depósito de cadáveres se llenaba una mañana de niños endomingados, al día siguiente de milicianos con “monos” azules, todos imberbes, con extraños rostros de hombres razonables, al otro de madres desfiguradas, dando el pecho a sus hijos muertos, al otro de viejas con las manos sarmentosas y encallecidas por medio siglo de trabajos serviles..., como si la Segadora se detuviera en seleccionar sus víctimas por series sucesivas... Los carteles repetían que “ellos” no pasarían — ¡NO PASARAN!—; ¿pero lograrían pasar la semana todos los que vivían en la ciudad? ¿Pasarían el invierno? El hambre acosaba a millones de seres, disputándoles los garbanzos, el aceite rancio, la leche condensada que enviaban los Quákeros, el chocolate de soja mandado por los sindicatos del Donetz, modelando en los niños aquellos emocionantes rostros de pequeños poetas agonizantes y de querubines destrozados que los *Amis de l’Espagne Nouvelle* exponían en París, en las vitrinas del bulevar Haussmann.

Los refugiados de las dos Castillas, de Extremadura, de Asturias, de Galicia, de Vizcaya, de Málaga y de Aragón, hasta familias nacidas en Las Hurdes, sobrevivían porfiadamente, día tras día, contra toda esperanza, pese a todas las desgracias de España, pese a todas las penalidades concebibles. Sólo creían aún en el milagro de la victoria revolucionaria algunos centenares de hombres divididos en múltiples familias ideológicas: los marxistas, los libertarios, los sindicalistas,

los marxistas-libertarizantes, los libertarios-marxistizantes, y los socialistas de izquierda, evolucionando hacia la extrema izquierda, concentrados en su mayor parte en la Cárcel Modelo, comiendo con avidez las mismas habichuelas, levantando furiosamente el puño en saludo ritual y viviendo una espera devastadora entre el asesinato, la ejecución al filo del alba, la disentería, la evasión, el motín, la exaltación total y la obra de una razón única, científica y proletaria, iluminada por la Historia...

—A todos esos hermosos militares, ministros, políticos, diplomáticos dispuestos a la fuga y la traición, les veremos atravesar pronto los Pirineos con toda rapidez. Les seguirán esos falsos socialistas stalinizados, esos falsos comunistas pintados de socialistas, esos falsos anarquistas gubernamentales, falsos hermanos y totalitarios puros, esos falsos republicanos adictos de antemano a los triunfadores. Les veremos escurrirse ante las banderas rojas y ese espectáculo será una buena venganza. Paciencia, camaradas, paciencia.

Un sol festivo iluminaba aquel Universo, naciente y declinante a un mismo tiempo, un mar idealmente depurado lo bañaba, y los bombarderos, semejantes a unas gaviotas de alas inmóviles, llegaban de Mallorca para bombardear los muelles, volando entre cielo y mar, a pleno sol. En el frente Norte la derrota se acentuaba, en Teruel se libraban batallas inútiles donde se fundían las divisiones confederadas como el sebo sobre la llama. Eran hombres y más hombres alistados por la CNT en nombre del sindicalismo y la anarquía, eran millares de hombres que marchaban hacia la hoguera con el adiós crispado de las mujeres en el alma. Hombres que no volverían jamás o que regresarían sobre parihuelas, en los trenes sucios y llenos de gemidos, coronados por cruces rojas y extendiendo por las vías un horrible hedor a heridas lavadas, a pus, a cloroformo, a desinfectantes y fiebres malignas. ¿Quién había querido tomar Teruel? ¿Por qué precisamente Teruel? ¿Para destruir las últimas divisiones obreras? Stefan Stern planteaba la interrogación en las cartas que escribía a sus camaradas del extranjero. Pero cuando los largos dedos de Annie copiaban aquellas cartas en la Underwood, ya Teruel no significaba más que el pasado y las batallas se habían trasladado al Ebro, traspasándolo... Aquellas batallas podían significar carnicerías ordenadas por oscuros designios de Lister o El Campesino... ¿Cómo explicar la retirada premeditada de la división Carlos Marx, sino por su deseo de reservarse para un último fratricidio en la retaguardia, dispuesta a fusilar a los últimos combatientes de la división Lenin?

Stefan Stern, de pie detrás de Annie, con los ojos clavados en su nuca, vigorosa como un tronco, seguía mejor su propio pensamiento a través de aquel cerebro obediente, a través de aquéllos dedos que bailaban sobre el teclado de la máquina de escribir.

Algunas veces conversaban con los camaradas del Comité clandestino y las charlas se prolongaban hasta altas horas de la noche, a la luz de una vela y bebiendo un vaso grande de vino

tinto... El presidente Negrin había entregado a los rusos la reserva de oro, enviada a Odessa, los comunistas mantenían a Miaja en el mando supremo de Madrid (¡Ya veréis cómo lo abandona en el último momento!), pero los que en realidad mandaban eran Orlov y Gorev. Cazorla estaba en la Dirección General de Seguridad y sus equipos de investigación y sus cárceles secretas mantenían por todo el territorio la intriga, el miedo, el favor, la delación y la traición. El gobierno, refugiado en el monasterio de Montserrat, en un paraje de rocas erizadas, no tenía ningún poder. Los comunistas ocupaban la ciudad, donde sus organizaciones comenzaban a ser objeto de odios mortales.

—No está lejos el día en que el populacho les hará pedazos en las calles y quemará sus nidos de delación. Confío en que no sea demasiado tarde, tras la última derrota, en la postrera revuelta.

Stefan respondió:

—Viven de la mentira más extensa e irritante que conoce la Historia... Una mentira que contiene mucho de verdad... Apelan a la revolución realizada — realizada, es verdad — y enarbolan banderas rojas, haciendo así llamada al más poderoso y oscuro instinto de las masas. Abusan de la fe de los hombres para robársela, para hacer de ella un instrumento de poder. Su fuerza más temible proviene de que la mayoría de ellos creen continuar la revolución sirviendo a una nueva contrarrevolución como hasta ahora no ha tenido lugar, situada en los propios lugares donde trabajó Lenin... Hay que comprender eso: un tipo de ojos amarillentos robó las claves del Comité Central, e instalándose ante el despacho del viejo Illitch, cogió el teléfono y dijo: “Proletarios, soy yo.” Y la misma emisora de radio que repetía el día anterior: “Proletarios de todos los países, uníos”, se puso a gritar: “Escuchadnos, obedecednos, todo nos está permitido. La revolución somos nosotros”... Acaso lo crea, pero si es así, es que no pasa de ser un loco. Lo más probable es que sólo lo crea a medias, pues los mediocres concuerdan su convicción con las situaciones que se ven obligados a sufrir. Detrás de él fueron ascendiendo, bulliciosos como ratas, los aprovechados, los cobardes oportunistas, los timoratos, los nuevos acomodados, los arribistas, los mercaderes, los ensalzadores de los fuertes, los vendidos de antemano a todos los poderes, toda esa vieja turbamulta que aspira al poder porque es el mejor medio para quitarle al prójimo su trabajo, su mujer si es bella y su casa cuando es confortable. Y esa multitud, en el momento en que se pone a berrear, forma el coro más unánime del mundo: “¡Viva nuestro bife! ¡Viva nuestro jefe! Somos la revolución y para nosotros han vencido los ejércitos, vestidos de harapos... Admiradnos, dadnos honores, plazas, dinero... ¡Gloria a nosotros! ¡Ay del que se oponga a nuestro paso!” ¿Qué quieres que hagan las pobres gentes? ¿Qué quieres que hagamos nosotros? Todas las salidas están bien guardadas, todas las rotativas bien custodiadas...

Funcionarios a sueldo llenan los periódicos de argumentos y más argumentos para demostrar la verdad oficial, los altavoces la proclaman, la exhiben en los desfiles de los escolares en la Plaza Roja, en los descensos de paracaidistas desde el cielo, en las manifestaciones obreras, movilizadas como antes las paradas del ejército... Lo demuestra la construcción de fábricas, la inauguración de estadios, el vuelo sobre el Polo y los congresos de sabios. El arte del dictador consiste en crearse gloria de una manera utilitaria, recurriendo a los nuevos métodos de tratamiento del cáncer o a las nuevas investigaciones sobre los rayos cósmicos. Confiscar, para provecho político suyo, toda gloria llevada a cabo por los hombres. A partir del instante en que se ha consumado esa formidable estafa, todo comienza a estabilizarse internacionalmente. Los dirigentes del viejo mundo reconocen a aquel que, a sus ojos, ha sido capaz de restablecer el orden, pues restablece un poder que, en el fondo, es de la misma esencia que el suyo.

Hizo una pausa, y luego prosiguió así:

—Antes, una frontera visible dividía la sociedad; según la época, podía lucharse dentro de ese límite, o ir viviendo pasablemente, sin mucha ilusión ni desesperación. Los regímenes establecidos tenían sus propias dolencias bien conocidas, sus taras originarias y cometían sus crímenes naturales, fáciles de denunciar. Las clases obreras reclamaban pan, ratos de ocio, libertad, espíritu... Los mejores hombres de las clases dominantes se revolvían contra aquella sociedad. Reacción contra revolución... ¡Qué hermoso esquema! ¡Qué pureza de conceptos! No era posible ningún error cuando se elegía el lado de la barricada. Aquí los amigos; allá los enemigos. Más allá, delante nuestro, nada más que el porvenir, promesa nuestra. Era secundario el número de fosas comunes que habría que franquear para llegar, el número de generaciones que habría que enterrar, la suma de los sufrimientos que habría que aceptar... En nuestro ánimo esperando se alzaban una serie de mitos luminosos, reconfortantes, irrefutables, pesadamente cargados de verdad... Hoy, en cambio, todo eso ha sido destruido. Otra reacción más peligrosa que la antigua, porque ha nacido de nosotros mismos, habla nuestro lenguaje y se ha asimilado nuestras inteligencias y nuestras voluntades, se ha revelado en la revolución victoriosa, con la que se quiere confundir... Marx y Bakunin vivieron en sus tiempos unos problemas muy sencillos: no tenían enemigos detrás de ellos.

Annie y Stefan se miraron atentamente. Jaime se puso a hablar sobre España y terminó preguntándoles si creían que el refugio era seguro.

—¿No habéis observado nada?

Ella fué la primera en responder:

—No, nada.

—¿Tomas todas las precauciones? ¿No sales, verdad?

Fueron enumerando los camaradas que conocían aquel refugio: siete, en total.

—Siete — dijo Annie distraídamente —, es demasiado.

Sin embargo, resultó que habían omitido dos. En realidad eran nueve. Todos de la mayor confianza, pero *nueve*.

—Será necesario — concluyó Jaime — enviarte a París. Necesitamos allí un buen secretario internacional... —Se ajustó el cinturón, del que colgaba la pistola, se enderezó el gorriño de miliciano, atravesó entre los dos el jardín y se detuvo cerca de la puerta de salida: —Redacta un proyecto de respuesta moderada para los ingleses. Necesitan comprender el marxismo a través del positivismo, el puritanismo, el liberalismo, el “fair-play” y el “whisky and soda”... Además, te aconsejo que vayas a dormir esta noche a la colina, mientras yo voy a buscar noticias a la Generalidad.

Dejó tras él, en el jardín silvestre donde las cigarras lanzaban al aire su metálico canto, una sorda inquietud. Stefan Stern, de treinta y cinco años, sobrevivía a la ruina y el derrumbamiento de múltiples mundos: bancarrota de un proletariado reducido a la impotencia en Alemania, terror en Rusia, aplastamiento de la Viena socialista bajo los cañones de Dollfuss, dislocación de Internacionales, emigraciones, desmoralizaciones, asesinatos, procesos de Moscú... “Después de nosotros”, decía, “si desaparecemos sin haber tenido tiempo de llevar a cabo nuestra tarea o simplemente de manifestarnos, la conciencia obrera sufrirá un eclipse por espacio de un tiempo que nadie podrá prever... Han sido necesarias generaciones enteras, sacrificios y fracasos sin número, movimientos de masas, extensos acontecimientos y accidentes infinitamente delicados de personales destinos para formarla en el curso de veinticinco años... y ahora se ve a merced de las balas disparadas por cualquier bruto. Un hombre acabará por concentrar en sí una cierta claridad única, una cierta experiencia irremplazable.”

Aunque no lo decía, se sentía ese hombre y tenía miedo por sí mismo, sobre todo desde que muchos otros habían dejado de existir. Dos Comités Ejecutivos del Partido habían sido encarcelados sucesivamente, y los hombres del tercero, los mejores que habían podido hallarse entre ocho mil militantes, treinta mil inscritos y sesenta mil simpatizantes, eran unos tipos mediocres llenos de buena voluntad, de fe ininteligente y de ideas confusas que frecuentemente se reducían a símbolos elementales.

—Escúchame, Annie. Temo volverme un cobarde cuando pienso en todo lo que sé, en todo lo que entiendo y ellos no saben, ni siquiera comprenden. — Falto de tiempo para pensar, no conseguía poner en claro sus ideas. —Escúchame, Annie. Sólo unos cincuenta hombres en la tierra comprenden a Einstein; si les fusilaran a todos en una noche, la relatividad habría muerto para un siglo o dos... o tres, ¿qué sabemos nosotros? Toda una visión del Universo se disolvería

en la nada... Piensa que el comunismo ha levantado en Europa y Asia a millones de hombres por encima de su propio nivel. Ahora, fusilados los rusos, nadie puede ver el interior en que vivían tales hombres, lo que les daba su fuerza y su potencia... Van a hacerse indescifrables y tras ellos, sobre ellos, no quedará nada.

La muchacha le escuchaba atentamente, sin saber si la amaba. Pero sí estaba cierta de que la necesitaba, de que le era indispensable en su trabajo, de que ponía a su lado una presencia, y en sus brazos un cuerpo tenso que le infundía serenidad. Debía acariciar menos el revólver que guardaba bajo la almohada cuando ella dormía a su lado.

La noche que siguió a la advertencia de Jaime la pasaron envueltos en unas mantas, en la colina, entre matorrales espinosos. Velaron hasta muy tarde, a la luz de la luna, unidos en una extraña intimidad, dichosos de verse súbitamente, prodigiosamente próximos a la transparencia del cielo. La aurora disipó sus temores, devolviendo a las cosas sus perfiles habituales, sus aspectos familiares a las plantas, las piedras, los insectos y los contornos lejanos de la ciudad extendida a sus pies. Era como si el ciego peligro se hubiera separado de ellos, después de haberles rozado.

—Ese Jaime ve visiones — bromeó Stefan.— ¿Cómo quieres que nos hayan descubierto? Es imposible que alguien pase por el camino, sin ser visto desde la casa. Volvamos a entrar.

Penetraron en la casa, completamente intacta. Se lavaron con agua helada del pozo, y luego Annie cogió el pote de la leche y se alejó, triscando como una cabrilla, por el sendero que conducía a la granja. Aquella carrera diaria, que hacía con tanta alegría, le llevaba unos veinte minutos. Sin embargo, aquel día se disipó su alegría súbitamente al regresar. ¿Por qué estaba abierta la puerta de madera que franqueaba la entrada al jardín? Sintió un sobresalto y el corazón le dio un súbito vuelco. Stefan no se encontraba en el jardín. Habitualmente se afeitaba a aquella hora, ante un espejo suspendido en el pestillo de la ventana, con la brocha blanca de espuma apoyada en el reborde inferior y la maquinilla al lado. Tenía siempre un libro abierto sobre la mesa y la toalla colgada del respaldo de una silla.

— ¡Stefan!... —llamó. — ¡Stefan!...

Nadie le respondió y todo su ser tuvo la certeza de que la casa se hallaba vacía. Se precipitó en la alcoba contigua, donde la cama todavía sin deshacer parecía aguardar a un imaginario huésped, corrió al pozo, dio unas vueltas, desolada, por los senderos del jardín y se precipitó hacia la puerta falsa, muy bien cerrada, que daba al lado de la colina... Se detuvo en el umbral de la casa, dando una vueltas sobre sí misma, con las pupilas enloquecidas de tanta mirada rápida... “No es posible, no es posible...” Le llamó de nuevo. Un nudo de angustia le hizo presa en la garganta, oyó los latidos violentos de su corazón, semejantes al paso de unas tropas en marcha,

titubeantes y llenos de vacilación.

—¡Ven aquí, Stefan! No juegues así conmigo... ¡Tengo miedo! ¡Voy a llorar!...

De pronto le pareció insensato seguir suplicando así... Había que hacer algo, que telefonar... Pero el teléfono, cortado, no le devolvió el menor sonido. El silencio parecía ir cayendo sobre la casa vacía como las paletadas sucesivas sobre una enorme fosa. Contempló estúpidamente la brocha enjabonada, la maquinilla Gillete festoneada por minúsculas partículas de barba mezcladas al jabón. Le pareció en aquel instante que Stefan iba a surgir detrás de ella, abrazándola y murmurándole al oído:

—Perdóname si te he hecho llorar...

Era insensato pensar aquello. El sol iluminaba ya el jardín cuando recorrió los senderos buscando en la grava recubierta de hierba y tierra imposibles huellas de pasos. A dos metros de la entrada, algo revelador le hizo abrir los ojos desmesuradamente: una colilla de cigarrillo, a medio consumir y con su corona de ceniza. Una hilera de hormigas que atravesaba el sendero contorneaba aquel obstáculo de desconocida naturaleza. Desde hacía muchos meses, la ciudad había dejado de tener cigarrillos y aquella colilla denunciaba, por tanto, la presencia de extranjeros, ricos y poderosos... ¡Los rusos! Descendió corriendo hacia la ciudad. El sol brillaba con toda su intensidad y la brisa cálida parecía vibrar sobre las rocas. Varias veces se detuvo para apretar con ambas manos sus sienes, donde las venas latían con demasiada fuerza. Y luego volvía a reanudar su carrera hacia la ciudad, siguiendo el polvoriento camino.

Stefan comenzó a recobrar el sentido unos instantes antes de abrir los ojos. La sensación oscura de pesadilla se atenuó y le pareció que en aquel momento iba a despertar. Pero volvió la pesadilla, más precisa y penetrante... Como si entrara de nuevo en un túnel, acaso sin fin. Sus hombros se apoyaban en algo duro y sentía cómo el bienestar, un poco extraño, de su retorno a la realidad, se iba extendiendo por sus miembros, sobreponiéndose a su extenuación y su ansiedad. ¿Qué había ocurrido? ¿Estaba enfermo? ¿Y Annie? Entreabrió pesadamente los párpados, temeroso de abrir totalmente los ojos, sin comprender al principio, pues todo su ser rehuía la apremiante necesidad de saber lo ocurrido. Durante una fracción de segundo vio lo que le rodeaba y luego cerró, esta vez voluntariamente, las pupilas.

Un personaje aceitunado, de cráneo afeitado, pómulos huesudos y sienes hundidas, inclinaba el rostro sobre él. En el cuello destacaban las insignias de oficial. Estaba en una habitación desconocida, exigua y blanca, donde flotaban otros rostros infusos en una luz, violenta y dura. El terror hizo presa en su garganta, descendiendo como agua helada, lentamente, hasta las extremidades de los miembros. Bajo la impresión de aquel escalofrío, sintió aún que un calor bienhechor bañaba todo su ser. “Han debido darme una inyección de morfina”. Sus

párpados volvían a cerrarse por sí mismos. Un solo anhelo tenía su mente: dormirse de nuevo, huir de aquel despertar, dormirse de nuevo.

—Se le ha pasado el síncope — dijo el personaje de las sienas hundidas. Y añadió o pensó claramente: “Ahora está fingiendo”.

Stefan notó que una mano le cogía la muñeca, tomándole el pulso. Hizo un esfuerzo por sobreponerse, por dominar aquella ola helada que parecía destruirle el ser. Pero el escalofrío no cesó, aunque el recuerdo de lo que acababa de ocurrir se le apareció en la mente, con una nitidez incomparable. Hacia las nueve de la mañana, cuando se preparaba para afeitarse, Annie había dicho: “Voy a buscar la leche. No abras a nadie”. Cuando la puerta del jardín se cerró tras ella, él había deambulado un poco por los senderos, singularmente inquieto, sin hallar nada reconfortable en las flores ni el aire matinal. La inmediata colina comenzaba a resplandecer bajo el sol ya tórrido. Había repasado su “browning”, deslizado el cargador y, tratando de alejar su malestar, se había acercado a la máquina de escribir, optando, tras unos instantes de vacilación, por afeitarse como de costumbre. “¡Malditos nervios!”... Se enjabonaba el rostro, intentando leer al mismo tiempo en un libro abierto que reposaba sobre la mesa, cuando la grava del sendero había crujido bajo unos pasos inesperados. Sonó el silbido convenido, pero se extrañó. ¿Cómo habían abierto la puerta? ¿Annie regresaba tan pronto? Pistola en mano se precipitó al jardín de las flores silvestres. Alguien se acercó a él sonriendo, alguien a quien no reconoció en el primer momento, pero que luego identificó como a un camarada que acudía algunas veces en lugar de Jaime. A Stefan no le gustaba su rostro plano, de mono forzado.

—¡Salud! ¿Te he asustado? Tengo unas cartas urgentes para ti. Stefan, tranquilizado, le había tendido Ja mano:

—¡Buenos días, amigo!

Y allí comenzaba el síncope, la pesadilla y el sueño. Sin duda le habían pegado en la cabeza (el recuerdo confuso de una contusión emergía del olvido y sentía un dolor sordo en medio de la frente). No cabía la menor duda de que había sido aporreado por aquel hombre, por aquel camarada, aquel miserable, y después conducido por los rusos hasta donde se hallaba. Una oleada de agua fría pareció inundarle las entrañas. Sintió unas náuseas profundas. ¡Annie! ¡Annie! ¡Annie! Se sintió totalmente vencido, aplastado en aquel instante.

—El síncope ha pasado — repitió una voz ruda, muy próxima.

Stefan se dio cuenta de que le contemplaban desde muy cerca, con una atención casi violenta. Pensó que era necesario abrir los ojos. “Han debido darme una inyección en el muslo... Hay ochenta probabilidades contra cien a que estoy perdido... Noventa y cinco probabilidades contra cien... En todo caso, es razonable admitirlo...” Y pensando así, abrió resueltamente los

ojos.

Se vio tendido sobre el diván de un comfortable camarote de barco. Le rodeaban unos maderajes claros y tres rostros atentos, inclinados sobre él.

—¿Se encuentra usted mejor?

—Estoy bien—respondió.— ¿Quiénes son ustedes?

—Ha sido detenido por el Servicio de Investigación Militar. ¿Se siente con fuerzas para sufrir un interrogatorio?

Stefan observó atentamente los tres rostros antes de contestar. Los contempló fijamente, con todo su ser tenso para descifrarlos. Uno se apartó en aquel mismo instante de él. Debía ser, sin duda, el médico de a bordo, el personaje de las sienes hundidas... Por otra parte, aquel rostro se enderezó, retrocedió hacia la pared y desapareció. Una ráfaga de aire salino refrescó el camarote. Los otros dos semblantes fueron adquiriendo una consistencia material, en medio de aquella atmósfera medio irreal que los difuminaba. El más joven, fuerte, corpulento, con el pelo brillantado y, el bigote recortado, tenía los contornos acentuados y su mirada aterciopelada era odiosamente insistente. Domador de fieras, adonis valeroso, acobardado después a fuerza de fustigar tigres o traficante de mujeres... Eso debía ser. Aquel rostro que se destacaba sobre una corbata a rayas de color era animalmente enemigo. El otro le intrigó y luego encendió en él una loca llamarada de esperanza. Aparentaba unos cincuenta y cinco años, tenía mechones grises sobre la frente equilibrada, la boca rodeada de pliegues amargos, los párpados arrugados y una mirada oscura, triste, casi dolorosa... “Estoy perdido, completamente perdido...” Escuchaba una voz interior que le repetía eso, sobrepasando todo lo que podía comprender y pensar. “Estoy completamente perdido.” Movi6 sus miembros, satisfecho de no hallarse atado, se levantó lentamente, se apoyó en la pared y cruzó las piernas, esforzándose en sonreír. Creyó haberlo logrado, pero en realidad sólo tuvo un gesto crispado al tender la mano hacia el adonis peligroso.

—¿Me da un cigarrillo?

—Sí — contestó el otro, sorprendido, rebuscando en el bolsillo.

Stefan dió las gracias con un gesto, y luego pidió fuego. Tenía que aparentar tranquilidad, mortal tranquilidad sobre todo. Mortal, efectivamente. Ninguna palabra más exacta.

—¿Responder a un interrogatorio? ¿Después de esta detención ilegal? ¿Sin saber quiénes son ustedes o sabiéndolo demasiado, y sin garantías de ninguna clase?

La cabeza maciza del adonis osciló ligeramente. Una especie de sonrisa descubrió sus dientes largos y blancos. Murmuró algo así como:

—Sabremos obligarle.

Claro que sí. Eso ya lo sabía él. Con una corriente eléctrica a poca tensión se puede retorcer

en todos los sentidos a una criatura humana, sumirla en las peores convulsiones de la epilepsia o de la demencia. Claro que sí... Eso ya lo sabía él. Y sin embargo, no dejaba de ver una desesperada probabilidad de salvación.

—Yo también tengo interés en decirles muchas cosas.

El rostro de mirada triste dijo en francés:

—Hable... ¿Quiere usted antes un vaso de vino? ¿No tiene sed?

Stefan estaba dispuesto a jugarse la vida. A arrojarse sobre aquellos dos hombres, blandiendo la verdad. De ellos, la mitad eran implacables canallas; la otra, sin embargo, revolucionarios auténticos pervertidos por una fe ciega en un porvenir sin fe. Aquellos dos que tenía delante parecían los tipos representativos de ambas tendencias. Confundir a uno, por lo menos, representaría la salvación. Hubiera deseado observar sus reacciones y escrutar sus rostros al hablar, pero la debilidad le volvía singularmente inconsciente, enturbiando su mirada y haciendo que su palabra fuera ardiente y penetrante.

—Os intereso, ¿no es así? ¿Pero es que acaso creéis en las conjuras que inventáis? ¿Creéis lograr así victorias o salvar algo de la derrota? ¿Sabéis lo que habéis estado haciendo hasta ahora?

Se irguió, con el busto vuelto hacia ellos y las dos manos crispadas en el borde de la litera en la que estaba sentado y a la que tenía que aferrarse por instantes con sus últimas fuerzas para no caer hacia atrás, contra la pared, ni hacia adelante, sobre la alfombra, azul y movediza como el mar, la alfombra cuya vista le producía constantemente un principio de vértigo.

—Si todavía tenéis siquiera la sombra de un alma, la apresaré, la haré sangrar y oiréis cómo, pese a vosotros mismos, me da la razón. — Hablaba ásperamente, con violencia, con tono persuasivo y hábil, sin seguir sus propias palabras, que se escapaban de su interior como un chorro de sangre de una herida. — ¿Qué habéis hecho, miserables, con vuestros procesos llenos de imposturas? Habéis envenenado lo más sagrado que tenía el proletariado: la fuente de la confianza en sí mismo que ninguna derrota había podido arrebatarlos. Los de la Comuna podían morir ametrallados, pero se sentían limpios, caían con orgullo. Ahora, en cambio, vosotros habéis enfangado a los revolucionarios actuales, hasta el punto de hacerlos irreconocibles entre sí... Habéis viciado, podrido y perdido todo este país. ¡Mirad! ¡Mirad!...—Y soltó sus manos del reborde de la litera, como si quisiera expresar mejor la derrota. El gesto estuvo a punto de hacerle caer.

Mientras hablaba, observaba fijamente a los dos hombres. El más joven no parecía atender gran cosa. En cambio, el rostro del que aparentaba cincuenta y cinco años se había ido cubriendo de una niebla gris que se eclipsaba y reaparecía, entre las cruzadas arrugas. Las manos de ambos tomaban también expresiones opuestas. La diestra del más joven, apoyada sobre la caoba de un

velador, parecía reposar como un animal en letargo. Las manos del más viejo, enlazadas con fuerza, expresaban notoriamente una crispada actitud de espera.

Stefan se calló. Un silencio profundo se hizo en el camarote.

—Todo lo que acaba de decirnos— le respondió pausadamente el del pelo brillantado — no tiene para nosotros el menor interés,

La puerta se abrió y volvió a cerrarse. Alguien ayudó al desfallecido Stefan a acostarse de nuevo. “Estoy perdido, perdido”..., pensó una vez más. Entretanto, en el puente del barco, envueltos en las tinieblas de la noche, los dos personajes que acababan de escucharle paseaban, uno junto al otro, sin hablar, antes de detenerse frente a frente. El más joven, que era también el más corpulento, se quedó con la espalda arrimada a la obra muerta del buque. El otro, aquel que podía tener unos cincuenta y cinco años, se apoyó en la borda. Tras él, la baranda, la noche, el mar y el cielo.

—Camarada Yuvanov — dijo.

—Le escucho.

—No comprendo por qué ha hecho detener a ese muchacho... Un asunto enojoso más, que trascenderá hasta América. Me hace el efecto de que es un romántico de la peor especie: entrometido, trozskista, anarquizante, etc.. En realidad, no sabemos ya qué decir ni hacer... Le aconsejo, querido Yuvanov, que vuelva a conducirlo a tierra y que le suelte cuanto antes mejor, para evitar que sea divulgada...

—¡Imposible!—respondió secamente Yuvanov.

—¡Imposible? ¿Por qué?

Kondratiev bajó prudentemente la voz antes de proseguir. Sus palabras se hicieron casi silbantes al añadir:

—¿Cree usted que voy a dejar que se cometa impunemente un crimen ante mis ojos? No olvide que he sido enviado por el comité central.

—La víbora trozskysta a favor de la que está intercediendo, camarada Rudin, está complicada en la conjura que ha costado la vida a nuestro gran camarada Tulaev.

Diez años antes, Kondratiev hubiera estallado en vehementes carcajadas. En aquella risa se hubieran confundido el desprecio, la cólera, la irrisión e incluso el temor. Se habría golpeado el muslo con regocijo al tiempo de hacer algunos comentarios y luego habría dado rienda suelta a sus sentimientos. Sin embargo, en aquel instante, en la cubierta del buque que servía de prisión a Stefan, se limitó a esbozar una sonrisa que borró inmediatamente un triste sentimiento de cobardía.

—Yo no intercedo por nadie — dijo. — Me he limitado a darle un consejo político.

“Soy un cobarde”, pensó mientras el barco se balanceaba dulcemente en la noche tibia. “Me estoy dejando arrastrar por su sucia seducción...” Todo el mar estaba a su espalda y se sentía ligado a aquella inmensidad, a aquel reconfortante frescor.

—Además, camarada Yuvanov, creo que es usted de una ingenuidad extrema... Conozco el caso Tulaev. No hay un solo indicio serio, ni uno solo, en todo ese expediente de seis mil páginas, que justifique la inculpación de nadie.

—Me permitirá usted, camarada Rudin, que...

Yuvanov se despidió con una inclinación de cabeza. Kondratiev contempló el horizonte nocturno donde se confundían el mar y el cielo. Era el vacío. De aquel vacío emanaba una perturbación que no era todavía opresiva, sino más bien atractiva. Las constelaciones estaban veladas por unas ligeras nubes. Descendió por la escala de cuerda hasta la motora pegada, en la oscuridad, contra el costado del “Kuban”... Durante unos instantes, estuvo suspendido sobre el agua chapoteante, completamente solo entre la enorme forma negra del carguero, las olas, la motora casi invisible a sus pies. Después siguió descendiendo en las tinieblas movedizas, absolutamente solo, con el alma reposada, completamente dueño de sí mismo.

Al poner el pie en la motora, el mecánico, un ucraniano de veinte años, le saludó militarmente. Dejándose llevar por la energía de sus músculos, Kondratiev le apartó de los mandos y puso por sí mismo el motor en marcha.

—Conozco estas máquinas perfectamente. Soy viejo en la marina.

—Sí, camarada jefe.

La motora brincó sobre las olas como un animal alado. Y en efecto, dos grandes alas de espuma blanca surgían de sus costados. El motor zumbaba, la noche, el mar y el vacío aparecían sombríos, y Kondratiev sentía deseos de seguir cortando las olas en línea recta, sin saber dónde se dirigía, alegremente y con la ligera embriaguez que causa un galope en la estepa... Noches parecidas a aquellas las había pasado en otro tiempo ante Sebastopol, montando guardia a bordo de los cascarones de nuez de la Unión contra las escuadras de la Entente. Y los almirantes tenían miedo de ellos porque cantaban en alta voz los himnos de la revolución mundial. Era el pasado que retornaba a su mente, aquel pasado que volvía a revivir en aquel instante maravilloso.

Aceleró la marcha hacia el horizonte. ¡Qué prodigio era vivir! Respiró profundamente, experimentando deseos de gritar de alegría. Algunos movimientos para alcanzar la borda, un esfuerzo para saltar e iría a caer justamente entre una de las alas de espuma. Pocos instantes bastarían para que todo terminara, pero aquel pobre ucraniano pagaría con la vida el suicidio de su jefe.

—¿De dónde eres, muchacho?

—De Mariopol, camarada jefe..., de un “koljos” de pescadores...

—¿Casado?

—Todavía no, camarada jefe. A mi vuelta.

Kondratiev viró en redondo, poniendo proa hacia la ciudad. La montaña de Montjuich emergió de la oscuridad, destacando su silueta de un negro espeso sobre el oscuro cielo. Pensó que la ciudad extendida bajo aquella montaña, martirizada por la guerra, aletargada por el hambre, el peligro, las traiciones y el abandono, perdida ya en sus tres cuartas partes, como una muerta que se creía ya prometida a la vida, no la había visto aún, ni la vería ya jamás. Ciudad rebelde a sus deseos, capital de las revueltas vencidas, capital de un mundo naciente, perdido, que ellos habían cogido y que se escapaba de sus manos, que se escapaba para rodar hacia otros horizontes... Porque ellos, los que habían comenzado la conquista, estaban ya al borde de sus fuerzas, se hallaban vacíos de todo contenido, se habían convertido en maníacos de sospechas, maníacos de poder, locos capaces de fusilarse a sí mismos para terminar de una vez. Aquellas masas de Europa y Asia a quienes un glorioso infortunio había obligado a realizar la primera revolución socialista, tenían pocos cerebros capaces de pensar con claridad. Lenin lo vio desde el primer momento. Por eso, en tanto que le fué posible, resistió la inquietud de un destino tan alto y tan oscuro. En términos escolares se diría que las clases obreras del viejo mundo no habían llegado todavía a la madurez, y en cambio se había producido la crisis del régimen. Ocurre que las clases que se esfuerzan en remontar la corriente de la Historia son las más inteligentes — bajamente inteligentes —, las más instruidas y las que ponen la más desarrollada conciencia práctica al servicio de la más profunda inconsciencia y el más hondo egoísmo.

En aquel punto se hallaba de su meditación, cuando volvió a ver ante sí el rostro convulso de Stefan Stern. Las alas de espuma parecían arrastrarlo, llevándolo en vida y aureolándolo de un halo de blancura. “Perdóname”, le dijo fraternalmente. “No puedo hacer nada por ti, camarada. Te comprendo bien; me he parecido a ti, todos nos hemos parecido a ti... E incluso sigo pareciéndome, pues, como tú, estoy también perdido”... Él mismo se sorprendió de esta conclusión. El fantasma de Stefan, con su frente húmeda, sus mechones revueltos, la mueca de su boca y la llama tenaz de su mirada se confundió como en sueños con otro fantasma. Y éste fué Bujarin, con su frente abombada, su espiritual mirada azul, su rostro cuajado de arrugas, pero capaz todavía de sonreír, preguntándose ante el micrófono del Tribunal Supremo, unos días antes de morir — cuando la Muerte estaba ya a su lado, con una mano posada en su hombro y otra apoyada en la pistola, pues no era aquella Muerte que grabó Alberto Durero, con el cráneo sonriente, el sudario blanco y la guadaña de la Edad Media, sino otra moderna, vestida de oficial del servicio especial de operaciones secretas, con la orden de Lenin en el lado derecho del pecho

y las mejillas llenas y bien afeitadas—: “¿Por qué causa voy a morir?” Esto se lo preguntaba en alta voz, hablando luego de la degeneración del partido proletario... ¿Pero por qué pensaba en todo aquello? Hubiera querido alejar tales pesadillas y ordenó secamente al mecánico:

—¡Coge el timón!

Sentado en la popa, fatigado súbitamente, con las manos sobre las rodillas, se puso a pensar. Era evidente que estaba perdido. La motora hendía las aguas, dirigiéndose hacia la montaña. Estaba perdido como aquella ciudad, como aquella revolución y aquella república, perdido como tantos otros camaradas... ¿Y acaso no era natural, por otra parte? Cada uno a su hora, cada cual a su manera... ¿Cómo había podido no darse cuenta hasta entonces, vivir con aquella revelación latente, sin adivinarla, sin entenderla, imaginándose hacer cosas importantes o insignificantes cuando, en realidad, no había nada que hacer?

La motora atracó en el muelle oscuro, en medio de un caos de piedras removidas. Una linterna balanceante le precedió hasta las ruinas de una construcción baja, de techos reventados, donde los milicianos jugaban a las tabas al resplandor de una vela. Sobre sus cabezas, un pedazo de cartel mostraba unas mujeres descarnadas, victoriosas al fin de la miseria, en el umbral del porvenir prometido por la CNT...

A las once, se hizo conducir a los edificios ocupados por el Gobierno para sostener una entrevista inútil con los directores del servicio de amunicionamiento. Había demasiadas municiones para sucumbir y pocas para vencer. Hacia medianoche, un miembro del gobierno le ofreció una comida. Bebió varias copas de champaña, brindando con un ministro de la Generalidad de Cataluña. El vino de las tierras francesas impregnadas del sol más dulce y más alegre hizo correr en sus venas un vigor imprevisto. De buen humor tocó con el índice una de las botellas y, sin pensar siquiera en lo que iba a decir, preguntó:

—¿Por qué no se reserva este vino a los heridos, señor?

El otro le contempló con una media sonrisa helada. El estadista catalán era alto, delgado, aparentando unos sesenta años. Iba vestido con elegancia y su rostro grave, iluminado por una mirada fina, delataba en él al universitario. Se encogió de hombros:

—Tiene usted razón... Pero éste es uno de esos pequeños detalles que nos han llevado a la situación en que nos hallamos... Insuficiencia de municiones, exceso de injusticia...

Kondratiev descorchó la segunda botella. Desde los tapices que colgaban de las paredes le contemplaban cazadores y cazadoras con grandes sombreros emplumados que perseguían el ciervo en los sotos de otro siglo. El viejo universitario catalán volvió a brindar. Se sentían unidos por una creciente intimidad, desarmados uno ante otro, como si hubieran dejado la hipocresía en la antecámara.

—Estamos vencidos — dijo el ministro con amable tono de voz. — Tendré que alejarme de aquí. Si logro escapar, no seré, en Chile o Panamá, más que un emigrado cuya lengua no entenderá nadie... Y con una mujer trastornada.

Se calló y permaneció unos segundos en silencio. Luego, sin saber cómo, se le escapó la pregunta más enorme e incongruente:

—¿Tiene usted noticias del *señor* Antonov Ovseenko (6), a quien yo estimaba infinitamente?

—No..., no tengo—respondió Kondratiev con una voz sin tonalidad.

—¿Es verdad que..., que le han..., que...?

Kondratiev vio que aparecían unas estrías verdosas en las pupilas del melancólico anciano, unas estrías verdes mezcladas con sombras.

—...¿que lo han fusilado?— dijo, completando amablemente la pregunta del otro. — Ya sabe usted que la palabra es de uso corriente entre nosotros. Probablemente es verdad, pero no sé nada con exactitud,

Dada esta respuesta, se encerraron en un enojoso silencio que lo mismo podía ser inercia que desaliento.

Con voz confidencial el ministro catalán añadió:

—Habíamos bebido juntos champaña algunas veces. En este mismo lugar...

—Terminaré como él — respondió Kondratiev en el mismo tono.

Se despidieron en el umbral, junto a la puerta entornada, estrechándose las manos con efusión y volviendo a ocultarse ambos tras sus caretas oficiales. Uno decía “buen viaje, señor”, y el otro repetía su caluroso agradecimiento por la buena acogida. Los adioses se hacían demasiado largos y ellos lo comprendían, pero también sabían — como así fué — que cuando sus manos se separaran, un lazo invisible y frágil se rompería para no volver a anudarse jamás.

Kondratiev cogió al día siguiente el avión que tenía que llevarle a Toulouse. Quería llegar a Moscú antes que los informes secretos que le describirían intercediendo por un trozkista-terrorista, quería llegar a tiempo para proponer unas supremas medidas de reorganización, un envío masivo de armas, una depuración de servicios y el cese inmediato de los crímenes en la retaguardia... Aspiraba a que el Jefe le recibiera antes de que se pusiera en marcha el enorme y aplastante mecanismo de las piezas gubernamentales y, frente a frente, jugarse calmosamente la vida, con los triunfos precarios de una camaradería fundada en 1906 en las regiones frías de Siberia, con una lealtad absoluta y una franqueza hábil, pero aguda como la verdad... Pues, a pesar de todo, seguía existiendo la verdad.

6 Cónsul de la URSS en Barcelona durante el periodo de dominación roja.

A mil quinientos metros de altura, inmersos en un cielo que no era más que claridad y luz, la catástrofe más soleada de la Historia no se distinguía sobre la tierra. La guerra civil se desvanecía, precisamente a la altura en que los bombarderos se preparaban para el combate. La tierra ofrecía el aspecto de un mapa, tan rico en colores, tan henchido de vida geológica, vegetal, marina y humana, que Kondratiev, al contemplarla, experimentó una especie de embriaguez. En Toulouse permaneció el tiempo preciso para trasladarse de avión. Cuando, finalmente, al sobrevolar los bosques lituanos, aquellas ondulaciones semejantes a espumas solidificadas que dan a aquellas regiones una fisonomía de épocas prehumanas, descubrió las tierras soviéticas, tan diferentes a las demás por la tonalidad uniforme de sus extensos “koljoses” cultivados, una ansiedad le penetró hasta la médula. Sintió piedad de los tejados de las cabañas, humildes como viejas miseras y agrupadas aquí y allá, en las tierras casi negras, a orillas de los tristes ríos, sintiendo, sin duda, piedad de sí mismo.

Tan grave debía parecer la situación de España, que el Jefe le recibió el mismo día de su llegada. Kondratiev no esperó más que breves instantes en una antecámara espaciosa, inundada de luz blanca que se filtraba por extensos ventanales desde donde se contemplaba uno de los paseos de Moscú, con sus tranvías, su doble hilera de árboles, sus transeúntes, sus casas de altura mediana, tras las que sobresalían los bulbos verdosos de una iglesia perdonada.

—Adelante.

Le acogió un salón blanco, desnudo como el cielo frío, alto de techo y sin otro adorno que el retrato, de mayor tamaño que el natural, de Wladimir Illitch, con la gorra encasquetada y las manos en los bolsillos, de pie en el patio del Kremlin. Era tan vasto aquel salón, que en el primer momento lo creyó vacío. Pero detrás de la mesa del fondo, en el rincón más claro, alguien se levantó, dejó una estilográfica sobre la mesa y pareció emerger del vacío. Atravesó una alfombra de color gris claro de nieve pisoteada y fué a abrazarle con una brusquedad afectuosa.

—Buenos días, Ivan... ¿Cómo estás?

Kondratiev estrechó las manos que le tendía, sintiendo que las lágrimas le acudían a los ojos y le ahogaba una congoja. Lloraba de júbilo. Le electrizaba el relámpago de una gran alegría.

—¿Y tú, Iossif? Tú... ¡Qué dichoso me siento al verte! Estás todavía muy joven...

La cabellera cortada en cepillo estaba aún poblada. La frente era ancha, pero abultada, cruzada por múltiples arrugas. Los pequeños ojos rojizos y el bigote espeso ocultaban una carga vital tan considerable, que el hombre de carne y hueso desplazaba por completo a sus innumerables retratos. Al sonreír se le marcaban unas arrugas alrededor de la nariz, bajo los párpados, y parecía emanar de su persona un calor reconfortante. ¿Sería bueno, en realidad? ¿Cómo no le habían consumido todos aquellos dramas tenebrosos, todos aquellos procesos y

horribles sentencias emitidas en el seno del Politburó?

—Tú también, Vania— dijo (no, su voz no había cambiado). — También tú resistes sin cambiar absolutamente nada.

Se contemplaron sosegadamente. ¡Cuántos años habían transcurrido! Praga, Londres, Cracovia... Aún recordaba la pequeña asamblea que se celebró en esta última ciudad, donde se discutió tan ásperamente sobre las expropiaciones en el Cáucaso. Luego habían ido a beber un buen vaso de cerveza en un “Keller”, en las ruinas romanas, junto al edificio de un convento... Recordaban también los motines del 17, los congresos, la campaña de Polonia, los hotelillos de las villas recién conquistadas donde las chinches devoraban a los extenuados consejos revolucionarios. En sus mentes se alzó un tumulto de recuerdos, sin que ninguno consiguiera dominarlos enteramente: todos presentes, pero mudos, impotentes para rehacer una amistad cada vez más difusa. El Jefe rebuscó la pipa en el bolsillo de su guerrera. Atravesaron juntos la alfombra, dirigiéndose hacia los altos ventanales del fondo, a través de la luz clara.

—¿Qué tal están allí las cosas, Vania? Habla sin reparo; ya me conoces.

—Las cosas... — comenzó a decir Kondratiev con un gesto descorazonado y un ademán de la mano que parecía dejar caer algo imaginario —, las cosas...

El jefe pareció no haber entendido estas primeras palabras. Con la frente baja, siguió cargando su pipa de tabaco.

—Ya sabes, hermano, que los viejos, los viejos del Partido, como tú, deben decirme la verdad..., toda la verdad... ¿A quién se la preguntaría, si no fuera así? Tengo necesidad de saberla, porque todo el mundo miente, miente. De arriba abajo, todos mienten. ¡Es diabólico! ¡Asqueante! Vivo en la cima de un edificio de mentiras, ¿comprendes? Las estadísticas mienten, como es natural. Reflejan las estupideces de los pequeños funcionarios, las combinaciones de los administradores medios, el servilismo, el sabotaje y la enorme incapacidad de nuestros cuadros dirigentes... Cuando me traen todas esas cifras quintaesenciadas, me contengo algunas veces para no soltar una maldición. Los planes mienten porque de diez veces nueve responden a datos completamente falsos, los ejecutantes del plan mienten también, porque no tienen el valor de confesar lealmente lo que pueden hacer y lo que no, los más calificados economistas mienten porque no son más que unos lunáticos... A veces siento deseos de preguntar a todas esas gentes por qué, si se callan, dejan que mientan sus ojos... ¿Te das cuenta exacta de todo lo que me ocurre?

¿Se estaría excusando? Este pensamiento atravesó con rapidez la mente de Kondratiev. El Jefe encendió calmosamente la pipa, y luego se metió las manos en los bolsillos, quedando silencioso y rígido unos instantes. Le contempló con mirada amistosa, aunque desconfiando en el

fondo y sin dejar de reflexionar. ¿Se atrevería a decirle lo que pensaba? Aventuró suavemente:

—¿No tendrás tú un poco de culpa en todo ello?

El Jefe irguió la cabeza. Las arrugas minúsculas de su sonrisa aparecieron alrededor de su nariz, bajo los ojos.

—Quisiera verte en este lugar, amigo. La vieja Rusia es un pantano: cuanto más se avanza, más movedizo es el suelo, hasta el punto de que terminas por hundirte cuando menos lo esperas... Además, la chusma humana... La tarea de reformar ese viejo animal que es el hombre llevará siglos enteros. Y yo no puedo disponer de tanto tiempo... ¿Pero cuáles son esas cosas?

—Detestables. Tres frentes que se sostienen apenas. Bastará un soplo para que se hundan... Ni siquiera se han abierto trincheras ante las posiciones esenciales.

—¿Por qué?

—Por falta de palas, de pan, de planos, de oficiales, de disciplina, de municiones, de...

—Comprendido... Como a principios del año 1918 entre nosotros, ¿verdad?

—Sí... Aparentemente igual... Aunque sin el Partido, sin Lenin... (Kondratiev vaciló durante una ínfima fracción de segundo, pero debió notársele), sin ti... Además, no es un principio, sino el fin..., el fin.

—Los expertos anuncian que la catástrofe se producirá dentro de tres o cinco semanas..., ¿crees que aciertan?

—Puede durar más tiempo, como una agonía que se prolonga, o hundirse mañana mismo, como en un repentino colapso.

—Necesito que la resistencia se prolongue algunas semanas más.

Kondratiev no respondió. Pensó que era cruel aquella decisión, cuya utilidad no acertaba a comprender. El Jefe pareció adivinar lo que pasaba por su mente:

—Bien valemos eso—añadió. — Y luego preguntó: —¿Qué tal se han portado nuestros tanques de Sormovo?

—Bastante mal. Los blindajes pasables... (Kondratiev recordó que habían fusilado, por sabotaje, a los constructores). Los motores completamente insuficientes. Han sufrido hasta un treinta y cinco por ciento de averías en el combate.

—¿Citas esos detalles en tus informes escritos?

—Sí.

Kondratiev pensó que sus opiniones provocarían un proceso durante el cual aquel treinta y cinco por ciento brillaría como en caracteres fosfóricos en las mentes agotadas por los interrogatorios nocturnos. Añadió:

—Pero lo más defectuoso es, indiscutiblemente, el material humano.

—Ya me lo han dicho. ¿Cuál es tu explicación?

—Bastante sencilla. Tú y yo, todos nosotros, hemos hecho la guerra en otras condiciones. La máquina vence al hombre. Ya sabes que no soy un cobarde. Sin embargo, quise darme cuenta por mí mismo y entré en una de las máquinas, una número 4, con tres tipos impresionantes: un anarquista barcelonés...

—...un trozskysta, naturalmente.

(El Jefe acompañó sus palabras con una sonrisa y una bocanada de humo. Sus ojos rojizos rieron a través de sus párpados casi entornados.)

—Es posible, aunque no tuve tiempo de enterarme... Tú tampoco lo habrías hecho en aquellas circunstancias... Los otros dos eran unos campesinos aceitunados, andaluces, que son unos tiradores admirables, como nuestros siberianos o nuestros letones de antes... Puesto el tanque en marcha, avanzamos por una excelente carretera y a pesar de ello no llegué a hacerme a la idea de lo que habría sucedido de haber estado en cualquier barranca... Encerrados en aquella oscuridad, los cuatro nos hallábamos empapados de sudor de los pies a la cabeza, respirando la atmósfera cargada de emanaciones de gasolina y ensordecidos por el estruendo interminable. Nos acometieron unas fuertes náuseas y deseamos con toda nuestra alma que acabara aquello cuanto antes. Sentíamos un pánico profundo y nos dábamos cuenta de que habíamos dejado de ser combatientes para convertirnos en unos pobres diablos descompuestos, echados unos sobre otros, en una atmósfera pestilente, en una oscuridad asfixiante... Te aseguro que en vez de sentirse protegido, uno cree estar reducido a la impotencia.

—¿Y cuál es el remedio?

—Máquinas mejor concebidas y unidades especialmente entrenadas para servir las. Lo que no hemos podido tener en España.

—¿Qué te han parecido nuestros aviones?

—Buenos, a excepción de los viejos modelos... Ha sido un error suministrarles tantos viejos modelos... (el Jefe asintió con un decidido ademán). Nuestro B 104, inferior a los Messerschmidt, ínfimo en velocidad.

—El constructor ha saboteado.

Kondratiev vaciló antes de responder, pues estaba convencido de que la desaparición de los mejores ingenieros del Centro de Experimentación de la Aviación había producido una baja segura en la calidad de la producción.

—Quizá no sea esa la causa... Acaso sea tan sólo que la técnica alemana sigue siendo superior.

El Jefe dijo:

—Ha saboteado. Tenemos pruebas, y además ha confesado.

La palabra *confesado* provocó entre ambos un claro malestar. El Jefe se dio cuenta y, volviéndose un poco, cogió un mapa de los frentes de España que estaba sobre su mesa y comenzó a hacer preguntas de detalle que, en realidad, no podían tener para él más que un interés completamente secundario. ¿Qué podía importarle, cuando las cosas habían llegado a tales extremos, que la Ciudad Universitaria, de Madrid, estuviera más o menos guarnecida de artillería? En cambio, ni siquiera habló del embarque de las existencias de oro, informado, sin duda, por un emisario especial. Kondratiev omitió este tema. El Jefe no hizo tampoco alusión alguna a los cambios de personal que él había propuesto en su memoria... Levantó la mirada y en un reloj lejano, entrevisto a través del ventanal, comprobó que la entrevista duraba ya más de una hora. El Jefe iba y venía por la estancia. Ordenó a uno de sus secretarios que le sirviera té y luego le dijo:

—Nada antes de que le llame.

¿Qué esperaba? Kondratiev, tenso y erguido, parecía aguardar también algo. El Jefe, sin quitarse las manos de los bolsillos, le condujo hasta uno de los ventanales, desde donde se veían los tejados de Moscú. Sólo un cristal les separaba de la ciudad, de su cielo pálido.

—¿Y qué es, en tu opinión, lo que no marcha bien en este Moscú magnífico y desolador? ¿Qué pieza es la que no ajusta?

—Acabo de decírtelo, amigo. Todo el mundo miente, miente y miente. El servilismo lo invade todo. De ahí la falta de oxígeno. ¿Y cómo construir el socialismo sin oxígeno?

—Hum... ¿Eso es todo, según tú?

Kondratiev se vió entre la espada y la pared. ¿Debía hablar? ¿Debía arriesgarse? ¿O era preferible escabullir el bulto cobardemente? La tensión interior le impidió observar, apenas separado por cuarenta centímetros, el rostro del Jefe. A su pesar fué demasiado directo, muy poco hábil en la respuesta. Dijo con voz grave y lenta:

—Los viejos se van haciendo raros.

El jefe, fingiendo no haberla captado, pasó por alto la enorme alusión.

—En cambio, los jóvenes suben. Son enérgicos, prácticos, formados a la americana... Es tiempo ya que los viejos descansen...

“¿Que descansen con los santos?”, se preguntó Kondratiev para sus adentros, parafraseando el canto litúrgico de difuntos. Luego, haciendo un esfuerzo, concedió:

—Los jóvenes, es cierto... Es nuestro orgullo esa juventud... (Pero su voz sonó falsa y tuvo que admitir para sus adentros que estaba mintiendo también.)

El Jefe sonreía extrañamente, como si se hubiera burlado de algún ausente. Y con el tono más natural, preguntó:

— ¿Crees que he cometido muchas faltas, Ivan?

Estaban solos, envueltos en una claridad cruda, con la ciudad, de la que no llegaba un solo ruido, extendida ante ellos. En una especie de patio lejano, entre una iglesia achaparrada, de campanarios desportillados y un muro bajo, de ladrillo encarnado, unos jinetes georgianos se ejercitaban con el sable. Galopando de un lado a otro del patio, se les veía inclinarse al llegar al centro, para alcanzar al vuelo, con la punta del sable, un trapo blanco.

—No soy nadie para juzgarte — respondió Kondratiev turbado. — Tú eres el Partido (se dio cuenta de que esta definición le había gustado) y yo no soy más que un viejo militante... —Y añadió, con una tristeza empañada de ironía: —Uno de esos que necesitan reposo...

El jefe escuchaba su respuesta como un juez imparcial o como un culpable indiferente.

—Creo— dijo todavía Kondratiev— que no tenías razones para “liquidar” a Nicolás Ivanovitch.

“Liquidar”. La vieja palabra empleada bajo el terror rojo, por pudor, por cinismo o por ambas cosas al mismo tiempo, en lugar de “ejecutar”. El Jefe la escuchó sin pestañear, con el rostro impassible.

—Era un traidor. Lo reconoció. ¿Acaso no lo crees?

Siguió un silencio denso.

—Es duro de creer.

El Jefe esbozó una especie de sonrisa burlona. Sus hombros se encogieron, su frente se oscureció y su voz se hizo pastosa:

—Evidentemente... Tenemos muchos traidores..., conscientes o inconscientes; no es éste el momento de pararse en psicologías... No soy un novelista... (Un intervalo). Los aniquilaré a todos, sin cobardía..., sin favores..., hasta el último entre los últimos... Es duro, pero necesario... A todos... Está en juego el país, el porvenir... Cumpló con mi deber... Como una máquina.

No había nada que responder a tales palabras. Pero Kondratiev estuvo a punto de gritar.

El Jefe no le dio tiempo, pues inmediatamente volvió al tema de la conversación:

—¿Continúan los trozskystas sus intrigas en España?

—No tanto como afirman los imbéciles... Y a propósito: quiero exponerte un caso de poca importancia, pero que puede tener repercusiones... Nuestros hombres cometen peligrosas sandeces...

Y Kondratiev le relató, en cuatro frases, el caso de Stefan Stern. Mientras hablaba, trataba de adivinar si el Jefe estaba ya al corriente de todo aquello. Pero éste, impenetrable, escuchaba con atención e incluso le interrumpió para tomar nota del nombre: Stefan Stern. ¿Lo ignoraba realmente?

—Me ocuparé en eso. Pero tu opinión sobre el caso Tulaev es falsa. Hay conjura.

—¡Ah!

“Quizá hubiera, efectivamente, conjura”... En la mente de Kondratiev se insinuó un vacilante consentimiento... “¡Qué el diablo me lleve! Me estoy volviendo complaciente”...

—¿Me permites una pregunta, Iossif?

—Claro que sí.

Los ojos rojizos del Jefe seguían teniendo su amistosa expresión.

—¿Está disgustado conmigo el Politburó?

La pregunta significaba, en realidad: “¿Estás descontento de mí por haberte hablado con entera franqueza?”

—¿Cómo responderte?—repuso el Jefe lentamente.—Yo no lo sé. Cierto que el curso de los acontecimientos no es satisfactorio, pero tú tampoco podías hacer gran cosa por cambiarlo. Has pasado muy pocos días en Barcelona y, por lo tanto, tu responsabilidad está poco comprometida. Claro que tampoco podemos felicitar a nadie, cuando todos huyen... ¡Ja, ja, ja!...

Se echó a reír con una breve risa gutural que cortó bruscamente para preguntar:

—¿Qué vamos a hacer contigo ahora? ¿Qué trabajo prefieres?... ¿Quieres ir a China? Tenemos allí unos pequeños y admirables ejércitos, poco contaminados de ciertas enfermedades... (Se dio a sí mismo tiempo para reflexionar.) Pero debes estar harto de guerras, ¿verdad?

—Así es, camarada. Gracias por lo de la China, pero evítamelo si es posible. Estoy hasta la punta de los pelos de sangre, siempre sangre.

Estas eran justamente las palabras que no hubiera tenido que pronunciar y que, sin embargo, tenía en la lengua desde el primer minuto de la entrevista. Eran las palabras más graves de su diálogo secreto.

—Comprendo— dijo el Jefe.— ¿Entonces qué quieres? ¿Un puesto en la producción? ¿En la diplomacia? Pensaré en ello.

Atravesaron la alfombra diagonalmente. Al despedirse, el Jefe retuvo la mano de Ivan Kondratiev en la suya.

—He sentido una gran satisfacción al volverte a ver, Ivan.

Era sincero. Se notaba en aquella chispa que había en el fondo de sus pupilas, en aquel rostro envejecido de hombre sin confianza, sin felicidad, sin contactos humanos, siempre encerrado en una soledad de laboratorio... Prosiguió:

—Descansa, amigo. Cuídate. A nuestra edad, y después de la vida que hemos tenido, es una necesidad que se impone. Tienes razón: los viejos se hacen escasos.

—¿Te acuerdas de nuestras cacerías de patos salvajes en la tundra?

—Me acuerdo de todo. Ve a reposar al Cáucaso. Aunque te doy un consejo para cuando estés allí: deja a un lado los sanatorios y trepa cuanto puedas por los senderos de la montaña. Es lo que me gustaría hacer a mí.

Siguió un silencio largo. Entre ambos se desarrolló un diálogo mudo, secreto, que ambos siguieron por adivinación: “¿Por qué no te vas?”, sugirió Kondratiev. “Eso te produciría un gran bienestar”...

“¡Tentador!”, exclamó el Jefe. “¿Y la soledad de los senderos? ¿Quieres que me hallen con la cabeza hendida? No estoy tan loco... Aún me necesitan”...

“Te compadezco, Iossif. Tú eres el que está más amenazado, más cautivo entre los dos”...

“No quiero compasión... Te prohíbo que me compadezcas. Tú no eres nada ni nadie. Yo soy el Jefe, en cambio”...

Como es natural, no dijeron una sola palabra de éstas, pero las entendieron, las pronunciaron en un doble coloquio, en apariencia corporal, pero en realidad incorpóreo, completamente espiritual.

—Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Al atravesar la extensa antecámara, Kondratiev se cruzó con un personaje de baja estatura y gafas de concha, nariz ganchuda y abultada y pesada cartera debajo del brazo: era Ratchevsky, el nuevo procurador del Tribunal Supremo. Cambiaron un saludo reticente.

VI

CADA CUAL SE AHOGA A SU MANERA

Desde hacía seis meses, una docena de funcionarios removían sin cesar los cincuenta expedientes seleccionados del caso Tulaev. Fleischman y Zvereva, nombrados “investigadores encargados de los casos de mayor gravedad”, seguían aquél, hora tras hora, bajo la intervención directa del Alto Comisario adjunto, Gordeev. Fleischmann y Zvereva, ambos antiguos chequistas de los tiempos heroicos, hubieran tenido que ser considerados como sospechosos. Ellos lo sabían y por tal causa podía contarse con su celo ilimitado. El caso iba creciendo en todos los sentidos, ligándose a un enjambre de otras instrucciones, disolviéndose, perdiéndose y volviendo a resurgir como la llamita permanente y peligrosa que juguetea entre los escombros carbonizados de un incendio. Los investigadores se movían entre una multitud de presos desiguales, todos extenuados, todos desesperados, todos desesperantes, todos inocentes, en el antiguo sentido jurídico de la palabra, y todos sospechosos en múltiples aspectos. Pero sus esfuerzos eran vanos y no lograban más que ir hundiéndose, cada vez más, en un atolladero sin salida. El buen sentido sugería separar los confesos de una media docena de desequilibrados que, con la mayor tranquilidad, contaban cómo habían asesinado al camarada Tulaev. Una turista americana, casi bella y completamente loca, aunque poseedora de una gran sangre fría, declaraba:

—No entiendo nada de política. Odio a Trotsky y soy terrorista. Desde mi niñez he soñado con ser terrorista. Si he venido a Moscú ha sido tan sólo para ser amante del camarada Tulaev y acabar con él. Estaba celoso y me adoraba... Quisiera morir por la URSS. En mi opinión se necesitan emociones profundas para estimular el amor del pueblo... He matado al camarada Tulaev, al que amaba más que a mi propia vida, para librar al Jefe de un peligro que le amenazaba... Los remordimientos no me dejan dormir. Pero creo haber obrado bien y me siento dichosa de haber cumplido mi misión sobre la tierra... Si estuviera en libertad, desearía escribir mis memorias para la prensa... ¡Fusílenme! ¡Fusílenme!

En sus momentos de depresión enviaba a su cónsul largos mensajes (que cuidaban bien de no transmitir) y escribía al juez de instrucción cartas de este tenor: “No puede usted fusilarme porque soy americana... Mi gobierno intervendrá y...”

—¡Estúpida ramera!—juró Gordeev después de pasarse tres horas estudiando aquel caso.

¿No simularía su locura? ¿No habría *pensado* realmente en cometer el asesinato? ¿No habría en sus habladurías el eco de designios madurados por otros? ¿Qué hacer con aquella enferma? Una embajada se interesaba por ella, las agencias de todo el mundo publicaban sus fotografías y la Prensa americana describía las torturas que le infligían en los interrogatorios... Unos psiquiatras

uniformados se esforzaban vanamente en persuadirla de su inocencia por medio de la sugestión, de la hipnosis y del psicoanálisis. Pero no lograban más que agotar la paciencia.

— ¿Por qué no la persuaden, al menos, de haber matado a otro, a cualquier otro?... ¡Tengan ustedes un poco de imaginación! Enséñenle fotografías de asesinos, explíquense crímenes sádicos... Lo que quieran. ¡Qué se vaya al diablo! ¡Bruja!

Intentaron seguir los consejos de Gordeev, pero la americana, en su delirio exaltado, no consentía en haber asesinado más que grandes personajes. Fleischmann la odiaba, detestaba su voz, su acento, el color amarillento de sus mejillas y todo lo que a ella se refería... Un médico joven se pasó horas y horas, acariciando sus manos y sus rodillas, mientras repetía:

—Soy inocente, soy inocente...

Ella lo repitió también, acaso más de doscientas veces, y al final compuso una beatífica sonrisa y añadió suavemente:

— ¡Qué amable es usted! Sé desde hace tiempo que me ama, pero la verdad es que he sido yo..., yo..., quien ha matado al camarada Tulaev... Él también me amaba como usted...

Aquella misma noche, el médico comunicó su informe a Fleischman. Tanto en su voz como en su mirada se traslucía una especie de turbación.

— ¿Está usted seguro — preguntó con extraña gravedad—que ella no tiene nada que ver con este asunto?

Fleischman aplastó con furia la colilla en el cenicero,

— ¡Dúchese, muchacho!... ¡En seguida!

Mandaron a aquel hombre a que rehiciera sus nervios en los bosques del norte de la Petchora, y prosiguió la investigación. Cinco series de confesiones detalladas se clasificaron, asimismo, bajo el signo de la demencia. Hubo que tener el valor de descartarlas. Gordeev enviaba a los culpables a los médicos y éstos enloquecían a su vez... ¡Peor para ellos! Con su sonrisa más blanda, Fleischmann ordenaba que los condujeran, con buena escolta, a la casa de locos... Zvereva, alisando con sus dedos afilados los largos pelos teñidos, respondía invariablemente:

—Me parecen muy peligrosos... Locura antisocial...

Era una mujer a quien los masajes faciales, las cremas y los afeites habían dotado de una máscara sin edad, de rasgos turbios, arrugas profundas y gestos crispados. La mirada áspera y agitada de sus pequeños ojos negros suscitaba inquietud. Fué ella quien informó a Fleischman que el Alto Comisario adjunto, Gordeev, les aguardaba a la 1,30 para una conferencia importante. Y añadió con gesto significativo:

—Acudirá el procurador Ratchevsky. Le ha recibido ya el Jefe.

“Estamos ya cerca del desenlace”, pensó Fleischman.

Conferenciaron en el despacho de Gordeev, situado en el duodécimo piso de un edificio que dominaba las arterias centrales de la ciudad. Después de haber tomado una copa de coñac, Fleischman se encontraba bien. Acodado a medias en la ventana, contemplaba el hormigueo humano de la calle, los autos detenidos ante la Comisaría del Pueblo para los Asuntos Exteriores, los escaparates de las librerías y las cooperativas. Pensaba que hubiera sido magnífico poder deambular un poco entre aquella multitud, extasiarse ante los cristales de los escaparates, entrar en cualquier librero de lance y seguir a la primera muchacha que pasara... ¡Perra vida! En vez de aquello, se encontraba encerrado en un despacho, aguardando a que fuera hora de celebrar una importante conferencia. Era un tipo grueso, con mejillas caídas, párpados ajados y manchas amarillentas bajo los ojos. Sus sienes comenzaban a despoblarse y desde hacía poco se daba cuenta de que estaba envejecido. Cuando más interesado se hallaba contemplando los jóvenes con libros debajo el brazo, le asaltó un pensamiento ridículo: “Dentro de un año o dos, seré totalmente impotente”...

En el interior del despacho, el procurador Ratchevsky examinaba atentamente un pequeño paisaje de Levitan, colgado del tabique. Representaba una noche de Ucrania, destacando en la oscuridad el tejado de una choza, el recodo ceniciento de un camino y la llanura, mágica y encantada, bajo las brillantes estrellas. Sin que su mirada se apartara de aquel camino hacia lo irreal, dijo:

—Camaradas: creo que es hora de acabar.

“Claro que sí”, pensó Gordeev con cierta desconfianza. “Aunque me gustaría saber lo que hay que acabar”... En realidad, creía saberlo muy bien, pero se guardaba mucho de concluir su pensamiento. En semejantes casos, el menor error era de efectos parecidos al resbalón del constructor del rascacielos, que coloca vigas de cemento a más de cien metros de altura. La caída resulta inevitable. Sin embargo, era imposible obtener una directriz precisa. Se le dejaba obrar, alentándole, acechándole, reservándose el derecho de recompensarle o desautorizarle. Las palabras de Ratchevsky hacían presumir una revelación, tanto más cuanto el procurador acababa de salir del despacho del Jefe. En aquel instante se escucharon unas escalas musicales en el fondo del piso: era Ninelle, que comenzaba su lección de piano.

—Ese es también mi parecer, Ignatii Ignatievitch — respondió Gordeev con una larga sonrisa melosa.

Fleischmann se encogió de hombros.

—Acabemos de una vez. Es preferible, Esta instrucción no puede durar siempre. Lo único que hace falta saber es cómo clausurarla. (Miró fijamente a Ratchevsky.) El caso es netamente político.

Hizo una breve pausa, p rfida o negligente, antes de proseguir:

—... aunque el crimen, a decir verdad...

 A decir verdad, qué?... Fleischman se había vuelto hacia la calle sin acabar su frase. Zvereva, que no se aventuraba jamás la primera, preguntó con tono afectado:

—  Verdad que no ha terminado usted su frase?

—S , por cierto.

Entre los estudiantes agrupados abajo, en el borde de la acera, se veía a una hermosa muchacha, sorprendentemente rubia, que explicaba algo haciendo vivos gestos con ambas manos. Vistos desde aquella distancia, sus dedos parecían apresar la luz y, cuando echaba un poco la cabeza hacia atrás para reírse más a gusto, su ademán tenía la gracia de una postura de “ballet”. Aquel rostro, lejano como una estrella, inaccesible y real al mismo tiempo, no sentía fija en él su mirada. El Alto Comisario adjunto, el procurador del Tribunal Supremo y la investigadora encargada de los asuntos de mayor gravedad, aguardaban a que diera su parecer. Dándose cuenta de su espera, a nadi  firmemente:

—Hay que cerrar la instrucción.

Y volviéndose a medias, miró atentamente, uno tras otro, a sus tres interlocutores, haciéndoles una breve reverencia, como si acabara de decir algo muy importante. En realidad, mientras esbozaba el cortés ademán, pensaba que los tres rostros eran repugnantes, mostraban unos rasgos degenerados y parecían modelados en una substancia horriblemente gelatinosa... “También yo soy feo, tengo la piel verdosa, la barbilla saliente y los párpados abotagados... Somos dignos de que nos destruyan, de que nos aniquilen cuanto antes”... Miró a sus comp a eros y apenas pudo ocultar una sonrisa: “Est is muy molestos, camaradas. Pero no pienso a nadir ni una sola palabra más. Depende de vosotros motivar la decisión o diferirla”...

Echó otra ojeada por la ventana. Los estudiantes no estaban ya en la acera. Pasaban otros transeúntes y un auto infantil evolucionaba sobre el asfalto, ante el morro bajo de los camiones... Entre toda aquella multitud que llenaba la calle, ni una sola mente sabría el nombre de Tulaev... En aquella ciudad, en aquel país de ciento setenta millones de habitantes, ni uno solo debía acordarse ya del nombre de Tulaev. De aquel personaje de grandes bigotes, embarazoso, tuteante, elocuente en lo vulgar, borracho a ratos, bajamente fiel al Partido y de aspecto repulsivo como todos ellos, no quedaba más que un puñado de cenizas en una urna y un recuerdo, sin calor ni valor, en algunas memorias de investigadores medio locos. Las únicas criaturas para quienes fué verdaderamente un hombre, las mujeres que desnudaba entre sonrisas cloqueantes, balbuceos tiernos, galanter as ordinarias y violencias de toro, debían guardar de él unas imágenes secretas, completamente diferentes de los retratos que seguían colgados, por olvido, en las paredes de

algunas oficinas. ¿Pero habrían conocido ellas su verdadero nombre? Recuerdos y retratos desaparecerían pronto... En todo el expediente no había nada, ni un indicio serio contra nadie. Tulaev se desvanecía, a influjos del viento, la nieve, las tinieblas y el salubre frío de una noche helada.

— ¿Cerrar la instrucción?—dijo Zvereva con tono interrogativo.

Tenía una sensibilidad siempre despierta. De intuiciones casi infalibles, presentía los designios que se maduraban entre el silencio y el equívoco, en los altos lugares. En aquel instante, apoyó la barbilla en la mano y con los hombros encogidos, el pelo ondulado y la mirada aguda, contempló a sus compañeros. Fleischman bostezó, ocultando cortésmente la boca con la mano. Para disimular su embarazo, Gordeev sacó de un armario una botella de coñac y dispuso las copas.

— ¿Martel o Armenio?

Aquello sirvió para que el procurador Ratchevsky comprendiera que nadie diría nada antes de que él no hubiera hablado. Se decidió:

—Este caso, estrictamente político en efecto, no implica más solución que la política... Los resultados de la instrucción no nos interesan, por sí mismos, más que de una manera completamente secundaria... Según los criminalistas de la vieja escuela, con los que concordamos en esta circunstancia, el *quid prodest*...

—Muy bien — dijo Zvereva.

El rostro del procurador Ratchevsky parecía esculpido en una carne dura y malsana formando dos curvas contrarias, una más larga que otra. Cóncavo en su conjunto, con la frente abultada y la barbilla saliente, tenía una nariz curvada, hinchada por la base y con unas aletas negras y velludas. Su tez era sanguínea, con tendencia al violáceo. Dos ojos castaños, de pupilas opacas, la ensombrecían. Había surgido hacía algunos años, procedente de un destino oscuro, lleno de deberes apagados, penosos y arriesgados, cumplidos sin provecho alguno, con un encarnizamiento de animal de carga. A veces, cuando bebía unas copas de más, llegaba a decir: “Soy un caballo de tiro... Arrastro el viejo arado de la justicia. No me aparto de los surcos y cuando me gritan ¡arre!, tiro con todas mis fuerzas. Un chasquido de lengua basta para detenerme.” Pero luego, cuando se serenaba, a los íntimos que le habían oído semejantes chismes les consagraba un profundo resentimiento. Su ascenso databa de un proceso de sabotaje — terrorismo — y traición incoado en Tachkent contra los hombres que ocupaban cargos en el gobierno de la región y que hasta la víspera habían sido sus jefes. Levantó, por orden ni siquiera explícita, un edificio complicado de hipótesis falsas y de pequeños hechos, recubrió con las mallas de una dialéctica tortuosa las declaraciones laboriosamente elaboradas de una veintena de

acusados, tomó sobre sí la tarea de dictar la implacable sentencia y retardó el envío de las solicitudes de indulto... Luego, habló en el Gran Teatro de la ciudad, ante tres mil obreros y obreras. Aquel episodio decidió su ascenso. Hablaba extensamente, aunque envolviendo en frases algo titubeantes, amontonadas una sobre otra, un pensamiento bastante claro. Su voz extendía así sobre la razón de los auditorios una especie de bruma donde, sin embargo, finalmente se precisaban unos contornos amenazadores, siempre iguales.

—Argumenta usted — le dijo un día un acusado — como un bandido hipócrita, que le habla gesticulando suavemente y al que se le ve la punta del cuchillo en la manga.

Pero él no se turbó.

—Desprecio sus insinuaciones — dijo. — Toda la sala está viendo que tengo las mangas muy estrechas.

Sin embargo, en aquel coloquio con los investigadores parecía faltarle seguridad. La interrupción de Zvereva dándole ánimos le fué tan oportuna que respondió con una media sonrisa que puso al descubierto sus dientes amarillos y mal colocados. Luego prosiguió:

—No tengo por qué hacerles, camaradas, la teoría de la conjura, En realidad esta palabra es susceptible de revestir un significado restringido o extensivo e incluso otro que corresponde mejor al espíritu de nuestro derecho revolucionario, vuelto a sus fuentes después de haberle sustraído a la perniciosa influencia de los enemigos del pueblo que habían conseguido desnaturalizar su sentido hasta el punto de avasallarlos a las fórmulas caducas del derecho burgués que reside en la estática comprobación del hecho para proceder a la búsqueda de una culpabilidad formal, considerada como efectiva en virtud de definiciones preestablecidas.

Las palabras fluyeron de su boca durante una hora interminable. Fleischmann miraba a la calle sintiendo que le invadía una ola de disgusto. ¡Cuántos canallas faltos del menor talento hacían hoy en día su carrera judicial! Zvereva parpadeaba, satisfecha como un gato al sol. Gordeev se esforzaba por traducir “in mente” aquel discurso de agitador donde se traslucían nítidamente las directrices del Jefe.

—En substancia, hemos estado viviendo en el seno de una inmensa conjura, ramificada infinitamente y que acabamos de liquidar.

Siguió diciendo que las tres cuartas partes de los dirigentes de los anteriores periodos de la revolución habían terminado por corromperse. Estaban vendidos al enemigo, y si no lo estaban, al menos obraban exactamente igual. ¿Causas? Las contradicciones interiores del régimen, el deseo de poder, la presión del cerco capitalista, las intrigas de los agentes del extranjero, la demoníaca actividad de Judas-Trotzky. La alta clarividencia, la “clarividencia verdaderamente genial” del Jefe había permitido frustrar las maquinaciones de innumerables enemigos del pueblo

que lograban hacerse algunas veces con las palancas del Estado. Por tanto, nadie debía tenerse como no sospechoso, fuera de los hombres completamente nuevos que la historia y el genio del Jefe hacían surgir para la salvación del país.

En tres años se había ganado la batalla de la salud pública, reducido las conjuras a la impotencia y vencido a los enemigos del Estado. Pero en las cárceles, en los campos de concentración y en las calles sobrevivían todavía los últimos de aquellos enemigos del interior, precisamente los más peligrosos por ser últimos, incluso si no hacían nada, incluso si eran inocentes según la antigua acepción jurídica. La derrota les había inculcado un odio y una capacidad profunda para el disimulo y eran temibles hasta el punto de refugiarse en una inactividad temporal para luego resurgir con más fuerza. Jurídicamente inocentes, podía esa condición hacerles experimentar un sentimiento de impunidad y creerse por ello al abrigo de todo riesgo.

—Dan vueltas en torno nuestro, como chacales hambrientos al caer el crepúsculo, se mezclan entre nosotros algunas veces y sus esfuerzos pueden hacer posible el renacimiento de la conjura más poderosa que antes y tan invulnerable como un hidra de mil cabezas. Ya conocen ustedes las noticias que llegan del campo y en que términos se presenta el problema de la cosecha. Ha habido revueltas en el Volga medio, una recrudescencia del bandidaje en el Tadjikistan y muchos crímenes políticos en el Azerbaidjan y Georgia... En Mogolia se han producido singulares incidentes por causas religiosas y se ha descubierto que el presidente de la comunidad judía era un traidor. Ya saben el papel desempeñado por el trotskismo en España, hasta el punto de que se había planeado en Barcelona una conspiración contra la vida del Jefe, que hubiera tenido que llevarse a cabo aquí, en Moscú... Nuestras fronteras están amenazadas... Tenemos perfectos informes de los tratados firmados entre Berlín y Varsovia, los japoneses parecen concentrarse en Jehol, construyen nuevas fortificaciones en Corea y sus gentes acaban de provocar una avería en las turbinas de Krassnoyarsk...

El procurador volvió a apurar una copa de coñac.

Zvereva exclamó entusiasmada:

—Posee usted materia para una prodigiosa requisitoria, Ignatii Ignatievitch.

El aludido se lo agradeció con un movimiento de los párpados.

—Además, no disimulamos que los grandes procesos ulteriores, insuficientemente preparados al decir de ciertos informes, han dejado los cuadros del Partido relativamente desorientados. La conciencia de nuestros militantes se vuelve hacia nosotros solicitando explicaciones que no podemos darle más que con las audiencias de un proceso, en alguna manera complementaria...

—Eso es exactamente lo que yo estaba pensando — le interrumpió Zvereva —; complementario...

Sentía una discreta satisfacción. Gordeev se rebulló nervioso en su asiento.

—Soy de su completo parecer, Ignatii Ignatievitch—dijo en voz alta. — Permítame que salga un instante, mi hija...

Se deslizó hasta el corredor blanco, inquieto porque se había callado el piano de Ninelle y satisfecho por el minuto de soledad que iba a disfrutar. Entró en la habitación contigua y cogió con ambas manos las caderas huesudas de Ninelle:

— ¿Qué te ocurre con esta lección, hija mía?

Algunas veces contemplaba a la niña, morena y de estriadas pupilas de un verde vegetal, como si no hubiera mirado a nadie más en el mundo. Sin embargo, en aquella ocasión los pensamientos le turbaban: “La trampa está tendida en la lista de los acusados”..., pensó. “Habrá que descubrir por lo menos un verdadero ex trozskysta, un verdadero espía... Peligroso, muy peligroso”...

—Papá—dijo Ninelle compungida. — ¿Por qué estás enfadado?

—Son los negocios, querida.

La besó apresuradamente en ambas mejillas, sin sentir la alegría de aquella caricia. Volvió a la conferencia. Al verle entrar, Fleischman suspiró burlonamente:

— ¡Oh, la música!... ¡Qué música!

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Zvereva.

Fleischman inclinó un poco su frente pálida, lo que hizo que su doble barbilla se aplastara contra la guerrera dándole un extraño aspecto.

—Siento nostalgia de la música... ¿No le ha ocurrido eso jamás?

Zvereva murmuró una vaga respuesta.

—La lista de los acusados... —dijo Gordeev.

Nadie respondió.

—La lista de los acusados — repitió el procurador Ratchevsky, bien resuelto a no decir nada más.

A Fleischman se le ocurrió pensar en el hipopótamo del Zoo, dando una súbita voltereta en su pequeño estanque de cemento... Luego dijo mentalmente: “A vosotros os toca proponer, estimados camaradas... A cada cual sus responsabilidades. Aceptad, por tanto, las vuestras.”

Erchov se dio amarga cuenta de que su preparación para aquel contratiempo había terminado. Nada le preocupaba ya, excepto no conocer los locales donde le trasladaban. “¡Tenía

yo tantas cárceles, todas más o menos secretas!” El ex Alto Comisario se daba esta excusa para conformar a su conciencia. La cárcel donde ahora estaba era nueva, de líneas modernas, situada en unos sótanos guarnecidos de cemento armado. Era demasiado singular para escapar a su atención. El esfuerzo de memoria que hizo para hallar una mención en los informes del jefe de los servicios de detención o del director de construcciones, resultó infructuoso. “¿Pertenece solamente al Politburó?” Finalmente, se encogió de hombros y abandonó la solución de aquel problema.

La temperatura era buena y el resplandor suave. En el rincón, una cama de campaña, con sábanas y almohadas. Un sillón completaba el mueblaje. Ni una sola cosa más... La propia suerte de su mujer le atormentaba menos de lo que había previsto. “Somos soldados”..., se repetía. Esto quería decir: “Nuestras mujeres tienen que habituarse a la idea de convertirse en viudas”... Y en el fondo de este pensamiento estaba otro menos confesable: “El soldado que muere no debe ablandarse por una mujer”... Contentaba su espíritu con pequeñas fórmulas elementales como aquélla y aguardaba pacientemente que dispusieran de su destino, sin dejar por ello de hacer su diaria sesión gimnástica. Pidió una ducha diaria y la obtuvo. El resto del día lo pasaba dando vueltas por la celda, paseando de la puerta a la ventana, con la cabeza baja y las cejas fruncidas. A despecho de sus razonamientos mejor hechos, se repetía constantemente una sola palabra: “Fusilado”. Sentía piedad de sí mismo, y entonces le acometía un gran desfallecimiento. En seguida trataba de rehacerse, sin gran esfuerzo aunque palideciendo (pero él no podía verse palidecer): “¿Y qué? Somos soldados”... En otras ocasiones, su carne, espoleada por el forzado reposo, reclamaba una mujer y entonces recordaba a Valia con angustia. ¿Pero se acordaba de ella o de su acabada vida carnal? Si la colilla incandescente que se aplasta con el pie pudiera sentir y pensar, ¿sentiría aquella misma angustia? ¿Cuál era el medio de que aquello terminara más de prisa?

Pasaron varias semanas sin que le dejaran ver siquiera un trozo de cielo. Luego siguieron los interrogatorios en una celda vecina, y los treinta pasos a través de un pasillo no constituían ningún alivio en el encierro. Individuos desconocidos y de alta graduación le interrogaron con una deferencia mezclada con dura insolencia:

—¿Comprobó usted el empleo de los 344.000 rublos destinados a la reparación de los locales de la administración penitenciaria de Rybinsk?

Erchov no pudo contener su asombro y respondió negativamente. Una sonrisa, acaso sarcástica, acaso compasiva, apareció en los labios del investigador, cuyas gafas daban a su rostro una apariencia de pez. Eso fué todo lo que le preguntaron en aquella ocasión. A la siguiente, el interrogatorio ya fué más completo:

—Cuando firmó usted el nombramiento del jefe de campo Illenkov, ¿conocía el pasado de ese enemigo del pueblo?

Erchov preguntó a su vez:

—¿Qué Illenkov? —Sin duda le habían presentado el nombre incluí-do en una larga lista, exclamó:

—¡Pero es absurdo, camarada! Yo...

—¿Absurdo? — repuso el otro con un tono amenazador.—No; es muy grave. Se trata de un crimen contra la seguridad del Estado, cometido por un alto funcionario en el ejercicio de sus funciones. Ese crimen, según el artículo... del Código Penal, se castiga con la pena capital.

El que hablaba era un pelirrojo de tez pecosa, cuya mirada se ocultaba tras unas gafas de cristales grisáceos.

—¿Pretende usted que no lo sabía, acusado Erchov?

Éste denegó:

—Claro que no.

El investigador se encogió de hombros:

—Como usted quiera... Pero ya sabe usted que en sus circunstancias es preferible la confesión de las faltas y de los crímenes a la resistencia.

Otro interrogatorio trató sobre el envío a China de un agente secreto, que luego había resultado traidor. Erchov respondió con viveza que el Buró de Organización había dictado, por su cuenta y riesgo, aquel nombramiento. El delgado investigador, cuyo rostro estaba hendido, como una cruz, por la nariz y la boca negra, replicó:

—No hay duda de que usted está tratando de eludir sus responsabilidades.

Y luego siguió haciendo pregunta tras pregunta, a cuál más absurda. Inquirió el precio de los abrigo de Valia, de los perfumes que ella había cogido de las existencias apresadas en contrabando, de la ejecución de un contrarrevolucionario probado, antiguo oficial del ejército del barón Wrangel:

—¿Pretenderá usted ignorar que se trataba de uno de sus agentes más fieles?

Erchov contestó que lo ignoraba y realmente no se acordaba de nada. El sumario estaba tan desprovisto de todo sentido, que llegó a infundirle una sombra de confianza. ¿De manera que no tenían que reprocharle más que aquellos pecadillos? Sin embargo, no acababa de convencerse a sí mismo y a veces pensaba que, efectivamente, le fusilarían. Una frase escuchada en otro tiempo en el curso superior de la Academia de Guerra le obsesionaba constantemente: “Situado en el radio de la explosión, la destrucción del hombre es instantánea y total”... Al fin y al cabo, eran soldados. Pero no por ello dejaba de envejecer de día en día y sus manos comenzaban ya a

temblar. ¿Se decidiría a escribir al Jefe? No, no, no...

Los presos secretos van hundiéndose suavemente en un pozo sin fondo. El acontecimiento más nimio, si les despierta bruscamente, tiene para ellos la intensidad de un sueño. Erchov se vio entrar a sí mismo en los extensos despachos del Comité Central. Avanzó con paso flotante hacia una media docena de personas sentadas en torno a una mesa cubierta con un tapete rojo. Hasta el interior de aquella estancia llegaban los ruidos de la calle extrañamente amortiguados. No reconoció un solo semblante de los que allí había. El personaje de la derecha, de perfil de grueso roedor y rostro mal afeitado, podía ser Ratchevsky, el nuevo procurador... Eran seis oficiales, abstractos, impersonales, entre los que destacaban dos individuos de uniforme. “Me siento débil”, pensó. “Tengo miedo, tengo un miedo terrible... ¿Qué voy a decirles? ¿Qué debo intentar? Es imposible pensar que no van a fusilarme”... Vio que se acercaba a él un rostro macizo, ligeramente brillante, completamente desprovisto de pelo y en el que brillaban dos pupilas negras, bajo unas cejas anchas que contrastaban con la nariz chata y la boca minúscula. Escuchó una voz grave que le dijo casi amablemente:

—Siéntate, Erchov.

Obedeció. Una de las sillas que estaban colocadas detrás de la mesa había quedado vacía. ¿Sería aquello un tribunal? Seis pares de ojos le contemplaban con extrema severidad. Se sintió sucio y desarreglado y trató de alisarse con un gesto maquinal la guerrera, de la que habían descosido las insignias.

—Ha pertenecido usted al Partido, Erchov. Por lo tanto, ya comprenderá que aquí todas las resistencias son inútiles. Hable... Confiese... Díganos todo lo que sabe... A nosotros no nos es desconocido, pero queremos que se arrepienta ante el Partido... Esa es su salvación, Erchov, su única salvación... Le escuchamos...

El hombre del rostro macizo y lampiño subrayó su invitación con un ademán de la mano. Erchov le contempló con mirada extraviada, luego se levantó y dijo:

—Camaradas...

Era necesario gritar su inocencia, pero se dio cuenta de que no podía, de que se sentía oscuramente culpable, condenado de antemano justamente, sin que pudiera decir por qué. No supo más que dirigir a aquellos jueces desconocidos un torrente de palabras que a él mismo le parecieron lamentablemente desordenadas: “He servido lealmente al Partido y al Jefe..., dispuesto a morir..., he cometido errores, lo confieso..., los 344.000 rublos de la central de Rybinsk, el nombramiento de Illenkov, convengo que... Créanme, camaradas... No vivo más que para el Partido”...

De pronto, los seis se levantaron con un movimiento unánime. Erchov se puso en posición

de firmes. El Jefe apareció en el umbral y se adelantó hasta la mesa, sin mirar siquiera al acusado, iba vestido de gris y su cara tenía una expresión a un tiempo dura y triste. Se sentó e inclinó la cabeza para leer atentamente una hoja de papel. Los seis volvieron a sentarse con el mismo automatismo de antes. Hubo un instante de silencio.

—Prosiga — continuó el del rostro lampiño —, háblenos de su papel en la conjura que ha costado la vida al camarada Tulaev.

—¡Pero eso es completamente insensato! —gritó Erchov.— ¡Es una locura! Es decir, soy yo..., yo quien se está volviendo loco... Un vaso de agua, por favor. Me ahogo...

Entonces, el Jefe levantó el rostro reproducido por tantos retratos y dijo justamente lo que él hubiera dicho en su lugar, lo que él mismo, desesperado, estaba pensando en aquellos momentos.

—Es usted un soldado, Erchov... No una mujer histérica. Pedimos la verdad. La verdad objetiva... No queremos aquí dramas...

La voz del Jefe se parecía tanto a su propia voz interior que le dio una lucidez completa e incluso una especie de seguridad. Más tarde recordó que había argumentado con sangre fría, exponiendo todos los elementos esenciales del caso Tulaev y citando de memoria otros tantos documentos... No por ello dejó de darse cuenta de que todo aquello no podía servirle de nada. Muchos acusados, desaparecidos hacía mucho tiempo, habían argumentado igual ante él y sabía perfectamente todo lo que ocultaban aquellos miserables del tribunal. Le constaba, porque las palabras eran superfluas, y su certidumbre se trocó en realidad cuando el Jefe le interrumpió en medio de una frase:

—¡Basta! Estamos perdiendo el tiempo con este cínico traidor. ¿De manera que nos acusas, canalla? ¡Fuera de aquí!

Le arrastraron hasta su celda. Pasó aquella noche paseando sin cesar, arriba y abajo, con la boca seca y la respiración ahogada. Era imposible colgarse, imposible abrirse las venas, irrisorio darse cabezadas contra el muro, imposible dejarse morir de hambre, pues le alimentarían a la fuerza, con sondas (él mismo había firmado las instrucciones para semejantes casos). Los orientales decían que se podía morir cuando se quería, pues no era una pistola la que mataba sino la voluntad... Mística. Literatura. Los materialistas sabían matar muy bien, pero eran incapaces de morir por efecto de la voluntad... “¡Qué repugnantes somos!”, pensó. En aquel momento lo comprendía todo con la mayor claridad.

¿Pasó así cuatro semanas o cinco? ¿Qué relación tienen esas medidas de la rotación del globo a través del espacio con la fermentación de un cerebro entre los muros de una cárcel secreta? Sufría sin desfallecer numerosos interrogatorios de veinte horas. En medio de una

multitud de preguntas, sin relación aparente unas con otras, se repetían sin cesar las siguientes: “¿Qué hizo usted para impedir la detención de su cómplice Kiril Rublev? ¿Cómo se las arregló para disimular el pasado criminal del trozskysta Kondratiev la víspera de su salida para España? ¿Qué mensajes le entregó para los trozskystas de allí?” Erchov respondía que el propio Politburó le había entregado el expediente personal de Kondratiev en el último momento, que aquel expediente no contenía nada de particular, que los informes logrados en España eran buenos y que sólo había visto a Kondratiev durante diez minutos para recomendarle unos agentes seguros... “¿Qué agentes?” A la vuelta de aquellos interrogatorios, dormía como un animal molido, pero sin dejar de hablar en sueños un solo instante, pues las preguntas seguían atormentándole incluso hallándose dormido.

A la decimosexta hora (pero que para él podía ser muy bien la centésima, pues su inteligencia resbalaba en la fatiga como una bestia de carga en el lodo) del séptimo o décimo interrogatorio, ocurrió algo fantástico. La puerta se abrió y apareció Ricciotti, con la mano extendida:

—Buenos días, Maximka.

—¿Qué me ocurre? ¿Qué me ocurre? Estoy tan cansado que el diablo me lleve si sé si estoy despierto o soñando. ¿De dónde sales, amigo?

—Veinte horas de sueño y todo se aclarará, Maximka. Te respondo de ello. Yo lo arreglaré.

Se volvió hacia los dos jueces sentados detrás de la mesa de despacho:

—¿Por qué no nos dejan a solas, camaradas? Ordenen que traigan té, cigarrillos y un poco de vodka..., por favor.

Erchov le contempló, fijándose en que tenía la tez pálida de los presos, pelos blancos entre sus rizos negros, los labios cárdenos desagradablemente arrugados y las ropas deformadas. La chispa espiritual brillaba todavía en su mirada, pero como a través de un vaho. Sin embargo, seguía esforzándose en sonreír.

—Siéntate..., tenemos tiempo. ¿Estás reventado, verdad?

Luego se explicó:

—Ocupo una celda no muy lejos de la tuya. Pero las pequeñas formalidades han terminado ya para mí... Duermo, me paseo por el patio..., me dan un vaso de mermelada en cada comida y hasta leo los periódicos... (Parpadeó al tiempo que haría chasquear sus dedos.) ¡Son repugnantes los periódicos! Es curioso cómo cambian de aspecto los panegíricos cuando se leen en una cárcel subterránea... Nos hundimos como un barco que... (se interrumpió). Reposo, ¿comprendes? Me detuvieron unos diez días después que a ti.

Les trajeron el té, los cigarrillos y el vodka. Ricciotti abrió las cortinas de la ventana y la luz

del día penetró desde un extenso patio cuadrado. En las oficinas de enfrente, las mecanógrafas pasaban ante las ventanas. Varias muchachas que debían estar de pie en el descansillo de la escalera, hablaban entre sí con animación. Se distinguían hasta sus uñas pintadas, hasta las trenzas que una de ellas llevaba arrolladas sobre las orejas.

—Es extraño — dijo Erchov a media voz.

Se bebió de un trago media taza de té hirviendo y luego una copa de vodka. Comenzó a sentirse como un hombre que surgiera entre la niebla.

—Tenía el frío metido en el cuerpo... ¿Entiendes tú lo que ocurre, Ricciotti?

—Claro que sí, viejo... Y voy a explicártelo. Está tan claro como la partida de ajedrez de unos principiantes. Jaque mate.

Sus dedos hicieron un chasquido definitivo.

—Me he suicidado dos veces, Maximka. En el momento de tu detención, tenía en mi poder un excelente pasaporte canadiense con el que podía marcharme. Supe lo que te había ocurrido y esperaba que fueran a buscarme en los diez días siguientes. Así ocurrió efectivamente. Comencé a hacer mi maleta. Pero se me planteó entonces el problema de mis actividades en Europa, América o Estambul. ¿Qué hacer allí? ¿Redactar unos artículos para su prensa pestilente? ¿Estrechar la mano a manadas de burgueses idiotas, esconderme en hoteles nada limpios o en lujosos “palaces”, para recibir finalmente un balazo al salir del retrete? Detesto a Occidente, y aunque aborrezco también a nuestro mundo, le amo al mismo tiempo, creo en él y tengo todos sus venenos en mi sangre... Y además, estoy cansado, muy cansado... Así es que decidí mandar mi pasaporte canadiense al servicio de seguridad. Transcurrieron unos días. Me asombraba seguir paseando por las calles de Moscú como un verdadero viviente y procuraba contemplarlo todo atentamente, diciéndome que lo hacía por última vez. Saludaba a las mujeres desconocidas, me acometían deseos de besar a los niños, hallaba un encanto extraordinario en contar las losas de la calle, marcadas con yeso por el juego de las niñas, me detenía ante las ventanas que me intrigaban, no podía conciliar el sueño y terminaba siempre por acostarme con alguna prostituta. “¿Qué va a ser de mí si por casualidad no vienen a buscarme?”, me preguntaba constantemente. El sobresalto hacía que me despertara constantemente, del sueño o de las frecuentes borracheras que cogía, y entonces me ponía a hacer planes completamente absurdos en los que me abismaba durante media hora. ¿Y si huiera a Vistka y me alistara con falso nombre como contramaestre de la tala de bosques?... Convertirme en un leñador, analfabeto, no perteneciente al Partido y tampoco sindicado... Claro que no hubiera sido imposible, pero en el fondo ni yo mismo lo creía así, ni lo deseaba siquiera... Mi segundo suicidio tuvo lugar en la reunión de la célula del Partido: el orador tenía la consigna de hablar de ti... La sala se hallaba repleta y todos estaban de uniforme,

con los rostros verdosos, verdosos de miedo y más mudos que una piedra... Yo mismo sentía miedo y sin embargo me acometían deseos de gritar: “¡Cobardes! ¡Cobardes! ¿No os da vergüenza temblar así por vuestros insignificantes huesos?” El orador fué prudente. Se diluyó en circunloquios resbaladizos y no pronunció tu nombre más que al final, al hablar de “faltas profesionales extremadamente serias..., que podían justificar las más graves sospechas”... No nos atrevíamos a mirarnos unos a otros y yo sentía que todos teníamos las frentes húmedas y el espinazo helado. Pues, al fin y al cabo, no se dirigían a ti al hablar así. Tu mujer ya... Las detenciones no habían terminado. Después de todo, veinticinco hombres de tu confianza estaban presentes, todos con sus revólveres al cinto y comprendiendo bien de qué se trataba... Cuando el orador se calló, pareció que habíamos caído en un pozo de silencio. El propio enviado del Comité Central estaba tan callado como nosotros. Los que se hallaban sentados en primera fila se recuperaron los primeros y estalló una salva de aplausos, un frenesí de vítores. “¿Cuántos muertos están aplaudiendo su propio suplicio?”, me pregunté. Pero no por ello dejé de hacer como los demás, interesado en no singularizarme y por ello estoy seguro de que todos obramos igual, vigilados unos por otros... ¿Te duermes?

—Sí... No, no es nada... Ya me despierto. Prosigue.

—Los que más te debían y que por tanto eran los más amenazados, fueron los que hablaron de ti con mayor perfidia... En su interior se preguntaban si el orador del P. C. no les habría tendido una trampa, y te aseguro que el espectáculo era bastante lastimoso. Subí a la tribuna como los demás, sin saber qué iba a decir. Por este motivo comencé, como todo el mundo, por las frases huecas sobre la vigilancia del Partido. Un centenar de rostros me contemplaban desde abajo, con la boca abierta y los ojos dilatados. Me parecían viscosos y disecados, dormidos y perversos, como deformados por un cólico. El Buró dormitaba. Lo que podía decir para denunciarte era cosa que no importaba a nadie, pues todos estaban seguros de que no me salvaría y cada cual no pensaba más que en sí... Aquello me hizo sentir una enorme calma y me acometieron unos deseos enormes de bromear... Escuché mi propia voz y vi que los rostros gelatinosos comenzaban a rebullir débilmente. Había comenzado a inquietarles. Seguí diciendo cosas inauditas, que helaron a la sala, al Buró y al enviado del Comité Central (tomaba notas con rapidez y estoy seguro de que hubiera deseado hundirse en la tierra). Aseguré que los errores eran inevitables en nuestra labor agotadora, que te conocía desde hacía doce años, que eras leal, que no vivías más que para el Partido, que todo el mundo lo sabía más que de sobra, y que en nuestras filas teníamos pocos hombres como tú y muchos cerdos... Cuando terminé de hablar, me rodeó un frío polar. Del fondo de la sala, una voz ahogada vociferó: “¡Vergüenza!” Sirvió para despertar a aquellas larvas enfermas de temor. “¡Vergüenza!” Al ir a descender de la

tribuna, grité: “¡Vergüenza para vosotros! ¡Sois unos estúpidos si os creéis más avanzados que yo!”... Atravesé la sala en toda su extensión. Todos tenían miedo de que fuera a sentarme al lado de ellos y, al aproximarme, se hundían en sus sillones. Me fui a fumar al restaurante y de paso a hacer la corte a la camarera. Estaba contento, aunque no cesaba de temblar... Me detuvieron a la mañana siguiente.

—Sí, sí... —dijo Erchov distraídamente. — ¿Pero qué ibas a decir antes de mi mujer?

—¿De Valia? Que acababa de escribir al Buró de la célula que se divorciaba... Que solicitaba le permitieran borrar el deshonor involuntario de haber sido, inconscientemente, la mujer de un enemigo del pueblo..., etcétera... Ya conoces las fórmulas. No ha hecho mal. La pobre Valia ha querido seguir viviendo.

—No tiene importancia — repuso Erchov. Y luego añadió en voz más baja:

—Claro que ha hecho bien... ¿Y qué ha sido de ella?

Ricciotti hizo un gesto vago:

—No sé nada... Supongo que estará en Kamchatka... O en el Altai...

—¿Y qué tenemos que hacer ahora?

—Ahora hay que ceder, Maximka — le aconsejó Ricciotti. — Tú sabes mejor que nadie que toda resistencia sería inútil. Te obligarías a ti mismo a sufrir como un condenado y el fin sería igual. Hay que ceder..., te lo recomiendo.

—¿En qué hay que ceder? ¿Debo confesar que soy un enemigo del pueblo, que soy el asesino de Tulaev, un traidor y todo lo demás? ¿Repetir ese galimatías de epilépticos borrachos?

—Confiesa, amigo. Eso u otra cosa; todo lo que quieran. En primer lugar conseguirás dormir, y en segundo tendrás una débil oportunidad... muy débil, casi nula a mi entender, pero nadie puede hacer más... Tú eres más fuerte, Maximka. Pero yo tengo más juicio político, como tú mismo tendrás que convenir... Te aseguro que es así. Necesitan que ocurra como he predicho. Está mandado, como se ordena la destrucción de una turbina... Ni los ingenieros, ni los obreros discuten las órdenes y nadie se inquieta por las vidas que costará... Confieso que antes no pensé nunca todo esto... Como los últimos procesos no tuvieron el rendimiento político que se esperaba, creen que hace falta una nueva demostración y una nueva limpieza... Me figuro que comprendes perfectamente que no pueden dejar a los viejos en ningún lado... No vamos a discutir ahora si el Politburó se equivoca o no.

—Comete una horrible equivocación—afirmó Erchov.

—¡Cállate! Ningún miembro del Partido tiene derecho a hablar así. Si te mandaran al frente de una división a luchar contra los tanques japoneses, no discutirías la orden y partirías aun a sabiendas de que no ibas a volver. Tulaev no es más que un accidente o un pretexto. Yo mismo

estoy completamente convencido de que no se oculta nada tras ese caso, de que lo mataron por puro azar... ¡Figúrate! Sin embargo, comprendo que el Partido no puede reconocerse impotente ante un disparo partido de no se sabe dónde, acaso del fondo del alma popular... Desde hace tiempo, el Jefe se halla en un callejón sin salida. Tal vez está perdiendo la razón. Quizá alcance a ver el porvenir mucho más lejos y mejor que todos nosotros. No le creo genial, sino más bien de poca inteligencia, pero no tenemos otro y él tampoco tiene a nadie más que a sí mismo. Hemos aniquilado o permitido que aniquilaran a todos los demás y es el único que queda, el único real. Sabe que cuando dispararon contra Tulaev, le apuntaban en realidad a él, pues no podía ocurrir de otra manera y sólo a él se puede y debe odiar.

—¿Tú lo crees?

Ricciotti bromeó:

—Sólo lo racional es real, según Hegel.

—No puedo comprender todo eso — confesó Erchov penosamente. — Es superior a mis fuerzas.

—¡Vanas palabras! Ni tú ni yo tenemos ya fuerzas. ¿Sabes acaso lo que va a ocurrirnos luego?

La mitad de los despachos del edificio de enfrente estaban ya vacíos. A la derecha, se iban iluminando los pisos que proseguirían su trabajo durante la noche... El resplandor verdoso de los tragaluces poblaba el crepúsculo. Erchov y Ricciotti disfrutaron de una libertad singular que no les estaba permitida desde hacía mucho tiempo: fueron a refrescarse el rostro al lavabo y luego se regalaron con una buena cena y una profusión de cigarrillos. Terminada la colación, Erchov se tendió en el diván y Ricciotti, después de dar unas vueltas por la reducida estancia, se sentó a horcajadas en una silla.

—Sé todo lo que estás pensando porque yo mismo lo he pensado y lo sigo pensando ahora. Pero primero: no tenemos otra solución, amigo. Segundo: nos queda una ligerísima oportunidad, algo así como un cinco por ciento de probabilidades. Tercero: prefiero perecer por el país que contra él... Te confieso que, en el fondo, no creo ya en el Partido, pero sí en el país... Este mundo nos pertenece y nosotros le pertenecemos hasta en lo más absurdo y abominable... Pero todo esto no es tan absurdo y abominable como parece a simple vista. Mejor podría decirse que es bárbaro y torpe. Practicamos la cirugía a hachazos. Nuestro gobierno detiene el golpe en las situaciones catastróficas y, una tras otra, sacrifica sus mejores divisiones porque en realidad no sabe hacerlo de otra manera. Nos ha llegado ahora nuestro turno.

Erchov se cogió el rostro con ambas manos.

— ¡Cállate! ¡No te comprendo!

Levantó la cabeza, con el aire desengañado y la boca áspera.

—¿Crees acaso la quinta parte siquiera de lo que me estás diciendo? ¿Cuánto te pagan por convencerme?

Una furia desolada les empujaba uno contra otro y quedaron mirándose fijamente, desde muy cerca, con los rostros mal afeitados, la piel descolorida, los párpados arrugados y una enorme fatiga reflejada en los rasgos. Ricciotti respondió sin vehemencia:

—No me pagan nada, imbécil... Pero no deseo morir en vano, ¿comprendes? Quiero aprovechar ese cinco por ciento de oportunidad, o mejor, ese uno por mil. Quiero tratar de seguir viviendo, cueste lo que cueste... Soy un animal humano, que quiere vivir, besar a las mujeres, trabajar, luchar en China... ¿A que no te atreves a decir que eres diferente? Me propongo salvarte, ¿comprendes? Soy hombre lógico. Hemos jugado esta misma pasada a muchos otros y ahora nos la hacen a nosotros. Los acontecimientos nos sobrepasan y tenemos que seguir hasta el final, ¿entiendes? Estamos hechos para servir este régimen, no tenemos otro, somos sus hijos, sus innobles hijos y todo eso no es fruto de una mera casualidad. Yo sigo siendo fiel, ¿comprendes? Y tú continuas siendo también fiel, Maximka. — Su voz se quebró, cambió de tono y se veló con una especie de tristeza. — Eso es todo, Maximka. No tienes razón para injuriarme. Vuelve a sentarte y reflexiona.

Le cogió por los hombros y le empujó hasta el diván, donde el otro se dejó caer, agotado y bañado en sudor.

Era ya de noche. Unos pasos sonaron en el corredor, unidos a un tecleo de máquina de escribir. Eran punzantes aquellos ruidos dispersos que se insinuaban en el silencio.

Erchov trató todavía de rebelarse una vez más:

—¿Confesar que lo he traicionado todo, que he caído en el mismo crimen contra el que luché con todas mis fuerzas?... ¡Déjame en paz, tú deliras!

Le pareció que la voz de su camarada le respondía desde muy lejos. Había entre ellos espacios infinitos y helados, donde daban lentas vueltas unos planetas negros... Pero en realidad, sólo les separaba una mesa de caoba, tazas vacías de té, una botella agotada de vodka y un metro cincuenta de polvoriento alfombra.

—Otros que valían más que nosotros lo han hecho antes. Otros lo harán después. Nadie resiste a esta máquina. Nadie puede ni debe resistir al Partido, sin pasarse al enemigo. Ni tú ni yo nos pasaremos jamás... Te equivocas al creerte inocente. ¿Inocentes nosotros? ¿De quién estás burlándote? ¿Olvidas nuestro oficio? ¿Inocente el camarada Alto Comisario de la Seguridad Nacional? ¿Puro como un cordero el gran inquisidor? No me hagas reír... Resultará entonces que es el único en el mundo que no habrá merecido la bala en la nuca que él mismo distribuía por

estampilla, a razón de un promedio de setecientas por mes en cifras oficiales, totalmente falsas... Las cifras auténticas no las sabrá jamás nadie...

—¡Cállate! — gritó Erchov fuera de sí.— ¡Devuélveme a mi celda! Yo era soldado y ejecutaba consignas... Ahora me estás infligiendo una tortura cruel.

—No... La tortura no ha hecho más que comenzar. Vendrá más tarde. Yo trato tan sólo de ahorrártela y procuro salvarte... Salvarte, ¿comprendes?

—¿Es que te han prometido algo si lograbas hacerme hablar?

—Nos tienen en sus manos y no necesitan prometernos nada... Además, nosotros sabemos perfectamente lo que valen las promesas... Popov ha venido a verme esta tarde. Ya conoces a ese viejo ridículo e intrigante. Cuando le llegue el turno, me alegraré, aunque esté en el otro mundo... Me ha dicho: “El Partido pide mucho, pero sin prometer nada a nadie. El Politburó apreciará según las necesidades políticas. El Partido puede también hacer que le fusilen sin juicio previo”... Por tanto, te ruego que te decidas, Maximka. Estoy tan cansado como tú.

—Imposible — dijo Erchov.

Con la cabeza entre las manos, parecía llorar. Su respiración sonaba como la de un asmático. Transcurrieron unos segundos crueles, aniquilantes.

—Lo mejor sería saltarse por sí mismo la tapa de los sesos — murmuró Erchov.

—Tienes razón.

—Una oportunidad sobre mil — murmuró Erchov, ya calmado. — Tienes razón, amigo. Hay que seguir jugando hasta el fin.

Ricciotti apoyó el índice en el botón de un timbre. La autoritaria llamada resonó en alguna parte del edificio... Un joven soldado del batallón especial entreabrió la puerta.

—¡Té, bocadillos y coñac!... ¡De prisa!

El alba azulada debilitaba el brillo de las lámparas que se reflejaba en los cristales del Servicio Secreto, desierto a aquella hora... Antes de separarse, Erchov y Ricciotti se dieron un abrazo. Les rodearon unos rostros sonrientes.

Alguien dijo a Erchov:

—Su mujer está bien. Se halla en Viatica y tiene un empleo en la administración municipal.

Una vez en su celda, se sorprendió de hallar sobre la mesa unos periódicos. Desde hacía algunos meses no leía absolutamente nada, su cerebro trabajaba en un completo vacío y aquello era muy duro para él. Se dejó caer en la cama de campaña, completamente fatigado, desplegó un número de la *Pravda* con el retrato afable del Jefe y contempló largamente aquel retrato, con esfuerzo, como si tratara de comprender algo. Se durmió con el rostro cubierto por aquella imagen impresa.

Los teléfonos transmitieron la importante noticia. A las 6 horas y 27 minutos de la mañana, Zvereva, despertada por su secretaria, informó por línea directa al camarada Popov:

—Erchov confiesa.

Luego, acostada en su gran cama de madera dorada de Carelia, dejó el aparato encima de la mesilla. Inclinado oblicuamente sobre ella, un espejo reflejaba su imagen, que ella miraba y miraba sin cansarse nunca. El pelo teñido, liso y largo, le rodeaba el rostro hasta la barbilla, formando un óvalo casi perfecto. “Tengo la boca trágica”, pensó al ver el pliegue de sus labios que confesaban la vergüenza y el rencor. El rostro color de cera vieja, cuyas arrugas eran objeto de cuidadoso masaje, no tenía más atisbo humano que los ojos — sin pestañas ni cejas — que eran de un negro intenso. Su opacidad expresaba en la vida cotidiana un definitivo disimulo, pero en el coloquio con el espejo reflejaban un ardiente delirio. Apartó vivamente las sábanas. Sus envejecidos senos la obligaban a dormir con unos sostenes de encaje negro. Al contemplarlo en el espejo, su cuerpo le parecía puro aún de líneas, ligero y mate, como el de una china esbelta, como “una esclava china de las que había en los prostíbulos de Jarbin.” Se acarició levemente y en aquel instante sonó el teléfono. Al otro lado del hilo sonó el habla insípida y silbante del viejo Popov:

—Mis fe... fe... fe... licitaciones... El sumario ha dado un gran paso... Ahora, camarada Zvereva, pre... pre... prepárame el expediente Rublev.

—Esta misma mañana, camarada Popov.

Durante diez años, Makev había vivido de la humillación infligida a los demás o devorada a solas consigo mismo. No había conocido otra manera de gobernar que reduciendo toda objeción por la represión o la humillación. Al principio, cuando un camarada se debatía tristemente en el banquillo para reconocer, bajo las miradas irónicas, sus errores de la víspera, para abjurar de sus compañeros, de sus amigos y de su propio pensamiento, se había sentido algo incómodo. “Hijo de perra”, pensaba, “¿no sería mejor que te dejaras romper las costillas?” El mismo sentimiento de desprecio e irrisión le acometió tras las discusiones de 1927-28, cuando los primogénitos del Partido renegaron de sí mismos para no ser expulsados. Se adivinaba confusamente llamado a compartir su sucesión. Sus gruesas bromas incitaban a las asambleas contra el militante de 1918, al que, despojado de su aureola y de su poder, veían humillarse ante el Partido. Ante aquella concentración de gente mediocre, reunida por la sola preocupación de la disciplina, tronaba, con el rostro enrojecido:

—¡No..., no basta! ¡Menos frases! ¡Háblenos de la criminal agitación perpetrada por usted en las fabricas!

Sus interrupciones, semejantes a latigazos en pleno rostro, contribuyeron mucho a abrirle

los caminos del poder. Y avanzó como había ascendido, persiguiendo a los camaradas vencidos, exigiendo que renovaran sin cesar, en los términos más duros e irritantes, las mismas abjuraciones, pues era aquella la única manera que le quedaba de alcanzar el poder, siempre dispuesto a escapar de sus manos, por estar limpio de los errores del tiempo presente, exigiendo a sus subordinados que tomaran sobre sí las responsabilidades de sus propias faltas, puesto que él, Makeev, valía mucho más que ellos para el Partido, no obstante lo cual se humillaba cuando se lo exigía algún superior.

La cárcel le sumió en una desesperación animal. En su celda oscura y baja, parecía un buey aporreado por el martillo del matarife. Su fuerte musculatura se relajó, su pecho velludo se hundió, le creció una barba amarillenta y se convirtió en un corpulento mujik de espinazo curvado, hombros redondos y mirada triste y perezosa. Pasó el tiempo y pareció que le habían olvidado. No respondían a sus protestas de fidelidad y él mismo no se atrevía ya a protestar de una inocencia más imprudente que incierta. Dejó de pensar en la realidad. La realidad del mundo exterior estaba anulada para él y apenas acertaba a representarse visualmente a su mujer, incluso en los momentos en que un frenesí sexual se apoderaba de él y le postraba en su jergón, con la carne congestionada y un poco de baba en la comisura de los labios.

Le hizo un inmenso bien que comenzaran los interrogatorios. Todo se aclaró, desde luego: no se trataba más que de una carrera rota, de algo que no podía costar más que algunos años en los campos de concentración del Ártico, donde era posible desplegar celo, espíritu de organización, obtener recompensas, etc... También se hallaban allí mujeres. Le pedían que conviniera que había llevado muy lejos la aplicación de las directrices del mes de mayo, mientras que, por el contrario, había descuidado negligentemente las de septiembre, así como que se reconociera responsable de la disminución de los sembrados de la región, que afirmara haber nombrado para las funciones directivas de la agricultura funcionarios condenados después como contrarrevolucionarios (él mismo los había denunciado), que confesara haber utilizado particularmente (para encargar un mobiliario) los fondos destinados a la instalación de una Casa de Reposo para los Trabajadores de la Tierra... Era éste un punto discutible, pero él no lo discutía, sino que admitía que todo aquello era verdad, podía ser verdad, debía serlo... Si el Partido lo exigía, estaba dispuesto a tomar las culpas sobre sí. Una buena señal era que ninguna de éstas significaba la pena capital. Y hasta le permitían leer en la celda viejas revistas ilustradas.

Una noche le despertaron cuando más profundo era su sueño, conduciéndole por caminos desacostumbrados, ascensores y patios subterráneos, muy iluminados, hasta la sala de interrogatorios. De pronto, en el momento en que menos lo esperaba, tuvo que hacer frente a otros peligros y la terrible severidad de sus interrogadores dispuso todos los enigmas.

— ¿Reconoce usted, Makeev, haber sido el organizador del hambre en la región cuya administración le había confiado el Comité Central?

El interpelado hizo una señal de asentimiento. Sin embargo, la fórmula era bastante inquietante: recordaba recientes procesos... ¿Pero es que acaso podían preguntarle otra cosa? ¿De qué podían culparle, razonablemente, si no era de aquello? En Kurgansk nadie dudaría de su culpabilidad. Y el Politburó se vería libre de aquella responsabilidad.

—Ha llegado el momento de que nos haga una confesión más completa. Lo que oculta y calla demuestra la irreductible enemistad que le separa del Partido. Lo sabemos todo. Todo está irrefutablemente probado. Sus cómplices han confesado. Por eso esperamos que nos diga qué papel desempeñó en la conjura que costó la vida al camarada Tulaev.

Makeev bajó la cabeza. O con mayor exactitud, su cabeza cayó sin fuerza sobre el pecho. Sus hombros se doblaron, como si mientras le hablaban se hubiera vaciado toda la consistencia de su cuerpo. Le parecía tener un hoyo negro ante él, un agujero siniestro, una fosa y nada, absolutamente nada que responder. Perdió la palabra y el gesto, contemplando estúpidamente el pavimento.

— ¡Responda, acusado Makeev!... ¿Se encuentra usted mal?

Su cuerpo no tenía más consistencia que un saco lleno de trapos. Le condujeron a la celda, le prodigaron algunos cuidados y le devolvieron su apariencia acostumbrada, haciendo que le afeitaran. Su rostro, exangüe, cónico, con los maxilares prominentes y los dientes salidos, parecía una siniestra calavera. Ya repuesto del primer choque nervioso, repitió a la noche siguiente el camino que conducía a la sala del interrogatorio. Andaba con paso flojo, con el corazón angustiado y perdiendo sus últimas fuerzas a medida que se aproximaba a la sala.

—En el caso Tulaev tenemos contra usted, querido Makeev, una declaración aplastante. La de su mujer.

—Imposible.

La imagen, extrañamente irreal de la mujer que había sido real en otra vida, en una de las vidas anteriores y convertidas en irreales, le dio un atisbo de firmeza. Sus dientes brillaron perversamente.

—Imposible. Miente, obligada por las torturas que deben haberle infligido.

— ¿Nos acusa, criminal Makeev? ¿Se atreve a negar todavía?

—Niego.

—Escuche entonces... Al enterarse del asesinato del camarada Tulaev, usted exclamó que esperaba esa noticia de un día a otro, que le estaba bien empleado y que había sido él y no usted el organizador del hambre en la región... Aquí tengo sus palabras textuales... ¿Quiere que se las lea?

— ¡Falso! — respondió Makeev a media voz. — Todo falso.

Pero el recuerdo emergía misteriosamente de la oscuridad interior: Alia, su rostro extrañamente hinchado por las lágrimas... En sus dedos temblorosos sostenía una dama de corazón, y aunque gritaba apenas se oía su voz silbante y desfallecida: “¿Cuándo te matarán a ti, traidor y mentiroso?” ¿Qué pensamientos habían pasado entonces por su mente? ¿Qué habían podido sugerirle a aquella pobre imbécil? ¿Le habría denunciado para salvarle o para perderle? ¡Estúpida inconsciente!

—Es cierto — dijo. — Pero quisiera explicarme... en realidad es más falso que cierto, falso, falso...

—Es inútil, Makeev. La única posibilidad de salvación que tiene usted es una confesión completa y sincera.

El recuerdo de su mujer le había animado hasta el punto de volver a ser, por unos instantes, lo que era. Exclamó sarcástico:

—Como los otros, ¿verdad?

—¿A quién alude? ¿Qué se atreve a decir usted, contrarrevolucionario Makeev, traidor al Partido, asesino?

—Nada.

Volvió a abatirse de nuevo.

—Acaso sea éste su último interrogatorio. Quizá sea también el último día de su vida. A partir de esta noche puede tomarse la decisión en cualquier momento. ¿Me ha comprendido usted, Makeev? ¡Devuelvan al acusado a su celda!

En Kurgansk iban a buscar al preso en una camioneta. A veces le comunicaban la sentencia, otras le dejaban en la duda. Lo último era mejor, pues hay que sostener, empujar, arrastrar y amordazar a los que ya no tienen la menor duda de donde los conducen. Los otros andan como autómatas desquiciados, pero andan. A algunos kilómetros de la estación, en el lugar donde los railes describían una curva que brillaba bajo las estrellas, se detenía el vehículo. Al hombre lo conducían a pie hasta las lindes del bosque... Makeev asistió en una ocasión a la ejecución de cuatro ferroviarios que habían robado paquetes postales. Los hurtos desorganizaban el tráfico y había exigido del Comité Regional la pena capital para aquellos proletarios convertidos en malhechores. ¡Miserables! Quería proceder con un rigor implacable. Los inculpados esperaban todavía un simple traslado como toda pena. “No se atreverán a fusilar a unos obreros por tan poca cosa...” “Total, unos siete mil rublos de mercancías”... Su última esperanza se desvaneció al alcanzar las lindes del bosque, bajo una desagradable luna amarilla cuyo resplandor enfermizo atravesaba el delgado follaje. Desde el recodo del sendero, Makeev observaba su marcha: el

primero avanzaba erguido, con la cabeza alta y el paso resuelto, hacia la fosa recién abierta. El segundo se apoyaba en las raíces, brincaba, andando con la cabeza hundida en los hombros (como sumido en profundas reflexiones), y al acercarse más, pudo advertir que lloraba silenciosamente. El tercero tenía un aire de borracho con sobresaltos de lucidez. Se retrasaba, luego corría un poco (iban en fila india, seguidos de múltiples fusiles) y luego volvía a retrasarse. El último, un muchacho de veinte años, apenas podía andar y tenían que sostenerlo dos de la escolta. Al reconocer a Makeev, cayó de rodillas exclamando: “¡Camarada Makeev! ¡Padre amantísimo! Perdónanos..., concédenos gracia, somos obreros...” Él dio un salto atrás, su pie tropezó con una raíz y se hizo daño. Los soldados, silenciosos y graves, arrastraron al muchacho. En aquel instante, el primero de los cuatro volvió la cabeza y dijo con voz reposada, perfectamente audible en el silencio lunar:

—Cállate, Sacha... No son hombres, sino hienas... Mejor sería escupirles en la cara...

Cuatro detonaciones débilmente espaciadas indicaron que todo había terminado. Makeev volvió a su auto. La luna se nubló y faltó poco para que el chofer precipitara el coche en un barranco. Una vez en su casa, se acostó en seguida, abrazó con fuerza a su mujer dormida y permaneció así un rato, con los ojos abiertos en la oscuridad. El calor de Alia y su respiración regular obraron el efecto de un sedante. Como le era relativamente fácil evadirse a sus propios pensamientos, no tardó en conciliar el sueño. Y al día siguiente, cuando vio en los periódicos la breve mención de la ejecución, casi se sintió contento de ser “un bolchevique de hierro”.

Apenas tenía recuerdos. Antes vivían éstos en su interior una vida insidiosa y estrecha. Aquél, en cambio, surgió sobre la pantalla luminosa de la conciencia mientras le conducían, en calidad de acusado, a su celda. E inmediatamente se encadenó de una manera abominable a otro. En aquella época, se había sentido de una raza diferente a la de los hombres que avanzaban por semejantes caminos nocturnos, bajo la luna amarilla, dirigiéndose hacia las fosas cavadas por los soldados castigados del batallón especial. No concebía que hubiera ningún acontecimiento capaz de apartarle de las cumbres del poder para unirle a los grupos de aquellos desheredados. Aunque cayera en desgracia — pensaba — no pasaría del fichero del Comité Central. Para otra medida haría falta la exclusión del Partido, cosa que juzgaba imposible. Fiel hasta lo más hondo del alma (¡del alma!), sabía perfectamente que el Comité Central tenía siempre razón, que el Politburó la poseía asimismo y que el Jefe también la tenía, pues la razón era la fuerza, el error del poderoso acababa siempre por ser verdad, y que bastaba pagar los gastos generales para que una falsa solución se transformara en buena...

En la estrecha cabina del ascensor, se sintió apretado contra la pared por el torso macizo de un suboficial de unos cuarenta años, parecido a él mismo, es decir, parecido al Makeev anterior

en la forma del cráneo y de la barbilla, por las aletas dilatadas de la nariz, por la mirada obstinada y la anchura de espaldas. El guardián clavó en su preso una mirada anónima. Era el tipo característico del hombre tenaza, del hombre revólver, del hombre consigna, del hombre poder... Pero él ya no era de ellos; desde hacía algún tiempo pertenecía a la otra raza... Se entrevió a sí mismo andando por las lindes del bosque, al claro de luna y seguido de unos fusiles preparados... Un hombre así, vestido con chaquetón de cuero y con las manos en los bolsillos, le aguardaría en un recodo del sendero. Y cuando hubiera dejado ya de existir, aquel hombre regresaría a su casa, tranquilamente, para acostarse en una cama caliente, junto a una mujer dormida, de ardiente piel... Un hombre como aquel, con igual mirada anónima, acudiría a buscarle a su celda, acaso aquella misma noche, tal vez al día siguiente...

Otras imágenes borrosas surgieron de su recuerdo. Proyectaban en el club del Partido una nueva película dedicada a la gloria de la aviación soviética: *Aerograd*. En el bosque siberiano, en Extremo Oriente, campesinos barbudos, antiguos guerrilleros rojos, resistían a los agentes japoneses. .. Aparecían dos viejos cazadores de pieles parecidos a dos hermanos y uno de ellos se enteraba que el otro era un traidor. Bajo los enormes árboles de la taiga murmurante, el patriota desarmaba al traidor tras una lucha frente a frente. “¡Pasa delante!” El otro avanzaba unos pasos, con la cabeza inclinada, sintiéndose condenado. En la pantalla se sucedían los dos rostros casi idénticos: el del hombre barbudo desfigurado por el miedo y el de su camarada que iba a juzgarle. Finalmente, éste gritaba: “¡Prepárate! En nombre del pueblo soviético...”, y levantaba su carabina... En torno a ambos, el bosque maternal, sin salida. Seguía un gran plano (7) con el rostro enorme del condenado que aullaba en un grito de muerte... Luego se ensombrecía tras el estrépito bienhechor de una detonación. Él mismo había dado la señal de los aplausos... Llegado a este punto de sus recuerdos, el ascensor se detuvo. Hubiera querido lanzar un aullido mortal, como el del trampero de Siberia. Sin embargo, logró mantenerse erguido. Hizo que le llevaran una hoja de papel a su celda y escribió:

“Ceso en toda resistencia contra el Partido. Estoy dispuesto a hacer una confesión completa y sincera...”

Firmó: *Makeev*. La mayúscula resultaba fuerte, pero las otras letras parecían trituradas.

Kiril Rublev rehusó responder a los interrogatorios. (“Si me necesitan, cederán. Si no quieren más que desembarazarse de mí, que abrevien las formalidades...”). Un alto funcionario acudió a informarse de sus exigencias.

7 El nombre de “gran plano” se utiliza para denominar una clase de plano que encuadra sólo los ojos, la boca, etc. Es característico del cine ruso, precisamente en su forma de sucesión rapidísima de grandes planos a que hace alusión el autor en este párrafo. — (N. del T.)

—No quiero que me traten peor en una cárcel soviética que en un penal del antiguo régimen... Después de todo, ciudadano, soy uno de los fundadores del Estado socialista. (Mientras decía esto, pensaba: “A pesar de todo, me siento con fuerzas para ironizar... Es un humor integral...”.) Quiero libros y papel — añadió.

Y al poco rato le trajeron obras procedentes de la biblioteca de la cárcel y cuadernos cuyas páginas estaban numeradas.

—Déjenme ahora tranquilo durante tres semanas.

Este tiempo era el que necesitaba para poner sus pensamientos en claro. Como todo estaba perdido, se sentía singularmente libre y por fin le era posible pensar de una manera rigurosamente objetiva..., en la medida que le desbordara el miedo, latente en su ser con una potencia comparable al instinto sexual... Y aunque aquel instinto y aquella potencia resultaban casi insuperables, consideraba que todo era cuestión de adiestramiento interior. Nada perdía con ello. Algunos movimientos gimnásticos por la mañana le ayudaban a preparar la mente para la tarea de escribir. Se interrumpía al poco para meditar sobre otros temas: sobre la muerte, sobre el único punto de vista racional, sobre las ciencias naturales.

El recuerdo de Dora le atormentaba con mucha mayor frecuencia. “Estábamos preparados desde hacía mucho tiempo, querida Dora...” Durante toda su vida, su verdadera vida, desde hacía diecisiete años y tras los duros entusiasmos de la revolución, ella se había mantenido fuerte, con una dulzura desarmada, escrupulosa y llena de dudas, Igual que ciertas plantas frágiles que bajo el delgado dibujo de sus hojas tienen una vitalidad tan resistente que sobreviven a las tempestades y que al verlas evocan la existencia de una verdadera fuerza, completamente diferente de esa mezcla de ardor inmediato y de brutalidad que se acostumbra a llamar fuerza. En el interior de su celda, hablaba con ella como si hubiera estado presente. Se conocían tan bien, estaban unidos por tantos pensamientos comunes que cuando escribía, acostumbraba a anticiparle la frase o la página siguiente.

—He creído que continuarías así, Kiril — decía, levantando su rostro pálido y hermoso, con la frente despejada y el pelo recogido.

—Es cierto... Así iba a hacerlo — asentía él.— Cómo lo adivinas, querida Dora.

La alegría de aquella compenetración les impulsaba a besarse sobre los manuscritos. Había sido aquella la época del frío, del tifus, del hambre, del terror y de los frentes de guerra siempre hundidos, pero que no terminaban de hundirse en realidad. Había sido la época de Lenin y de Trotszky: la época dorada.

—¿No crees, Dora, que hubiera sido una suerte haber muerto juntos entonces?—preguntó Kiril, fijando su mirada en los muros, grises y mudos. Quince años más tarde, cuando se debatían

en una pesadilla como los asfixiados en una mina, habían tenido aquellos propósitos. — No nos faltó ocasión, ¿te acuerdas? Tú tenías el tifus y las balas trazaron un día un verdadero semicírculo a mi alrededor.

Le pareció que Dora le respondía:

—Yo deliraba, deliraba sin cesar, comprendiéndolo todo, teniendo la clave de las cosas... Fui yo quien, con un gesto de la mano, apartó las balas en torno a tu cabeza y acaricié tus cabellos con la punta de los dedos... Fué tan real aquella visión que casi llegué a creerla, Kiril. Inmediatamente me acometió una crisis de duda: ¿por qué era tan buena si no podía apartar las balas a tu alrededor? ¿Tenía el derecho de amarte más que a la revolución? Pues me daba cuenta de que te amaba más que a nada en el mundo y que si desaparecías, no podría seguir viviendo, ni siquiera por la revolución... Y tú gruñías cuando te lo decía, me hablabas tan claramente en mi delirio, que entonces fué cuando te conocí bien por vez primera.

Kiril se vio a sí mismo poniendo ambas manos en los hombros de Dora y contemplándola en los ojos. Los dos estaban pálidos, envejecidos, angustiados y apenas acertaban a sonreír más que con los ojos.

—¿He cambiado mucho desde entonces? —preguntó con una voz extrañamente joven.

—Eres el mismo, el mismo... —respondió Dora acariciándole los cabellos.— El mismo... Pero yo, que siempre te he dicho que debes seguir viviendo, pues dejaría de haber una cosa en el mundo si tú no existieras y que yo tengo que vivir contigo, comienzo a creer que dejamos pasar la ocasión de morir juntos... Acaso hay épocas enteras en que no vale la pena de vivir para los hombres de cierta naturaleza.

Por su parte, contestó lentamente:

—¿Épocas enteras, dices? Tienes razón, pero puesto que, dado el estado actual de nuestros conocimientos, no puede preverse la duración y sucesión de esas épocas y hay que procurar estar presente en el momento en que la Historia nos necesita...

Hubiera querido hablar así en su curso sobre “El cartismo y el desarrollo del capitalismo en Inglaterra”... Pero ahora se limitaba a situarse en el rincón derecho de la celda y levantar hacia la ventana su perfil de Ivan el Terrible para contemplar un rombo de cielo de diez centímetros cuadrados y murmurar:

—Ya está, Dora... Ya está... Ha llegado el fin...

Su manuscrito progresaba. La escritura era rápida y un poco temblorosa en las primeras líneas diarias, pero a partir de la vigésima se hacía más firme, sin utilizar palabras superfinas y con una concisión de economista. Repasaba la historia de los quince últimos años, citaba las cifras de las estadísticas secretas (las verdaderas) y analizaba los actos del poder. Era de una objetividad

terrorífica que no economizaba nada. Las confusas batallas por la democratización del Partido, las primeras polémicas en la Academia comunista sobre la industrialización, las auténticas cifras del déficit de mercancías, del valor del rublo, de los salarios, la tensión creciente de las relaciones entre las masas rurales, la industria débil y el Estado, la crisis de la NEP, los efectos de la crisis mundial sobre la economía soviética encerrada en sus fronteras, la crisis del oro, las soluciones impuestas por un poder, a un tiempo previsor (para los peligros que le amenazaban directamente) y cegado por su propio instinto de conservación, la degeneración del Partido, el final de su vida intelectual, el nacimiento del sistema autoritario, los principios de la colectivización, concebida como un expediente para evitar el fracaso del grupo dirigente, el hambre progresando por el país como una lepra... Conocía los atestados del Politburó y citaba los pasajes más prohibidos, probablemente destruidos ya, mostraba al secretario general usurpando, día a día, todos los poderes, intrigando en los corredores del Comité Central y procurando afianzarse por todos los medios a su alcance. La silueta del Jefe se destacaba todavía vacilante, entre la dimisión, el arresto y la escena violenta, al final de la cual, dos miembros del B. P., igualmente pálidos, se miraban atentamente en medio de las sillas derribadas y uno exclamaba: “Me mataría para que mi cadáver te denunciara... Puedes estar seguro de que los mujiks te destriparán cualquier día. Me río de todo... Pero el país, la revolución...” Y el otro, con el rostro grave como una tumba, murmuraba: “Cálmate, Nicolás Ivanovitch. Si aceptan mi dimisión, estoy dispuesto a presentarla.” Y como no se la aceptaron, no hubo más sucesores...

Escribía páginas y más páginas libremente, con una libertad que no había conocido desde hacía doce años. De vez en cuando, interrumpía la tarea y daba unos paseos por la celda:

—¿Qué dices, Dora?

Y su invisible presencia parecía volver las páginas escritas.

—Bien — respondía. — Firme y claro, como te corresponde. Continúa, Kiril. — Él proseguía entonces sus meditaciones y a su mente acudía la imagen del campo de amapolas...

Un campo de flores rojas extendido por una pendiente suave y ondulada, como la carne. La flor es tan frágil que el más ligero contacto hace caer sus pétalos. ¿Cuántas flores hay en el campo? Imposible contarlas. A cada instante una se deshoja y otra acaba de abrirse. Si se cortaran las más altas, las que han crecido con mayor impulso, las que han nacido de una simiente más vigorosa o han hallado en la tierra algunas sales repartidas desigualmente, ni el aspecto, ni la naturaleza, ni el destino del campo cambiaría en lo más mínimo. ¿Daría yo un nombre, confesaría un amor a una flor entre todas? Parece que cada cual existe en sí misma, única y sola, diferente de todas las damas, y que destruida aquella flor, nunca volverá a renacer... Parece, ¿pero es verdad? De segundo en segundo cambia la flor, deja de parecerse a sí misma y algo renace y muere en ella.

La flor de este instante no es ya la del pasado. ¿Es la diferencia menos grande, efectivamente, entre sí misma durante su duración que entre ella y las que tanto se le asemejan, que acaso son lo que ella era en el instante pasado o lo que será en la hora futura?

Una investigación rigurosa abolía así la ilusión de los límites de los momentos de la duración, del individuo y de la especie, de lo concreto y de lo concebido, de la vida y de la muerte. Ésta se reabsorbía completamente en el maravilloso campo de amapolas, crecido acaso sobre una fosa común, quizá abonado por carne humana descompuesta. Llegado a este punto de sus meditaciones, surgía un problema más extenso. ¿No llevaría todo aquello a la abolición de los límites entre las especies? “Pero eso no sería científico”, se respondió Rublev, que estimaba que fuera de las síntesis puramente experimentales la filosofía no existía o no era más que “la máscara teórica de un idealismo de origen teológico.”

Como era valiente, lírico y estaba un poco cansado de vivir, las amapolas le ayudaban a familiarizarse con una muerte próxima, la de tantos camaradas, que no era extraña ni excesivamente terrorífica. Por otra parte, sabía que nunca fusilaban a los que se hallaban pendientes de sumario, de manera que la amenaza— o la espera — no era inmediata. Cuando tuviera que acostarse con la idea de no despertar más que para que le fusilaran, los nervios sufrirían otra prueba... (¿Pero fusilaban también de día?)

Zvereva le hizo comparecer ante ella. Hubiera querido dar al interrogatorio el tono de una conversación familiar.

—¿Escribe usted, camarada Rublev?

—Efectivamente.

—Un mensaje al Comité Central, ¿no es así?

—No es eso precisamente. En realidad no sé si tenemos un comité central en el sentido que le dábamos en el antiguo Partido.

Zvereva se sintió sorprendida. Todo lo que sabía de Kiril Rublev le impulsaba a creerlo “en la línea”, sumiso, no sin reservas interiores, disciplinado... Precisamente aquellas reservas interiores fortalecían las aplicaciones prácticas. La instrucción le arriesgaba al fracaso.

—Temo comprenderle mal, camarada Rublev. Supongo que ya sabe lo que el Partido espera de usted, ¿no es así?

—¿El Partido? Casi sé lo que espera de mí... ¿Pero de qué Partido estoy hablando? ¡Lo que tiene ese nombre ha cambiado tanto!... Usted no puede comprenderme.

—¿Por qué, camarada Rublev, cree que no puedo comprenderle? Por el contrario, yo...

—No siga... Tiene en la punta de la lengua una frase oficial que, en realidad, nada significa... Usted y yo pertenecemos a dos especies humanas diferentes. Dicho sea, se lo aseguro, sin la

menor animosidad.

Lo que sus palabras podían contener de ofensivo se atenuaba por el tono objetivo y la mirada cortés.

—¿Puedo preguntarle, camarada Rublev, qué estaba escribiendo usted y el fin que tiene?

El interpelado levantó la cabeza y sonrió, como si un estudiante le hubiera hecho una pregunta deliberadamente embarazosa.

—Camarada juez de instrucción. Trato de escribir un estudio sobre el movimiento de los destructores de máquinas en Inglaterra, a finales del siglo XIX... No sonría..., hablo completamente en serio.

Aguardó el efecto de su broma. Zvereva le observó con aire amable.

—Escribo para el porvenir. Un día se abrirán los archivos y acaso hallen entonces mi memoria. Así facilitaré el trabajo de los historiadores que estudien nuestra época. Creo que eso es mucho más importante que lo que usted está encargada de preguntarme... Ahora, ciudadana, permítame que haga a mi vez una pregunta: ¿De qué me acusan exactamente?

—Lo sabrá muy pronto... ¿Está usted satisfecho del régimen alimenticio?

—Sólo es pasable. Algunas veces hay poco azúcar en la confitura. Pero muchos proletarios soviéticos, a los que no acusan de nada, están menos alimentados que usted y que yo, ciudadana.

Zvereva, dijo secamente:

—El interrogatorio ha terminado.

Rublev regresó a su celda de un humor excelente. “He logrado esquivar a esa gata, querida Dora... ¿Por qué habrá de dar explicaciones uno a semejantes seres? Que me envíen uno mejor o que me fusilen sin contemplaciones”... Le pareció que el campo de amapolas aparecía en unas pendientes lejanas, a través de una cortina de lluvia. “Mi pobre Dora..., ¿no te das cuenta de que estoy a punto de derribar todos sus argumentos?” Y le pareció que estaba contenta y que le decía: “Tengo la seguridad de que no te sobreviviré mucho, Kiril. Tú me precederás y yo te seguiré”...

Rublev no volvía siempre la cabeza al oír que se abría la puerta. Sin embargo, en aquella ocasión escuchó perfectamente el chirrido de la puerta al volverse a cerrar y sintió la presencia de alguien tras él. Siguió escribiendo para no ser juguete de sus nervios, hasta que una voz rastrera le hizo erguirse:

—¡Buenos días, Rublev!

Era Popov. Llevaba, igual que siempre, una gorra gris, un viejo sobretodo y una cartera informe bajo el brazo. (En realidad no se veían desde hacía muchos años.)

—Buenos días, Popov... Siéntese.

Se levantó para cederle la silla, cerró el cuaderno que tenía sobre la mesa y se tendió a su

vez en la cama. Popov examinó la celda, desnuda, amarillenta, sofocante y sumida en el más absoluto silencio. Se echaba de ver que le era desagradable estar allí.

—¿No estarás encerrado también? En tal caso, sé bienvenido, hermano. Lo has merecido.

Se echó a reír con toda su alma. Popov dejó su gorra sobre la mesa, se quitó el sobretodo y luego escupió en un pañuelo gris.

—¡Dolor de muelas! El diablo cargue con él... Se equivoca, Rublev; todavía no me han detenido.

Éste echó al aire sus dos piernas en una cabriola jubilosa. Y entre risas locas, prosiguió como si se hablara a sí mismo:

—¡Ha dicho *todavía no*, el viejo Popov! ¡*Todavía no!* Freud habría dado tres rublos sin vacilación por ese *lapsus linguae*... Hablando en serio, Popov, ¿se ha oído usted decir *todavía no*? ¡*Todavía no!*

—He dicho, en efecto, *todavía no*—farfulló Popov.— ¿Y qué importa? ¿Por qué se aferra usted así a las palabras? ¿Qué es lo que no estoy todavía?

—...detenido, detenido... Aún no está detenido... —exclamó Rublev con un loco regocijo reflejado en los ojos, en su boca y en todo su rostro.

Popov contempló estúpidamente lo que tenía delante: la pared y la ventana de cristales opacos, tras los cuales se perfilaban los barrotes. Aquella inesperada acogida le había desconcertado. Dejó que el silencio se prolongara hasta que ambos se sintieron molestos. Rublev, sin saber qué hacer, cruzó los brazos tras la nuca.

—He venido a decidir con usted mismo su propia suerte, Rublev. Esperamos mucho de usted... Sabemos que está penetrado de espíritu crítico..., pero que es... fiel al Partido... Los viejos como yo, le conocen... Aquí le traigo unos documentos... Léalos... Tenemos confianza en usted... —Se interrumpió unos instantes para añadir: —Si lo prefiere, cambiaremos de sitio. Preferiría estar echado... Mi salud, ya sabe usted... Padezco reumatismo, miocarditis, polineuritis, etc.. Usted tiene la suerte de estar sano, querido Rublev...

Cambiaron de sitio. Popov se acostó en la cama. Su rostro era, efectivamente, el de un viejo enfermo. Tenía los dientes grises, la piel arrugada y los ralos muchones de pelo canosos y erizados.

—¿Quiere darme la cartera, Rublev?... ¿Me permite que fume? —Sacó unos cuantos papeles de la cartera. — Tenga y lea. Sin apresurarse... Tenemos tiempo... Es todo serio, muy serio...

Acababa todas sus breves frases en agitados golpes de tos que le congestionaban el rostro. Rublev pasó la mirada sobre los folios: *Resumen de los informes de los agregados militares en... Informe*

sobre la construcción de carreteras estratégicas en Polonia... Reservas de combustibles. .. Las conversaciones de Londres... Transcurrieron unos instantes.

—¿La guerra?—preguntó Rublev finalmente con expresión grave.

—El año que viene, probablemente... ¿Ha visto las cifras de la intervención de los transportes?

—Sí.

—Tenemos todavía una débil esperanza de desviar la guerra hacia occidente... No por mucho tiempo... No por mucho tiempo...

Hablaron del peligro próximo como si estuvieran de visita, uno en casa del otro. ¿Cuáles eran los plazos de movilización? ¿Cuáles serían las tropas de cobertura? Sería necesario instalar una segunda refinería de petróleo en Extremo Oriente y desarrollar con urgencia la red de carreteras de Komsomolsk. ¿Estaba efectivamente terminada la vía férrea de Yakucia? ¿Cómo resistiría la prueba del invierno?

—Contamos con la probabilidad de una gran pérdida de efectivos — dijo Popov con la voz más aclarada.

Rublev asistía a los desfiles de atletas y por la calle seguía con la mirada a los jóvenes fornidos que representaban a la tierra rusa: a los siberianos de nariz larga y ojos horizontales, hundidos bajo la frente dura, a los asiáticos, de rostros aplastados y ciertos mogoles de trazos admirablemente finos, productos de hermosas razas civilizadas mucho antes que apareciera la civilización blanca. Las muchachas les acompañaban, hombro con hombro (aquellas imágenes se hacían visuales en su mente, acaso por reminiscencias de las películas), y todos avanzaban por las calles en ruinas, bajo las escuadrillas de aviones, mientras los grandes edificios de cemento armado, obra de tantos obreros hambrientos, se convertían en armazones incendiados y todos aquellos muchachos y muchachas, llenos de sangre, llenaban por millones las fosas nauseabundas, los trenes hospitales, las ambulancias oliendo a gangrena y a cloroformo... Y luego, en los hospitales, continuarían convirtiéndose en cadáveres.

—Pero no hay que imaginar todo eso — dijo para sí mismo. — De otro modo se haría insoportable.

—Insoportable, es verdad — respondió Popov.

Rublev sintió deseos de exclamar: “¿Está usted todavía ahí? ¿Qué es lo que hace?” Pero Popov atacó primero:

—Contamos con una pérdida de efectivos que puede alcanzar muchos millones de hombres en el primer año... Por eso, el Politburó ha adoptado esa medida... hm... mmm... tan impopular... La prohibición del aborto... Millones de mujeres la padecen actualmente... No

contamos más que por millones... A partir de ahora, sea cual fuere la miseria, nos hacen falta millones de niños para reemplazar los millones de jóvenes que van a perecer... Y entretanto..., usted escribiendo aquí... ¡Que el diablo cargue con ello! ¡Que cargue con lo que está usted escribiendo... mmm... y toda esa mezquindad de su lucha contra el Partido!... Me duelen la rodilla y la quijada a la vez.

— ¿Qué quijada?

—La superior... Dolor aquí y allá... Querido Rublev, el Partido le pide..., el Partido le ordena...

— ¿Qué me manda? ¿Qué me exige?

—Lo sabe usted tan bien como yo... No me toca entrar en detalles... Ya se entenderá con los jueces de instrucción... Les pagan para eso... y hay algunos que llegan a creerse imprescindibles... ¡Los muy idiotas! Mmm... Compadezco a los acusados que caen en sus manos... Mmm... ¿Resiste usted todavía? Le meterán en una sala llena de gente, repleta con todos los diplomáticos, los espías oficiales y los corresponsales extranjeros pagados por nosotros, pero que en realidad cobran de dos o tres sitios..., le situarán delante de un micrófono y tendrá que decir, por ejemplo, que es el responsable moral del asesinato del camarada Tulaev... Eso u otra cosa, no lo sé... mmm... Lo dirá porque el procurador Ratchevsky se lo hará confesar, no una vez, sino veinte... Mmm... Ratchevsky es paciente y obstinado como una muía, como una innoble muía... Dirá lo que ellos quieran..., mmm..., porque no tiene usted más que una opción: obedecer o traicionar... Le intimidaremos delante del micrófono... ¡el diablo se lleve esta rodilla!... a deshonar el Tribunal Supremo, el Partido, el Jefe y la propia URSS para proclamar lo que usted llama su inocencia... Será divertida su inocencia en ese momento...

Mientras Popov hablaba, Rublev paseaba en silencio por la celda, ya invadida por la oscuridad. Aquella voz que parecía librarse del farfuleo unos instantes y otros parecía derramar sobre él palabras llenas de fango, le producía una sensación extraña, como si no tuviera nada que responder o lo que podía contestar no pudiera servirle para nada... “¿Y es en vísperas de guerra cuando nos amenaza ese peligro, ese gran peligro, cuando habéis destruido los cuadros del país, decapitado el ejército, el Partido y la industria, mil veces imbéciles y criminales?” Hubiera querido gritar a los cuatro vientos aquella pregunta, pero estaba seguro de que sólo obtendría de Popov una réplica lastimera: “¡Mi rodilla!... Mmm... Acaso tenga usted razón, ¿pero de qué le sirve tenerla? Nosotros somos el poder y es de suponer que no repita ante la burguesía internacional lo que me está diciendo ahora a mí. Ni siquiera para vengar su cabeza, que será pronto hendida como una nuez... Mmm...” ¡Odioso personaje! ¿Pero cómo salir de aquel círculo infernal? ¿Cómo?

Con las manos posadas sobre el pecho y vestido con su raída guerrera y su deformado pantalón, Popov monologaba haciendo breves intervalos. Rublev se detuvo ante él como si lo viera por primera vez. Y no pudo por menos que tutearle despectivamente:

— ¡Popov, viejo!... Te pareces a Lenin... Es sorprendente... No te muevas y deja tus manos tal como están... No te pareces al Illitch viviente, sino a su momia... Te pareces a su momia, igual que una muñeca de trapo se asemeja a una criatura... (Le contemplaba con una curiosidad pensativa, pero forzada). ¡Pobre, pobre viejo!...

Hubo en su voz una sincera piedad. Popov, por su parte, le observaba con una atención sobreaguda. Rublev le vio la mirada nublada, pero precisa: peligrosa.

—... pobre... Eres un pobre miserable, viejo andrajo... Cínico y maloliente... ¡Ah!

Con una expresión de desesperada repugnancia, dio media vuelta dirigiéndose a la puerta. La celda pareció en aquel instante demasiado pequeña para él. Pensó en voz alta:

—Y ese gusano de cementerio es el que me trae el mensaje de la guerra...

Volvió a escuchar el tartamudeo de Popov a su espalda:

—Illitch decía que un estropajo siempre halla empleo en la limpieza del hogar... Mmm... Un estropajo un poco sucio, naturalmente, pues entra en la naturaleza de los estropajos estar un poco sucios... Yo me presto a ese papel... No soy individualista... Mmm... En la Biblia está escrito que un perro vivo vale más que un león muerto.

Se pusieron de pie. Popov ordenó los papeles y volvió a meterlos en la cartera, colocándose penosamente el sobretodo. Rublev le contempló con las manos en los bolsillos, sin ayudarle. Se encogió de hombros y murmuró para sus adentros:

— ¿Perro vivo o rata apestosa y medio muerta?

Popov pasó por delante de él para salir de la celda. Ninguno de los dos inició el menor ademán de despedida. Antes de franquear el umbral, Popov se puso la gorra de través, muy ladeada hacia la oreja izquierda. A los diecisiete años, cuando cumplía sus primeros años de cárcel y sentía los primeros entusiasmos revolucionarios, se daba así, voluntariamente, un aire un poco bribón. Encuadrado por la puerta metálica y rozando con el pecho el doble diente cuadrado del cerrojo, se volvió para dirigirle una mirada penetrante, una mirada brillante e incluso vigorosa:

—Hasta la vista, Rublev. No necesito su respuesta... Sé lo que precisaba saber... Mmm... En el fondo, ambos nos entendemos perfectamente. (Bajó la voz a causa de los uniformes que aparecían ya en el corredor.) Es duro, claro que sí... Mmm... Para mí también es muy duro... Pero... Mmm... El Partido tiene confianza en usted...

— ¡Vete al diablo!

Pero Popov, sin arredrarse por la brusca réplica, volvió a dar dos pasos hacia el interior de

la celda y preguntó:

— ¿Qué respuesta doy de tu parte al Comité Central?

Rublev se irguió y respondió con firmeza:

—Que no he vivido durante toda mi existencia más que para el Partido, pese a lo enfermo y degradado que está. Que no he tenido pensamiento ni conciencia fuera del Partido. Que sigo fiel a él, sea el que fuere o haga lo que haga. Que si debo perecer aplastado por mi Partido, consiento.., Pero advirtiéndolo a los canallas que nos matan, que matan asimismo al Partido.

—Hasta la vista, camarada Rublev.

Se cerró la puerta y el bien engrasado cerrojo penetró suavemente en el pestillo. La oscuridad se hizo casi absoluta. Rublev golpeó con los puños aquella puerta sepulcral. Se oyeron pasos en el pasillo y el portillo se abrió:

— ¿Qué ocurre, ciudadano?

Rublev creyó contestar con voz tonante, pero en realidad su voz no fué más que un soplo irritado:

— ¿Por qué no me dan la luz?

— ¡Silencio!... Aquí está, ciudadano...

La bombilla se encendió.

Rublev sacudió la almohada donde la cabeza del visitante había dejado un hueco. “Es un infame, Dora, es un ser inmundado... Le arrojaría de buena gana en un precipicio, en un pozo o en una negra fosa, con tal de que desapareciera para siempre, que no flotara siquiera su gorra, ni su cartera repleta de papeles secretos... Luego me sentiría aliviado y hasta el aire nocturno me parecería más puro... Dora, Dora”... Pero aunque tales fueran sus pensamientos, se daba perfecta cuenta de que las manos húmedas de Popov le arrastraban a la negra fosa... “Dialéctica sobre la relación de las fuerzas sociales en épocas de reacción”...

VII

LA ORILLA DE LA NADA

El deportado Ryjik era origen de insolubles problemas para muchas oficinas. ¿Qué pensar de un fogonero que sale indemne de treinta choques de trenes? Pues igual ocurría con Ryjik. Ni uno solo de sus compañeros de lucha sobrevivía. En cambio, a él le protegía providencialmente la cárcel desde hacía diez años, desde 1928. Casualidades parecidas a las que hacen que viva el soldado de un batallón aniquilado, le habían aislado de los grandes procesos, de los sumarios secretos e incluso de la “conspiración de las cárceles”. En el momento en que se producía ésta, Ryjik vivía, absolutamente solo y bajo alta vigilancia, en un “koljos” del Yenisei medio. En el momento en que se procedía a la diligencia que tenía que descubrir en él un testigo político de los más peligrosos, de aquellos que se inculpa en seguida en razón de su solidaridad moral con los culpables, una consigna de secreto absoluto le cubría en un lugar aislado del mar Blanco. Sin embargo, su expediente no dejaba excusa alguna a los dirigentes de las depuraciones, pero la misma monstruosidad de su situación le preservaba a partir del instante en que la prudencia aconsejaba no reparar en él por miedo a contraer excesivas responsabilidades. Y así se había terminado por habituarse a aquel extraño caso, y algunos jefes de los servicios de represión tenían la oscura convicción de que una alta protección oculta se extendía sobre aquel viejo trozskysta. Se conocían vagamente precedentes de aquel género.

El fiscal Ratchevsky, el Alto Comisario interino, Gordeev, y el delegado del Comité Central para la instrucción de los casos graves, Popov, comunicaron a las oficinas la orden de añadir al expediente del caso Erchov-Makeev-Rublev (asesinato del camarada Tulaev) el de un trozskysta influyente, y por lo tanto auténtico, sea cual fuere su actitud. Ratchevsky sustentaba la opinión, contraria a Fleischman, que para hacer más convincente el proceso a ojos del extranjero, podía admitirse en esta ocasión que el acusado negara toda culpabilidad. El fiscal se resistía a utilizar las declaraciones fáciles de elaborar. Popov también agregaba negligentemente que el veredicto podría tener en cuenta la duda suscitada por las negativas, y que eso podría causar buen efecto, si es que el Politburó lo estimaba útil. Zvereva se ofreció a reunir las declaraciones secundarias que destruirían las negativas del aún desconocido acusado.

—Disponemos de un material tan abundante — afirmó —; y esta conspiración ha estado tan ramificada que no es posible oponer ninguna resistencia. No existen inocencias individuales. La culpabilidad de esa canalla contrarrevolucionaria es colectiva.

Las búsquedas en los ficheros hicieron surgir múltiples fichas, pero una sola se ajustaba perfectamente a los fines perseguidos: la de Ryjik. Popov estudió aquel expediente con la

prudencia de un experto puesto en presencia de un ingenio explosivo de desconocida fabricación. Fué repasando uno a uno los accidentes que jalonaban la vida de aquel viejo opositorista. Ryjik: antiguo obrero de la fábrica de tubos Hendrikson, en Vassili-Ostrov, San Petersburgo, miembro del Partido desde 1906, deportado por la Lena en 1914, vuelto de Siberia en abril de 1917, tuvo varias conversaciones con Lenin al día siguiente de la conferencia de abril del 17. Fué miembro del Comité de Petrogrado durante la guerra civil y el 20 tomó la defensa de la oposición obrera, aunque sin votar por ella. Comisario de una división durante la marcha sobre Varsovia, trabajó entonces con Smilga, del CC, Racovski, jefe del gobierno de Ucrania, y Tujachevski, comandante del ejército, tres enemigos castigados tardíamente en 1937... Excluido del Partido en el 27, fué detenido el 28, deportado a Minussinsk, Siberia, en julio del 29, condenado por el comité secreto de la Seguridad a tres años de reclusión, enviado al aislamiento de Tobolsk, donde se hizo líder de una tendencia llamada “Los Intransigentes”, que publicó una revista manuscrita llamada *El Leninista* (cuatro números justos).

En 1932, el comité secreto le impuso una pena adicional de dos años (por decisión del Politburó), a la que respondió con las siguientes palabras:

— ¿Por qué no diez años? Si eso os divierte... Aunque dudo mucho que consigáis conservar el poder más de seis meses, estúpidos tiranos.

Autor por aquella época de una “Carta abierta sobre el hambre y el terror” dirigida al CC. En ella refutaba la teoría del capitalismo estatal y sostenía la del bonapartismo soviético. Puesto en libertad el 34, después de una huelga de hambre de dieciocho días, fué deportado posteriormente a Tchernóé, detenido con Elkin, Kostrov y otros (caso del “centro trozskysta de los deportados”). Trasladado a Moscú y encerrado en la cárcel de Butyrki, rehusó responder a los interrogatorios, hizo dos huelgas del hambre y llegó a ser trasladado a la enfermería especial (insuficiencia cardíaca)... “A deportar a las más apartadas regiones... Interceptar su correspondencia”... Tales anotaciones aparecían en el expediente, al lado del centenar de nombres que contenían las 244 páginas y que en su mayoría pertenecían a personajes segados por la guadaña del Partido. “Sesenta y seis años”. Mala edad. Edad de las postreras resistencias o de los súbitos desplomes de la voluntad. En vista de todos aquellos antecedentes, Popov decidió:

—Hay que trasladarlo a Moscú... Que haga el viaje en las mejores condiciones...

Y Ratchevsky y Gordeev respondieron:

—Así se hará.

Los días transcurrían para Ryjik completamente idénticos, indiferentes y sin interés. Habitaba la última de las cinco casas de madera sin escuadrar que formaban el caserío de Dyra, en la confluencia de dos riachuelos helados y perdidos en la soledad. El paisaje no tenía límites ni

señales. Al principio, cuando aún escribía cartas, había llamado a aquel lugar la Orilla de la Nada... Se sentía en el límite extremo del mundo humano, al borde de una inmensa tumba. La mayor parte de las cartas no llegaban a ningún lado. Escribir desde allá era gritar en el vacío. Cosa que algunas veces hacía por el placer de escuchar su propia voz. Pero le acometía una tristeza tan grande que comenzaba a gritar injurias a la contrarrevolución triunfante:

— ¡Miserables! ¡Sanguijuelas de sangre proletaria! ¡Termidorianos!

El páramo rocoso le devolvía el eco de un murmullo ininteligible y los pájaros, asustados, levantaban el vuelo haciendo que su cólera se disipara y que se pusiera a hacer molinetes con los brazos, corriendo tras ellos hasta que el ahogo le detenía el corazón.

Cinco familias de pescadores, antiguos creyentes de origen gran ruso, pero adaptados más que a medias a los usos y costumbres de los ostiácos, vivían allí una existencia sin esperanza. Los hombres eran rechonchos y barbudos, las mujeres de baja estatura también, con rostros planos, dientes cariados y ojos pequeños y vivaces bajo los párpados gruesos. No hablaban mucho, no reían, olían a grasa de pescado y trabajaban sin descanso en la limpieza de las redes llevadas por sus antecesores, en tiempos del emperador Alejandro, en el secado del pescado, en la preparación de alimentos para el invierno, en el trenzado de mimbres y en el remiendo de las ropas de paño viejo y desteñido del pasado siglo. A finales de septiembre caían las primeras nevadas y una blancura monótona uniformaba los llanos horizontales.

Ryjik compartía la habitación con un matrimonio sin hijos que no le apreciaba porque afectaba no ver el icono y no se santiguaba jamás. Eran tan taciturnos aquellos dos seres que parecía emanar de ellos un silencio de tierra infecunda. Vivían entre el humo de una estufa destartalada, alimentada con raquílicas ramas. Ryjik ocupaba un reducido rincón, iluminado por una claraboya, tapada en sus tres cuartas partes con maderas y trapos, porque no subsistía más que un fragmento de cristal. Su principal tesoro era una pequeña estufa de hierro colado, dejada allí por otro deportado y cuya chimenea se ajustaba a una de las esquinas superiores de la claraboya. Podía encender fuego con la condición de ir a buscar él mismo la leña a los talleres, al otro lado de la Bezdolnya, la Abandonada, cinco kilómetros más hacia arriba... Otro tesoro envidiado era el reloj, que acudían a contemplar algunas veces desde las casas vecinas. Cuando un cazador nenetz atravesaba aquellas llanuras, las gentes le explicaban que allí vivía un hombre sobre el que pesaba un castigo y que poseía una máquina de hacer tiempo, una máquina que cantaba sola, sin detenerse jamás, el tiempo invisible.

El roer implacable del reloj devoraba, efectivamente, un silencio de eternidad. Le tenía afecto, después de haber vivido un año sin escuchar su tic tac, en el tiempo puro, en la pura locura inmóvil anterior a toda creación. Para huir de la casa muda y silenciosa, acostumbraba a

deambular a través del páramo. Algunas rocas blancuzcas eran el único punto en que la mirada podía descansar y el viejo trozskysta se encaraba con ellas y les gritaba:

—¡No existe el tiempo! ¡Nada existe!

Su voz, pequeño ruido insólito, era absorbida por la extensión fuera del tiempo humano, sin que asustara siquiera a los pájaros. Acaso no hubiera pájaros fuera del tiempo.

La colonia de deportados de Yenisseisk logró enviarle, con ocasión de un aniversario de la gran victoria socialista, algunos regalos entre los que descubrió un mensaje oculto: “A ti, ejemplarmente fiel, a ti, uno de los últimos supervivientes de la Vieja Guardia, a ti, que no has vivido más que por la causa del proletariado internacional”... La caja de cartón contenía además otros tesoros inverosímiles: cien gramos de té y aquel pequeño reloj que vendían por diez rublos las cooperativas de los pueblos. Que se adelantara casi una hora en veinticuatro cuando se olvidaba de suspenderle el péndulo que le imprimía movimiento, era algo que carecía de importancia. Sin embargo, Pajomov y él no renunciaban a la broma que consistía en interrogarse el uno al otro:

— ¿Qué hora es? ¿Las cuatro? ¿Con péndulo o sin péndulo?...

El anfitrión y su mujer, con su medio siglo de dura servidumbre sin dueño, también habían acudido a contemplar la maravilla y hasta habían hablado delante de ella, no diciendo más que una palabra, pero una palabra profunda, salida del fondo de su alma (¿y cómo sabían ellos aquella palabra?)

—Bello — dijo él levantando la cabeza.

—Bello — repitió la mujer.

—Cuando las dos agujas llegan aquí — les explicó Ryjik — es mediodía cuando es de día y medianoche cuando es de noche.

—Loado sea Dios — dijo el hombre.

—Loado sea — repitió la mujer.

Se retiraron haciendo la señal de la cruz. Tenían el andar pesado y grotesco de los pingüinos.

Pajomov, perteneciente a la Seguridad Nacional, ocupaba la más confortable habitación (requisada) de la mejor de las cinco casas, situada a un kilómetro de distancia, ante los tres solitarios abetos del caserío. Único personaje gubernamental en una región tan extensa como un Estado de la vieja Europa, poseía varios inestimables tesoros: un sofá, un samovar, un tablero de ajedrez, un acordeón, unos tomos desaparejados de las obras de Lenin, periódicos del mes anterior, tabaco y vodka... ¿Qué más necesitaba un hombre? León Nicolaevitch Tolstoy, aunque noble y místico, es decir, retrógrado, midió la tierra justa que hacía falta al hombre ávido: un

metro ochenta de largo, cuarenta centímetros de ancho y un metro aproximadamente de profundidad para una fosa honestamente abierta.

— ¿Verdad que sí?—inquiría Pajomov, seguro de una respuesta afirmativa.

Tenía el humor amargo, aunque sin malicia. Cuando encontraba al final de la pista nevada, ante la casa de la que colgaba el rótulo CORREOS-COOPERATIVA, a algunos animales de tiro agotados por la fatiga, renos o caballos de pelambre larga, les acariciaba diciéndoles con tono zalamero:

— ¡Alegraos de vivir, animales útiles!

Encargado de vigilar a Ryjik, había contraído hacia su deportado un afecto reservado, pero cálido que hacía brillar en sus ojillos escrutadores un resplandor medroso. Le decía:

—La consigna, hermano, es la consigna. Somos hombres de servicio y nada más. Que no nos pidan comprensión cuando sólo debemos sentir obediencia. Yo soy un hombre insignificante que entiendo poco de todo eso. El Partido es el Partido y no es mi obligación juzgar a hombres como tú. Pero tengo también una conciencia, aunque pequeña, porque el hombre es un animal que tiene conciencia. Veo que eres puro. Veo que has luchado por la revolución mundial, pero como te has equivocado y no ha triunfado tu ideal, como ha habido que construir el socialismo en un solo país, sobre nuestros huesos, entonces, naturalmente, resultas peligroso y hay que aislarte. No queda otro remedio y por eso estamos aquí los dos, en este páramo polar. Aunque, en realidad, estoy contento de hallarme contigo.

No se emborrachaba nunca a fondo, quizá para no descuidar su vigilancia o acaso por respeto a Ryjik, que bebía poco, lo justo para calentarse, por temor a la arterioesclerosis. Una vez le explicó las razones de aquella dosificación:

—Quiero seguir pensando todavía por breve tiempo.

Su guardián asintió:

—Lo encuentro muy justo.

Los dos se entendían muy bien, y con frecuencia Ryjik, fatigado de su reducto de muros desnudos y blancos, se refugiaba en casa de su guardián. Éste tenía siempre una mueca de desconfiada humildad en el rostro, como si sus rasgos y sus arrugas se hubieran perpetuado en ademán de constante lloro. Su piel era rojiza y arrugada, sus ojos estaban constantemente irritados y su boca entreabierta mostrada unos dientes amarillentos y desiguales.

—¿Quieres escuchar música?—preguntaba a Ryjik, que acababa de tenderse en el sofá de la calentada habitación.— ¿Una copa?...

Antes de beber, éste mascaba pepino salado.

—Toca — decía brevemente.

Y Pajomov hacía brotar de su acordeón lánguidas quejas y también notas alegres que excitaban los deseos de bailar.

—Escucha esto: es para las muchachas de mi país. — Y dedicaba a las muchachas de una lejana región su apasionada música. — ¡Bailad, pequeñas! ¡Vamos, Mafa, Nadia, Tania, Varia, Tanka, Vassilissa! ¡Bailad! ¡Bailad! ¡Jei...op! ¡Jei...op!

La habitación se llenaba de movimientos, de fantasmas dichosos y de nostalgia. Al lado, hundida en su perpetua penumbra, una vieja desenredaba redes de pesca con sus dedos anquilosados. Una mujer joven, con el rostro redondo y plano de los ostiakos, ajetreaba junto al fuego. Unas niñas abandonaron su labor para ponerse a dar vueltas entre la mesa y la estufa, cogidas por la cintura y con una sonrisa en sus caras inexpresivas. La negra faz barbuda de San Basilio, iluminada por una lamparilla, parecía contemplar duramente aquella extraña alegría. Las manos de la vieja y las de la joven estaban regadas por sangre revigorizada, pero ni una ni otra decían una sola palabra. En el cercado, los renos correteaban de pronto, de un abeto a otro y desde la casa a los abetos. El blanco espacio absorbía los sones mágicos que Pajomov extraía de su instrumento. Las notas eran cada vez más agudas, como si quisiera soltar en el vacío un grito poderoso, y una vez surgido abandonó el instrumento sobre la cama. El silencio envolvió, implacable y grave, el espacio, los renos, la casa, las mujeres y los niños. (La vieja, anudando los hilos rotos, se preguntó si aquella música no procedía del Maligno. Un rato después, sus labios seguían moviéndose y murmurando un conjuro, pero había ya olvidado por qué.)

—Será magnífico vivir en el mundo dentro de cien años — dijo una vez Pajomov en uno de aquellos instantes.

—¿Cien años?—calculó Ryjik. — No estoy seguro de que sea bastante.

De vez en cuando, cogían fusiles e iban a cazar más allá de la Beznoldaya. El paisaje era sorprendentemente sencillo. Del suelo parecían haber brotado rocas redondeadas, casi blancas, que se extendían hasta perderse de vista. Hubiera podido creerse que era un pueblo de gigantes, anegados por un diluvio, helados o petrificados. Los arbustos tendían sus endeble ramajes y parecía fácil perderse después de una hora de marcha o escalada. Eran laboriosas las maniobras de los esquís y se encontraban pocos animales. Incluso éstos eran desafidores, difíciles de sorprender y había que despistarles, seguirles las huellas, acecharles durante horas enterrándose en la nieve. Los dos hombres se pasaban de mano en mano una cantimplora de vodka. Ryjik admiraba el suave azul del cielo, y tanta fué su admiración que llegó a decir a su compañero:

—Contempla el cielo, hermano. Va a cubrirse de estrellas negras.

Estas palabras, pronunciadas después de un largo silencio, hicieron el milagro de aproximarles. Pajomov, sin asombrarse, añadió:

—Sí, hermano... La Osa Mayor y la Polar serán completamente negras. Sí... Lo he visto en sueños.

Se callaron, sin nada más que decirse. Transidos de frío y tras una agotadora jornada, abatieron un zorro color de fuego, de hocico afilado y ojos suaves. El rictus femenino del animal muerto suscitó en ellos un malestar. Ninguno de los dos se atrevió a confesarlo, pero emprendieron sin alegría el camino de regreso. Dos horas más tarde, cuando se deslizaban por una pendiente blanca, a través de la lividez del crepúsculo y hacia la bola rojiza del sol, Pajomov se dejó alcanzar por Ryjik. Su mirada le dio a entender que tenía algo que decirle. Murmuró:

—El hombre es un mal bicho, hermano.

Ryjik se adelantó sin responderle. Los esquís le llevaban a través de aquel paisaje irreal. Transcurrieron dos horas. Su fatiga se hizo terrible. Se sintió desfallecer y dejó, a su vez, que Pajomov le alcanzara:

—A pesar de todo, hermano...

Perdió el aliento y tuvo que hacer acopio de fuerzas para terminar la frase:

—...transformaremos al hombre.

En aquel mismo instante se le ocurrió pensar que aquella iba a ser, sin duda, su última partida de caza. Era ya demasiado viejo para ello. “¡Adiós, animales que ya no mataré!”, pensó. “Sois una de las facetas atractivas y crueles de la vida que se va. Lo que deba hacerse, otros lo harán... ¡Adiós!” Después de esto pasó muchos días tendido en su jergón, al calor de la estufa y bajo el tic tac del reloj. Pajomov iba frecuentemente a hacerle compañía. Jugaban a las cartas un juego bastante elemental que consistía en hacer trampas. Pajomov era el que ganaba con más frecuencia.

—Claro — afirmaba. — Como que soy un poco canalla.

Así transcurría la vida durante el largo invierno nocturno. La rojiza esfera del sol se deslizaba por el borde mismo del horizonte, y el correo llegaba en trineo tan sólo una vez por mes. Pajomov tenía redactado de antemano un informe para sus superiores sobre el preso sometido a su vigilancia.

—¿Qué quieres que diga sobre ti, viejo? — preguntaba. Y Ryjik contestaba:

—Respóndeles que me carga la contrarrevolución burocrática.

—Ya lo saben — decía Pajomov. — Pero haces mal en decírmelo. Me debo al servicio y no tienes necesidad alguna de ultrajarme.

Pero siempre llega el día en que todo se termina. Sólo la blancura y el silencio de aquel paraje continuarían hasta el fin del mundo o acaso después, ¿quién sabe? Sin embargo, un día Pajomov entró en el recinto donde Ryjik releía viejos periódicos, lleno de un malestar difuso

como la niebla. Más pelirrojo que de costumbre, le dijo:

—Nos vamos, viejo. Se acabó la permanencia en este sucio rincón. Recoge tus cosas. Tengo orden de llevarte a la ciudad. Hoy estamos de suerte.

Ryjik volvió hacia él una mirada petrificada y le contempló unos instantes con ojos terriblemente fríos.

—¿Qué te ocurre?—preguntó Pajomov con solicitud.—¿No te gusta?

Se encogió de hombros. ¿Gustarle? ¿Gustarle la muerte? ¿Qué importaba que ésta llegara allí o en cualquier parte? Sintió que no le quedaban casi fuerzas para el cambio, para la lucha, ni siquiera para el propio pensamiento de la lucha; que no tenía ya verdadero miedo, ni esperanza, ni sentido del desafío... Que su valor se había convertido en una especie de fuerza de inercia...

Los habitantes de las cinco casas les vieron partir un día de cielo encapotado, atravesado por débiles resplandores plateados. El Universo parecía olvidado. Los niños, forrados de pieles, salían en brazos de sus madres. Alrededor del trineo llegaron a congregarse unas treinta formas menudas, destacándose sobre la blancura opaca. Los hombres daban consejos a los que iban a partir y comprobaban los atalajes de los renos. En el momento de desaparecer, ambos se volvían algo más reales que lo habían sido la víspera, y los sencillos habitantes de la aldea se emocionaban un poco al despedirles. Era como si fuesen a morir. Partían hacia lo desconocido, guardándose el uno al otro en rumbo hacia la libertad o la cárcel... Sólo Dios lo sabía. Eyno, el samoyedo que había acudido a proveerse de pieles y pescado, les condujo en su tiro de renos. Vestido con pieles de lobo, con el rostro huesudo y moreno, los ojos entornados y el pelo escaso, parecía un Cristo mogol... Llevaba las botas adornadas con cintas verdes y rojas, igual que sus guantes y su gorriño. Metió cuidadosamente en el cuello de pieles los últimos pelos amarillentos de su barba, abarcó la extensión de cielo y tierra con una mirada atenta, y puso alerta a los renos con un chasquido de su lengua. Ryjik y Pajomov comprendieron que iban a partir inmediatamente y se tendieron, uno junto a otro, envueltos en las pieles. Llevaban consigo pan tostado, pescado seco, vodka, cerillas y alcohol sólido para hacer fuego. Los renos dieron un pequeño brinco y se detuvieron.

—¡Id con Dios! —dijo alguien. Y Pajomov respondió blasfemo:

—Nosotros estamos mejor sin Él.

Ryjik estrechó todas las manos que le tendían. Las había de todas las edades; unas viejas, rugosas y endurecidas, otras poderosas y aun otras minúsculas, delicadamente dibujadas.

—¡Adiós, adiós, camaradas! —repetía. E incluso los que no sentían hacia él ningún afecto, le decían:

—¡Adiós, camarada Ryjik! ¡Buen viaje!—y le dirigían miradas suaves y cariñosas.

Esas miradas siguieron al tiro hasta la línea del horizonte. Los renos apresuraron su trote y

apareció a lo lejos un bosque dormido, reconocible por sus sombras violetas. Encajes plateados iluminaban el cielo y una nube de nieve pulverizada rodeaba el trineo.

—¡Qué alegría!—exclamaba Pajomov con exuberancia. — Estaba hasta los pelos de ese agujero.

Ryjik pensaba que las gentes de Dyra no partirían, sin duda, jamás. Que él tampoco volvería nunca allá, ni a Tchernoe, ni a las ciudades conocidas ni mucho menos a los tiempos de la fuerza y la victoria. Durante unos momentos de la vida le había sido posible tener esperanza en todo, incluso estando hundido en el fondo de la derrota. Viviendo tras las rejas de la cárcel, había sabido que la revolución se acercaba y que el futuro era ineludible... En cambio, ahora no se hacía ilusiones sobre lo que le aguardaba al final del viaje. Pero su determinación estaba tomada desde hacía largo tiempo y se sentía dispuesto. Le molestó el frío que sentía en las extremidades. Bebió un trago de vodka, se cubrió el rostro con unas pieles y se abandonó, primero al sopor y luego al sueño.

Se despertó a altas horas de la noche. El trineo se deslizaba a gran velocidad a través de la nada terrestre. La noche tenía una transparencia verde. Las estrellas pálidas pasaban de un azul de relámpago a un verde glacial. Llenaban la inmensidad desnuda y se las sentía convulsas en su aparente inmovilidad, dispuestas a caer, a punto de estallar sobre la tierra en enormes fuegos. Parecían encantar el silencio con su presencia, y el más ínfimo cristalillo de nieve reflejaba su soberano resplandor. En ellas parecía estar la única verdad absoluta. La llanura se ondulaba, el horizonte apenas visible cabeceaba como el mar y las estrellas le acariciaban. Inclinado hacia adelante, Eyno velaba. Sus hombros oscilaban al ritmo de la carrera, al ritmo del remolino del mundo, escondiendo y descubriendo constelaciones enteras. Ryjik vio que su compañero tampoco dormía. Con los ojos abiertos como nunca y las pupilas doradas, parecía respirar la mágica fosforescencia de aquella noche.

—¿Qué tal, Pajomov?

—Perfectamente. Estoy muy bien. No echo nada de menos. Es maravilloso.

—Maravilloso.

El deslizamiento del trineo les mecía en un calor común. Un frío ligero les escocía en los labios y en las aletas de la nariz. Parecían flotar en la noche luminosa, libres de la gravedad, de la fatiga y del malestar, libres de sí mismos. Las estrellas más pequeñas, aquellas que hubieran creído casi indiscernibles, lucían perfectas y cada una resultaba inexpresablemente única, aunque sin nombre ni figura propia en el vasto centelleo.

—Me parece estar borracho — murmuró Pajomov.

—Yo estoy bien lúcido, en cambio — respondió Ryjik. — En el fondo es una misma cosa.

Pensó que era el Universo el que estaba lúcido. La sensación mágica duró algunos minutos o algunas horas. En torno a las más resplandecientes estrellas, cuando las contemplaban fijamente surgían extensos círculos radiantes, visiblemente inmateriales.

—Estamos más allá de la substancia— musitó uno.

—Más allá de la dicha — bisbiseó el otro.

Los renos trotaban alegremente sobre la nieve, como si quisieran precipitarse al encuentro del horizonte de estrellas. El trineo descendía vertiginosamente las ligeras pendientes y las remontaba con un alado impulso. Pajomov y Ryjik fueron cayendo insensiblemente en un sopor y la maravilla prosiguió en sus sueños, dilatándose hasta que el naciente día les despertó. La luz parecía ascender hasta el cenit en columnas de nacarado resplandor. Ryjik recordó que se había sentido morir en sueños. No había sido una pesadilla terrorífica ni amarga, sino un sueño sencillo y dulce, como el final de aquella noche, y todas las claridades, la de las estrellas, la de los soles, la de las auroras boreales y hasta las más lejanas del amor, seguían derramándose por el mundo. Por tanto, nada se habría perdido. Pajomov se volvió hacia él para decirle extrañamente:

—Ryjik, hermano... Hay ciudades... Es incomprensible.

Y él respondió:

—Hay verdugos — justamente en el momento en que una oleada de colores desconocidos invadió el cielo.

—¿Por qué me ofendes? — preguntó Pajomov con tono de reproche, tras un silencio durante el cual se hizo en torno una densa blancura.

—No pensaba en ti, hermano... Pensaba tan sólo en la verdad — explicó Ryjik.

Le pareció que Pajomov lloraba sin lágrimas y que su rostro se destacaba oscuro, casi negro, sobre la inverosímil albura que les rodeaba. “Si es tu alma negra que te sube al rostro, pobre Pajomov”, pensó, “déjala sufrir en esta aurora fría, y si se muere, ¿qué perderás con ello?”

Hicieron alto para beber una taza de té. El sol rojizo iluminaba la llanura. Estiraron las piernas y dejaron que los renos buscaran bajo la nieve el musgo que les servía de pasto. Pajomov encendió el escalfador y aguardó a que hirviera la tetera. Entonces se enderezó como si fuera a pelearse. Ryjik estaba ante él, erguido, con las piernas separadas y las manos en los bolsillos.

—¿Cómo sabes, camarada Ryjik, que tengo en mi poder ese sobre amarillo?

—¿De qué sobre amarillo estás hablando?

Estaban solos en el desierto blanco y no era posible mentir... A unos treinta pasos, Eyno hablaba amistosamente a sus animales. Acaso canturreaba.

—¿No lo sabes entonces?—volvió a preguntar Pajomov, confuso.

—¿No estás delirando un poco, hermano?

Se bebieron el té a breves sorbos. Aquel sol líquido fué invadiéndoles el ser. Pajomov habló gravemente:

—El sobre amarillo del servicio secreto está cosido en mi guerrera. Me tapo con ella para dormir y jamás me separo de ella. El sobre amarillo reposa así siempre sobre mi pecho... No me han dicho lo que contiene y no estoy facultado para abrirlo sin una orden escrita o cifrada... Pero sé que contiene la sentencia de tu fusilamiento... ¿Comprendes? En caso de movilización o de contrarrevolución, si el poder decide que no tienes que seguir viviendo... El maldito sobre me ha quitado muchas veces el sueño. No paraba de pensar en él cuando bebíamos juntos... Cuando te veía dirigirte hacia la Bezdolnya, en busca de tu leña... Cuando tocaba para ti canciones zíngaras en mi acordeón... Al aparecer en el horizonte el maldito correo, como un punto negro, me preguntaba si me traería en aquella ocasión la orden fatídica... ¿Comprendes? Yo soy un hombre fiel a mi deber...

— ¡Es curioso! —dijo Ryjik. — Nunca pensé en eso. Y sin embargo, hubiera podido sospechar.

Jugaron luego una curiosa partida de ajedrez. El tablero se fué cubriendo paulatinamente de una polvareda de blancos cristales, admirablemente trabajados. Ambos paseaban a grandes zancadas sobre la roca, cubierta en aquel trecho de nieve poco profunda, en la cual sus botas dejaban impresas unas huellas enormes, como de animales gigantes. Movían una pieza y se alejaban, reflexionando o soñando, como si los horizontes a los que habían renunciado hacía algunos minutos les atrajeran. Eyno acudió a acurrucarse junto al tablero, jugando para sus adentros la partida desde los dos bandos. Su rostro tenía una expresión concentrada y sus labios se movían como si musitara una oración. Pajomov perdió, como de costumbre, y también como de costumbre admiró la ingeniosa estrategia de Ryjik.

—No es culpa mía si te gano siempre — se disculpó éste. — Tienes que perder muchas partidas antes de entender el juego.

Pajomov no respondió nada. Y al poco rato reanudaron el viaje.

Atravesaron la estepa blanca e interminable, llegando al límite donde crecían los primeros arbustos descarnados. Extensas placas de hierba amarillenta emergieron de la nieve. Los tres hombres se sintieron presos de igual emoción al descubrir los indicios de un camino trazado por ruedas. Eyno murmuró una fórmula de encantamiento para conjurar el destino. El trote de los renos se hizo más brusco. El cielo estaba opaco, abatido y triste.

Ryjik sintió que volvía a acometerle la tristeza que era la trama de su vida y que él despreciaba en el fondo. Eyno les abandonó en un “koljos” donde les facilitaron caballos. La tierra se ofrecía con tonalidades grises, aclaradas por el alba que teñía la tierra de azul. Los

caminos se perdían en el interior de los bosques poblados de pajarillos. Tantos arroyos corrían cantarines a través de la maleza, que sus murmullos parecían cubrir la tierra, las rocas y las raíces. Vadearon los ríos extensos donde se reflejaban las nubes. Los campesinos de aquella región conducían en silencio la carreta, desconfiados y sin abandonar su aire taciturno hasta que bebían un poco de aguardiente. Entonces canturreaban sin cesar.

Ryjik y Pajomov se separaron en la única calle de un pueblo grande, entre enormes edificios espaciados y en el umbral de la Casa del Soviet, que era también la sede de la Seguridad Nacional, vieja residencia de ladrillo y madera, de grandes tejadillos.

—Nuestro viaje común ha terminado— dijo Pajomov. — Tengo orden de entregarte al puesto de policía. El ferrocarril está a un centenar de kilómetros apenas. Te deseo buena suerte, hermano. No me guardes rencor.

Ryjik fingió interesarse en la larga calle para no escuchar aquellas últimas palabras. Se estrecharon largamente la mano.

—Adiós, camarada Pajomov... Deseo que llegues a comprender algún día... Aunque sea peligroso...

En el despacho de la policía, dos muchachos de uniforme jugaban al dominó en una mesa grasienta. La estufa apagada parecía despedir un frío mísero. Uno examinó los papeles que Pajomov acababa de entregar.

—Criminal de Estado — dijo a su camarada, y ambos contemplaron entonces a Ryjik con dureza. Éste sintió que los mechones blancos de sus sienes se erizaban un poco, descubrió sus encías violetas en una sonrisa agresiva y dijo:

—Supongo que sabéis leer. Eso quiere decir: viejo bolchevique fiel a la obra de Lenin.

—Eso es una canción conocida. Montones de enemigos del pueblo se han emboscado así. Venga, ciudadano.

Sin añadir una sola palabra más le hicieron entrar en un oscuro recinto, al fondo del corredor. Cerraron la puerta tras él y luego la encadenaron. Aquel camaranchón olía a orines de gato y la atmósfera estaba cargada de humedad. Pero del otro lado del muro llegaban distintamente voces infantiles. Las escuchó con alegría. Se instaló en el suelo lo mejor que pudo, apoyado en la pared y con las piernas cómodamente extendidas. Sus músculos viejos y agotados protestaron a su pesar y hubiera querido tenderse sobre un montón de paja limpia... Una voz de niña, aguda como un chorro de agua al caer sobre las rocas de la taiga, leía gravemente desde el otro lado del muro y sin duda a otros niños, *El Tío Blas* de Nekrassov:

—*Con su dolor sin fondo —alto, erguido y con el rostro curtido*

—*el viejo Blas camina sin descanso — por los pueblos y las ciudades.*

—*La lejanía le llama y él va — ha visto Moscú, nuestra madre,*
—*las estribaciones del Caspio — y el Neva imperial.*
—*Va llevando el Santo Libro — va hablándose a sí mismo.*
—*Va con su bastón herrado — haciendo un ruido suave sobre la tierra.*

“Yo también he visto todo eso”, pensó Ryjik. “¡Adelante, viejo Blas! Todavía no hemos terminado de andar... Únicamente, nuestros libros santos no son los mismos...”

Y antes de dejarse ganar por el sopor de la fatiga, recordó otro verso del poeta: “¡Oh, Musa mía! Azótame hasta que brote sangre...”

¡Agotadores traslados! En el círculo polar no había cárceles, y en cambio los calabozos aparecían con la civilización. Los soviets del distrito disponían en ocasiones de alguna casa abandonada, que nadie había querido habitar porque daba desgracia a sus inquilinos o porque eran necesarios muchos arreglos para vivir en ella. Las ventanas estaban cubiertas con viejas tablas en las que podía todavía leerse la inscripción “TAHAK-TRUST”, que dejaban pasar el viento, el frío, la humedad y los abominables moscardones que chupaban la sangre. Casi siempre había dos o tres faltas de ortografía en el rótulo escrito con tiza blanca en la puerta: CÁRCEL RURAL. Algunas veces aquel cubil se hallaba circundado de alambres espinosos, y cuando albergaba a un asesino, a un evadido apresado en el bosque, a un ladrón de caballos o a un administrador de “koljos” reclamado por las autoridades superiores, se añadía la guardia de un joven comunista de dieciséis años, que no servía para otra cosa, con un viejo fusil, también inservible, colgado al hombro... Había, en cambio, vagones de mercancías repletos de chatarra y de grandes clavos. La puerta rezumaba deyecciones y su aspecto siniestro les hacía parecer viejos ataúdes desenterrados... Lo extraordinario era que salían siempre de su interior gruñidos de seres enfermos, vagos gemidos y hasta cantos. ¿Se vaciaban alguna vez? La verdad era que jamás llegaban al término de su viaje. Se necesitarían incendios de bosques, caídas de meteoros y destrucciones de ciudades para aniquilar la especie... Ryjik fué conducido, entre dos sables desnudos, a lo largo de un sendero que la corteza de los abedules animaba con una ligera risa, hasta uno de aquellos vagones estacionado entre abetos. Se izó penosamente hasta la entrada y la puerta carcomida se cerró tras él. El corazón le latía a causa del esfuerzo que acababa de hacer y el hedor de la madriguera le ahogó en la penumbra. Tropezó con algunos cuerpos, tentó con ambas manos, buscando la pared opuesta, y por una grieta entrevió el paisaje azulado de los abetos. Ya más tranquilizado, descolgó su mochila y se echó sobre la paja húmeda. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio una veintena de rostros huesudos, sobre unos cuerpos esqueléticos y medio desnudos.

— ¡Ah! — exclamó recuperando el aliento. — ¡Salud, *Chpana!* ¡Salud, camaradas bribones!...

— Y acto seguido hizo a aquellos adolescentes de los caminos, el mayor de los cuales podía tener dieciséis años, una hábil declaración de principios: —Os advierto que si algo desaparece de mi mochila, le aplastaré la cabeza al que tenga más a mano. Yo soy así... No soy malo y por eso estoy dispuesto a repartir fraternalmente, pero con disciplina, mis tres kilos de galleta, mis tres botes de conservas, mis arenques y mi azúcar. ¡Seamos conscientes!

Los veinte arrapiezos hicieron alegres chasquidos con la lengua antes de soltar un “hurra” débil. “Es mi última ovación”, pensó Ryjik. “Pero al menos es sincera...” Los cráneos pelados de aquellos chiquillos se parecían a cabezas de pájaros desprovistas de plumas. Algunos tenían cicatrices en los propios huesos y una especie de fiebre parecía agitarles a todos. Se sentaron en rueda, lentamente, para charlar con aquel viejo enigmático. Algunos comenzaron a despiojarse. Se comían sus piojos a la manera de los kirguises, murmurando: “Tú me comes y yo te como”. Aquello era bueno, según decían. Al poco de hablar, Ryjik se enteró que les enviaban al Tribunal regional por haber desvalijado el almacén de víveres de una colonia penitenciaria de Redención por el Trabajo. Estaban encerrados desde hacía doce días en aquel vagón, los seis primeros sin salir y sólo alimentados nueve veces.

—Hacíamos nuestras necesidades bajo la puerta... Pero al llegar a Slavlanka pasó un inspector y nuestros delegados le hicieron reclamaciones en nombre de la higiene y de la vida nueva. Ahora nos hacen salir dos veces por día... No hay peligro de que nos escapemos entre esa maleza, ¿la has visto?

El mismo inspector, un genio, había hecho que les suministraran alimentos lo antes posible.

—Sin él, es seguro que habríamos muerto algunos... Pero fué necesario que pasara por aquí y que diera muestras de su bondad. De otra manera hubiera sido imposible...

Aguardaban la cárcel próxima como una salvación, pero no llegarían a ella hasta pasada una semana, a causa de los trenes de munición que tenían que dejar pasar. Les habían dicho que era una cárcel modelo, con calefacción, ropas, radio, cine y baños dos veces por mes. Valía el viaje, y los mayores, una vez condenados, tendrían seguramente la oportunidad de quedarse.

Un rayo de luna entró por la grieta del techo. Su resplandor se posó en los hombros angulosos y se reflejó en las miradas, que más que humanas parecían de gatos salvajes. Ryjik hizo una distribución de galleta y partió dos arenques en diecisiete pedazos. Oía salivar las bocas y el buen humor del festín se reflejó pronto en aquellas caras iluminadas por la luna.

—¡Qué bueno es esto! — exclamó uno a quien llamaban el Evangelista, porque unos campesinos baptistas o memonitas le habían adoptado algún tiempo (luego les habían deportado a ellos mismos). Tendido en el suelo todo lo largo que era, ronroneaba de satisfacción. El resplandor ceniciento no se posaba más que en la parte alta de su frente. Ryjik veía brillar debajo

sus pequeñas pupilas sombrías. En cierto momento le oyó contar un bonito cuento de encierro: Cricha, el Viruela, pequeño arrapiezo de Tiumen, había muerto sin pronunciar palabra, hecho un ovillo en su rincón. Los compinches, sin emocionarse en lo más mínimo, decidieron no decir nada para repartirse así su ración de víveres. El cuarto día no hubo manera de resistir el hedor, pero lo comido, comido estaba...

Kot, el Gato, estudiaba a Ryjik, con la nariz respingada y la boca abierta, dejando al descubierto sus dientes de animal carnicero:

—Oye, tío — le preguntó de pronto. — ¿Eres un ingeniero o un enemigo del pueblo?

—¿A qué llamas tú enemigo del pueblo?

Las respuestas fueron sucediéndose en el confuso silencio: “Los que hacen descarrilar los trenes... Los agentes del Mikado... Los que incendian el Donetsk... Los asesinos de Kirov... Los que envenenaron a Máximo Gorki...”

Kot torció el gesto:

—Yo conocí al presidente de un “koljos” que hacía morir los caballos echándoles un maleficio... Sabía también fórmulas mágicas para provocar la sequía...

El Evangelista le interrumpió:

—Yo también conocí a uno... Era un crápula. Dirigía la colonia penitenciaria y se vendía nuestras raciones en el mercado.

Todos conocían a miserables que eran responsables, enemigos del pueblo, ladrones, verdugos, favorecedores del hambre y espoliadores de condenados. Era justo que les fusilaran, mejor dicho: ni siquiera bastaba eso. Habría que reventarles los ojos antes, arrancarles los testículos con una cuerda, a la manera coreana.

—Yo mandaría que les hicieran un telégrafo... Es sencillo: un ojal aquí, en medio del vientre, y luego desenrollar los intestinos como si fueran un carrete de hilo... Se enganchan en la pared... Hay metros y metros. El tipo mueve las piernas y tú le aconsejas telegrafiar a su padre y a su madre...

Se animaron con la idea de los suplicios y olvidaron completamente a Ryjik, aquel viejo pálido, de mandíbula cuadrada, que les escuchaba con el rostro endurecido.

—Hermanitos — dijo finalmente —; soy un viejo guerrillero de la guerra civil y podéis creerme si os digo que se ha vertido mucha sangre inocente.

En la oscuridad horadada por el claro de luna, un coro discordante le respondió: “Es verdad..., es verdad...” Habían conocido más víctimas que verdaderos miserables, aunque algunas veces éstos resultaban ser víctimas a su vez; ¿cómo entenderse? Discutieron hasta bien entrada la noche. A esa hora, Ryjik se acostó, con la cabeza apoyada en su mochila y el cuerpo tapado por

su chaquetón. Los muchachos apretaron a él sus cuerpos huesudos.

—Eres corpulento, vas vestido y despides calor...

Y el sueño del bosque lunar terminó por contagiar a aquel viejo y a aquellos adolescentes de una calma tan honda que parecía remediar por sí sola todos los males.

Ryjik siguió su ininterrumpido deambular de cárcel en cárcel. Se sentía tan fatigado que apenas acertaba a reflexionar. “Soy como una piedra arrastrada por un turbio torrente...” ¿Dónde finalizaba en sí mismo la voluntad y comenzaba la indiferencia? Algunas veces se sentía tan débil que le acometían deseos de llorar. No cabía duda: se hacía viejo, se le iban las fuerzas y la inteligencia parpadeaba como aquellas linternas amarillas que los ferroviarios paseaban a lo largo de las vías en las desconocidas estaciones... Sus encías doloridas denunciaban un principio de escorbuto, sus articulaciones sufrían, y después de haber estado tendido le costaba desprezarse el cuerpo entorpecido y anquilosado. Le agotaba andar durante diez minutos seguidos y notaba que iba perdiendo fuerzas de día en día. Encerrado en una enorme barraca, entre cincuenta larvas humanas que eran campesinos de los llamados “colonos especiales” y reincidentes, se sintió casi contento cuando le robaron su gorro de pieles y su mochila. Ésta guardaba el reloj que tanto gustaba a los pescadores del círculo ártico. Salió de allá con las manos en los bolsillos y la cabeza descubierta, amargamente altivo. ¿Aguardaba acaso la oportunidad de escupir una última vez su desprecio al rostro de alguno de aquellos ayudantes de verdugo que ni siquiera valía la pena nombrar? ¿Rechazaba incluso aquel inútil encarnizamiento? ¿Qué sabían de la revolución aquella pléyade de policías, carceleros, investigadores y altos funcionarios, arribistas todos, llegados a última hora, con el seso repleto de fórmulas impresas y burocráticos razonamientos? Ningún lenguaje común le unía a aquella casta, cuyos escritos desaparecían en los archivos secretos que no se abrirían hasta que la tierra, sacudida hasta las entrañas, derribara los palacios gubernamentales. ¿Qué utilidad tendría el postrer grito del último opositor aplastado bajo aquella enorme máquina como un conejo bajo un tanque? Soñaba estúpidamente con una cama, provista de sábanas, de edredones y de una almohada para apoyar la nuca. No cabía duda de que aquellas cosas seguían existiendo. ¿Qué inventos mejores había producido la civilización? Ni siquiera el socialismo podría introducir perfeccionamiento alguno en la cama. Acostarse, dormir, no despertarse nunca... Los otros estaban todos muertos, todos, todos... ¿Cuánto tiempo necesitaría aquel país para que el nuevo proletariado comenzara a ser consciente de sí mismo? Era imposible forzar su madurez... No se detiene la germinación de los granos en la tierra. Cierto que se puede matar, pero no es posible (es una certidumbre tranquilizadora) matarla por doquier, matarla siempre, ni matarla completamente...

Los piojos le atormentaban. En los cristales de los vagones veía reflejada su figura, parecida

en todo a la de un vagabundo bastante corpulento todavía... Un suboficial y varios soldados le custodiaron hasta un compartimiento de tercera clase. Se sintió satisfecho de hallarse entre aquella gente. Los demás pasajeros apenas le miraban. ¡Se veían tantos presos en los trenes!... Aquél debía ser un gran criminal, puesto que le escoltaban así, o bien un creyente, un sacerdote o un perseguido cualquiera.

Una campesina que llevaba un niño en brazos pidió permiso al suboficial para ofrecer al preso leche y huevos, pues tenía aspecto de estar enfermo.

—Está estrictamente prohibido, ciudadana. Apártese, o la haré bajar del tren.

Ryjik la contempló con expresión agradecida.

—Le doy las gracias, camarada — dijo con voz grave y fuerte que hizo volver todas las cabezas de los que estaban en el pasillo. El suboficial palideció e intervino inmediatamente:

—Le está prohibido dirigir la palabra a nadie, ciudadano.

—Me importa poco — replicó Ryjik lentamente.

—¡Cállese!

Uno de los soldados que se acostaban en la litera superior echó sobre él una manta. Siguió una gran confusión, y cuando consiguió librarse de ella, vio que habían hecho evacuar el pasillo. Tres soldados obstruían la entrada del compartimiento, mirándole con furor y terror. El suboficial escrutaba sus menores movimientos, dispuesto a abalanzarse para amordazarle, para atarle o acaso para matarle con tal de que no pronunciara una sola palabra.

—Imbécil — le dijo Ryjik, sin cólera, con una risa que dominaba sus náuseas.

Acodado tranquilamente en la ventanilla contemplaba cómo el paisaje desfilaba ante sus ojos. En primer término la tierra era gris y en apariencia estéril, pero esa sensación se disipaba bien pronto al ver los primeros brotes de trigo. Hasta más allá del horizonte, la llanura estaba sembrada de granos de oro vegetal, débiles, pero invencibles. Al anochecer aparecieron las primeras chimeneas. Eran las avanzadas de la región industrial de los Urales. Reconoció los perfiles de las montañas: “Por aquí pasé a caballo en el año 1921... Entonces era un desierto... ¡Qué orgullo! ¡Qué orgullo!” La pequeña cárcel de la región estaba muy limpia, tenía una buena luz y las paredes pintadas de verde de agua le daban un aspecto de hospital. Tomó un baño y acogió con alegría la ropa limpia, los cigarrillos y la buena cena que le dieron. Su cuerpo experimentó pequeñas satisfacciones que el alma no sentía: la de sorber la sopa caliente y hallar en ella un gusto a cebolla; la de lavarse, la de tenderse cómodamente en un jergón nuevo... “Bien”, se decía a sí mismo. “Henos aquí en Europa. La última etapa...” Le aguardaba una gran sorpresa. La celda débilmente iluminada donde le introdujeron contenía dos camas y en una de ellas dormía alguien. El ruido de los cerrojos despertó al desconocido, que se incorporó

murmurando una bienvenida.

Ryjik se sentó en la otra cama. Los dos se miraron con simpatía.

—¿Político? —preguntó.

—Igual que tú, camarada — le respondió el durmiente recién despertado. — Lo adiviné con sólo mirarte. He adquirido un golpe de vista infalible en esa materia... ¿Penal de Verjneuraalsk, de Tobolsk, o quizá Suzdal o Yaroslav? Uno de esos cuatro, estoy seguro de ello. ¿No?

Era un hombre menudo y barbudo, cuyo rostro escuálido tenía la apariencia de una manzana cocida, aunque iluminada por dos ojos de lechuza. Sus largos dedos de brujo jugueteaban sobre la manta... Ryjik movió la cabeza en señal de asentimiento, vacilando un poco antes de confiarse a aquel desconocido.

— ¡Que el diablo me lleve! ¿Cómo has hecho, camarada, para seguir con vida?

—Absolutamente nada — respondió Ryjik. — Pero en realidad creo que no me queda ya mucho tiempo.

El barbudo canturreó:

Breve es la vida, como una ola.

Escancia el vino que consuela...

—Verdaderamente, toda esa desagradable historia no es tan breve como dicen... Permíteme que me presente: Makarenko, Boguslav Petrovitch, profesor de química agrícola en la Universidad de Jarkov, miembro del Partido desde 1922, excluido en el 34, desviación ucraniana, suicidio de Skrypnik, etc..

Ryjik se presentó a su vez:

—Antiguo miembro del Comité de Petrogrado, antiguo miembro suplente del CC..., oposición de izquierdas...

Las sábanas del barbudo tuvieron un movimiento súbito y saltó fuera de la cama, en camisa, con el cuerpo cerúleo y las piernas peludas. Risas y lágrimas agitaban su rostro. Gesticuló, le abrazó, se separó unos pasos, volvió a precipitarse sobre él y terminó por detenerse en medio de la celda, agitado como un polichinela.

— ¿Tú? ¡Fenomenal! El año pasado se comentaba tu muerte en todas las cárceles... Se hablaba de una huelga de hambre... Se hacían consideraciones sobre tu testamento político... Yo mismo lo leí: no estaba mal... ¿Tú? Te felicito, camarada. ¡Es formidable!

—Hice, efectivamente, la huelga del hambre — explicó Ryjik. — Pero a última hora cambié de idea porque creí que iba a producirse la crisis del régimen... No quise desertar.

—¡Naturalmente! ¡Magnífico!... ¡Fenomenal!

Con los ojos todavía turbios, Makarenko encendió un cigarrillo, se tragó el humo, tosió y dio unos pasos, descalzo, por el cemento.

—Sólo he tenido un encuentro tan extraordinario como éste. Fué en la cárcel de Kansk. Tropecé con un viejo trozskysta que acababa de salir de un penal secreto y que no sabía nada de los procesos ni de las ejecuciones. Me pidió que le diera noticias de Zinoviev, de Kamenev, de Bujarin, de Stotski... ¿Escribían? ¿Se les permitía colaborar en la prensa? No quise desengañarle y me hice el tonto. Pero al final no pude resistir más y le dije: “Domina tus nervios, estimado camarada, y no me creas loco: todos han muerto, les han fusilado a todos, del primero al último, convictos y confesos.” El viejo se excitó: “¡Eso es imposible!” Me trató de mentiroso, de provocador y llegó a saltarme al cuello. ¡Qué día aquel! Una semana más tarde, afortunadamente, fusilaron al viejo trozskysta, siguiendo una orden telegráfica expedida por el Comité Central... ¡Pobre hombre! Pero usted... usted... No esperaba encontrarle aquí. ¡Es fenomenal!

— ¡Fenomenal! —repitió Ryjik, apoyando en la pared la cabeza, que súbitamente se le había hecho más pesada.

Sintió unos súbitos escalofríos. Makarenko le miró, arrebujándose luego en sus mantas.

—Nuestro encuentro es inaudito... Fruto de una inconcebible negligencia en los servicios, de un capricho de los astros..., de unos astros desequilibrados... Estamos viviendo un Apocalipsis del socialismo, camarada Ryjik... ¿Por qué sigues vivo todavía? ¿Por qué continúo estándolo yo? ¡Asombroso! ¡Magnífico! Quisiera vivir cien años para comprender el final...

—Es natural.

—Las tesis de la izquierda, seguramente... Yo también soy marxista. Pero si cierras un instante los ojos, escucharás los latidos de la tierra, escucharás sus nervios... ¿Crees que digo tonterías?

—No.

Ryjik trataba de descifrar a fondo (acaso era el único en el mundo en quererlos descifrar, y esto le daba una angustiosa sensación de vértigo) los jeroglíficos impresos al rojo vivo en la propia carne de aquel país. Se sabía casi de memoria las actas falsificadas de los tres grandes procesos y conocía con todos los detalles los procesos menores de Jarkov, Sverdlovsk, Novosibirsk, Tachkent y Krassnoyarsk, ignorados por todo el mundo. Entre los centenares de millares de líneas de los textos publicados, entorpecidos por las innumerables mentiras, discernía otros jeroglíficos, también sangrientos, pero implacablemente nítidos. Y cada uno de ellos era humano: un nombre, un rostro expresivo, una voz, una historia vivida hacía un cuarto de siglo e incluso antes... A una réplica de Zinoviev en el proceso de agosto del 36 se añadía en su memoria

cualquier frase pronunciada el 32 en el patio de un penal; a un discurso lleno de sobreentendidos, cobarde en apariencia, pero en realidad tenaz, pronunciado en el Comité Central en el 26. A un pensamiento se ligaba en seguida tal declaración del Presidente de la Internacional hecha en el 25; a tal concepto, cualquier otro pronunciado en el año 23, durante la primera discusión sobre la proletarización de la dictadura.

Más allá, el hilo de los recuerdos se remontaba hasta el XII Congreso, hasta la discusión sobre el papel de los sindicatos en el año 20, hasta las teorías sobre el comunismo de guerra debatidas por el Comité Central durante la primera hambre, hasta las divergencias de la víspera y el día siguiente a la insurrección, hasta los breves artículos, comentando las tesis de Rosa Luxemburgo, las objeciones de Yuri Martov, la herejía de Bogdanov... De haberse reconocido a sí mismo el mínimo sentido poético, se hubiera embriagado ante el espectáculo de aquel poderoso cerebro colectivo que había unido millares de cerebros para llevar a cabo su labor durante un cuarto de siglo y que, sin embargo, se había destruido a sí mismo por el rebote de su propio golpe y acaso sin reflejarse más que en su solo espíritu como en un espejo de mil facetas.

Aquellos cerebros se le aparecían todos extinguidos, y aquellos rostros llenos de sangre. Las propias ideas parecían convulsionarse en una danza fúnebre, los textos significaban justamente lo contrario de lo que proclamaban y un aire de demencia parecía soplar sobre los hombres y los libros. Recordaba a uno que se golpeaba el pecho gritando: “¡Estoy pagado por el Japón!”, a otro que se lamentaba: “Yo he querido asesinar a mi adorado Jefe”, a otro que confesaba los más horrendos crímenes... Hubiera podido acumular un repertorio anecdótico, biográfico y bibliográfico con el apoyo de documentos anexos y verídicos, sobre quinientos fusilados y trescientos desaparecidos. ¿Qué podía añadir Makarenko a aquella visión perfecta? Mientras le quedó la mínima esperanza de sobrevivir de una manera útil, prosiguió su investigación. La costumbre le hizo preguntar:

—¿Qué pasaba en las cárceles? ¿A quién te encontraste? Cuenta, camarada Makarenko.

—Las fiestas del 7 de noviembre y del 1.º de mayo se fueron apagando poco a poco en el curso de esos años oscuros. Una evidencia mortal parecía iluminar las cárceles, igual que el reflejo de unas salvas matutinas. Ya sabes la historia: suicidios, huelgas de hambre, cobardías finales, completamente inútiles y que no eran en el fondo más que otros tantos suicidios. Unos se abrían las venas con clavos, otros se comían el cristal pulverizado de las botellas y, finalmente, los más desesperados se echaban al cuello de los carceleros para que los mataran a tiros como perros rabiosos. En los patios de los penales se hizo costumbre la invocación a los muertos. En las vísperas de los grandes aniversarios, el círculo de camaradas se formaba durante el paseo. Una voz enronquecida por la desesperación y la rabia iba pronunciando los nombres. Primero los más

importantes y luego los demás por orden alfabético. Todos los presentes añadían a una: “¡Muerto por la revolución!”, y luego se cantaba el himno a los muertos “caídos gloriosamente en la lucha sagrada”. Pero pocas veces llegaba a cantarse completo, pues los vigilantes corrían como perros furiosos para deshacer el corro. Se les recibía a pecho descubierto y en la pelea, unidos unos a otros bajo los golpes y los juramentos y hasta algunas veces bajo el agua helada de las bombas de incendios, los camaradas seguían gritando: “¡Gloria a ellos! ¡Gloria a ellos!”

—Ya es bastante — le interrumpió Ryjik. — Veo la continuación.

Aquellas manifestaciones fueron apagándose hasta extinguirse por completo en dieciocho meses, pese a que las cárceles estaban más repletas que antes. Los que mantenían la tradición de viejos luchadores iban desapareciendo, enterrados con una bala en la nuca o bajo los hielos de Kamtchatka, pues nunca se supo en realidad. Llegaron a producirse incluso manifestaciones contrarias, en las que los presos gritaban: “¡Viva el Partido! ¡Viva el Partido! ¡Viva el Padre de la Patria!” Pero los regaron también con agua helada y no ganaron nada.

— ¿Y están calladas ahora las cárceles?

—Meditan, camarada Ryjik.

Permanecieron unos instantes en silencio. Luego aquél formuló “conclusiones teóricas, cuyo punto principal era no perder la cabeza, no dejar que se falseara la objetividad marxista por aquellas pesadillas”.

—Evidentemente — dijo Makarenko con un tono que acaso quería decir lo contrario.

—Primero: pese a su regresión en el interior, nuestro Estado sigue siendo un factor de progreso en el mundo, pues constituye un organismo económico superior a los viejos Estados capitalistas. Segundo: mantengo que a pesar de las peores apariencias, no puede establecerse ningún paralelo entre nuestro Estado y los regímenes fascistas. El terror no basta para determinar la naturaleza de un régimen; son los productos de la propiedad los que importan esencialmente. La burocracia dominada por su propia policía política está obligada a mantener el régimen económico establecido por la revolución de octubre de 1917. No puede más que acrecentar una desigualdad que se ha convertido, en contra de ella, en un factor de la educación de las masas... Tercero: el viejo proletariado revolucionario acaba con nosotros. Un nuevo proletariado procedente de los estratos campesinos se forma en las fábricas de construcción reciente. Le hace falta tiempo para adquirir cierto grado de conciencia y superar por experiencia propia la educación totalitaria. Es de esperar que la guerra no interrumpa su desarrollo y no libere las confusas tendencias contrarrevolucionarias de los campesinos... ¿Estás de acuerdo, Makarenko?

Éste se había acostado ya y se atusaba nerviosamente la barba, mientras sus pupilas de pájaro nocturno dejaban transparentar una oscuridad forforescente.

—Naturalmente— dijo—, en conjunto está bien... Te doy mi palabra de honor, Ryjik, que no te olvidaré jamás... Pero ahora es necesario que trates de dormir algunas horas...

Le despertaron cuando despuntaba el día. Dispuso de unos instantes para despedirse de su compañero de una noche. Se besaron en la boca. Un destacamento de tropas especiales le rodeó en la plataforma del camión donde le transportaron. Sin duda lo hacían para que nadie le viera, pero la calzada estaba completamente desierta. En la estación le aguardaba un excelente vagón de los servicios penitenciarios. Adivinó que aquella era la línea de Moscú y respiró aliviado: por fin le llevaban directamente a la capital. La cesta de víveres que habían dejado sobre la banqueta contenía alimentos delicados, olvidados desde hacía mucho tiempo, tales como salchichón y queso blanco. Los acogió con gran alegría, pues tenía mucha hambre. Sin embargo, decidió comer lo menos posible y saborear tan sólo los alimentos raros. Los fué degustando lentamente, tendido sobre las tablas, dejándose balancear por el rítmico trepidar del tren y pensando sin temor alguno, casi con alivio, en la próxima muerte.

El viaje fué reconfortante. Al llegar a Moscú, apenas entrevió una estación de mercancías envuelta en la oscuridad. Arcos voltaicos iluminaban la maraña de vías y un vago halo rojizo cubría la ciudad. El coche celular atravesó las calles dormidas, en las que no oyó más ruidos que el renquear de un motor, la disputa monótona de dos borrachos y el carillón mágico de un reloj que dejó caer en el silencio algunas notas musicales y alegres. Transcurrieron tres horas. Reconoció por su atmósfera indefinible que se hallaba en uno de los patios de la cárcel de Butirky. Le hicieron entrar en una pequeña construcción y luego en una celda pintada de gris, de la altura de un hombre, igual a las utilizadas durante el antiguo régimen... ¿Por qué? La litera tenía sábanas y la bombilla eléctrica del techo lanzaba un resplandor sin fuerza. Aquella era la verdadera Orilla de la Nada...

A la mañana siguiente le condujeron a la sala de interrogatorios. Al pasar por el pasillo vio que las puertas de las celdas contiguas estaban abiertas: edificio desocupado. En una de aquellas celdas, amueblada con una mesa y tres sillas, una mujer parecía aguardar algo. Reconoció inmediatamente a Zvereva, a la que conocía hacía veinte años, desde la Checa de Petrogrado, la conjura Kaas, el caso Arkadi, las batallas de Pulkovo y los asuntos comerciales del principio del NEP. ¿De manera que aquella histérica, conjunto de astucia y apetitos insatisfechos, sobrevivía a tantos hombres valientes? “Lo que faltaba”, se dijo para sus adentros. La idea le hizo sonreír distraídamente, aunque sin saludarla. A su lado, un rostro redondo con los cabellos grasientos cuidadosamente peinados, le contemplaba en silencio. “¡Es un representante de la joven canalla administrativa que interviene todos tus movimientos, vieja ramera!”, pensó. Pero en vez de exteriorizar lo que pensaba, se sentó lentamente, con la cabeza orgullosamente erguida.

—Creo que me ha reconocido usted — pronunció Zvereva con voz suave, con una especie de tristeza.

Un encogimiento de hombros fué toda la respuesta.

—Espero que su traslado no se haya hecho en muy malas condiciones... Di las órdenes oportunas. El Politburó no olvida sus años de servicios, camarada.

Nuevo encogimiento de hombros menos acentuado.

—Consideramos acabada su deportación.

Ryjik no pudo contener una expresión irónica.

—El Partido espera de usted una actitud valerosa que le salvará.

—¿No le da vergüenza?—replicó Ryjik con asco. — Si se mirara en un espejo, estoy seguro que vomitaría. Y si fuera posible reventar, reventaría también,

Habló en voz baja, como si sus palabras salieran de la tumba. Pálido e hirsuto, débil como un enfermo y duro como un árbol herido por el rayo, pero que a pesar de todo se mantiene en pie, no quería doblegarse ante aquellos verdugos. Para el alto funcionario de la cabeza abrigada no tuvo más que una mirada de soslayo, un fruncir despectivo de nariz.

—Hago mal en excitarme. Usted no vale siquiera eso. Se halla por debajo de la vergüenza... Vale justamente la bala del proletario que la fusilará un día si sus dueños no la liquidan antes, mañana, por ejemplo.

—Le ruego que se modere, ciudadano. Aquí la vehemencia y el insulto no sirven para nada. Está usted acusado de una culpa capital y le ofrezco los medios de explicarse.

—¡Basta! Tome buena nota de esto: me hallo irrevocablemente decidido a no sostener con usted ninguna conversación, a no responder a ningún interrogatorio. Es mi última palabra.

Levantó la mirada hacia el techo, mientras Zvereva se arreglaba el peinado. Gordeev, sacando una bonita pitillera de laca donde se veía una troika deslizarse sobre la nieve, se adelantó hacia Ryjik.

—Comprendemos que ha sufrido mucho, camarada, y...

Le interrumpió tal mueca de desprecio que perdió su aplomo, se guardó la pitillera y consultó con la mirada a la desamparada Zvereva. Ryjik compuso una sonrisita bastante insultante.

—Tenemos medios para hacer hablar a los criminales más reacios.

Ryjik soltó un escupitajo y, murmurando lo suficientemente alto para que lo oyeran: “¡Qué repugnantes bribones!”, se levantó, les volvió la espalda, abrió la puerta y, después de pedir a los tres hombres del servicio especial que le acompañaran, volvió a su celda.

Una vez hubo salido, Gordeev tomó en seguida la ofensiva.

—Hubiera debido usted preparar el interrogatorio, camarada Zvereva.

Con eso demostraba bien a las claras que declinaba toda responsabilidad por aquel fracaso. Zvereva examinó estúpidamente la punta de sus uñas teñidas de escarlata. ¿Estaba por los suelos la mitad del proceso? Irguió la cabeza con resolución:

—Si me lo permite, quebrantaré su terquedad. No me cabe duda alguna de su culpabilidad. Su misma actitud...

Estas palabras devolvieron a Gordeev la conciencia de su responsabilidad. “Si no me da carta blanca para reducir a ese acusado que nos es necesario, será usted quien habrá malogrado el proceso”. Eso había querido decirle en realidad.

—Veremos — murmuró evasivo.

Ryjik se echó en la cama. Temblaba intensamente, sintiendo que el corazón le oscilaba pesadamente en el pecho. Tenía ideas hechas jirones, semejantes a harapos chamuscados por una gran hoguera, y fragmentos de rotos razonamientos cuyos filos brillaban a intervalos clavándosele en el cráneo, sin que sintiera la necesidad de alejarles, antes bien experimentando cierta secreta satisfacción por el dolor. Sin embargo, sus pensamientos no se atropellaban en tumultuosa confusión. Todo estaba calculado, pesado, concluso, decidido...

La tempestad interior comenzó a calmarse cuando se dio cuenta de que sobre la mesa estaba la pitanza cotidiana: el pan negro, el cuenco de sopa, los dos terrones de azúcar... Tenía hambre. Sintió tentaciones de levantarse para olfatear la sopa, sin duda de coles agrias y pescado, pero se contuvo. Le acometió el deseo de comer por última vez, por última vez... Pero no. Había que apresurar el final. Gracias a aquel gesto de su voluntad volvió a recobrar el dominio de sí mismo y reafirmó definitivamente su determinación. Igual que la piedra que resbala por un declive del suelo, llega al borde del precipicio y cae; ninguna proporción existe entre el ligero choque que le ha dado impulso y la profundidad de su caída.

Completamente calmado ya, cerró los ojos para reflexionar. Era seguro que transcurrirían muchos días antes de que aquellos miserables hubieran puesto en claro sus intenciones. “¿Cuánto tiempo me quedará? A los treinta y cinco años puede desplegarse todavía cierta actividad entre el decimoquinto y el décimo octavo día de la huelga de hambre, a condición de beber diariamente varios vasos de agua. A los sesenta y seis años y en mi estado actual— infraalimentación crónica, desgaste y carencia absoluta de voluntad de resistencia — me bastará una semana para entrar en la última fase...” Sin bebida, la huelga del hambre es mortal de los seis a los diez días y extremadamente difícil de sostener desde el tercero, a causa de las alucinaciones.

Resolvió beber con el fin de sufrir menos y conservar su lucidez, aunque haciéndolo lo menos posible para abreviar. Lo más difícil sería burlar la vigilancia de los carceleros para hacer

desaparecer los alimentos. También tenía que evitar a toda costa los repugnantes procedimientos de la alimentación con sonda... La caída de agua del retrete funcionaba bien. No tuvo más dificultad que la de destruir el pan: era necesario desmigajarlo y el aroma de la masa fermentada ascendía hasta su olfato, mientras la sensación le subía por los dedos hasta su centro nervioso. Pensó que dentro de muy pocos días, aquella tarea sería una prueba cada vez más penosa para sus dedos debilitados y sus nervios agotados. Sin embargo, el pensamiento de que la inmunda Zvereva y el otro canalla del pelo brillantado no habían previsto aquello, le hizo sonreír gozosamente. (El carcelero de servicio, que tenía orden de observar cada diez minutos por el ventanillo, vio el rostro arrugado del preso iluminado por una amplia sonrisa y transmitió al instante su informe al subjefe del corredor: “El preso de la celda 4 ríe, echado de espaldas, y se habla a sí mismo...”). Durante las huelgas de hambre se acostumbra a permanecer tendido, pues cada movimiento exige un considerable dispendio de fuerzas... Ryjik decidió andar el mayor tiempo posible.

No había siquiera una inscripción en las paredes recién pintadas. Mandó llamar al subjefe de corredor para pedirle libros.

—En seguida, ciudadano. — Pero volvió a los pocos minutos para decirle: —Será necesario que haga usted una petición al juez de instrucción durante su próximo interrogatorio,

Ryjik pensó que no leería ya nada más y le sorprendió que su adiós a los libros fuera tan indiferente. Hubiera querido acordarse de todos los libros cuya lectura le había producido intensa emoción. Desde un pasado muy remoto le acudió a la memoria la imagen de un muchacho que se ahogaba en una celda y que, encaramándose hasta los barrotes de la ventana, alcanzaba a ver al otro lado del patio, donde otros presos serraban leña, las tres hileras de rejas, destacándose sobre una fachada amarillenta y un cielo atractivo que hubiera deseado beber... “Aquel lejano preso era yo mismo”, pensó. “Un “yo” que no sé en realidad si está vivo o muerto, un “yo” mucho más extraño a mí mismo que los fusilados el año pasado.” Un día recibió libros que le hicieron renunciar con embriaguez a la llamada del cielo; la *Historia de la Civilización*, de Buckle, y los *Cuentos Populares*, pulcros y bien pensantes, que hojeó con irritación. Pero hacia la mitad del libro, el carácter de imprenta cambiaba y el texto se convertía en el *Materialismo Histórico*, de Jorge Valentinovitch Plejanov. Desde la distancia de los años transcurridos, le parecía que aquel muchacho no había sido hasta entonces más que vigor elemental, músculos diestros y tensos por el esfuerzo, instintos primarios, que hasta entonces la calle sórdida, el taller, las multas, la falta de dinero, las suelas rotas y la cárcel habían mantenido amordazados y embridados. Súbitamente había descubierto en sí mismo una nueva capacidad de vivir que sobrepasaba inexpresablemente lo que de ordinario se llama vida. Releía una y otra vez aquellas páginas, paseando a grandes

zancadas por la celda y sintiendo deseos de correr y gritar e incluso escribir a Tania: “Perdóname si deseo permanecer aquí para terminar esos libros. Ya sabes cuánto te quiero”... ¿Qué es, por consiguiente, la conciencia? ¿Aparece en nosotros invisible, innegable, como una estrella en el cielo blanco del crepúsculo? Y él, que el día anterior había vivido envuelto en nieblas, vio de pronto la verdad. “Eso es, es el contacto de la verdad.” Ésta era sencilla, inmediata como una mujer joven a la que se estrecha entre los brazos llamándola *querida*, y en la que se descubren unos ojos límpidos donde se mezcla la luz y la sombra. Poseía para siempre la verdad. En noviembre del 17, otro Ryjik— ¿él mismo, sin embargo? — fué a requisar, en nombre del Partido y apoyado por los fusiles de la guardia roja, una gran imprenta de Vassili-Ostrov. Ante las potentes máquinas que hacían los libros y los periódicos, exclamó:

—¡Bien, camaradas! ¡La época de las mentiras ha terminado! Los hombres no imprimirán ya más que la verdad.

El propietario de la imprenta, un caballero alto y pálido, de labios amarillentos replicó con rencor:

—¡Les desafío a que cumplan esa promesa, señores!

Sintió deseos de matarlo ahí mismo, pero se contuvo al pensar que no era portador de barbarie, sino de justicia proletaria.

—Ya veremos, ciudadano. De todas maneras, sepa que los señores se han acabado para siempre.

En aquel tiempo era un hombre que sobrepasaba la cuarentena, edad ya fatigosa para un obrero, pero se sentía con tantas fuerzas como un adolescente: “La conquista del poder”, decía, “nos rejuvenece a todos más de veinte años.”

Los tres primeros días que pasó sin probar alimento no le causaron demasiado sufrimiento. ¿Acaso no bebía bastante? El hambre no era más que un tormento visceral que iba midiendo con bastante despego. Intensos dolores de cabeza le obligaban a permanecer acostado y luego, cuando se le pasaban, le acometían unos vértigos intensos que le obligaban a apoyarse en la pared. En sus oídos había un zumbido constante, como el hervor del mar en una caracola. Soñaba más que pensaba, sin reflexionar ni soñar en la muerte más que de una manera irrisoriamente superficial. “El signo *menos* era un concepto puramente negativo; sólo la vida existía...” Resultaba evidente, aunque falso. Ambas cosas, la evidencia y el vértigo, eran estúpidas... Sintió frío, a pesar de su gruesa manta y del recio abrigo de invierno. “Es el calor de la vida que se va...” Sufrió largos temblores, se sintió presa de un vértigo profundo y ante sus ojos aparecieron grandes resplandores coloreados, como auroras boreales. Asimismo veía luces borrosas festoneadas de fuego: relámpagos, discos, planetas apagados... ¿Acaso el hombre podía

entrever muchas cosas misteriosas cuando la materia de su cerebro comenzaba a disgregarse? ¿No estaría hecho de la misma substancia que los mundos? Sintió que un calor intenso le invadía los miembros y se levantó, lento en sus movimientos, para triturar entre los dedos, cuyas articulaciones le dolían, el centeno negro que tenía que destruir, que pese a su aroma enloquecedor tenía que destruir costara lo que costara.

Llegó el día en que no tuvo siquiera fuerzas para levantarse. Sus mandíbulas se descomponían y parecía que iban a reventar como un absceso, a estallar como una gran bola de carne, como una pompa de jabón transparente en la que reconocía su rostro, un ridículo sol sonriente. Soltó una débil carcajada. Detrás de las orejas le habían salido dos grandes bultos, dolorosos como una carie... A veces, entre sueños, le parecía ver entrar a una enfermera que le llamaba afectuosamente por su nombre de antes. Se volvía para expulsarla, pero la reconocía y se callaba: “¿Tú? ¿Tú? Pero si has muerto hace mucho tiempo... Ahora estás aquí y yo soy el que muero, porque hace falta que perezca, querida. ¿Quieres que nos paseemos un poco?” Y ambos discurrían a lo largo de los malecones del Neva, hasta el Jardín de Verano, bajo la noche clara. “Tengo sed, querida... Tengo mucha sed...” Abrió los ojos y, al contemplar en torno suyo las paredes de la celda, se dijo que estaba delirando. Aquella certidumbre le proporcionó una gran alegría. “Mientras *ellos* no se den cuenta... ¡Un vaso de cerveza, amigo...” Su mano, extendida hacia el cubilete, tembló tanto que éste rodó por el suelo con un suave tintineo de campanillas... Unas hermosas vacas con manchas azules y doradas, con cuernos transparentes y abiertos, avanzaban lentamente por un prado de Carelia. Los álamos se iban haciendo mayores de segundo en segundo, agitando sus hojas, como si quisieran hacerle señas: “Aquí está el arroyo, aquí la fuente pura... ¡Bebed! ¡Bebed!” Y se echaba sobre la hierba húmeda, bebiendo, bebiendo, bebiendo...

—¿Se encuentra mal, ciudadano? ¿Qué tiene?

El jefe de los carceleros le puso la mano sobre la frente, una mano fresca, bienhechora, una inmensa mano que parecía hecha de nubes y de nieves... La comida del día, intacta sobre el entarimado, un resto de pan en la taza del retrete, aquellos enormes ojos brillantes en el fondo de las órbitas empañadas, aquel temblor del cuerpo que se transmitía a la cama y aquel aliento fétido que exhalaba... El carcelero jefe comprendió instantáneamente lo ocurrido (y se vio perdido: ¡qué criminal negligencia en el servicio!)

—¡Аrijpov!

Éste, soldado del batallón especial, entró con un paso lento. Sus pisadas retumbaron en el cerebro de Ryjik igual que puñados de tierra echados sobre una fosa. ¿Era tan sencillo estar muerto?

—Échele agua en la boca... Con suavidad...

Un poco después habló por teléfono:

—Camarada jefe; informo que el preso número cuatro está moribundo.

De teléfono en teléfono, la noticia de la muerte del preso número cuatro — que en realidad vivía todavía — recorrió todo Moscú, sembrando el pánico por doquier. Zumbó en el tubo acústico del Kremlin, la insinuó una aguda vocecilla en los aparatos de la residencia del Gobierno, en el edificio del Comité Central y en la comisaría del Interior, y otra voz, ésta varonil y con afectada firmeza, la llevó hasta una vida rodeada del silencio idílico de los bosques del Moscova. Allí su agresivo susurro sobrepasó otros murmullos que informaban sobre una escaramuza en la frontera chino-mogol y sobre una grave avería en la fábrica de Tscheliabinsk.

—¿Ryjik moribundo? —dijo el Jefe con la voz grave de sus cóleras concentradas. — Ordene que le salven.

Pero Ryjik bebía en sueños un agua deliciosa. Era hielo y sol a un tiempo. Le parecía andar con suma ligereza, como si volara sobre la nieve.

—¡Todos juntos! ¡Todos juntos! — exclamó alegremente, al ver a sus camaradas cogidos del brazo, todos juntos, igual que antes, cuando los funerales revolucionarios. Los militantes antiguos, los valientes y los voluntarios parecían arrastrarle sobre el hielo... De pronto se abrió a sus pies una grieta, zigzagueante como un rayo, y en su fondo sonó el rumor del agua. Gritó: — ¡Cuidado, camaradas!

Un dolor agudo, también como un rayo, pareció atravesarle el pecho. Y sonoros crujidos se escucharon bajo el hielo... Arjipov, soldado del batallón especial, vio cómo su sonrisa se retorció entre sus dientes y se apagaba al borde del vaso con un chasquido. La mirada de los ojos delirantes se empañó.

—Ciudadano..., ciudadano...

El rostro crizado de blanca barba pareció adquirir una expresión extática. Arjipov dejó lentamente el vaso sobre la mesa, retrocedió un paso, se puso en posición de firmes y sintió temor y piedad.

Al poco llegaron los altos personajes y nadie reparó en él. El médico con bata blanca iba acompañado de un individuo con el pelo brillantado, una mujer de uniforme y un anciano con el abrigo raído. Este último recibía las más sonrientes deferencias por parte del individuo tan compuesto, que llevaba en el cuello de la guerrera las insignias de general... El médico hizo un gesto vago con el estetoscopio:

—Perdonen, camaradas... Pero la ciencia es ya impotente. — Tras estas palabras, siguió un mutismo embarazoso. La expresión del médico reflejaba claramente su disgusto.— ¿Por qué me

han llamado tan tarde? — preguntó.

Nadie contestó. El soldado Arjipov, en su rincón, se acordó de que en las iglesias acostumbraban a cantar a los muertos una invocación: “Perdónales, Señor...” Ateo, como verdadero representante del Partido, se reprochó a sí mismo ese recuerdo, pero el canto litúrgico siguió resonándole, a pesar suyo, en la memoria. ¿Era, al fin y al cabo, tan malo como decían? Nadie lo sabría... “Perdónale, Señor... Perdónanos...” El silencio de la cárcel se había abatido por unos instantes sobre todo el grupo. Los altos personajes sopesaban mentalmente las responsabilidades respectivas, pensaban en las medidas que deberían tomarse, en las eventuales repercusiones del suceso en el caso Tulaev.

—¿A quién pertenecía el preso? —inquirió Popov, sin mirar a nadie en concreto, pues sabía de antemano la respuesta.

—A la camarada Zvereva — contestó el Alto Comisario interino, Gordeev.

—¿Mandó que le hicieran un examen médico a su llegada, camarada Zvereva? ¿Recibía usted informes cotidianos sobre su estado y su comportamiento?

—No... Yo creía...

Estalló la cólera de Popov:

—¿Oye usted, Gordeev? ¿Está usted oyendo?

Su irritación le hizo salir el primero de la celda. Anduvo el pasillo con paso apresurado, seguido precipitadamente por Gordeev. A pesar de su aspecto enfermizo y débil, de sus movimientos parecidos a los de un enorme polichinela, arrastraba al tremendo Alto Comisario interino por medio de un hilo invisible. Zvereva salió la última. Y al pasar por delante del soldado Arjipov, notó que éste la miraba con odio.

VIII

EL CAMINO DEL ORO

Desde su regreso de España, Kondratiev parecía vivir en una especie de vacío. Era como si la realidad le hubiera abandonado. Su habitación, situada en el piso catorce de la residencia gubernamental, estaba en el más completo abandono. Los libros se amontonaban en la pequeña mesa de despacho, abiertos unos sobre otros, los periódicos desplegados se apilaban en el suelo y cubrían el diván. Acostumbraba a echarse en éste, fijando la mirada en el techo, con el cerebro vacío y una ligera sensación de pánico en el pecho. La cama, siempre deshecha, no se parecía en nada a la de un ser viviente. La detestaba, como aborrecía también tener que desvestirse para dormir y pensar que se despertaría al día siguiente y volvería a contemplar aquel techo blanco, aquellas cortinas de hotel lujoso, aquel cenicero lleno de cigarrillos apenas a medio consumir y aquellas fotografías, antes tan queridas y que ahora no significaban ya nada para él... Resultaba extraño cómo se iban apagando las imágenes en su recuerdo... Lo único que soportaba con gusto era aquella amplia ventana, desde donde se veían las obras del gran Palacio de los Soviets, el recodo del Moscova, las torres y edificios sobrepuestos del Kremlin, cuartel cuadrado de las últimas tiranías (anteriores a la nuestra), los bulbos de las viejas iglesias y la torre blanca de Ivan el Terrible.

La gente paseaba por el muelle como siempre, el auto de un funcionario adelantó a un viejo tronco de caballos y él contempló interesado los movimientos de las personas, tan parecidos a los de unas hormigas atareadas. ¿Pensarían realmente aquellas hormigas que tenían algo que hacer y que sus minúsculas existencias tenían todas un sentido? ¿Otro sentido diferente al de la estadística? Trató de alejar de su mente esas ideas enfermizas. ¿Se estaría volviendo neurasténico? En realidad sabía muy bien que no era así, pero reconocía que no podía aislarse del ambiente malsano de aquella habitación más que asomándose a la ventana. Las torres puntiagudas seguían conservando su serenidad de viejas piedras, el cielo tenía una amplitud confortadora y la misma vista de la extensa ciudad obraba el efecto de un sedante.

A veces sentía necesidad de salir. Tomaba un tranvía que le transportara hasta un barrio apartado donde no podía encontrarse con personas de su categoría, y vagaba por las calles flanqueadas de pequeños solares y casas de madera con persianas verdes o azules. Acortaba el paso ante las ventanas que dejaban entrever una cálida intimidad. Sentía deseos de detenerse para ver vivir a la gente, a aquella gente que vivía sin sentir los acongojados vacíos que le atormentaban a él, de hablar a aquellos hombres que no sabían siquiera que otros habitaban un mundo diferente, lleno de torturas y de ausencias. De nuevo trató de alejar todo aquel morboso

tumulto de pensamientos. Se impuso a sí mismo la tarea de demostrar al Trust de Comestibles que estaba permitido intervenir la ejecución de los planes especiales de la Dirección Central de Abastecimientos del Ejército. Otros hacían aquel trabajo y le contemplaron regocijados, con el respeto de siempre, pero con una actitud temerosa y retraída... ¿Qué significaba aquello? La secretaria, Tamara Leontievna, entró en silencio en el despacho. Sus labios, demasiado pintados, tenían un trazo duro y, al responder a sus preguntas, bajaba la voz sin sonreírle una sola vez. ¿Por qué? Le asaltó el pensamiento de que tal vez fuera él también así; de que su expresión, su frialdad y su angustia (¿era acaso angustia?) se traslucían desde el primer momento. “¿Seré contagioso?”, se preguntó. Fué a contemplarse en el espejo del lavabo y se quedó suspenso ante su imagen, con una inmovilidad árida. ¿No era absurdo aquel interés hacia sí mismo? ¿Era él aquel hombre fatigado, de rostro amarillento y de labios rojizos tirando a gris? ¿Era él aquel fantasma carnal, de apariencia humana? Los ojos recordaban otros Kondratiev desaparecidos, cuyos recuerdos se habían esfumado por completo para éste. Pensó que era absurdo haber vivido tanto para llegar a aquel punto. “¿Cambiaré mucho cuando muera?” Reflexionó que no debían molestarse en cerrar los ojos de los fusilados y que aquella mirada seguiría fija para siempre... “Mejor dicho, por poco tiempo, hasta que los tejidos se descompongan o quemen mis restos.”

Se encogió de hombros, se enjabonó las manos, se peinó, encendió un cigarrillo y volvió a su despacho tratando de no pensar en nada. Tamara Leontievna le aguardaba, afectando releer el correo del día. “¿Quiere usted firmar...?” ¿Por qué no le daba el tratamiento de “camarada” o le llamaba, más simple y amistosamente, Ivan Nicolevitch? Parecía querer evitar su mirada y trataba de ocultar nerviosamente sus manos, la desnudez de sus manos, finas y sencillas.

—¡No oculte sus manos, Tamara Leontievna...! —dijo de buen humor. Pero en el mismo instante se arrepintió de haber pronunciado tales palabras y rectificó, con el ceño fruncido y un tono brusco: —Es igual... Puede esconderlas si lo desea... No podemos enviar esta carta a las minas de hulla de Malachovo... No es exactamente lo que le dije... —No escuchó las excusas de la secretaria, pero afirmó con una sensación de alivio: —Así es... Hay que volverla a hacer... —La sorpresa de los ojos castaños, tan próximos a él, casi le sobresaltó y firmó la carta con aire distraído.—Así está bien..., muy bien... Mañana no vendré...

La secretaria le contempló unos instantes antes de responder:

—Perfectamente, Ivan Nicolevitch.

Él repitió alegremente:

—Perfectamente, Tamara Leontievna — y la despidió con un amistoso ademán, o al menos así creyó hacerlo, pues la verdad era que su rostro estaba espantosamente triste. Al quedarse a solas, encendió un cigarrillo y se quedó contemplando cómo se iba consumiendo

entre sus dedos, apoyados en el borde de la mesa.

Los grandes directores le evitaban y asimismo lo hacían los jefes de servicio, preocupados siempre por las más insignificantes cosas. El presidente del Trust salía de su despacho en el momento en que él entraba en el ascensor. Por tanto, se vieron obligados a descender juntos en aquella caja de cristales y caoba, con espejos que reflejaban sus dos pesados cuerpos. Hablaron casi como de costumbre, pero el director no le ofreció un sitio en su auto, sino que, por el contrario, se metió en seguida en el vehículo, después de un apretón de manos tan fugaz y desagradable que Kondratiev se estuvo frotando largo rato para quitarse la sensación. ¿Cómo había podido adivinar aquel ser de cuello porcino lo que iba a ocurrir? ¿Cómo lo adivinaba él mismo? Estas interrogaciones no suscitaban ninguna respuesta razonable, pero la verdad era que *sabía*, y todos los demás que se encontraba *sabían* también. En la conferencia del Instituto Agrónomo, el conferenciante, un joven técnico, muy arribista y bastante dotado, recién propuesto para la subdirección del Trust de los Bosques de Transbaikalia, se evadió discretamente por la puerta trasera para no tener que detenerse unos instantes a saludarle, a pesar de que le había protegido a lo largo de su carrera. Por su parte se había situado en un rincón de la sala, sin que nadie acudiera a sentarse a su lado, y luego, a la salida, decidido a evitar a todo trance los confusos y embarazosos balbuceos de sus camaradas, se entretuvo con algunas estudiantes. Aquellas muchachitas eran las únicas que *no sabían*, pues tenían para él las miradas de siempre y seguían considerándole como un importante personaje, como un viejo del Partido, al que admiraban un poco, ya que, según los rumores, se hallaba muy próximo al Jefe y acababa de llevar a cabo una asombrosa misión en España. Para ellas era un hombre de raza particular, un antiguo presidiario, héroe de la guerra civil y acreedor de honores, a pesar de lo cual iba vestido con un traje descuidado y llevaba una corbata mal anudada al cuello. Sus ojos tenían una expresión fatigada, pero su planta era todavía apuesta. ¿Por qué le habría abandonado aquella pequeña que vieron salir una noche del Gran Teatro? Las jovencitas se hicieron esta pregunta, mientras él se alejaba lentamente, con sus hombros cuadrados y su paso tardo.

—Debe tener mal carácter— aventuró una de ellas.— ¿Te has dado cuenta de esas arrugas en su frente y ese constante fruncir de cejas? Dios sabe lo que tiene en la cabeza.

Pero la verdad era que sólo daba vueltas en su mente a las siguientes preguntas: “¿Cómo lo saben todos? ¿Cómo lo sé yo mismo? ¿Lo sé efectivamente? ¿No leerán en mi rostro una angustia nerviosa?”

Un autobús lleno de personas, de cuya presencia ni siquiera se daba cuenta, le llevó al parque de Sokolniki. Una vez allí, deambuló solitario bajo los grandes árboles envueltos por la oscuridad. Entró en una taberna donde obreros con caras de maleantes y verdaderos maleantes

con caras de obrero, bebían cerveza y fumaban entre los gritos de una pelea.

—¡Eres un miserable, hermano!... Y además es gracioso que no estés de acuerdo. Yo sí lo estoy... No te enfades: yo también soy un miserable.

Desde el otro lado de la sala, una voz gritó:

—¡Eso es cierto, ciudadano!

El borracho, animado por la afirmación, insistió:

—Claro que es verdad... Todos somos unos canallas.

Pero su compañero se levantó, titubeante y pesado. Iba vestido con unas ropas bastante viejas y el pelo rojizo le caía sobre la frente:

—¡Vámonos, compañero! También somos cristianos y hoy no debe desnucarse a nadie... Y si no saben que son unos sinvergüenzas, no hace falta decírselo para ofenderles.

En aquel instante se fijó en Kondratiev, cuyas ropas le denunciaban como extraño a aquel ambiente y que, apoyado en las tablas húmedas de su mesa, le contemplaba con fijeza. En seguida se detuvo, perplejo y vacilante, preguntándose como si hablara consigo mismo:

—¿Será éste también un miserable? Es difícil asegurarlo... Perdone, ciudadano. No trato más que de hallar la verdad.

Kondratiev esbozó una sonrisa divertida:

—Soy casi igual a ti, ciudadano — repuso gravemente —, pero no está bien juzgar.

Las miradas de toda la concurrencia se volvieron hacia él y eso le hizo sentirse a disgusto. Se levantó y salió. Apenas había dado unos pasos en la oscuridad, cuando un tipo sospechoso, con una gorra encasquetada y enfocándole con una linterna de bolsillo, le pidió la documentación. Ante el salvoconducto del Comité Central retrocedió, como si quisiera desvanecerse en las tinieblas:

—Perdone camarada... El servicio...

Kondratiev frunció el ceño:

—¡Largo de aquí! ¡Pronto!

El tipo hizo un saludo militar llevándose la mano a la altura de la deformada gorra. Y Kondratiev, al alejarse con paso apresurado por la oscura avenida, se confesó a sí mismo dos cosas indiscutibles: que no era posible seguir manteniendo ninguna duda sobre su situación y que estaba dispuesto *a luchar* hasta el final.

Sabía, igual que todos aquellos que le rodeaban, pues la revelación parecía emanar de su propio ser, que un expediente KONDRATIEV, I. N. iba de despacho en despacho, en los límites del secreto más secreto y dejando tras él una gran confusión. Mensajeros confidenciales depositaban aquel pliego lacrado sobre las mesas del Servicio secreto del Secretariado General,

manos atentas lo cogían, lo abrían y anotaban el nuevo documento adjunto por el Alto Comisario de la Seguridad Nacional. El pliego abierto terminaba por franquear puertas, iguales a todas las puertas del mundo, pero que precisamente daban paso a la región donde todos los secretos se mostraban al desnudo, silenciosos, algunas veces con resultados mortales, pero en el fondo sencillos. El Jefe revisaría un instante aquellos papeles. Su viejo rostro grisáceo estaba animado por pequeños ojillos de mirada oblicua, con la dureza del hombre abandonado. “Estás solo, hermano”, pensó. “Estás completamente solo... Únicamente te acompañan esos montones de papeles que tú mismo has hecho nacer... ¿Hasta dónde te llevarán? Tú sabes perfectamente a dónde nos conducen a nosotros, pero ignoras a dónde te conducirán a ti... Te ahogará al llegar al final del camino, hermano... Siento lástima por ti... Preveo los días terribles que llegarán... Estarás solo, absolutamente solo entre millones de rostros engañosos. Solo, con tus enormes retratos pegados a las paredes... A solas con los espectros de los cráneos agujereados y encima de la enorme pirámide de huesos... A solas con este país, desertor de sí mismo y traicionado por ti, que eres fiel como nosotros... Que estás loco de fidelidad, loco de sospechas, loco de envidia... Esa envidia que has sentido siempre. Tu vida ha sido negra y sólo tú alcanzas a verte como eres en realidad: débil, débil, débil, enloquecido por los problemas, débil y fiel, y además perverso, porque eres perverso... Sólo tú alcanzas a verte bajo la coraza que nunca abandonarás y en la que morirás, rígido y nulo. Ese es tu drama. Quisieras destruir todos los espejos del mundo para no reconocerte jamás... Nuestros ojos son espejos y por eso los destruyes; has hecho saltar los cráneos para aniquilar los ojos en que te veías y te juzgabas, tal como eres, irremisiblemente... ¿Te molestan mis ojos, hermano? Míralos frente a frente, dejando a un lado todos esos papeles que hemos ideado para aplastar a los hombres. Nada te reprocho; al medir tu falta veo toda tu soledad y pienso en el futuro. Nadie puede resucitar a los muertos, ni rehacer lo aniquilado. No podemos detener el descenso hacia el abismo, romper la máquina... No te tengo odio, hermano. Soy como tú... No siento temor más que por el país... No eres grande ni inteligente, pero eres fuerte y devoto, igual que todos los que valían más que tú y que has hecho desaparecer. La Historia nos juega esa mala pasada: no nos quedas más que tú. Puedes matarme: es lo que dicen mis ojos... Puedes matarme... Pero si lo haces quedarás más solo, más anulado y acaso no consigas olvidarme como has olvidado a los demás... Cuando nos hayan exterminado a todos, habrás quedado el último, hermano. El último de nosotros, el último ante tu propio ser... Y entonces, la mentira, el peso de la máquina que has montado, te ahogará...”

Le pareció que el Jefe levantaba la cabeza. Todos sus movimientos eran lentos y pesados. Su aspecto no era terrible, sino tan sólo el de un anciano. Tenía el pelo blanco, los párpados hinchados y parecía preguntarse en un tono macizo, como sus propios hombros: “¿Qué hacer...?”

—“¿Qué hacer?”—repitió en alta voz. La noche era sombría como boca de lobo. Se dirigió a largas zancadas hacia un punto rojo que oscilaba suavemente en medio de la calzada. Las estrellas aparecieron encima de los edificios de ladrillo de la plaza Espartacus, flanqueada a su derecha por el parque oscuro.

“¿Qué hacer? No te pido que confieses, viejo... Si tú confesaras, todo se derrumbaría. Tu manera de llevar el mundo en las manos ha de consistir en eso: en callarte.”

A algunos pasos, junto a una cuba de alquitrán, sin duda todavía caliente, se veían algunos rostros y, a través de la oscuridad, llegaban los ecos de unas voces. Dio unos pasos con las manos en los bolsillos, y luego se detuvo, pues el paso estaba interceptado por un cable y por la linterna roja que marcaba las obras. Junto a la cuba los rostros se volvieron hacia aquel desconocido, que no tenía cara de ser un miliciano. ¿Una víctima propicia, entonces? ¿Alguien con los bolsillos dispuestos para que se los vaciaran? En tal caso le tocaba el turno a Yeromka, el “Listo”. Era especialista en aquella clase de ciudadanos.

—¡Es fuerte, ten cuidado!... —le susurraron sus compinches.

Yeromka era ágil y esbelto como una mujer, pero con todos los sentidos en tensión y el puñal dispuesto entre los harapos que le cubrían la cintura. Miró a través de las tinieblas al transeúnte, que aparentaba unos cincuenta años, tenía hombros cuadrados y barbilla saliente.

— ¡Eh, viejo...! — gritó. Y al darse cuenta de que el hombre hablaba consigo mismo, le preguntó: —¿Qué te pasa? ¿Estás borracho?

Kondratiev levantó la cabeza y saludó alegremente:

—¿Qué tal? ¿Mucho frío, verdad?

Su tono de voz no era el de un borracho, sino el de un hombre seguro de sí mismo. Yeromka se apartó de la cuba y se acercó cojeando ligeramente (un ardid que usaba muchas veces para parecer más débil de lo que era en realidad). Separados tan sólo por el cable y la linterna, ambos se miraron frente a frente. “Ahí están nuestros hijos, nuestros hijos abandonados, Yossif... Te presento a nuestros hijos...”, pensó Kondratiev con ironía. “Guardan cuchillos y puñales entre sus piojosos harapos, pues en realidad no hemos sabido darles nada más. Y tú, que posees las pistolas de todas tus tropas especiales, tampoco has sabido darles nada... Tú, que has tenido todas las riquezas en tus manos...” Yeromka le examinaba entretanto de arriba abajo. Cuando terminó de mirarle, se encogió de hombros y dijo:

—Márchate, viejo... Supongo que no se te ha perdido nada por aquí... Los chicos de la sección estamos celebrando una conferencia. Estamos ocupados... ¡Márchate!

—Está bien — respondió Kondratiev. — Ya me voy. ¡Salud a la conferencia!

—Es un lunático — explicó Yeromka a los compinches. — No hay nada que temer.

Continúa, Timocha.

Kondratiev dirigió sus pasos hacia los alrededores de las tres estaciones: la de Octubre, la de Yaroslavl y la de Kazán. La de la Revolución, la de la ciudad donde tuvieron dieciocho fusilados y vencieron a trescientos cincuenta de una sola vez, y la de Kazán, donde sobre un brulote, junto con Trozsky y Raskolnikov, incendiaron la flotilla blanca... “Es extraño”, pensó, “cómo después de haber quedado victoriosos nos hallamos vencidos y abandonados (el nombre de Yaroslavl no hace pensar más que en una cárcel secreta) igual que esos tipos que debían estar tratando sobre un crimen, la organización de la mendicidad o los robos en torno a las tres estaciones. Pero igual que ellos tienen razón de mendigar, nosotros tenemos que luchar también, que matar...” Y subrayaba sus pensamientos con gestos enérgicos, moviendo ambas manos igual que si se hallara en la tribuna.

Cuando regresó a su casa, los gallos cantaban en la lejanía. Se imaginó que aquella lejanía debían constituir la las calles de aspecto provinciano, con casitas de madera y ladrillos, llenas de montones de basura en las esquinas y bordadas por árboles antañones. En cada habitación de aquellas casitas dormiría una familia; los niños a los pies de la cama de sus padres, bajo mantas abigarradas, hechas con pedazos llamativos cosidos entre sí. Habría iconos en los rincones y dibujos escolares clavados con alfileres sobre el papel de las paredes. Encima de la mesa, unos alimentos sencillos estarían dispuestos para el desayuno. Sintió envidia de aquellos hombres y aquellas mujeres que dormían apretados uno contra otro, aspirando el olor animal que emanaba de sus cuerpos confundidos. Penetró en su cuarto. Era amplio y confortable. Sobre la mesa, el papel de cartas, el cenicero, el calendario, el teléfono y los libros del Instituto de Economía planificada. Todo aquello le pareció inútil y muerto. Miró la cama con temor. Le parecía un tormento tener que acostarse, rebullir entre las sábanas y debatirse entre tantos pensamientos inútiles e impotentes. Se le ocurrió huir... ¿Pero cómo? Su mirada tropezó con la *browning* dejada sobre la mesilla de noche. La cogió y la sopesó con satisfacción. “¿Qué es lo que pasa por nosotros para que al contacto de un arma nos sintamos súbitamente fortalecidos?”, se oyó murmurar a sí mismo.

Por la ventana se filtraba la luz del alba cada vez más creciente, el malecón del Moscova estaba todavía desierto, la bayoneta de un centinela se movía entre las almenas de la muralla del Kremlin y una pincelada de oro pálido fué a posarse sobre el dorado bulbo de la torre de Ivan el Terrible. Su resplandor era apenas discernible, pero ya victorioso. No había límite entre su rosada tonalidad matutina y el azul de la noche que acababa, donde iban a apagarse las últimas estrellas. “Son las más fuertes y van a apagarse porque están deslumbradas...” Un frescor extraordinario irradiaba de aquel paisaje celeste y urbano, y de las piedras, de las aceras, de los muros, de las

obras y los carricoches que comenzaban a aparecer sobre el malecón, parecía desprenderse el sentimiento de una fuerza ilimitada, como del cielo. Millones de seres indestructibles, infatigables y pacientes iban a surgir del sueño y de las piedras para reanudar sus millones de caminos que llevaban todos al porvenir. “Pues bien, camaradas”, parecía decirles él, “mi decisión está tomada. Estoy dispuesto a luchar. La revolución necesita una conciencia limpia...” Estas palabras parecieron volver a sumirle en la desesperación. ¿De qué podía servir, limpia o no, la conciencia de un hombre, la suya propia, desgastada y paralizada? Sin embargo, la luz del día fué aclarándole las ideas. “¿Seré el único, seré el último? No tengo más que dar mi vida: la doy y respondo NO. Son muchos los que han muerto en la mentira y la demencia... No consiento en desmoralizar por más tiempo lo que nos queda del Partido... No... En alguna parte de la tierra hay unos jóvenes desconocidos cuya conciencia naciente es necesario salvar.” Cuando se piensa claro, las cosas adquieren una limpidez de cielo matinal. No es necesario pensar a la manera de los intelectuales, sino que hace falta que la mente tenga la sensación de obrar.

Se desnudó ante la abierta ventana. Hacía frío, pero no quería perder un solo instante del nacimiento del día. “No voy a poder dormir...” Fué su último pensamiento claro. Luego le invadió un gran sopor. Enormes estrellas, unas cobrizas, otras de un azul transparente y otras rojizas poblaron la noche de sus sueños. Se movían misteriosamente, más bien balanceándose, mientras la espiral diamantina de una nebulosa se destacaba sobre las tinieblas con inexplicable resplandor, llenando el cielo, desbordándose sobre la tierra hasta convertirse en una flor tornasolada, enorme y esplendorosa. De pronto aparecieron las manos de Tamara Leontievna y le hicieron una seña. Se vio a sí mismo subiendo unas escaleras enlosadas, mientras un torrente ambarino se deslizaba en sentido inverso; en sus ondas saltaban grandes peces, igual que los salmones cuando remontan la corriente.

Al mediodía, cuando se afeitaba, recordó algunos jirones de aquellas imágenes. Sin saber por qué, sintió que eran bienhechoras. Las buenas mujeres dirían... ¿Pero qué diría un psicoanalista? ¿Se reía de los psicoanalistas! La convocatoria del Comité del Partido no le causó la menor emoción. En realidad no tenía la menor importancia: se trataba de presidir una fiesta en Serpujovo, con ocasión de la entrega por parte de los obreros de la fábrica Illitch de una bandera de combate a un batallón de carros de asalto. “Los muchachos de los carros son admirables, Ivan Nicolaevitch”, acostumbraba a decir el secretario del Comité. Pero aquella admiración no había impedido que tuvieran lugar algunos feos asuntos, tales como un suicidio o dos y un instructor político completamente incapaz. Era necesario, por lo tanto, un buen discurso... “Hábleles del Jefe. Dígales que le ha visto...” Para evitar cualquier confusión, le remitieron los guiones. “Cuenten conmigo”, había dicho él. “Sabré hacer un buen discurso. Aludiré en cuatro palabras al

fracasado suicidio (uno de los suicidios se había frustrado) y sabré infundir ánimos a los remisos...” Cuando pensaba en aquel muchacho desconocido, sentía amor y cólera a un tiempo. ¿Querer suicidarse a los veinticinco años, cuando había que servir al país...? ¿No estaría loco?

Después del discurso, se dirigió a la cantina para comprar cigarrillos de los más caros, lujo que sólo se permitía raramente. Una delegación de obreros de Samoskvoretché tomaba el té con las organizadoras de la Sección femenina y el director de los cuadros de producción. Habían unido varias mesas. Unos geranios ponían hermosas pinceladas rojas sobre los manteles y otras manchas rojas, más halagadoras para la vista, eran los gorrillos de las muchachas. Algunos rostros se volvieron hacia él, pues la organizadora acababa de musitar:

—Es Kondratiev, miembro suplente del CC.

Las palabras “Comité Central” dieron la vuelta a la mesa. Para las jóvenes obreras, Kondratiev pertenecía al pasado, al sacrificio, al secreto... Descendió el rumor de las voces, y luego el director de los cuadros de producción gritó con su voz poderosa y cordial:

— ¡Kondratiev! ¿Por qué no vienes a tomar el té con la generación creciente del Zamoskvoretchié?

En aquel instante entró Popov y, acercándose a él con paso renqueante, le puso ambas manos en los hombros:

— ¡Maldito viejo! ¡Cuánto tiempo hace que no nos veíamos! ¿Qué tal estás?

—Regular... ¿Y tú? ¿Cómo va tu salud?

—No muy bien. Estoy muy fatigado. ¡Que el diablo lleve a ese Instituto del Hombre que no ha inventado algo para rejuvenecernos!

Sonrieron amistosamente. Luego se sentaron juntos en la gran mesa de los obreros de las hilaturas. El movimiento de sillas puso una nota de alegría en la reunión. Se veían insignias sobre las blusas y hermosos rostros, de pómulos salientes, ojos aterciopelados y amables expresiones. Una muchacha les pidió su apoyo en la discusión:

—Resolved nuestro empate, camaradas... Discutimos los índices de producción. Yo decía que la nueva racionalización no ha sido planteada a fondo.

Parecía tan poseída de lo que estaba diciendo, que levantaba ambas manos, enrojeciendo, y como tenía la tez muy clara y unos grandes ojos verdes que contrastaban con la cinta ceñida a sus cabellos, adquiría cierta belleza que la hacía aparecer lo que en el fondo era: una muchacha campesina a la que la fábrica había imbuido una gran pasión por las máquinas y las cifras.

—Te atiende, camarada — dijo Kondratiev, un poco divertido, pero satisfecho a pesar de todo.

—No la escuches — interrumpió otra voz seca y ronca, que procedía de un rostro delgado

y severo. — Creo que exageras mucho, Efremovna. En realidad, se ha cumplido en un 104 por 100 lo previsto, pero hemos tenido veintisiete averías en los telares y esa es la verdadera causa del embrollo.

Los rostros de algunas antiguas obreras, condecoradas por su actividad, se animaron:

—No, no... ¡Tampoco es eso!

Las manos de Popov, terrosas como las de un viejo campesino, impusieron silencio y explicó que los antiguos del Partido “no eran competentes en materia de industria textil, hmmm, mmmm...”

—Sois vosotros, los jóvenes, con los ingenieros, los verdaderamente competentes... Las directrices del plan exigen buena voluntad... Por eso debemos ser un país de hierro, con una voluntad de hierro... Mmm...

— ¡Justo! ¡Exacto! —exclamaron las voces de jóvenes y viejas. Y por espacio de unos instantes, un coro de murmullos repitió: “Voluntad de hierro, voluntad de hierro...” Kondratiev fué contemplando los rostros, uno a uno, tratando de adivinar lo que había de oficial y sincero en aquellos términos. Claro que la frase convencional era en el fondo también sincera... Además, aquellas muchachas no sabían otra cosa. ¿Voluntad de hierro? Clavó los ojos en el rostro del viejo Popov... ¡Ya veríamos!

Poco después, ambos se hallaron a solas, sentados en los cómodos sillones de cuero de uno de los despachos.

—¿Quieres que charlemos un poco, Kondratiev?

Éste asintió. La conversación se fué alargando poco a poco. No tardó en llegar a un punto en que Kondratiev receló. ¿Qué era lo que le reservaba aquel viejo? ¿Dónde quería ir a parar con aquellas puerilidades? Sabía que era hombre de confianza del Politburó, que había llevado a cabo ciertas tareas y que... ¿Se habían encontrado efectivamente por casualidad? Al final, después de haber hablado de París, del PC francés y del agente que lo dirigía (“no está a la altura de las circunstancias... mmm..., creo que van a reemplazarle”), preguntó:

—¿Y qué me dices de la impresión que han causado los procesos en el extranjero? Mmmm...

“¡Ah!”, pensó Kondratiev. “¿Es aquí donde querías venir a parar?” Se sentía tan tranquilo como la noche anterior, en su habitación bañada por la luz del alba, con la *browning* en la mano, a veinte centímetros escasos de su cabeza, mientras las últimas estrellas, las más ardientes, quedaban reducidas a simples puntos blancos casi absorbidos por la claridad. “¡Divertida pregunta! ¿Acaso has venido aquí, expresamente para formulármela, viejo canalla? Lo más seguro es que ahora vayas a redactar tu informe..., ¿verdad que sí? Y me juego la cabeza al responderte...”

—¿La impresión? Deplorable, desmoralizante sobre todo. Nadie ha entendido nada. Nadie se ha creído nada... Ni siquiera nuestros agentes mejor pagados.

Los ojillos de Popov se alarmaron.

— ¡Basta! ¡Habla más bajo...! No, no es posible.

—Así es, hermano. Y si los informes dicen otra cosa, mienten, mienten miserablemente... Siento deseos de dirigir una memoria sobre ello al secretario general..., para completar la redactada sobre ciertos crímenes insensatos cometidos en España.

“¿Estás ya satisfecho, viejo Popov? Ahora ya sabes lo que pienso. No hay nada que hacer conmigo..., es decir, siempre pueden hacer de mí un cadáver, pero es lo único...” Aunque todo esto no fueron más que pensamientos, Popov los comprendió muy bien, gracias al tono, a la firme mandíbula y su mirada directa. Se frotó suavemente las manos, contemplando el entarimado:

—Es muy importante lo que acabas de decirme, mmm... No escribas esa memoria..., será mejor... Yo..., mmm..., ya hablaré de eso, mmm... (pausa). ¿Te envían a Serpujovo para una festividad?

—Efectivamente...

Respondió con tan sarcástica dureza, que Popov reprimió una mueca.

—Yo también hubiera querido ir, mmm... ¡Maldito reumatismo!... — exclamó evasivamente.

Conocía mejor que ninguno de los iniciados los hilos secretos del caso Kondratiev, aumentado desde hacía algunos días con muchas piezas embarazosas: informe del médico agregado al servicio secreto de Odessa sobre la muerte del detenido N (fotografía adjunta) a bordo del *Kuban*, la antevíspera de su llegada: hemorragia cerebral, debida, según todas las apariencias, a una debilidad constitutiva, a un agotamiento nervioso, acrecentado acaso por las emociones. Otras piezas establecían la identidad del preso N, tan bien disimulada por dos veces que llegaba a terminarse por dudar que fuera el trotskysta Stefan Stern, según certificación de dos agentes regresados de Barcelona, de cuyo testimonio podía dudarse, pues parecían tener mucho miedo y se denunciaban mutuamente. Stefan Stern desaparecía tan bien entre aquellos papeles dudosos que en el depósito del Servicio secreto de Odessa, un funcionario preparó, con fines de exportación, “un esqueleto masculino en perfecto estado, transmitido por el servicio de autopsias con el número A4-27”. ¿Qué imbécil había metido aquella pieza en el expediente K? El informe de un agente de origen húngaro, sospechoso por haber conocido a Bela Kun, contradecía los datos del informe Yuvanov sobre la conspiración trotskysta en Barcelona, el papel de Stefan Stern y la posible traición de K, puesto que suministraba la identidad de un

capitán de aviación con el cual aquél había sostenido dos entrevistas secretas, y que los documentos de Yuvanov confundían con “Rudin” (K). Una pieza aneja, introducida por error, pero muy útil, revelaba que el agente Yuvanov, enfermado a bordo, se había hecho desembarcar en Marsella abusando de sus poderes y dilataba su estancia en una clínica de Aix-en-Provence. La memoria Kondratiev, dirigida contra él, adquiría con ese hecho un extraordinario valor y acaso era eso lo que subrayaba una prudente nota de Gordeev, que abría la puerta a dos condenas simultáneas.

De los atestados originales resultaba también que era totalmente falso que Kondratiev hubiera votado por la oposición en 1927, durante la reunión de la célula del Partido para el Comercio exterior. En tal punto, el servicio secreto de archivos se había equivocado groseramente al confundir a Kondratenko Apopolon Nicolaevitch, enemigo del pueblo fusilado en 1936, con Kondratiev, Ivan Nicolaevitch. (Pieza aneja: nota dictada por el Jefe ordenando una severa investigación sobre aquella “criminal confusión de nombres”...). ¿Podía acaso inferirse que el Jefe?... Éste no había dicho una sola palabra al entregar a Popov aquel expediente. Tenía la frente sombría y cuajada de arrugas horizontales, la mirada acertada y parecía no haberse fijado en todo aquello, pero con seguridad pensaba en la conveniencia de un buen proceso para demostrar los contactos y lazos de los asesinos de Tulaev con los trotskystas de España. Un proceso cuyos atestados podrían traducirse a varias lenguas con hermosos prefacios escritos por aquellos juristas extranjeros que demostraban cualquier cosa sin que fuera necesario siquiera retribuirlos bien. A través de aquellos documentos pasaba la línea de la existencia de Kondratiev, una línea que no había conseguido romper el penal de Orel, el exilio de Yakucia, un arresto en Berlín por tenencia de explosivos, una línea que parecía perderse, justamente la víspera de la revolución, en la ciénaga de la vida privada, en alguna parte de la Siberia central donde el agrónomo Kondratiev, casado y con hogar, dejaba que le olvidaran, aunque no sin sostener de tarde en tarde alguna correspondencia con el Comité regional. “Somos unos revolucionarios sin revolución”, decía entonces encogiéndose alegremente de hombros. “Terminaré mi vida seleccionando simiente de trigo y publicando pequeñas monografías sobre los parásitos del forraje... Si a pesar de todo, estalla la revolución, probaré que no ha disminuido mi ímpetu...” Y se vio, efectivamente, cuando se improvisó jinete, poniéndose a la cabeza de los guerrilleros del Yenisei medio, descendió hasta el Turquestán con viejos fusiles de caza y caballos de labor y, persiguiendo las bandas nacionales e imperiales, se remontó luego hasta el Baikal, donde asaltó un tren que llevaba los pabellones de tres potencias, capturó oficiales británicos, japoneses y checos, les ganó varias partidas de ajedrez y, finalmente, logró cortar la retirada al almirante Koltchak.

Popov, dijo:

—Ha caído en mis manos un viejo ejemplar de revista y he releído tus recuerdos.

—¿Cuáles? Yo no he escrito nada.

—Claro que sí. El caso del archidiácono, en el año 19 ó 20.

—¡Ah, sí! Es verdad... Habrán retirado de la circulación esos números de la *Revista de la Historia del Partido*, ¿verdad?

—Efectivamente.

¡Cómo devolvía golpe por golpe! Aquello dejaba adivinar una cólera reconcentrada o una desconcertante decisión... El asunto del archidiácono Arkhangelski se remontaba, efectivamente, al año 19 ó 20: hecho prisionero en la derrota de los blancos, a los que bendecía antes de entrar en combate, había sido llevado a presencia de Kondratiev. Era un viejo corpulento y barbudo, místico y tunante al mismo tiempo, que llevaba, en sus morrales de soldado, muchos viejos libros al lado de los Evangelios de páginas amarillentas y sucias. El Apocalipsis estaba profusamente acotado con anotaciones de este tenor: *¡Dios nos perdone! ¡Que el huracán pueda limpiar a fondo esta tierra infame! ¡He pecado, he pecado, esclavo indigno y criminal, cien mil veces maldito! ¡Sálvame, señor!* Kondratiev se opuso, ante el soviet local, a que lo fusilaran. “Todos son parecidos. Nos hallamos en un país creyente... No exasperemos a los que creen... Necesitamos rehenes para los intercambios...”

Lo condujo hasta un ribazo con setenta guerrilleros y una decena de mujeres para descender río abajo, a través de tupidos bosques desde donde los fusiles disparaban, al amanecer o en el crepúsculo, balas terriblemente precisas contra los hombres encargados de la maniobra. Era necesario navegar de noche y pasar el día emboscados en los islotes o varados en los bajos fondos. Los heridos se alineaban en la cala, sin dejar de sangrar y de gemir, de jurar o de rezar. Tenían hambre. Los hombres mascaban el cuero de los cinturones, cortado en pedazos y cocido, y aunque se esforzaban no llegaban a pescar cada noche más que algunos peces que había que dar a los más débiles y que éstos devoraban crudos, con vísceras y todo, bajo las miradas anhelantes de los demás.

Al acercarse a los rápidos, habría que batirse y era imposible hacerlo en el estado en que se hallaban los hombres. Por su parte observaba las orillas desde unos agujeros abiertos en la borda, sobre la que ninguna cabeza se atrevía a sobresalir. El bosque implacable se erguía más allá de las rocas violetas o cobrizas. El cielo estaba blanquecino y el agua arremolinada y fría. Todo el Universo parecía serles mortalmente hostil. La noche aportaba algún alivio, pero entonces tenían lugar los conciliábulos y él sabía perfectamente lo que se decía en ellos: que había que rendirse, librarse del bolchevique... ¿Qué importaba un hombre más o menos? Había que rendirse o todos terminarían como los tres que ya no sufrían, como los tres que se habían quedado en

retaguardia... Durante la etapa de la antepenúltima noche, antes de llegar a los rápidos, se escuchó en el puente el disparo de un revólver y luego la caída al agua de un cuerpo pesado.

Nadie se movió. Entonces él descendió la escalerilla, encendió una antorcha y dijo:

—Venid aquí, camaradas. Declaro abierta la sesión.

Unas sombras titubeantes se fueron agrupando a su alrededor. Tenían rostros demacrados, erizados de pelos largos y revueltos, mostraban unos ojos saltones y de mirada febril y unas manos temblonas. Fueron dejándose caer lentamente sobre las tablas del entrepuente, bajo las que se escuchaba el chapoteo del agua negra y helada.

—Camaradas: mañana por la mañana libramos la última batalla... Innokentievna está a cuatro versts y allí hay pan y ganado.

Unos gruñidos sordos le respondieron en la sombra:

—¿Qué batalla, idiota? ¿No ves que somos casi unos cadáveres?

Afectó no haber oído la interrupción y soltó el peor juramento que le acudió a los labios.

—En nombre del pueblo en armas he fusilado a ese degenerado, a ese satanás barbudo, cuya alma negra habrá vuelto a las tinieblas de donde salió.

Aquellos moribundos comprendieron inmediatamente que no les era posible aguardar ningún perdón del enemigo. Un silencio fúnebre pareció abrumarles durante unos instantes, y luego los escasos lamentos se vieron desbordados por un torrente de blasfemias. Entonces vio adelantarse hacia él un tumulto de sombras dementes. Por unos instantes pensó que iban a aplastarle, pero su temor se disipó en cuanto un gran cuerpo cayó blandamente sobre él, unas pupilas febriles buscaron las suyas y unos brazos esqueléticos le estrecharon fraternalmente.

—¡Has hecho bien, hermano! ¡Has hecho bien! Todos ellos son enemigos... ¡Todos! ¡Todos!

Convocó los jefes de destacamento en “consejo de estado mayor” para preparar la operación del día siguiente. Sacó de debajo de su jergón el último saco de galleta negra e hizo por sí mismo la distribución de las sorprendentes raciones. Había escondido aquella última reserva para el momento del supremo esfuerzo: a cada uno le correspondían dos pedazos, que sostenían con ansia en su mano abierta. Los moribundos también quisieron tomar parte en el festín: raciones perdidas. Mientras los jefes deliraban bajo las antorchas, no se escuchaba en la barcaza más que los crujidos de las cortezas atacadas por las doloridas dentaduras.

Los recuerdos quedaban muy lejanos. Los dos hombres, sentados en los confortables sillones de cuero, siguieron tanteándose mutuamente, como si anduvieran a ciegas. Kondratiev, dijo:

—Casi he olvidado todo eso... En aquel tiempo no sospechaba que el valor de la vida

humana caería tan bajo veinte años después de la victoria.

Esta reflexión no fué agresiva, aunque sí directa. Popov lo comprendió inmediatamente. Kondratiev se limitó a sonreír.

—Al despuntar el alba, avanzamos a través de una extensión de arena mojada... Fué un alba silenciosa y verde... Nos sentíamos monstruosamente fuertes, fuertes como muertos... El día fué extendiéndose sobre los follajes amargos que mascábamos al avanzar, al avanzar poseídos de una alegría loca... Sí, viejo...

“¿Qué fuerza puede restarte ya, ahora que has traspasado los cincuenta anos?”, pensó Popov.

...Kondratiev se puso a administrar inmediatamente los transportes fluviales, movilizando las chalanas que se podrían abandonar a lo largo de las orillas, arengó en rincones perdidos a los pescadores taciturnos y desolados, formando equipos de jóvenes, nombrando capitanes de diecisiete años que se encargarían de pilotar las balsas y creando una Escuela de Navegación fluvial, donde enseñaban con especial interés la economía política. Se convirtió en el gran organizador de la región, peleándose con la Comisión del Plan, solicitando que le dejaran dirigir las Peleterías del Extremo Norte y, finalmente, llevando a cabo una misión especial en China, cerca de los Dragones Rojos de Se-Chun... No era hombre capaz de retroceder y poseía más temperamento de soldado que de ideólogo. Sin embargo, los ideólogos (pensó Popov), sensibles a la dialéctica sutil y compleja de nuestra época, capitulan con mayor facilidad. En cambio a los militares, de cada diez veces siete, había que fusilarlos sin contemplaciones. Aunque terminaran por prometer comportarse bien ante los jueces y el público, no había que estar muy seguro..., ¿y qué hacer si no? En su cerebro hirvieron pesquisas, procesos, investigaciones y confesiones, mientras contemplaba a su interlocutor. Éste parecía muy agresivo y le miraba a su vez con una sonrisita irritante. Popov se pasó la mano por la frente. Tenía la seguridad de que no conseguiría sacar nada en limpio de todo aquello... La muerte de Ryjik había echado por tierra el cincuenta por ciento del proceso. Kondratiev, él acusado ideal, estaba derrumbando el cincuenta por ciento restante. ¿Qué habría que decirle al Jefe? Lo mejor sería no decirle nada... Hurtar el bulto y dejar toda la tarea al fiscal Ratchevsky. Aquella muía, destinada a tirar de las carretas de condenados, acumularía error tras error y, aunque la derribaran en seguida, como un miserable animal de tiro que era, no se arreglaría nada... Al llegar a este punto de sus reflexiones, se dio cuenta de que su silencio se había prolongado algunos segundos de más y levantó la cabeza, justamente a punto para recibir un golpe directo.

—¿Me has comprendido bien? —le preguntó Kondratiev sin elevar la voz. — Me parece que te he dicho muchas cosas en pocas palabras... Y ya sabes que no acostumbro a desdecirme

jamás.

¿Por qué insistía así? ¿Acaso sabía?... ¿Cómo? Era imposible que supiera.

—Claro que sí—farfulló. —Yo... Te conocemos, Ivan Nicolaevitch... Te apreciamos...

—Encantado — repuso con un tono insoportable. Y lo que pensó y no dijo, aunque Popov lo oyó claramente, fué: “Yo también te conozco...”

—¿De manera que te vas a Serpujovo?

—Mañana, por carretera.

Popov no halló nada más que decir. En su rostro lucía una sonrisa más falsa y su expresión era más desvaída. Una llamada telefónica le libró de su interlocutor.

—Hasta la vista, Kondratiev... Tengo prisa... Lástima... Tendremos que volvernos a ver con mayor frecuencia... Es bueno hablar con franqueza...

— ¡Es excelente!

Le siguió con la mirada hasta la puerta. “Dile que gritaré, que gritaré por todos los que no se han atrevido a chillar, gritaré solo y seguiré gritando aunque esté bajo tierra... Diles que me río de una bala en la nuca, que me río de ti y de mí mismo, pues al final hay que chillar o se está perdido... ¿Pero qué me ocurre? ¿De dónde he sacado esta energía? ¿Procede de mi juventud, del amanecer de Innikentievka o de España? Poco importa: chillaré...”

La jornada de estancia en Serpujovo transcurrió en un estado de lucidez próximo al sueño. ¿Cómo podía tener la certidumbre de que no le detendrían aquella misma noche, ni durante el viaje, en el mismo auto del Comité Central, conducido por un chofer de la policía? Sabía perfectamente todo aquello y pese a ello fumaba tranquilamente, admirando los álamos, la tonalidad rosa y gris de los campos y las nubes blancas que avanzaban por el cielo en loca carrera. No fué al Comité local antes de la solemnidad, como hubiera tenido que hacer. Quería ver lo menos posible aquellos fachas administrativos (pese a que debía haber todavía buenos tipos entre los burócratas de provincias). Despidió al sorprendido chofer en medio de una calle, se detuvo ante los escaparates de las abacerías y papelerías cooperativas, donde pequeños letreros decían “muestras”, “cajas vacías” (esto en las cajas de bizcochos) y “no hay cuadernos”. Cuando se cansó de contemplar aquello siguió deambulando, leyó el periódico mural pegado a la entrada de la Comisión Revisora de Trabajos Industriales, periódico parecido exactamente a todos los de las ciudades industriales de aquella importancia y alimentado, sin duda alguna, por las circulares cotidianas de la prensa regional del CC. No recorrió con la mirada más que la crónica local, sabiendo de antemano todo el contenido de las dos primeras páginas, y allí precisamente encontró de pronto curiosidades inesperadas. El redactor de la rúbrica local escribía que “el camarada presidente del “koljos” *El Triunfo del Socialismo*, a despecho de las advertencias reiteradas

del Comité del Partido, perseveraba en su perniciosa desviación ideológica antivacuna, contraria a las instrucciones del Comisariado de los Koljoses...” ¿Antivacuna? ¡Hermoso neologismo! “El camarada Andriuchenko no ha permitido que se enganchen las vacas a los aperos de labranza. ¿Hace falta recordarle la decisión de la reciente conferencia, tomada por unanimidad después del tan convincente informe del veterinario Trochkin?”

En aquellos momentos recordó haber visto en algún lado, bajo el inmenso cielo de la estepa, una vaca arrastrando una carreta sobre la que había un ataúd blanco y unas flores de papel. La seguían una campesina y dos chiquillos. ¿Por qué, efectivamente, si podía llevar hasta el cementerio el ataúd de un pobre diablo, no era capaz de hacer las labores del campo la sufrida vaca? Bastaría mandar a los tribunales a los directores de las industrias lácteas si éstas no rendían lo que exigía el plan... “Perdimos de dieciséis a diecisiete millones de caballos durante la colectivización. ¡Tanto peor para las vacas rusas, ya que los miembros del Comité Central no pueden tirar de los arados!” El resto del periódico era de la más espantosa vaciedad. Le vino a la memoria el hecho de que Nicolás I había ordenado que sus arquitectos trazaran modelos de iglesias y de escuelas para los constructores de todo el Imperio... “En cambio, nosotros tenemos esta prensa uniformada, redactada por esos pobres diablos, inventores de las desviaciones ideológicas antivacunas. La ascensión de un pueblo es lenta, sobre todo cuando se le echan sobre los hombros fardos tan pesados y se le atan al cuerpo tantas ligaduras...” Pensó en los complejos informes y en los errores de que ellos mismos se habían hecho responsables. Un muchacho robusto, vestido con el uniforme de cuero negro de la escuela de carros de asalto, salió en aquel instante de una tienda inmediata, se volvió y se halló cara a cara con él. Una sorpresa hostil se reflejó en su rostro imberbe, de ojos claros y fríos.

— ¿Tú, Sacha? —exclamó suavemente.

—Sí, Ivan Nicolaevitch..., yo mismo — respondió el muchacho, tan confusamente que se ruborizó un poco.

Kondratiev sintió deseos de decir estúpidamente: “¿Hace buen día, verdad?”, pero se dio cuenta a tiempo de que no le estaba permitida aquella evasión... El muchacho tenía un rostro regular y viril, de gran ruso, al que el casco de cuero negro prestaba cierta belleza.

—Estás hecho un militar, Sacha. ¿Te va bien el oficio?

Sacha rompió duramente el hielo, con una calma inimaginable; como si estuviera hablando de cosas absolutamente triviales:

—Creí que me expulsarían de la escuela cuando detuvieron a mi padre..., pero no. ¿Fué porque era uno de los primeros alumnos o porque existe cualquier directriz prescribiendo no expulsar de las unidades especiales a los hijos de fusilados? ¿Qué opina usted, Ivan Nicolaevitch?

—No sé — repuso éste bajando los ojos.

Las puntas de sus botas estaban sucias. Un gusano sanguinolento y medio aplastado se movía entre el intersticio fangoso de dos losas. Había también un alfiler sobre la piedra y, a algunos centímetros, un escupitajo. Levantó los ojos y miró a Sacha frente a frente.

—¿Y qué opinas tú?

—Por un momento creí que todo el mundo sabía la inocencia de mi padre, pero luego me di cuenta de que eso no contaba en lo más mínimo. Además, el comisario político me aconsejó que cambiara de nombre. Rehusé hacerlo.

—Hiciste mal, Sacha. Eso podrá perjudicarte.

No hallaron nada más que decirse.

Sacha, sin cambiar el tono de voz, preguntó:

—¿Estallará la guerra?

—Probablemente.

El rostro del muchacho pareció iluminarse con una sonrisa interior. Kondratiev sonrió a su vez y pensó: “No digas nada, muchacho. Ya he comprendido. Primero el enemigo.”

—¿Necesitas libros?

—Sí, Ivan Nicolaevitch. Quisiera algunos libros alemanes sobre la táctica del combate de carros... Tendremos que enfrentarnos con una táctica superior.

—Pero en compensación tendremos una moral también superior.

—Es verdad — asintió Sacha secamente.

—Trataré de procurarte esos libros... ¡Buena suerte, Sacha!

—Igualmente — respondió el muchacho.

¿Apareció realmente en sus ojos aquel pequeño destello, aquel acento suave en la entonación, aquel anhelo reprimido en el apretón de manos? “Tiene derecho a detestarme”, pensó, “derecho a despreciarme y, sin embargo, debe comprenderme, saber que yo también...” Una muchachita aguardaba a Sacha ante los maniqués de cera de la cooperativa de peluqueros sindicados *Sheherezade*, “permanentes a treinta rublos...” un tercio del salario mensual de una obrera. Sin saber por qué, se halló a sí misma haciendo cálculos más serios. “Hasta ahora, y según las estadísticas atrasadas de los boletines del CC, hemos eliminado del 62 al 70 por 100 de funcionarios, administradores y oficiales comunistas. Todo eso en menos de tres años, es decir, sobre 200.000 hombres, representando los cuadros del Partido, entre 124.000 y 140.000 bolcheviques. Los datos suministrados no permiten precisar la proporción de los fusilados en relación con los internados en campos de concentración, pero a juzgar por la experiencia personal... Aunque, mirándolo bien, la proporción de los fusilados es particularmente elevada en

los círculos dirigentes, lo que sin duda falsea mi perspectiva.”

Llegó ante la columna blanca del peristilo de la Casa del Ejército Rojo algunos minutos antes de la hora fijada para su discurso. Unos secretarios inquietos corrieron a su encuentro; el del Comité Ejecutivo, el de Estado Mayor, el comandante de la plaza y algunos otros, casi todos vestidos con uniformes tan nuevos que parecían recién cepillados, con rostros resplandecientes y apretones de manos obsequiosos. Formaron un cortejo impresionante mientras ascendía lentamente la escalera de mármol, y los jóvenes oficiales doblaban el torso para saludarles, magníficamente inmóviles.

— ¿Cuántos minutos me faltan para hacer uso de la palabra? —preguntó.

Dos secretarios respondieron al mismo tiempo, inclinando los dos rostros escrupulosamente afeitados:

—Siete minutos, camarada Kondratiev.

Una voz que el respeto enronquecía, insinuó:

— ¿Quiere tomar un vaso de vino?— añadiendo con tono humilde y despegado: — Tenemos un Tsinondali excelente.

Kondratiev asintió, esforzándose en sonreír. Le parecía que andaba entre maniqués admirablemente contruidos. El grupo penetró en un salón restaurante, donde dos mesas dispuestas una enfrente de otra contrastaban con dos telas magníficamente encuadradas: una representaba al mariscal Klimentii Efremovitch Vorochilov, sobre un caballo de batalla medio encabritado y señalando con su sable desnudo un punto fuliginoso en el horizonte. Banderas rojas rodeadas de un torrente de bayonetas corrían a lo lejos, tras él, bajo unas nubes oscuras. El caballo estaba pintado con un cuidado prodigioso y las ventanas de la nariz y los ojos negros, avivados por un punto de luz, parecían más bien logrados que los detalles de la silla. El jinete tenía una cabeza redonda, un poco corta, de estampería popular, pero las estrellas de oro de su cuello resplandecían. El otro gran retrato mostraba al Jefe, con guerrera blanca y hablando en una tribuna. Su sonrisa tenía algo de mueca, la tribuna semejaba un mostrador vacío y el Jefe parecía el camarero de un restaurante caucasiano que estuviera diciendo con su acento picante: “No queda ya nada, ciudadano...”

En contraste, el verdadero mostrador rutilaba de blancura y de opulencia, sobrecargado de caviar, de esturiones del Volga, de salmones ahumados, de anguilas doradas, de aves y frutos de Crimea y el Turquestán. “Regalos de la tierra natal”, bromeó jovialmente Kondratiev, aproximándose a los manjares para recibir de manos de una rubia emocionada el vaso de Tsinondali. Su ligera chanza, de la que nadie adivinó la amargura, provocó breves risitas complacientes, no muy altas, pues nadie sabía si las risas estaban permitidas en presencia de tan

elevado personaje. Detrás de la camarera elegida para servirle y sonreírle (fotogénica, con permanente de 50 rublos y condecorada además con la Insignia de Honor del Trabajo) vio una larga cinta fijada contra la pared a manera de guirnalda alrededor de una pequeña fotografía: la suya propia. Una inscripción con letras de oro rezaba: BIENVENIDO EL CAMARADA KONDRATIEV, MIEMBRO SUPLENTE DEL COMITÉ CENTRAL... ¿De dónde habrían sacado aquellos estiralevitas el maldito retrato?

Se bebió lentamente el vino del Cáucaso, apartó con ademán severo las sonrisas y los bocadillos y recordó que ni siquiera había echado una ojeada al texto impreso de su discurso, suministrado por la sección de Propaganda del Ejército.

—¿Me permiten, camaradas?

El cortejo hizo inmediatamente un vacío de tres pasos en torno suyo, mientras él sacaba del bolsillo del pantalón unos cuantos pliegos arrugados. Un enorme esturión de ojos blanquecinos parecía apuntar hacia él sus minúsculos dientes carnívoros. Las luces de las arañas se reflejaban sobre el ambarino helado. La conferencia impresa trataba de la situación internacional, de la lucha contra los enemigos del pueblo, de la enseñanza técnica, de la invencibilidad del Ejército, del sentimiento patriótico, de la fidelidad al jefe genial, guía de los pueblos y estrategia único... ¡Imbéciles! Pensó que le habían suministrado la conferencia modelo para los jefes del servicio con grado de generales... “El Jefe de nuestro gran Partido y de nuestro invencible ejército, animado de una voluntad de hierro contra los enemigos de la patria, está penetrado al mismo tiempo de un amor inigualable hacia los trabajadores y hacia todos los ciudadanos honestos. ¡Pensad en el hombre! Estas palabras inolvidables, pronunciadas por él en la XIX Conferencia, tienen que estar grabadas en letras de oro en la conciencia de cada comandante de unidad, de cada comisario político, de cada...” Volvió a meterse los papeles en el bolsillo del pantalón. Miró en torno suyo. Una docena de rostros parecieron ofrecérsele, esbozando sonrisas apresuradas y afectadas: “Aquí estamos, a tu entera disposición, camarada miembro suplente del CC...” Preguntó:

—¿Han tenido ustedes suicidas?

Un oficial de cráneo afeitado le respondió inmediatamente:

—Uno tan solo... Por razones personales. Dos intentos. Ambos reconocieron su falta y están bien vigilados.

Todo aquello parecía estar ocurriendo fuera de la realidad, en un mundo inconsistente y superficial como una imagen etérea. Luego la realidad se impuso de pronto: fué a causa de un pupitre de madera pintada sobre el que apoyó su mano vigorosa. Una mano de venas azuladas y corto vello, que parecía resumir toda su propia vida. La descubrió, la contempló durante una dilatada fracción de segundo y, observando también los detalles más íntimos de la madera, de

aquella madera real y de aquella mano verdadera, le acometió la decisión de afrontar con sencillez toda la realidad de aquel instante. Trescientos rostros desconocidos le estaban contemplando... Trescientos rostros diferentes y sin embargo parecidos, aunque cada cual triunfaba silenciosamente de la uniformidad. Atentos, anónimos, fundidos en una carne que hacía pensar en el metal... ¿Qué esperaban de él aquellos rostros? ¿Qué podía decirles que fuera esencialmente cierto? Escuchó su propia voz y sintió un gran desprecio hacia sí mismo. Su voz repetía las palabras inútiles entrevistas en el resumen del servicio de Propaganda, sabidas de memoria mucho antes, leídas mil veces en las editoriales de Prensa, aquellas palabras de las que Trotsky dijo un día que al pronunciarlas se creía estar mascando algodón... “¿Por qué he venido? ¿Por qué han venido ellos? ¿Por qué nos hemos sometido a la obediencia? Nada queda en nosotros más que la obediencia. Pero ellos no lo saben todavía. Ellos no sospechan que mi obediencia es mortal. Que todo lo que les estoy diciendo, aunque sea tan cierto como la blancura de la nieve, se vuelve espectralmente falso a causa de la obediencia. Les estoy hablando, me escuchan, algunos se esfuerzan incluso en comprender, y la realidad es que no existimos: obedecemos.” Pero una voz interior respondió: “Obedecer es existir todavía.” “Cierto”, objetó su segunda voz, “pero es existir como los números o las máquinas.”

Siguió declamando el texto... Veía ante él rusos de cráneos afeitados, seres de aquella raza que se había formado liberando a los siervos, quebrantando luego su voluntad y enseñándoles posteriormente a resistirse hasta forjarles de nuevo, a su pesar y contra ellos, una nueva voluntad. En la primera fila un mogul, de cabeza pequeña y erguida, le contemplaba con los brazos cruzados. La mirada de sus ojos era dura, y tenía una fijeza casi cruel. De pronto le pareció que murmuraba claramente: “Todo lo que está usted diciendo, camarada, no sirve para nada. Se lo aseguro... Cállese o trate de hallar palabras animadas y vivas... A pesar de todo, somos seres vivientes...” Y de repente él le respondió con tanta seguridad que cambió hasta el tono de su voz. A su espalda, un movimiento agitó la pléyade de secretarios que, con el comandante de la guarnición, formaban el “presidium”. Ninguno reconoció en aquellas palabras las apropiadas a semejante clase de solemnidades, y todos sentían igual impresión física que la de un soldado que se da cuenta del error táctico cometido por sus mandos en el campo de batalla... El comisario político de la escuela de carros se puso rígido para ocultar su turbación, sacó su lápiz y comenzó a tomar notas con tanta rapidez que los signos se le amontonaban en el papel... No llegaba a comprender las frases del orador del Comité Central... ¿Comité Central? ¿Sería posible? El orador decía:

—...estamos cubiertos de crímenes y de errores. Hemos olvidado lo esencial para vivir y sin embargo tenemos razón ante el Universo, ante el futuro, ante esta patria miserable y magnífica

que no es la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, ni Rusia, sino que es la revolución..., ¿entendéis? La revolución sin territorio preciso..., mutilado..., universal..., humana... Sabed que en la batalla de mañana, casi toda la actividad perecerá en tres meses... Vosotros sois la actividad... Hace falta que sepáis por qué... El mundo va a romperse en dos...

¿Había que interrumpirle? ¿No era un crimen dejarle hablar así? El comisario político era responsable de todo lo que se decía en la tribuna de la escuela, ¿pero tenía derecho a interrumpir al orador del Comité Central? Seguro que el jefe de la guarnición no entendía ni jota y seguramente sólo escuchaba los murmullos. El jefe de la escuela, en cambio, parecía concentrar toda su atención en un cenicero... El orador decía (el comisario no captaba más que las migajas de aquella palabra ardiente, sin lograr enlazarlas unas con otras):

—...los viejos de mi generación han perecido todos... La mayoría en el error, la confusión, la desesperación..., servilmente... Emborracharon al mundo..., todos al servicio de la verdad... No lo olvidéis jamás..., el socialismo..., la revolución..., mañana, batalla por Europa en la crisis mundial... Ayer, Barcelona, el principio... hemos llegado demasiado tarde, demasiado disminuidos por nuestros errores... Ese olvido del proletariado internacional y del hombre..., demasiado tarde, míseros que somos...

El orador hablaba del frente de Aragón, de las armas suministradas... ¿Por qué? Preguntaba por qué en un tono de desafío, pero sin darse a sí mismo la respuesta (¿a quién iba dirigida la alusión?). Proclamaba “el heroísmo de los anarquistas...” y decía (el comisario, sobrecogido, no apartaba sus ojos de él):

—...seguramente no volveré a hablar jamás... No he venido a traeros en nombre del Comité Central de nuestro partido, esa cohorte de hierro...

¿Cohorte de hierro? ¿No procedía aquel nombre del traidor Bujarin, enemigo del pueblo y agente del Intelligence Service?

—...las frases hechas que Lenin llamaba nuestra mentira comunista, *com-mentira*... Os pido que miréis la realidad, por muy desagradable o baja que sea, con todo el valor de vuestra juventud. Os pido que penséis libremente, que en vuestro interior nos condenéis a los viejos que no hemos sabido hacerlo mejor y os invito a sobrepasarnos en todo... Os invito a sentirnos hombres libres bajo vuestra coraza de disciplina y a juzgarlo, a pensarlo todo por vosotros mismos. El socialismo no es la organización de las máquinas..., la mecanización de los hombres... Es la organización de los hombres lúcidos y voluntarios que saben esperar, rogar y levantarse... Entonces veréis lo grandes que somos todos, nosotros los últimos y vosotros los primeros... Vivid hacia adelante... Acaso haya entre vosotros algunos que hayan pensado en desertar, pues ahorcarse o saltarse la tapa de los sesos es desertar... Los comprendo perfectamente, pues si no hubiera pensado muchas

veces igual no tendría derecho a hablaros... Al ver este extenso país ante ellos, al ver ese ancho futuro abierto, les digo... Es digno de compasión el que no piensa más que en su propia vida o en su propia muerte. Es señal de que no ha entendido nada y lo mejor que puede hacer es alejarse con nuestra piedad.

El orador siguió hablando con aquella incoherencia, aunque poseído de tal fuerza persuasiva que el comisario político perdió por un instante el dominio de sí mismo y no volvió a recobrarlo hasta que oyó que Kondratiev hablaba del Jefe en extraños términos:

—...el hombre más solitario de todos nosotros, que no puede recurrir a nadie y que está abrumado por su misión sobrehumana, por el peso de nuestras propias culpas en este país atrasado donde la nueva conciencia es enfermiza y enferma..., pervertida por la sospecha...

Pero después de estas palabras terminó con la fórmula tranquilizadora de “guía genial”, “mano firme de piloto”, “continuador de Lenin...” Cuando calló, la sala entera pareció flotar en una penosa indecisión. El “presidium” no daba la señal previa para los aplausos y los trescientos seres que componían el auditorio aguardaban tan solo esa señal. Cuando más hondo era el silencio, el joven mogul se incorporó a medias y comenzó a aplaudir apasionadamente. Aquello desencadenó un tumulto de aplausos desiguales, como electrizados, entre los que había algunos islotes de silencio. En el fondo de la sala, Kondratiev entrevió a Sacha, de pie, sin aplaudir, con el pelo revuelto... El comisario político se volvió hacia los bastidores e hizo una señal. La orquesta entonó *Si mañana la guerra...*, la sala repitió varias veces el viril estribillo y tres obreras condecoradas y ataviadas con el uniforme de la Aviación-Química aparecieron en el primer plano de la tribuna, portadora una de ellas de la nueva bandera de la escuela, en seda roja, ricamente bordada en oro.

Kondratiev se vió rodeado de sonrisas amables y obsequiosas durante el baile. El comandante de la guarnición, que no había comprendido absolutamente nada del discurso, pero a quien una ligera embriaguez acrecentaba el buen humor, tenía gracias de oso atiborrado de golosinas. Hasta para los bocadillos que ofrecía a diestro y siniestro, después de haberlos ido a buscar al “buffet”, hallaba expresiones zalameras que pronunciaba con muecas de enamorado:

—Pruebe usted este excelente caviar, querido camarada... ¡Oh, la vida, la vida!

Cuando atravesaba el círculo de los que bailaban, con una bandeja en la mano, el rostro congestionado y las botas tan brillantes que reflejaban hasta la crujiente seda de los vestidos, parecía a punto de resbalar grotescamente de espaldas, pero a pesar de su gordura avanzaba con la ligereza propia de un jinete de las llanuras. El jefe de la escuela, un alano congestionado, cuyas minúsculas pupilas azules tenían una expresión fríamente acerada, no se movía ni pronunciaba palabra. Con una helada sonrisa en su rostro inexpresivo, meditaba jirones de frases

incomprensibles, que podían ser terribles (se daba perfecta cuenta de ello), y que suspendían sobre él, cualquiera que fuera su lealtad, una oscura amenaza. “Estamos cubiertos de crímenes y sin embargo la tiranía continúa. Somos responsables delante del Universo... Vuestros primogénitos han perecido casi todos servilmente, servilmente...” Era tan increíble todo aquello, que el director de la escuela interrumpió sus reflexiones para contemplarle con el rabillo del ojo. ¿Sería aquel el verdadero Kondratiev, miembro suplente del CC, o algún enemigo del pueblo que, abusando de la confianza de las organizaciones, falsificaba documentos oficiales con el concurso de agentes extranjeros, intentaba hacer penetrar hasta el corazón del Ejército Rojo unas palabras de traición? Las sospechas le atenazaron con tanta fuerza que se levantó, dirigiéndose a breves pasos inquietos al “buffet” para examinar de cerca la foto del camarada encuadrada de cintas rojas. No permitía duda alguna... Era él. Sin embargo, no se sintió tranquilo. Las artimañas del enemigo eran inagotables, como lo habían probado hasta la saciedad las conjuras, los procesos y las traiciones de los propios mariscales. Aquel impostor podía estar maquillado... Los servicios de espionaje logran a veces extraordinarios parecidos... También la fotografía podía ser falsa. El camarada Bulkin, promovido recientemente al grado de teniente coronel y que había visto desaparecer a tres de sus superiores, probablemente fusilados, sintió que una ola de sudor frío le invadía la frente. Su primer pensamiento fué hacer vigilar las salidas y avisar al Servicio secreto. ¡Qué responsabilidad! A través de las parejas mecidas por el movimiento del baile, vio al jefe de la Seguridad Nacional de la población que conversaba con Kondratiev. ¿Había adivinado acaso? ¿Le estaría interrogando de una manera discreta? El teniente coronel Bulkin, con su configuración de perro alano y su frente surcada de arrugas horizontales que expresaban la tensión interior, deambuló por los salones en busca del comisario político. Terminó por encontrarlo en la puerta de la cabina telefónica — línea directa con la capital —, preocupado también por el discurso del camarada Kondratiev.

—Saveliev, amigo mío — dijo Bulkin cogiéndole por el brazo —, no sé lo que ocurre... Ni siquiera me atrevo a pensar... Yo... ¿Está usted seguro de que es el verdadero orador del Comité Central?

—¿Qué dice usted, Filon Platonovitch?

Aquello no era una respuesta. Cuchichearon con temor y luego dieron una vuelta a la gran sala para observar una vez más a Kondratiev, que, con las piernas cruzadas, fumaba y charlaba, divertido por la vista de los bailarines, entre los que había jóvenes muchachas y mocetones de buena substancia humana... Al hallarse ante él, el respeto les inmovilizó. Bulkin, el menos inteligente de los dos, soltó un suspiro y murmuró con tono confidencial:

—¿No cree usted, camarada Saveliev, que eso podría ser el anuncio de una evolución del

CC..., la indicación de una nueva línea para la educación política de los cuadros subalternos?

El comisario Saveliev se preguntó si no habría cometido una tontería telefoneando al comisariado central, aunque en términos extremadamente circunspectos, un resumen del discurso de Kondratiev. Mejor sería que al despedirse del camarada delegado del CC le dijera que “las preciosas directrices contenidas en su interesante informe servirían, a partir del día siguiente, para orientar nuestro trabajo educativo...” Después de haber pensado eso, remató en alta voz:

—Es posible, Filon Platonovitch. Pero creo que debemos abstenernos de toda iniciativa antes de haber recibido instrucciones complementarias.

Kondratiev sintió deseos de abandonar cuanto antes aquel círculo de obsequiosos oficiales. Pero no pudo lograrlo hasta buen rato después, al hallarse, por inconcebible casualidad, completamente solo. Fué a alcanzar la salida, pero en aquel instante los rostros de una pareja de bailarines aparecieron ante él: uno encantador, con una sonrisa primaveral en sus ojos y en sus labios, otro de firmes trazos, recio y como iluminado por un resplandor suave: Sacha. La pareja interrumpió su danza y aquél acompañó a la muchacha hasta el “buffet”, regresando para reunirse con él:

—Gracias, Ivan Nicolevitch, por lo que ha dicho.

Se interrumpió unos instantes y luego, aprovechando una suave tonalidad de la música, añadió sin ninguna emoción aparente:

—Creo que le detendrán muy pronto, Ivan Nicolevitch.

—Yo también lo creo — repuso éste lacónicamente, haciéndole al mismo tiempo un breve saludo con la mano.

Tenía prisa por huir de aquel mundo irritante, de aquellos rostros bastos y de inteligencia rudimentaria, de aquellas insignias de mando, de aquellas mujeres excesivamente bien peinadas, de aquellos hombres inquietos a su pesar, incapaces de pensar, puesto que varias disciplinas se lo prohibían y que encaminaban alegremente sus vidas a unos próximos sacrificios que ellos mismos no lograrían comprender... “Acaso sea una cosa admirable que no podamos dominar enteramente nuestra mente y que ésta nos imponga imágenes e ideas que preferiríamos alejar: así la verdad sigue adelante, a pesar del egoísmo y la inconsciencia”. En el gran salón iluminado, y mientras sonaban los acordes de un vals, recordó de pronto una mañana de inspección en el frente del Ebro. Inspección inútil, como tantas otras. Los Estados Mayores no podían remediar ya nada. En unión del grupo que le acompañaba, contemplaron un momento con aire competente las posiciones del enemigo, situadas en unas colinas rojizas, moteadas de arbustos negros, como la piel de una pantera. La mañana tenía una lozanía tersa, como de principio del mundo, las brumas azuladas velaban las escarpaduras de la sierra y los rayos del sol naciente parecían desplegarse en

abanico, justamente sobre la curva del río que dividía ambos ejércitos.

Sabía que las órdenes no serían ejecutadas, ni eran tampoco ejecutables, que ni siquiera los que las daban, aquellos coroneles, parecidos unos a mecánicos fatigados por prolongadas viglias y otros a pulcros caballeros, atildados y obsequiosos, salidos del ministerio para un *weekend* al frente y prontos a regresar a París en avión o coche cama, se hacían ninguna ilusión. Por eso les volvió la espalda y ascendió solo, por un sendero de cabras sembrado de guijarros blancos, hacia el refugio de un jefe de batallón. En un recodo, un ruido sordo y rítmico le atrajo hacia una cresta inmediata. Crecían allí cardos, erizados y solitarios, y arbustos medio carbonizados por el bombardeo de la víspera. Justamente debajo de aquel horizonte de desolación, un equipo de milicianos trabajaban en silencio, atareados en llenar una larga fosa donde se amontonaban los cadáveres de otros milicianos. Los vivos y los muertos llevaban iguales ropas, presentaban las mismas caras... Las de los muertos habían adquirido el color de la tierra y sus rasgos eran más tristes que terribles. Tenían la boca entreabierta, los labios hinchados y ni uno solo mostraba huellas de sangre. Los de los vivos, escuálidos y de expresión concentrada, inclinados sobre la tierra y brillantes por el sudor, parecían no reflejar en ellas la luz matutina. Aquellos hombres trabajaban aprisa, acompasadamente. Sus paletadas de tierra caían al mismo tiempo, con ruido sordo, sobre la fosa alargada. Nadie los mandaba y, cuando él pasó, ni uno solo se dio cuenta de su presencia, ni uno solo volvió la cabeza. Cansado de estar allí, detrás de ellos, sin hacer nada, volvió a descender, cuidando de no hacer resbalar las piedras bajo sus pies.

A llegar más a retaguardia, el Estado Mayor lo rodeó, igual que le rodeaba en aquel instante tanta gente en la escalera de mármol. Bajó acompañado de los comisarios, de los secretarios y de los comandantes, rehusando sus invitaciones y devolviendo sus finezas. Los de mayor graduación le ofrecieron sus casas para que pasara la noche, invitándole a visitar al día siguiente los talleres, la escuela, el cuartel, la biblioteca, la piscina, la sección disciplinaria, el hospital modelo o la imprenta ambulante... Él se limitó a sonreír a todos, a tutearles y hasta a bromear con ellos, a pesar de los violentos deseos que sentía de gritarles: “¡Basta...! ¡Callaos ya...! No pertenezco a la raza de los Estados mayores... ¿Cómo podéis equivocaros tan groseramente?” Todos aquellos fantoches no suponían que faltaban pocos días para que le detuvieran, todos aquellos monigotes no le veían más que a través de la sombra gigante del sello del Comité Central...

Durmió en el Lincoln del CC, Al llegar a un punto indeterminado de la carretera, poco antes de que amaneciera, un vaivén le despertó. Miró a través del cristal. El paisaje comenzaba a recortarse sobre las tinieblas y estrellas pálidas lucían en el cielo ceniciento. Aquella misma desolación volvió a encontrarla algunas horas más tarde en un rostro de mujer, en el fondo de los ojos de Tamara Leontievna, recién llegada a informar a su despacho del Trust de Combustibles.

Se sentía de buen humor y tuvo el gesto familiar de un hombre sano. La cogió del brazo sonriendo y en el mismo instante sintió que un temor confuso se insinuaba en su interior.

—Supongo que ese asunto con el Sindicato del Donetz está bien arreglado y se hará en veinticuatro horas... ¿Pero qué le ocurre, Tamara Leontievna? ¿Se encuentra mal? No era necesario que viniera a trabajar esta mañana si está usted enferma.

La muchacha movió los labios descoloridos como si fuera a hablar, pero ni una sola palabra salió de su boca. Finalmente, hizo un esfuerzo para reponerse y dijo:

—Hubiera venido de todas maneras... Perdóneme... Pero era necesario que le advirtiera... —Se interrumpió con una expresión desesperada y sin saber cómo proseguir. — ¡Márchese usted! — exclamó de pronto. — ¡Márchese, Ivan Nicolevitch! He sorprendido involuntariamente una conversación entre el Director y... no sé quién... no puedo saberlo, no tengo derecho de saberlo y tampoco tengo derecho de decirle a usted... ¿Pero qué estoy haciendo, Dios mío?

Kondratiev le cogió calurosamente ambas manos. Estaban heladas.

— ¡Vamos, vamos, Tamara Leontievna!... ¡Ya sé lo que quiere decirme! ¡Cálmese! ¿Cree que van a detenerme, verdad?

Ella asintió con un parpadeo, y luego repitió entrecortadamente:

— ¡Márchese!... ¡Márchese!...

—Nada de eso — replicó él. — De ninguna manera.

Se separó de ella, volviendo a ser el subdirector encargado de intervenir los planes especiales:

—Se lo agradezco, Tamara Leontievna... Ahora váyase a completar el expediente de las minas de hulla de Yuzovka. Antes, llame por teléfono al secretario general del Partido. Insista de mi parte para que le pongan comunicación con su despacho. Rápidamente, se lo ruego...

¿Sería aquella claridad la del último día? Había sólo una probabilidad sobre mil de obtener audiencia... Dio unas chupadas al cigarrillo que acababa de encender y lo aplastó en seguida contra la mesa. Encendió otro, y cuando se disponía a abismarse en sus pensamientos, Tamara Leontievna entró sin llamar.

—No la he mandado entrar — dijo él bruscamente. — ¡Déjeme solo!... Ah, sí..., pásame la comunicación a mi aparato... ¿Por qué no se mueve? ¿Es que va a seguir recomendándome que huya? ¿Quiere hablarme acaso sobre las minas de Gorlovka?

—No, no... —respondió Tamara Leontievna. — Acabo de pedir audiencia en nombre de usted. Le aguarda a las tres en el Comité Central.

—¿Qué? ¿Que ha hecho usted eso? ¿Con qué permiso? Está usted loca... No es verdad... Le repito que está usted loca...

—He oído SU VOZ — prosiguió Tamara. — Le aseguro que ÉL MISMO se ha puesto al aparato...

Hablaba de él con aterrada veneración. Kondratiev apenas se atrevía a moverse.

—Está bien — pronunció secamente. — Océpese en el informe del Donetsk... Gorlovka, etc.. Y si tiene jaqueca, tome aspirina.

Las tres menos diez. La gran sala del Secretariado General estaba repleta. Dos presidentes de Repúblicas federadas hablaban en voz baja. Se decía que otros presidentes habían desaparecido al salir de allí... Tres horas. El vacío. Unos pasos en el vacío...

—¿Quiere entrar?...

Entrar en el vacío.

El Jefe estaba de pie, destacándose sobre la blancura un poco atenuada del extenso despacho. Parecía replegado sobre sí mismo. Le recibió sin el menor ademán de bienvenida. Sus ojos tenían una mirada opaca y se limitó a murmurar “Salud” con un tono indiferente. Por su parte, no sentía temor alguno y sí la sorpresa de hallarse casi impasible. “Bien”, pensó. “Henos aquí cara a cara... El Jefe y yo, que no sé si soy en realidad un ser viviente o un muerto... ¿Qué irá a ocurrir?”

El Jefe se adelantó tres o cuatro pasos, sin darle la mano, y le contempló de la cabeza a los pies, lentamente, duramente. Kondratiev se dio cuenta de la interrogación que encerraba aquella mirada, de la pregunta demasiado grave para ser pronunciada: “¿Enemigo?” Y respondió, sin despegar tampoco los labios: “¿Yo enemigo?... ¿Estás loco?”

El Jefe inquirió serenamente:

—¿De manera que tú también me has traicionado?

Tranquilamente, como si sus palabras emergieran del fondo de una calma segura, respondió:

—Yo tampoco te he traicionado.

Cada sílaba de esta terrible frase se recortó como un bloque de hielo en la blancura polar. Era imposible volverse ya atrás. Pensó que bastaban varios segundos para que todo estuviera perdido. Pronunciar semejantes palabras en aquel lugar debía tener como castigo el aniquilamiento inmediato. Pero, a pesar de ello, terminó firmemente la frase:

—Y tú debes saberlo muy bien.

Esperaba una réplica instantánea, pero las manos del Jefe se limitaron a esbozar algunos movimientos torpes. ¿Buscaban el timbre para llamar a los ordenanzas, a los centinelas que hacían guardia detrás de la puerta? A Kondratiev le pareció escuchar ya su voz: “¡Llevaos a este miserable! ¡Arrestadlo! ¡Suprimidlo! Lo que acaba de decir es mil veces peor que la traición...” Y

acaso aquella figuración le hizo seguir hablando con la mayor tranquilidad:

—No te encolerices. De nada serviría... Todo esto es muy penoso para mí... Escucha... Puedes creerme y puedes no creerme. Me es indiferente... La verdad seguirá siendo la verdad. Y es que, pese a todo...

—¿Pese a TODO?

—...sigo siéndote fiel... Hay muchas cosas que se escapan a mi comprensión y hay muchas otras que entiendo perfectamente. Estoy angustiado. Pienso en el país, en la Revolución, en ti, sí..., en ti... Y pienso también en ellos... Sobre todo, en ellos... Lo digo francamente. Su final me produce un espantoso pesar... Déjame que hable... Tú sabes que tengo razón...

(Igual que Caín y Abel, originarios de las mismas entrañas, crecidos bajo las mismas estrellas...).

El jefe pareció apartar con ambas manos unos invisibles obstáculos. Y sin ninguna emoción aparente, incluso con cierta expresión de despego, habló:

—Ni una palabra más sobre este tema, Kondratiev. Ha ocurrido lo que tenía que ocurrir. El Partido y el país me han seguido... No es tarea tuya juzgarlos... Tú eres un intelectual... (Una sonrisa maliciosa apareció en su rostro). Yo, en cambio, nunca lo he sido...

Kondratiev se encogió de hombros.

—¿Y qué importa eso? No es ahora momento de discutir los detalles de la “*inteligentzia*” (8). A pesar de todo, cumplió con su finalidad... Pronto tendremos guerra... Se ajustarán las cuentas, las viejas y sucias cuentas... Tú lo sabes mejor que yo... Arrastrándote con nosotros, pereceremos hasta el último. Dicho en otras palabras: tú serás el último entre los últimos. Tendrás una hora más que nosotros, gracias a nosotros precisamente. Rusia está falta de hombres... ¿Cuántos quedamos? Tú sabes el número, en el cual hay que incluirte también a ti... Y la tierra va a temblar, como cuando los volcanes se despertaban a un mismo tiempo, de un continente a otro. Cuando llegue esa hora fatídica, nosotros estaremos bajo tierra y tú te hallarás solo,

Se interrumpió unos instantes para proseguir con un tono tristemente persuasivo:

—Te hallarás solo bajo la multitud, con el país reventado de sufrimiento a tu espalda y una turbamulta de enemigos a tu alrededor... Nadie nos perdonará haber iniciado el socialismo con tanta barbarie estúpida... No dudo que tus hombros son firmes... Firmes como los nuestros, que te alzaron en una apoteosis triunfal... El sitio del individuo en la Historia no es muy grande, especialmente cuando el hombre está aislado en la cima del poder... Espero que tus retratos,

8 Grupo intelectual, formado principalmente por elementos de la alta y baja burguesía, que fué levadura de la revolución rusa. — (N. del T.)

colosales como edificios, no te hayan hecho concebir ninguna ilusión a ese respecto..., ¿verdad?

La propia simplicidad de estas palabras pareció obrar el milagro. Ambos paseaban arriba y abajo, uno al lado del otro. Se detuvieron ante el mapamundi: océanos, continentes, fronteras, industrias, extensiones verdes y, destacando sobre todo, la sexta parte del mundo, primitiva, poderosa y amenazadora: Rusia... Un intenso trazo rojo indicaba, en la región de los hielos, la vasta ruta del Ártico. El Jefe posó su mirada en los relieves de los Urales: Magnitogorsk, el nuevo orgullo soviético... ¡Altos hornos tan bien equipados como los de Pittsburgh! ¡Aquello era lo que importaba!... El Jefe se volvió a medias hacia Kondratiev, con el ademán preciso y la voz firme. La opacidad de su mirada parecía haberse disipado:

— ¡Pura literatura! Deberías hacer psicología.

Un regocijado gesto de su dedo completó la frase: enrollar y desenrollar una imaginaria madeja... Después sonrió:

—De vivir en nuestros días, querido amigo, Chekov y Tolstoy serían auténticos contrarrevolucionarios... Sin embargo, a pesar de no quedarme tiempo para leer, siento debilidad hacia los literatos... Les pago a peso de oro... Una novela les produce muchas veces más que todo lo que puede ganar un proletario en su vida. ¿Es justo o no? En realidad, necesitamos eso... Pero lo que no nos hace falta es tu psicología, querido Kondratiev.

Siguió una extraña pausa. El Jefe cargó su pipa mientras Kondratiev contemplaba su mapamundi. ¡Los muertos no podían cargar la pipa ni enorgullecerse de aquel Magnitogorsk que ellos mismos habían construido! No había nada que añadir: todo había sido examinado punto por punto bajo un resplandor impersonal que no permitía la maniobra ni el temor. Las consecuencias serían como debían ser: irrevocables.

El Jefe dijo:

—¿Sabes que te han denunciado? ¿Que te acusan de traición?

—Naturalmente... ¿Podía imaginar acaso que esos miserables no me denunciarían? Viven de eso... Se pasan día y noche soplando denuncias...

—Lo que afirman no parece inverosímil.

— ¡Desde luego! ¡Como que saben pergeñar las cosas! ¿Hay algo más fácil en nuestra época? Pero sea cual sea el apestoso galimatías que te han mandado...

—He estudiado el caso. Es, en efecto, una historia española de las más estúpidas... Cierto que hiciste mal en mezclarte... Que se han hecho allí estupideces y tonterías, soy el primero en saberlo... Ese imbécil de fiscal quería detenerte... Por su gusto, detendrían a todo Moscú. Es un bruto del que habrá que desembarazarnos algún día, una especie de maníaco.

Se interrumpió, y después de dar unas chupadas a la pipa, prosiguió:

—Mi decisión está tomada. Partirás para la Siberia oriental... Mañana por la mañana te llevarán tu nombramiento. No pierdas un solo día... Zolotaya Dolina, el Valle del Oro, ¿sabes qué significan esos nombres? La producción aumenta cada año de un cuarenta a un cincuenta por ciento... Existen unos técnicos admirables, pero los casos de sabotaje son numerosos, como es debido...

Satisfecho de sí mismo, se echó a reír. Las bromas no compaginaban bien con su personalidad y le daban un aire agresivo. Su risa parecía siempre un poco forzada.

—Nos hace falta allí un hombre de carácter; con nervios, entusiasmo y sentido marxista del oro.

—Detesto el oro — replicó Kondratiev con una especie de arrebató.

¿Qué vida se le ofrecía? El exilio en las montañas de Yakutia, en el páramo blanco, en medio de los secretos yacimientos, desconocidos del mundo... Su ser entero estaba preparado para una catástrofe, endurecido por la espera, acostumbrado a anhelarla amargamente, como el hombre presa del vértigo al borde del precipicio, que sabe que una parte de su ser desea la caída “¿Entonces qué? ¿Me haces esa gracia después de lo que he venido a decirte? ¿Juegas conmigo? ¿No desapareceré en cualquier esquina, al salir de aquí? Es demasiado tarde para devolvernos la confianza: han muerto muchos de los nuestros a tus manos para que creamos en tus promesas, en tus falsas misiones, que no son más que ratoneras. Lo cierto es que no olvidarás nunca lo que te he dicho, y si hoy me concedes gracia, es para ordenar mi arresto dentro de seis meses, cuando los remordimientos y las sospechas se te suban a la cabeza... No, Yossif, te agradezco que me concedas el favor de la vida. Aunque seas pérfido, estés devorado por sanguinarios celos y seas ciego en tus cóleras, sigues siendo el jefe de la revolución. Y no tenemos otro... Te agradezco...”

Contuvo la efusión, como había contenido la protesta. El Jefe se había echado a reír otra vez:

—Literato... Ya lo decía yo... “¡Me río del oro!” Ja..., ja..., ja... Excúsame; hoy es día de audiencia. Recoge el expediente sobre el oro en la secretaría y estúdialo. Ya me enviarás los informes directamente... Confío en ti. ¡Buen viaje, hermano!

La entrevista había durado catorce minutos... Kondratiev recibió de manos del secretario una cartera de cuero sobre la que destacaban en letras doradas estas palabras mágicas: *Trust del Oro de la Siberia Oriental*. Pasó ante los uniformes azules de los centinelas y salió del edificio. La claridad del día le pareció transparente. Se sumergió en la ola de transeúntes, tratando de no pensar en nada. Sentía en todo su ser una alegría física a la que permanecía extraño su espíritu y, al mismo tiempo, experimentaba una tristeza parecida a un sentimiento de inutilidad. Fué a sentarse en un banco de la plaza, ante unos árboles raquíuticos y unas descoloridas alfombras de

hierba. Unos niños, vigilados por su madre, jugaban con la tierra fangosa. Los largos tranvías amarillos se entrecruzaban en la calzada, y el chirrido de sus ruedas en las vías resonaba contra la fachada de un edificio de construcción reciente, hecho de cristal y cemento armado. Cuando más abstraído estaba en su contemplación, pasó una mendiga.

—¡Por el amor de Cristo!...—decía, alargando una mano morena de líneas bastante puras.

Kondratiev puso en ella un puñado de monedas. Recordó que en cada una de aquellas piezas podía leerse la inscripción: “¡Proletarios de todos los países, uníos!” Se pasó la mano por la frente. ¿Terminaría alguna vez aquella pesadilla? Sí..., la pesadilla personal acabaría dentro de El Caso Tulaev. Se pasó la mano por la frente. ¿Habría acabado ya la pesadilla? Sí; por el momento, al menos, mi pequeña pesadilla personal..., pero lo demás sigue, nada se aclara, ninguna aurora amanece sobre las tumbas, ni podemos albergar esperanza alguna para el mañana; debemos caminar todavía entre las tinieblas, el hielo, el fuego... Stefan Stern ha muerto, sin duda. Debemos desear que sea así. Kiril Rublev ha desaparecido; con él se extingue la generación de teóricos de la gran época. En nuestras Escuelas superiores no queda sino la vulgar canalla armada de una dialéctica inquisitorial, muerta en sus tres cuartas partes.

Kondratiev abrió la cartera del Trust del Oro. Sólo los mapas le interesaban a causa de su propia magia, reflejo algebraico de la tierra. Con el de la región del Vitim desplegado sobre las rodillas, Kondratiev contempló los plumeados que significaban las alturas, los colores verdes con que se representaban los bosques, el azul de los ríos. No había pueblos, sino severas soledades, matorrales sobre las tierras roqueñas, aguas frías matizadas por el cielo y las piedras, la vegetación baja y tenaz de la *taiga*, y cielos indiferentes. Entre tales esplendores descarnados de la tierra, el hombre se siente abandonado a una glacial libertad desprovista de sentido humano. Las noches centellean y tienen un sentido inhumano, y su brillo adormece para siempre al dormilón fatigado. Bodaibo no es, indudablemente, sino un caserío administrativo rodeado de roturaciones, en un desierto arbolado, con una claridad metálica de brillo fijo.

—Llevaré conmigo a Tamara Leontievna — pensó Kondratiev. — Ella accederá. Le diré: Eres recta como los árboles de estas montañas, eres joven y te necesito. Lucharemos por el oro, ¿comprendes?

La mirada de Kondratiev se separó del mapa para sumirse en una alegría más allá de las cosas visibles. Y descubrió unos zapatos destrozados, atados con cordeles, y el borde de un pantalón manchado de polvo. Aquel hombre no llevaba sino un calcetín, caído como un trapo sucio. Sus pies expresaban la violencia y la resignación y también un raro encarnizamiento. Quizá recorría la ciudad como si fuera una selva para buscar en ella los alimentos, el saber y las ideas con los cuales se vivirá el mañana, sin ver las estrellas rechazadas en su inmensidad por los

anuncios luminosos. Kondratiev volvió lentamente la cabeza para examinar a su vecino, un joven cuyas manos se aferraban a un cuaderno repleto de ecuaciones. Dejó de leer y sus ojos grises se posaron en la plaza con una atención aguda. “En esta angustia y en este tedio no encuentro a nadie a quien estrechar la mano”, dijo el poeta, pero el vagabundo Máximo Gorki, el amargado, transcribió: “...nadie a quien partir la cabeza”. Una frente obstinada bajo la visera de la gorra encasquetada como la llevaban los golfos. Trazos irregulares, trabajados desde el interior por una anemia aguda y la piel descolorida. Los ojos limpios que no poseen los alcohólicos. El movimiento del cuerpo de aquel joven en el banco tenía un brío flexible. El centelleo de las estrellas no mataría a aquel hombre dormido sobre la desnuda tierra de Siberia, ya que su encarnizamiento no dormía nunca. Kondratiev le olvidó por un momento.

Así debían ser los merodeadores de la *taiga* del Alto Angara, del Vitim, de la Tchara, de la Zolotaya Dolina, del Valle del Oro. Siguen las invisibles huellas de los animales de los bosques, presienten la tempestad, temen al oso y le tutean como a un hermano mayor a quien debe respetarse. Son ellos quienes llevan a las factorías solitarias las pieles argentadas y las bolsas de cuero repletas de granos de oro, para el tesoro de guerra de la república socialista.

Un pequeño funcionario, silencioso por haber perdido la costumbre de hablar, que vive solo con su mujer, su perro, su pistola ametralladora y los pájaros del cielo, en una *isba* construida con troncos ennegrecidos, pesa las pepitas de oro, cuenta los rublos, vende el vodka, los fósforos, la pólvora, el tabaco, la inestimable botella vacía, y hace las anotaciones en el libro de trabajo del equipo cooperador de los buscadores de oro. Bebe sonriente un vaso de aguardiente, hace un cálculo rápido y dice al hombre de la *taiga*:

—No es bastante, camarada. No has cumplido con tu parte de trabajo del plan de la producción que, a razón del 92 por 100....—Pronuncia las palabras con una voz apagada, y añade: —No puede ser. Si no produces más no podré venderte alcohol. Palmyra — dice volviéndose —, tráenos té.

Su mujer se llama Palmyra, pero él ignora que es el nombre de una ciudad maravillosa desaparecida en otro mundo, enterrada bajo las arenas, las palmeras y el sol.

Los cazadores, los mineros, los lavadores de oro, los jóvenes geólogos, los ingenieros yakutas, buriatos, mogoles, tunguses, oyratos, grandes rusos de las capitales, jóvenes comunistas iniciados en la brujería de los *shaman*, los deportados a quienes la soledad enloquece, sus mujeres, las pequeñas yakutas de aldeas perdidas que se venden en el rincón oscuro de una habitación por una pulgarada de granos amarillos o un paquete de cigarrillos, los inspectores del Trust, amenazados en las trochas por fusiles de cañón recortado, los ingenieros que conocen las últimas estadísticas del Transvaal y los nuevos métodos de horadamiento hidráulico para la explotación

de las capas auríferas profundas, todos, todos viven su vida bajo el doble signo del Plan y de las noches centelleantes, a la vanguardia de los hombres en marcha, en confidencia con la Vía Láctea.

El preámbulo del *Informe sobre la emulación socialista y el sabotaje en los placeres auríferos de la Zolotaya Dolina* contenían las siguientes frases: “...Como dijo no hace mucho tiempo nuestro gran camarada Tulaev, alevosamente asesinado por los terroristas trotskistas-fascistas al servicio del imperialismo mundial, los trabajadores del oro forman un contingente seleccionado al frente del ejército socialista. Combaten a Wall Street y la City con las mismas armas del capitalismo...”

¡Ah, Tulaev! El gran imbécil, machacador de procuradores borrachos de vileza... Lo que decía del oro, sin embargo, era cierto. Los vientos helados del Norte soplan contra esa masa de nubes violáceas cargadas de nieve. Detrás de ellas, un blanco sudario convierte el Universo en la nada. Delante del viento huyen tales multitudes de pájaros que oscurecen el firmamento. A poniente, unas bandadas de aves blancas vuelan lentamente hacia las alargadas nubes doradas. El plan debe cumplirse antes del invierno.

Kondratiev miró nuevamente los rotos zapatos amarrados con cordeles del caminante extenuado.

—¿Eres estudiante?

—Sí, del tercer año de tecnología.

Kondratiev pensaba en demasiadas cosas a la vez: en el invierno, en Tamara Leontievna, en la vida que comenzaba de nuevo, en los reclusos de la cárcel interior, donde él creyó acabar el día, en los muertos, en Moscú, en el Valle del Oro. Sin mirar a aquel hombre joven — ¿qué le importaba, después de todo, aquel rostro amargo? —le dijo:

—¿Quieres luchar con el invierno y el desierto, con la soledad y la tierra y las noches? ¿Me comprendes? ¡Luchar! Soy jefe de empresa. Te ofrezco trabajo en la estepa siberiana.

—Si el ofrecimiento está hecho en firme, acepto — repuso el estudiante sin tomarse tiempo para pensar. — Nada tengo que perder.

—Yo tampoco — murmuró alegremente Kondratiev.

IX

QUE LA PUREZA SEA TRAICIÓN

El fiscal Ratchevsky encontró sobre su escritorio un periódico extranjero que anunciaba, en un suelto encuadrado de rojo, el inminente proceso de los asesinos del camarada Tulaev. De nuestro enviado especial: “Se dice en los medios informados..., los principales acusados son el antiguo Alto Comisario de Seguridad, Erchov; el historiador Kiril Rublev, ex miembro del Comité central; el secretario regional de Kurgansk, Artemio Makeev; un agente directo de Trotsky cuyo nombre se mantiene en secreto..., al parecer han confesado plenamente..., se espera que este proceso hará luz sobre ciertos puntos oscuros de los procesos anteriores...” El servicio de prensa del comisariado de negocios extranjeros adjuntaba una demanda de información acerca de los orígenes de la noticia. Al ser obtenida del Tribunal Supremo había sido comunicada, en forma oficiosa, por aquel servicio. Calamidad. Hacia el mediodía el fiscal supo que la audiencia que solicitara días antes le había sido concedida.

El Jefe le recibió en una pequeña antecámara, a la cual se abrían dos puertas, sentado a una mesa desnuda y con cubierta de cristal. La audiencia duró tres minutos y cuarenta y cinco segundos. El Jefe parecía distraído.

—Buenos días. Siéntese usted. ¿De qué se trata?

Ratchevsky le veía mal; le molestaban sus gafas de cristales combados, que descomponían la imagen en detalles absorbentes: las arrugas de los ojos, las espesas cejas negras en las que destacaban algunos pelos blancos... El fiscal, ligeramente inclinado hacia adelante, con ambas manos apoyadas en el borde de la mesa, ya que no osaba hacer gesto alguno, hizo su informe. No sabía muy bien lo que decía, pero el automatismo profesional le permitió ser breve y conciso. Primero, las confesiones completas de los principales acusados; segundo, la muerte inesperada de quien parecía ser el alma de la conspiración, el trotskista Ryjik, cuyo fallecimiento fué debido a la imperdonable negligencia de la camarada Zvereva, encargada de la instrucción del sumario; tercero, las presunciones muy fuertes reunidas contra Kondratiev, cuya culpabilidad, de ser probada, demostraría los lazos que unían a los conspiradores con el extranjero. En principio no se dejaba de considerar una duda que no podría ser resuelta mientras Kondratiev no fuera procesado. Sin embargo...

El Jefe le interrumpió.

—Yo me he ocupado en este asunto. Ya no le compete.

El fiscal se inclinó, con la garganta apretada.

—Tanto mejor. Le doy las gracias...

¿Por qué le daba las gracias? Sentía una sensación de caída vertical, como si cayera de lo alto de un rascacielos de una ciudad inimaginable, pasando velozmente frente a las ventanas cuadradas, cuadradas, cuadradas, de quinientos pisos...

—¿Qué más?

Sí. ¿Qué más? El fiscal volvió, como a tientas, a las confesiones completas de los principales acusados.

—¿Han confesado? ¿No tiene usted duda alguna?

Mil pisos y el asfalto allá abajo. El cráneo se aplastaba contra la calle a una velocidad terrorífica.

—No — dijo Ratchevsky.

—Aplique, pues, la ley soviética. Usted es el fiscal.

El Jefe se puso de pie, con las manos en los bolsillos.

—Hasta la vista, camarada fiscal.

Ratchevsky se fué como un autómatas. No se preguntaba nada. Una vez en su automóvil, cayó en el embotamiento del hombre fatigado.

—No quiero recibir a nadie — dijo a su secretario. — Que no se me moleste.

Se sentó a su escritorio. Nada había en él que retuviera su atención. El retrato del Jefe, de tamaño natural, estaba colgado en la pared.

—¡Qué cansado estoy! — dijo para sus adentros, apoyando la frente en las manos. — No me queda ya sino un camino: dispararme un tiro en la cabeza.

La idea se formuló ella misma en su mente. El teléfono conectado directamente con el comisariado del interior dejó oír su timbre. Al descolgar el audífono, Ratchevsky se apercibió de la laxitud de sus miembros. No había en él más que aquella idea, reducida a una potencia impersonal, sin emoción ni imágenes, sin discusión, evidente.

—Dígame.

Gordeev le preguntó sobre “la imperdonable indiscreción que informara a ciertos periódicos europeos acerca de un pretendido rumor”.

—¿Sabe usted algo acerca de ello, Ignatii Ignatievitch?

Gordeev hablaba suavemente, con circunloquios para no decir claramente que estaba iniciando una investigación.

Ratchevsky, farfulló:

—¿Qué indiscreción? ¿Un diario inglés, dice usted? Pero si todas las comunicaciones de esta naturaleza pasan por la oficina de prensa del comisariado de negocios extranjeros.

Gordeev insistió.

—Creo, querido Ignatii Ignatievitch, que no me comprende usted bien. Permítame que le lea el suelto: *De nuestro enviado especial...*

Ratchevsky le interrumpió vivamente.

—¡Ah, sí! Ya sé. Mi secretariado transmitió una comunicación verbal por indicación del camarada Popov.

Gordeev pareció embarazado por la inesperada franqueza de aquellas palabras.

—Bien, bien—dijo, bajando la voz—; es que... —(Su voz se hizo ligeramente más alta; quizá había alguien a su lado, o aquella conversación se registraba.) — ¿Tiene usted una nota escrita del camarada Popov?

—No, pero estoy seguro que él recuerda el asunto muy bien.

—Muchas gracias, Ignatii Ignatievitch. Perdóneme por haberle molestado.

Cuando el trabajo era mucho y apremiante, Ratchevsky se quedaba a dormir en sus oficinas, donde disponía de un pequeño apartamento sin adornos, repleto de sumarios. Trabajaba mucho, evitando emplear a sus secretarios, pues desconfiaba de todos. Sesenta casos de sabotaje, traición y espionaje habían de ser estudiados antes de acostarse. Aquellos sumarios estaban desparramados por los muebles, y los más secretos eran guardados en una pequeña caja fuerte, junto a la cabecera de la cama. Ratchevsky se detuvo junto a la caja, y limpió cuidadosamente los lentes, en un esfuerzo para alejar el sueño que le invadía.

—Evidentemente, evidentemente — murmuró.

Le llevaron su comida habitual, que comió de pie junto a la ventana, sin fijarse en el paisaje del arrabal en el que aparecían innumerables puntitos dorados.

—Es lo único que puedo hacer; lo único...

Casi no pensaba en aquella cosa en sí. Estaba siempre presente en él y no ofrecía dificultad alguna. ¿Qué puede haber más sencillo que levantarse la tapa de los sesos? Era un hombre elemental que no temía ni al dolor, ni a la muerte, acostumbrado a presenciar ejecuciones. Seguramente no se produce un dolor verdadero, sino un golpe de una duración infinitesimal. Los materialistas no hemos de temer a la nada, se decía. Aspiraba al sueño y la noche, que representan mejor el espíritu de la nada, que no existe.

— ¡Dejadme tranquilo! ¡Dejadme tranquilo!

No escribiría nada. Sería mejor para sus hijos. Estaba pensando en ellos cuando Sonia le llamó por teléfono.

— ¿No vienes a casa esta noche, papá?

—No.

—Papá, me han dado “muy bien” en historia y economía política. Tiopka se ha cortado el

dedo al recortar unas calcomanías. Niura se lo ha curado en la forma indicada en “socorro a los heridos” del Manual. A mamá ya le ha pasado el dolor de cabeza. ¡No hay novedad en el frente del interior! ¡Duerme bien, papá fiscal!

—Felices sueños, queridos míos — respondió Ratchevsky.

¡Oh, Dios! Abrió la gaveta inferior del pequeño escritorio y sacó una botella de brandy, bebiendo directamente de ella. Los ojos se le dilataban, le invadía un calor violento, agradable. La botella, colocada violentamente encima del mueble, osciló largamente. ¿Caerá? ¿No caerá? No cayó. Dio violentos golpes con el puño en la pulida superficie del escritorio, con una mano abierta dispuesta a coger la botella antes de que cayera.

— ¡No caerás, je, je, je!

Reía hipando.

— ¡Una bala en la cabeza, jo, jo, jo! ¡Una bala en la botella, jo, jo, jo!

Apoyándose violentamente sobre el costado, trató de alcanzar un sumario que se encontraba sobre el velador. El esfuerzo le hizo gimotear.

—Deja que te coja, sinvergüenza...

Tiró del sumario con fuerza, se le escapó de las manos, pero pudo recogerlo en el aire, no sin que antes algunos de sus folios cayeran al suelo. Lo colocó en el escritorio, arrojó las gafas por encima del hombro, y deletreó las palabras escritas en la cubierta: *Sa-bo-ta-je en la in-dus-tria qui-mi-ca, caso Ak-mo-linsk*. Las sílabas se escapaban, mezclándose unas con otras, y cada letra, escrita en redondilla con tinta negra, parecía rodeada de fuego verde. Su dedo capturaba las sílabas que se le escapaban como ratones, como aquellas pequeñas lagartijas del Turkestán que, cuando niño, cazaba con un nudo corredizo hecho con una brizna de hierba.

— ¡He sido siempre un especialista en nudos corredizos!

Desgarró el sumario en cuatro pedazos.

— ¡Aquí, botella! ¡Aquí, canalla! ¡Hurra!

Bebió hasta perder la respiración, la risa, la conciencia...

Cuando en la tarde del siguiente día llegó a su despacho, Popov le esperaba rodeado de los jefes de servicio, que despidió con un gesto de la mano. Popov estaba disgustado y tenía aspecto de enfermo. El fiscal se sentó debajo del gran retrato del Jefe, abrió la cartera y sonrió con aire amable. Una fuerte jaqueca le pesaba en los párpados, tenía la boca pastosa y respiraba dificultosamente.

—He pasado muy mala noche, camarada Popov; un ataque de asma, el corazón y qué sé yo cuántas cosas. No he tenido tiempo de consultar al médico. Estoy a sus órdenes.

— ¿Ha leído usted los diarios, Ignatii Ignatievitch? —le preguntó Popov con dulzura.

—No he tenido tiempo.

No había tampoco visto el correo, por cuanto la correspondencia encima del escritorio aparecía con los sobres intactos.

—Bueno, bueno — dijo Popov, frotándose las manos. — Y bien, camarada Ratchevsky; es mejor que sea yo quien le dé la noticia.

Su misión no debía ser fácil, por cuanto buscó un periódico en sus bolsillos, lo desplegó y encontró cierta noticia hacia la mitad de la tercera página.

—Lea, Ignatii Ignatievitch... Por lo demás, todo está arreglado. Yo mismo me he ocupado en ello esta mañana.

Por decisión del... et coetera... el camarada Ratchevsky, I. I., fiscal del Tribunal Supremo, es relevado de sus funciones... en vista de su nombramiento para otro cargo...

—Evidentemente — dijo Ratchevsky, sin emoción, por cuanto percibía una evidencia completamente distinta.

Con ambas manos, suavemente, empujó la pesada cartera hacia Popov.

Este último hablaba frotándose las manos, interrumpiéndose al toser y con vagas sonrisas amables, todo lo cual carecía por completo de sentido.

—Comprenda usted, Ignatii Ignatievitch... Ha hecho usted una labor sobrehumana... Errores inevitables... Hemos pensado en un cargo que le permita descansar... Ha sido usted nombrado... — (Sobreponiéndose a su embotamiento, Ratchevsky prestó atención.) —...director de los Servicios de Turismo..., concediéndosele, previamente, una licencia de dos meses, que le aconsejo pase en Sotchi o en Suk-Su, que son nuestras dos mejores casas de reposo... ¡El cielo azul, las flores, Alupka, Aluchta, los paisajes, Ignatii Ignatievitch! Regresará usted completamente cambiado, con diez años de menos. Además, el turismo es algo importante.

El ex fiscal Ratchevsky pareció despertar. Gesticulaba. Los gruesos cristales de sus gafas despedían destellos. Una sonrisa hendió su rostro cóncavo.

— ¡Encantado! El turismo es el sueño de mi vida. Los pajarillos en los bosques, los cerezos en flor, la gran ruta de Svanetia, Yalta, nuestra Riviera... ¡Gracias, gracias!

Sus manos velludas y de gruesos nudillos asieron las manos suaves de Popov, que dio un paso hacia atrás, con la mirada temerosa, borrando lentamente la sonrisa que antes animara su cara.

Los funcionarios subalternos les vieron salir juntos, cogidos del brazo, como buenos amigos que realmente eran. Ratchevsky sonreía mostrando sus dientes amarillos, y Popov parecía estar contándole una historieta divertida. Subieron juntos a un coche del Comité Central, que Ratchevsky hizo parar frente a una gran tienda de comestibles en la calle Máximo Gorki. Regresó,

habiendo recobrado la seriedad, con un paquete que dejó cuidadosamente sobre las rodillas de Popov.

—Mira, amigo mío. — El cuello de una botella descorchada sobresalía del papel. — Bebe, bebe — le animaba amigablemente Ratchevsky, pasando un brazo por los hombros caídos de Popov.

—Muchas gracias — le respondió fríamente este último. — Le aconsejo que...

— ¡Me aconseja, querido amigo! — le interrumpió Ratchevsky. — ¡Cuánta bondad!

Bebió glotonamente, con la cabeza echada hacia atrás, sosteniendo la botella con mano firme. Después se secó los labios con el dorso de la mano.

— ¡Viva el turismo, camarada Popov! ¿Sabe usted cuál es mi único pesar? Haber empezado mi vida ahorcando lagartijas.

Dejó de hablar y miró la botella para comprobar su contenido. Popov le condujo hasta su casa, en los alrededores de la ciudad.

— ¿Cómo está su familia, Ignatii Ignatievitch?

— *¡All right, very well!* ¡Estarán encantados con la noticia! ¿Y la suya?

¿Acaso se burlaba?

—Mi hija se encuentra en París — repuso Popov con cierta inquietud. Miró al ex fiscal del Tribunal Supremo mientras descendía del automóvil parado frente a una villa rodeada de arbustos descoloridos. Ratchevsky puso los pies en un charco, riendo y jurando. La botella asomaba por el bolsillo de su abrigo y la acarició con mano trémula.

— ¡Hasta la vista, amigo mío! — dijo alegre o maliciosamente, dirigiéndose hacia la valla del jardincillo.

—Un hombre acabado — pensó Popov. — ¿Y qué? Nunca había valido gran cosa.

París no se parecía a ninguna de las imágenes que Xenia se forjara. No encontraba en la ciudad sino fugaces parecidos con aquella doble capital de un mundo en descomposición, y de las insurrecciones obreras. Tenía tantos siglos de vida, de lluvia, de sol, de noche, impregnados en sus viejas piedras, que la noción de un acabamiento único se imponía. Las azuladas y a la vez turbias aguas del Sena fluían bajo viejos árboles, entre los muelles de piedra de un matiz incierto. Aquellas piedras parecían haber perdido toda su dureza, y el agua profanada de la gran ciudad no podía ser ni amarga, ni peligrosa. En ninguna otra parte las lágrimas vertidas por los suicidas serían más simples.

Lo trágico de París se cubría de una gloria usada, casi ligera. Era delicioso detenerse junto al tenducho de un librero de viejo, bajo un árbol esquelético, para abrazar con una sola mirada los libros apenas vivos, pero tampoco del todo muertos, que guardaban las huellas de manos

desconocidas, las piedras del Louvre, el anuncio de *La Belle Jardinière* en la otra margen del río, un callejón hormigueante de gente, el dorso abovedado y la estatua ecuestre del Pont-Neuf y, bajo éste, la pequeña plaza triangular casi junto al agua; y entre los tejados lejanos, la masa de la Sainte Chapelle. Los viejos barrios sórdidos, con su rostro marcado por la lepra de una civilización, atraían y horrorizaban a Xenia. Pedían la dinamita para después edificar allí grandes manzanas de casas que recibieran el aire y la luz del sol. Quizá fuera agradable vivir allí, incluso la indigente vida de los pequeños fonduchos, o en los habitáculos entre aquellas viejas paredes, a los cuales se llegaba por unas escaleras oscuras, y donde las flores de una ventana sorprendían como la sonrisa de un niño enfermo. Al explorar en las tardes los distritos de vieja miseria y humillación, Xenia se sentía presa de una singular ternura por las ciudades abandonadas dentro de la ciudad gigante, apartadas de las grandes avenidas, de los muelles reales, de las plazas de noble arquitectura, de los arcos de triunfo, de los opulentos bulevares...

Al fondo de una callejuela de suave repecho, las cúpulas cremosas del Sacré-Coeur captaban en la altura toda la claridad de la tarde. La fealdad desprovista de alma de aquellas calles era dorada. En aquella calle, a infinita distancia de toda misericordia humana, unas mujeres atisbaban junto a las puertas o detrás de los empañados cristales, en la penumbra envenenada de los interiores. De una acera a otra, con el cuerpo moldeado por ceñidos jerseys, o con los brazos cruzados sobre sus batas de casa, parecían hermosas; de cerca, sus rostros eran todos iguales, ajados y cubiertos de maquillaje violento.

—Son mujeres y yo también soy una mujer.

Xenia medía con mal rasero esta verdad.

—¿Qué hay de común entre nosotras? ¿Qué hay que no sea igual?

Era tan fácil contestarse: Yo soy hija de un pueblo que ha hecho la revolución socialista, y ellas son las víctimas de la vieja explotación capitalista, que tales palabras sonaban casi a hueco. ¿No había, acaso, mujeres parecidas en ciertas calles de Moscú? ¿Qué debía pensar? Miradas curiosas seguían a la extranjera de chaqueta y boina blanca al subir el repecho de la calle. ¿Qué buscaba allí? No su felicidad, ciertamente, ni negocios, ni un hombre. ¿Era, quizá, el vicio lo que la empujaba? Una mojigata, en todo caso. ¿Has visto sus piernas? Así eran las mías a los diecisiete años. Xenia se cruzó con un personaje melancólico, parecido a un tártaro de Crimea, que miraba oblicuamente los cristales y las oscuras entradas de las casas. Ella se lo imaginaba presa de una clase de apetito más lamentable y amargo que el hambre. Junto a los tabucos, unas tristes tiendas de comestibles brindaban, en las vitrinas repletas de moscas, chocolate, arroz envuelto en paquetes azules, quesos y frutas de ultramar. Xenia se acordaba de la indigencia de las cooperativas de los arrabales de Moscú. ¿Cómo era posible? ¿Son, acaso, tan ricos, que de su

propia miseria pueda surgir la abundancia? El horror pantanoso de los bajos fondos reinaba sobre una comodidad grasienta y baja, llena de comestibles, de licores, de telas agradables a la vista, de amores sentimentales y susurros sexuales.

Xenia regresó a la orilla izquierda. En el Châtelet terminaba una ciudad comercial, cuya trepidación era elemental: los vientres habían de ser nutridos. La animalidad de las muchedumbres estaba siempre presente. La Tour Saint-Jacques, rodeada de un pobre oasis de hojarasca y de sillas de módico alquiler, no era sino un inútil poema de piedra.

—Es un vestigio de la era teocrática — pensaba Xenia —, mientras que la ciudad pertenece a la era mercantil.

No quedaba sino un puente que cruzar para llegar, entre la Préfecture, La Conciergerie y el Palais de Justice, a la era administrativa. Las cárceles contaban ya setecientos años, pero sus torres redondas, que miraban al Sena, hacían olvidar, tal era la nobleza de sus líneas, que otrora fueron las cámaras de tortura.

Los sumarios daban vida a una multitud de escribas, pero había también un mercado de flores.

Se veía otro puente sobre las mismas aguas, los libros en los estantes, jóvenes con la cabeza destocada que llevaban sus cuadernos bajo el brazo, cafés en los que unos rostros se inclinaban sobre textos que eran a la vez las *Pandectas* de Justiniano, los *Comentarios* de Julio César, la *Clave de los Sueños* de Sigmund Freud y poemas surrealistas. La vida ascendía a lo largo de las terrazas de los cafés hacia un jardín trazado entre líneas de calma, que acababa junto a unos inmuebles burgueses con un globo de bronce sostenido por formas humanas, como un pensamiento ligado al suelo, metálico y transparente, terrestre y firmemente resistente a la vez. Xenia prefirió regresar a su hotel por aquella callejuela en la que el sol parecía brillar más. Las telas estampadas que reclamaba el Trust Textil de Ivanovo Voznessensk no precisaban sino una consulta semanal, sobre selecciones propuestas. Cosa inconcebible, pero fácil, dejaba transcurrir el tiempo apaciblemente.

Detenerse junto a un portal del siglo XVI, en la rue Saint Honoré, diciéndose que la carreta de Robespierre y de Saint-Just pasaron frente a él, descubrir allí un escaparate en el que se exhibían tejidos orientales, preguntarse el precio de un frasco de perfume, vagar por los jardines de la Torre Eiffel... ¿Era hermosa o fea aquella armazón metálica que se alzaba contra el cielo de París? En todo caso, era lírica, conmovedora, única en el mundo. ¿A qué emoción estética debía Xenia atribuir la emoción que sentía al contemplarla desde las alturas de Menilmontant, en el horizonte de la villa? Sukhov explicaba que el Palacio de los Soviets elevaría a mayor altura en el cielo de Moscú una estatua de acero del Jefe, que sería mayor y más simbólica. La pequeña Torre

Eiffel, monumento de la técnica industrial de fines del siglo XIX, le causaba risa.

— ¿Cómo pueden ustedes encontrarla interesante? — La palabra “conmovedora” le era desconocida.

—Podrá usted ser poeta — contestaba Xenia —, pero tiene menos intuición de ciertas cosas que las plantas.

Al no comprender sus palabras, él reía, seguro de su superioridad. Por ello Xenia gustaba de salir sola.

Xenia se levantó tarde, casi a las nueve de la mañana. Al acabar su tocado, abrió la ventana, que daba al cruce de los bulevares Raspail y Montparnasse, y contempló, satisfecha de vivir, el paisaje de casas, de cafés con las sillas aún apoyadas contra los veladores, y de asfalto. La estación del metro de Vavin. La puerta aún cerrada de la tienda de mariscos; la vendedora de periódicos desplegando su mesa portátil... Nada cambiaba de un día a otro. El desayuno en el café del hotel era un momento agradable. Los ritos matinales del establecimiento le proporcionaban un sentimiento de apacible seguridad. ¿Cómo podían esas gentes vivir sin turbación, sin brío para el porvenir, sin pensar en los demás y en ellos mismos con angustia, con piedad, con dureza? ¿De dónde les llegaba aquella plenitud en tal vacío? Apenas se había sentado Xenia a su mesa acostumbrada (cautiva, ella también, de unos principios de costumbre), junto a los visillos desde detrás de los cuales se veía el bulevar en tonos de piedra, dando principio calmosamente a su vida diaria, cuando *madame* Dalporte entró silenciosamente, como una gata grande y digna. Los veintitrés años que *madame* Dalporte llevaba como cajera del restaurante la hacían sentirse simplemente soberana de un reino del cual la inquietud estaba desterrada; como Guillermina de Holanda, que reinaba sobre los campos de tulípanes. Las cuentas atrasadas de algunos viejos clientes merecían confianza. La casa de crédito, *monsieur, pourquoi pas?* Los quinientos francos que adeudaba el doctor Poivrier, propietario, con residencia en la rue d'Assas, y accionista del *Bon Marché*, estaban tan seguros como si los hubiera ya depositado en el Banco. *Madame* Dalporte consideraba como cosa propia la clientela respetable y regular. ¡Si Leonardo da Vinci pintó la *Gioconda*, ella había hecho aquella clientela! Otras mujeres menos privilegiadas tenían hijos casados, que se divorciaban, y cuyos descendientes enfermaban, los negocios se les daban mal, y las calamidades se cebaban en ellos.

—Yo tengo esta casa, *monsieur*; es mi hogar, y mientras yo esté aquí, todo marchará bien.

Madame Dalporte pronunciaba “todo marchará bien” con una modesta seguridad que no dejaba lugar a dudas. Empezaba por abrir el cajón donde guardaba el dinero, colocaba la calceta al alcance de las manos, así como sus gafas, un libro ilustrado que leería en los momentos de calma, con una sonrisa levemente tierna, los consejos de Tía Solange a Myosotis—18 años, rubia

lionesa, rosa inquieta: —¿Cree usted que él me ama realmente? —*Madame* Dalporte se arreglaba el cabello con la punta de los dedos, para que cada mechón de cabello gris, graciosamente rizado, permaneciera en su sitio. Después echaba la primera mirada al café, en el cual reinaba un orden duradero. *Monsieur* Martin, el camarero, acababa de colocar los ceniceros en las mesas; frotaba escrupulosamente el contorno de una mancha de humedad hasta hacer brillar la madera. Sonrió a Xenia y también *madame* Dalporte le sonrió. Dos voces amistosas le desearon los buenos días.

— ¿Le van bien las cosas, *mademoiselle*?

Estas palabras parecían haber sido pronunciadas por las cosas mismas, satisfechas de vivir en un ambiente sociable. De diez a diez y cuarto llegaba *monsieur* Taillandier, el primer cliente fijo, que se acodaba al mostrador, cerca de la caja, para tomar un café-kirsch. La cajera y el cliente cambiaron unas frases tan poco variadas que Xenia las sabía ya de memoria. Hacía doce años que *madame* Dalporte padecía del estómago, acidez, hinchazón del vientre. A su vez, *monsieur* Taillandier se preocupaba de su artritis.

—Ahí tiene usted, *madame*; me han prohibido el café y el kirsch, pero ¿qué quiere usted? No dejo por ello de tomarlos. No hay que hacer mucho caso de la medicina. Prefiero guiarme por mi instinto. Ya en 1924, cuando prestaba el servicio militar...

—Y yo, *monsieur*—contestaba la cajera moviendo ágilmente las agujas de hacer calceta —, he sido visitada por los más renombrados especialistas sin tener en cuenta sus elevados honorarios, créalo usted, *monsieur*, y he preferido los remedios caseros. Lo que mejor me sienta es una tisana que me prepara un herborista del Marais, y ya ve usted que no tengo tan mal aspecto.

En algunas ocasiones solía hacer acto de presencia *monsieur* Gimbre, siempre bien informado acerca de las carreras de caballos.

— ¡Apuesten sin miedo por *Nautilus II*! En la segunda carrera, no olviden a *Cleopâtre*.

Aunque los caballos eran el tema preferido por *monsieur* Gimbre, en algunas ocasiones no desdeñaba hablar de política, si encontraba a alguien dispuesto a llevarle la contraria. Entonces hablaba mal de los checoslovacos, que fingía confundir con los kurdosiríacos, y revelaba el precio exacto de los *chateaux* adquiridos por Léon Blum. Xenia le miraba por encima del periódico, irritada por la suficiencia y la bajeza de sus palabras, y se preguntaba qué sentido de la vida había de tener aquel hombre. *Madame* Dalporte, con gran tacto, cambiaba rápidamente el curso de la conversación.

— ¿Va usted aún a Normandía, *monsieur* Taillandier?

Seguidamente se hablaba de un tema tan agradable como la cocina normanda.

— ¡Ah, sí! — suspiraba inexplicablemente la cajera.

Monsieur Taillandier marchaba a sus quehaceres, *monsieur* Gimbre se encerraba en la cabina

telefónica, *monsieur* Martin, el camarero, se plantaba junto a la puerta abierta, entre los cuadros de césped, para observar, sin aparentar que lo estaba haciendo, a las modistillas de Chez Monique, frente al café. Un viejo gato gris, terriblemente egoísta, se paseaba por encima de las mesas sin prestar atención a nada. *Madame* Dalporte lo llamaba discretamente.

— ¡Psst, psst, *Mitron!*

Y el gato seguía su camino, quizá halagado por aquella atención.

— ¡Ingrato!—murmuraba *madame* Dalporte. Si Xenia alzaba la mirada, acostumbraba proseguir: —Los animales son tan ingratos como las personas, *mademoiselle*. Créame usted y no se fíe de unos ni de otros.

El café era un minúsculo universo en calma, en el cual se vivía sin comentar las cifras del plan, sin temor a las depuraciones, sin preocuparse por el porvenir y sin plantearse los problemas del socialismo. Aquella mañana, *madame* Dalporte, a punto de soltar uno de sus acostumbrados aforismos, abandonó la calceta, descendió de su trono, hizo una seña, con cara interesada, a *monsieur* Martin, el camarero, y se dirigió hacia Xenia, que permanecía acodada a la mesa, frente al café con leche, las medialunas y el periódico.

La inmovilidad de Xenia llamaba poderosamente la atención. Con la barbilla apoyada en la mano, "blanca como la nieve" (observó *madame* Dalporte), las cejas levantadas, y la mirada fija, debió ver a la cajera dirigirse hacia ella; pero no la vio, como tampoco observó cómo regresaba con sus pasos menudos y ligeros, ni la oyó ordenar al camarero:

—De prisa, de prisa, Martin; prepare una copa de *Marie Brizard*; no, no; quizá sea mejor de *anissette*. Pero dése prisa. Parece que haya perdido el uso de sus facultades. *Mon Dieu!*

Madame Dalporte llevó ella misma la *anissette* y colocó la copa delante de Xenia, que no se movió.

—*Mademoiselle, mon enfant, voyons!*

Una mano que se posó suavemente sobre la blanca boina y los cabellos de Xenia la hizo volver a la realidad. Miró a *madame* Dalporte con los ojos arrasados en lágrimas y le dijo algo en ruso.

Madame Dalporte tuvo a flor de labios una pregunta afectuosa: "¿Penas de amor, *ma petite*? ¿Le es, acaso, infiel o la ha olvidado?" Pero aquel rostro que parecía modelado en dura cera, con su desvío concentrado, no tenía semejanza alguna con una pena de amor. Seguramente se trataba de algo mucho peor, algo desconocido e incomprensible. Uno nunca podrá entender a los rusos.

—Gracias — dijo Xenia.

Una sonrisa alocada desfiguró su cara de niña grande. Bebió la *anissette*, se levantó con los ojos ya secos, sin acordarse de retocar su tocado y salió casi corriendo, cruzó el bulevar sin

prestar atención al tráfico y desapareció en la entrada del metro. El periódico abierto y el café y las medialunas intocadas revelaban una desolación insólita. *Monsieur* Martin y *madame* Dalporte se inclinaron a la vez sobre el diario.

—No puedo leer sin las gafas. ¿Ve usted, *monsieur* Martin, algún suceso desagradable, un accidente o quizá un drama?

—No veo sino la noticia de un proceso en Moscú — dijo el camarero después de una pausa. — Ya sabe usted, *madame* Dalporte, que en Rusia se fusila a la gente por un quítame allá esas pajas.

—¿Un proceso?— repitió *madame* Dalporte, incrédula.—¿Cree usted? Es igual, pobre muchacha. Me siento indispuesta. Déme usted una *anissette*, *monsieur* Martin, o, si no, quizá será mejor *Marie Brizard*. Me parece como si hubiera visto pasar la desgracia ante mis ojos.

Xenia no distinguía en su mente sino dos ideas fijas: “No podemos dejar fusilar a Kiril Rublev. Para salvarle no tenemos quizá sino una semana, una semana...” Se dejó llevar por la avalancha de gente a través de los pasillos subterráneos de la estación de Saint-Lazare y leyó el nombre de otras estaciones desconocidas. Su pensamiento no iba más allá de la obsesión. De pronto apareció ante sus ojos la pared de una estación en la que un anuncio enorme mostraba una negra cabeza de toro, con los cuernos muy separados, con un ojo vivo y en el otro una sanguinolenta herida de la que manaba una sangre color de fuego. Era una bestia fusilada, de aspecto atroz. Xenia, cerrando los ojos a aquella visión que se reproducía en todas las paradas del tren subterráneo, se encontró sin darse cuenta en los Trois Quartiers, frente a la iglesia de la Madeleine, indecisa, hablando consigo misma.

¿Qué hacer? Un caballero de cierta edad se detuvo delante de ella. Algunos de sus dientes eran de oro y decía algo con una voz melosa, embarazado. Decía “graciosa”, y Xenia entendió “gracia”. ¡Escribir inmediatamente, telegrafiar pidiendo gracia para Kiril Rublev! El caballero vio cómo el rostro de aquella mujer-niña se aclaraba, y se dispuso a adoptar un aire de beatitud, cuando Xenia, que golpeaba el pavimento con el pie, le divisó, con sus ralos cabellos divididos por una raya y los ojos porcinos. Entonces hizo lo que de niña acostumbraba hacer cuando estaba presa de una gran cólera, y escupió violentamente. El caballero esquivó el escupitajo y ella penetró en un bar.

—Recado de escribir, por favor... Sí, y un café también.

Le trajeron un sobre amarillo y una hoja de papel cuadriculado. Debía escribir a su jefe, al único capaz de salvar a Kiril Rublev.

“Querido, grande y justo jefe bienamado... ¡Camarada!” El brío de Xenia desapareció. “Querido”. ¿No sentía ella al empezar a escribir un odio desconocido? Era espantoso pensar en

ello. “Grande”. ¿No dejaba él, acaso, que se hiciera aquella cosa monstruosa?” “Justo”. E iba a juzgar a Rublev, a matarle, como si fuera un criminal, después de un proceso decidido de antemano por el Politburó. Reflexionó. ¿Por qué no mentir y envilecerse para salvar a Kiril? Pero, seguramente, la carta no llegaría a tiempo, y aunque llegara, quizá él no la leería. Él, que recibía diariamente millares de cartas, que eran previamente examinadas por sus secretarios. ¿A quién apelar? ¿Al cónsul general Nikiforo Antonyvitch, individuo gordo y miedoso nacido sin alma? ¿A Willi, primer secretario de la legación, que le enseñaba a jugar al *bridge* y la llevaba al Tabarin, no viendo en ella sino a la hija de Popov? Éste, también carente de alma, espiaba al embajador, personificación del perfecto arribista. Otros rostros aparecieron en su mente, pero todos ellos eran igualmente odiosos. Aquella tarde, tan pronto se recibiera la confirmación de la noticia aparecida en los periódicos, la célula del partido se reuniría, proponiendo el secretario telegrafiar una resolución unánime, exigiendo el supremo castigo para Kiril Rublev, Erchov, Makeev, traidores, asesinos, enemigos del pueblo, escoria de la humanidad. Willi votaría a favor de la propuesta, así como también Nikiforo Antonyvitch y los demás. “¡Que mi mano se seque, miserable, si ella se levanta para votar con las vuestras!” No había nadie a quien suplicar, nadie a quien recurrir, nadie. ¡Los Rublev mueren solos! ¿Qué hacer?

Xenia pensó: “Mi padre”. Padre, ayúdame. Tú conoces a Rublev desde tu juventud, padre, y le salvarás, porque puedes hacerlo. Irás a ver al Jefe y le dirás... Encendió un cigarrillo. La llama de la cerilla fué como una estrella de buena suerte en la punta de sus dedos. Casi radiante, Xenia empezó a escribir su mensaje en una estafeta de Correos. La primera palabra que trazó en el papel apagó su confianza. Después de romperlo, Xenia sintió como si su rostro también se rasgara. Sobre el escritorio un aviso explicaba: *Mediante el pago mensual de cincuenta francos durante veinte años se asegurará usted una vejez apacible.* Xenia dejó oír una carcajada. Su pluma estilográfica había agotado ya la carga de tinta y miró a su alrededor. Una mano mágica le ofreció una pluma amarilla con una banda de oro. Xenia escribió decididamente:

Padre, debes salvar a Kiril Punto Le conoces hace veinte años Punto Es un santo Punto Inocente Punto Inocente Punto Si no le salvas, un crimen nos remorderá en la conciencia Punto Padre tú le salvarás...

¿De dónde sacó ella aquella ridícula estilográfica de color amarillo de huevo? Xenia no sabía qué hacer con ella, cuando una mano la cogió y un caballero de quien no vio sino el bigote a lo Charlot le decía amablemente algo que no pudo comprender. ¡Váyanse todos al diablo! En la taquilla, la funcionaria, una mujer joven con los grandes labios demasiado pintados, contaba las palabras del telegrama. Miró fijamente a Xenia y dijo:

—Le deseo la mayor suerte, *mademoiselle*.

Xenia, con un nudo en la garganta, le contestó:

—Es casi imposible.

Los ojos castaños estriados de oro del otro lado de la taquilla la miraban temerosos, pero su expresión animó a Xenia.

—No; todo es posible; gracias, gracias.

El bulevar Haussmann vibraba bajo un sol ligero. En una esquina de la calle, la gente, agolpada, oteaba una ventana junto a la cual se veían pasar los maniqués que presentaban, esbeltas y balanceando ligeramente los hombros y las caderas, los vestidos de la temporada.

Xenia sabía que Sukhov se encontraba en Marboeuf. Depositaba en él la confianza física de la mujer joven que se sabe deseada por el varón joven. Era poeta y secretario de una sección del sindicato de los poetas y publicaba en los periódicos sus versos sencillos, impersonales como los artículos editoriales de los periódicos que la Biblioteca del Estado coleccionaba en folletos. *Tambores, La Marcha al Paso, Guardia en la Frontera...* Repetía las palabras de Mayakovski: “¿Notre Dame? Podría ser un magnífico cine”. Colaboraba con la policía secreta y visitaba las células de los funcionarios en misión en países extranjeros para recitarles sus versos con la voz cálida y viril de un pregonero público, y redactar informes secretos sobre el comportamiento de sus auditores en los medios capitalistas. Cuando se encontraban a solas en un jardín, Sukhov abrazaba a Xenia. La hierba y el olor de la tierra despertaban sus instintos amorosos y le daban ganas de correr y brincar, según decía la muchacha. Ella le dejaba hacer, contenta, aun repitiéndole que no le amaba sino como camarada “y si quieres escribirme, hazlo en prosa”. Pero él no escribía. Ella le negaba sus labios y se obstinaba en su negativa a acompañarle a un hotel de la Porte Dorée para comenzar una “aventura a la francesa, que quizá me volvería, Xeniuchka, lírico como el viejo Puchkin. ¡Deberías amarme por amor a la poesía!” Sukhov le besaba las manos.

—Eres más bonita cada día. Tienes un pequeño aire a Champs-Élysées que me excita, Xeniuchka... Pero presentas mala cara. Acércate más.

La acorraló contra un rincón del banco, rodilla contra rodilla, le rodeó la cintura, mirándola con sus ojos viriles. Las palabras de Xenia le dejaron sin aliento y se echó hacia atrás.

—Sobre todo no cometas ninguna tontería, Xeniuchka—dijo severamente. — No te mezcles en este asunto. Si han detenido a Rublev, es culpable. No puedes negar lo que él haya confesado. Si es culpable, no existe ya para nadie. Éste es mi punto de vista.

Xenia buscaba ya otro socorro. Sukhov la tomó de la mano. Ese contacto produjo en ella tal disgusto que quedó, por unos instantes, inmóvil. ¿Estaría yo loca al pensar que Sukhov me ayudaría a salvar a Rublev?

—¿Te vas ya, Xeniuchka? ¿Estás enfadada?

—No; solamente ocupada. No me acompañes.

Eres sólo un bruto, Sukhov, que no sirve sino para fabricar versos que se tragarán las rotativas. Tu chaleco de lana al estilo pielroja es grotesco, y las dobles suelas de goma de tus zapatos me horripilan.

La irritación que sentía refrescó a Xenia.

—¡Taxi! Vamos a cualquier parte..., al Bois de Boulogne... No, a Buttes-Chaumont...

Las lomas de Buttes-Chaumont flotaban entre una bruma verde. En las hermosas mañanas de verano, los follajes del parque Petrovski se parecen a éstos. Xenia miró de cerca las hojas. Calmadme, hojas. Inclínate sobre el estanque, vio reflejado en las aguas su rostro surcado por las lágrimas. Unos patos nadaban hacia ella, ¡Oh! Sólo puede haber sido una pesadilla; las noticias del diario eran falsas. Se empolvó las mejillas, retocó sus labios con la barrita de carmín y respiró profundamente. ¡Qué terrible sueño! Un instante después, la angustia volvió a apoderarse de su espíritu, pero de pronto un nombre acudió a sus labios: Passereau. ¿Cómo no pensé en él antes? Passereau es grande. Passereau fué recibido por el Jefe. Entre Passereau y su padre salvarían a Rublev.

Hacia las tres de la tarde, Xenia se hizo anunciar al profesor Passereau, hombre ilustre en los dos hemisferios, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de Moscú, a quien Popov no dejaba nunca de visitar cuando llegaba a París en viaje de inspección. La puerta del gran salón, adornado con acuarelas, se abrió en seguida, y el profesor Passereau se acercó a Xenia, colocándole afectuosamente las manos en los hombros.

—*Mademoiselle!* ¡Qué placer siento al verla! ¿Se encuentra usted en París por algún tiempo? ¿Sabe usted, señorita, que está adorable? La hija de mi viejo amigo debe disculpar mi cumplido... ¡Venga, venga!

La tomó del brazo, llevándola hasta el diván de su gabinete, sonriéndole con su franco rostro de viejo oficial, de cabellos canos. Los ruidos de la ciudad no llegaban hasta aquella habitación. Diversos aparatos de precisión, cubiertos por campanas de cristal, aparecían en los rincones. Un ramo de follaje verde adornaba la puerta que llevaba al jardín. Un gran retrato rodeado de dorado marco llamó la atención de Xenia.

—Es el conde Montessus de Ballore, *mademoiselle* — explicó el profesor. — Es el gran científico que descubrió el enigma de los seísmos.

—Pero usted también, — dijo Xenia con ímpetu—ha...

—Lo mío fué mucho más fácil. En materia científica, cuando la ruta ha sido señalada no queda más que seguirla.

Xenia, asustada por su problema, dejaba hablar al profesor.

—Vuestra ciencia es algo magnífico, misterioso.

El profesor rió agradablemente.

—Sí, es magnífica como todas las ciencias, pero no creo que sea misteriosa. Nosotros perseguimos el misterio, pero puede usted creer que sabe defenderse muy mal. — Passereau abrió una carpeta. — Estas son las coordenadas del terremoto de Mesina en 1908. En ellas no hay misterio alguno. Cuando hice mi demostración en el congreso de Tokio... —Se detuvo al ver temblar los labios de Xenia. — *Mademoiselle*... ¿Qué le sucede? ¿Ha recibido malas noticias de su padre? ¿La aflige alguna pena? Cuéntemelo todo.

—Kiril Rublev — balbuceó Xenia.

— ¿Rublev, el historiador? ¿El Rublev de la Academia comunista? He oído hablar de él; incluso creo haberle conocido en un banquete. Creo que era amigo de su padre.

Xenia se avergonzó de las lágrimas que contenía angustiosamente, de un absurdo sentimiento de humillación, quizá de lo que iba a suceder. Su garganta se secó.

—Kiril Rublev será fusilado antes de ocho días si no intervenimos inmediatamente.

El profesor Passereau pareció sumirse en las profundidades del sillón en que estaba sentado. Xenia vio su vientre abultado, el anticuado dije que colgaba de la cadena del reloj, y el chaleco pasado de moda.

—Es terrible lo que usted dice — suspiró él.

Xenia le explicaba las noticias aparecidas en el periódico de la mañana, la frase abominable sobre las “confesiones plenas”, el asesinato de Tulaev un año antes. El profesor insistió acerca de aquel punto.

—¿Hubo un asesinato?

—Sí, pero es absurdo hacer responsable a Rublev...

—Comprendo, comprendo...

Xenia no tenía más palabras que decir. Los mecanismos brillantes y absurdos de los sismógrafos ocupaban en el silencio un lugar desmesurado. La tierra no temblaba en ninguna parte.

—Tiene usted todas mis simpatías, *mademoiselle*, se lo aseguro. Es terrible. Las revoluciones devoran a sus hijos. Nosotros, los descendientes de los girondinos, de Danton y Hébert, de Robespierre y Baboeuf, lo sabemos muy bien. Es la marcha implacable de la historia.

Xenia no comprendió sino algunos fragmentos de aquellas frases. Su espíritu tomaba lo esencial de las palabras del profesor, y formaba otras oraciones.

—Es una fatalidad, *mademoiselle*. Yo soy un viejo materialista y ante ese proceso pienso en la inevitabilidad del drama antiguo — (“Acabe pronto”, pensó duramente Xenia) —, ante la cual

nos encontramos impotentes. ¿Está usted segura, además, que la pasión política, o el espíritu de conspiración, no hayan llevado demasiado lejos a ese revolucionario a quien admiro y en quien pienso con angustia?

El profesor hizo una alusión a los *Endemoniados* de Dostoyewski.

(“Si habla del alma eslava, soy capaz de dar un escándalo”, se decía Xenia. “¿Y su propia alma, mandarín?” Su desesperación se convirtió en odio. Arrojar una piedra a aquellos absurdos sismógrafos, golpearlos con un martillo o simplemente con el hacha de los campesinos rusos...)

—En fin, *mademoiselle*, no creo que se haya perdido toda esperanza. Si Rublev es inocente, el Tribunal Supremo le hará justicia.

—¿Lo cree usted verdaderamente?

El profesor Passereau arrancaba del calendario la hoja correspondiente al día anterior. Aquella joven vestida de blanco, con la boina inclinada, la boca hostil, la mirada aguda, las manos atormentadas, era un ser raro, vagamente peligroso, que un extraño huracán llevó hasta el gabinete. Si Passereau hubiera tenido imaginación literaria, la habría comparado a un pájaro de las tormentas. Le hacía sentirse incómodo.

—Debe usted telegrafiar inmediatamente a Moscú — dijo Xenia con firmeza. — Que su Liga telegrafe también hoy mismo. Deben ustedes responder de Rublev y proclamar su inocencia. ¡Rublev pertenece a la ciencia!

El profesor Passereau suspiró profundamente. La puerta del gabinete se entreabrió y una visita le fué anunciada.

—Ruegue a ese caballero que tenga a bien esperar unos momentos —dijo, mirando la hora en el reloj.

No importa cuáles sean los dramas que trastornen lejanas revoluciones, las obligaciones cotidianas siguen subsistiendo. La llegada de la visita le devolvió su elocuencia.

—*Mademoiselle*, no dude que... Estoy mucho más emocionado de lo que aparento. Le ruego observe que solamente conocí a Rublev en un banquete, en el que me fué presentado, y que no he vuelto a verle jamás. ¿Cómo podría yo responder por él en tales circunstancias? No dudo en modo alguno que se trate de un hombre valioso en el campo científico, y espero con toda mi alma que no se perderá para la ciencia. Siento un profundo respeto por la justicia de los tribunales de su país... Incluso en nuestra época, sigo creyendo en la bondad de los hombres. De ser Rublev culpable, y digo esto solamente como hipótesis, la magnanimidad del jefe de su partido le concedería indudablemente grandes oportunidades de vivir. Personalmente, tanto usted como él cuentan con mi más profunda y sincera simpatía. Comparto totalmente su emoción, pero no veo, en realidad, que me sea dable interceder. Tengo como norma no mezclarme en ningún momento

en los asuntos internos de su país y esto, para mí, es cuestión de conciencia... El Comité de la Liga no se reúne sino una vez al mes, y lo hará el día 27, dentro de tres semanas. Soy solamente su vicepresidente y carezco de autoridad para convocarlo extraordinariamente. Además, la Liga no tiene otro objeto que combatir al fascismo. La presentación de una proposición que se saliera de nuestros estatutos provocaría una vigorosa reacción, aun viniendo de mí. De insistir en ello, podría causar una grave crisis en el seno de una organización que tiene una noble misión que cumplir. Nuestras campañas en favor de Carlos Prestes, de Thaelmann, de los judíos perseguidos, podrían resentirse por ello. ¿Me comprende usted, *mademoiselle*?

— ¡Sí! — repuso brutalmente Xenia. — ¿No quiere usted, por tanto, hacer nada?

—Deploro sinceramente que exagere usted mi influencia. Créame. Vamos a ver. ¿Qué podría hacer yo?

Los ojos de Xenia, grandes y claros, le miraban con frialdad.

—El fusilamiento de Rublev no le impedirá seguramente dormir.

—Es usted muy injusta, *mademoiselle*— repuso tristemente el profesor—, pero soy un anciano y la comprendo...

No le miró ni le ofreció la mano, y salió con el rostro duro a la calle burguesa por la que nadie transitaba. “¡Su ciencia es infame, sus instrumentos son infames, su propio gabinete es infame! Y Kiril Rublev está perdido, los nuestros están todos perdidos, no hay nada que hacer, nada que hacer”.

En la redacción de un semanario, casi de extrema izquierda, otro profesor, éste de treinta y cinco años, la escuchó como si sus palabras fueran para él un gran dolor. ¿No se mesaría los cabellos y arrancaría los brazos? No lo hizo. Nunca oyera hablar de Rublev, pero los dramas rusos le obsesionaban día y noche.

—Parecen tragedias shakespearianas, *mademoiselle*... En incontables ocasiones he proferido gritos de indignación desde este periódico. “¡Clemencia!”, he exclamado en nombre de nuestro amor y devoción por la revolución rusa. Nadie me ha escuchado, pero he suscitado reacciones que deben ser comprendidas en buena fe, y ello me ha obligado a ofrecer la dimisión de mi cargo a nuestra junta directora. A causa de la situación política, tales artículos no pueden escribirse. Representamos la opinión media de un público afiliado a diversos partidos; la crisis ministerial, de la cual los periódicos todavía no hablan, pone en peligro la labor de los últimos años. En este momento un conflicto con los comunistas podría tener las más desagradables consecuencias. ¿Salvaríamos con ellos a Dublev?

—Rublev — le rectificó Xenia.

—Sí, Rublev. ¿Le salvaríamos? Mi triste experiencia no me permite creerlo. No veo en

realidad que podamos hacer algo. No puedo hacer otra cosa que visitar a su embajador para hacerle patente mi inquietud.

—Haga esto, por lo menos — murmuraba Xenia, completamente desalentada, porque pensaba: “No harán nada, nadie hará nada, ni siquiera pueden comprender...”

Estuvo tentada de golpearse la cabeza contra la pared. Recorrió diversas redacciones, de prisa, llevada por tal exasperado y desesperado sufrimiento que, más tarde, no tuvo de él sino un recuerdo confuso. Un viejo intelectual de sucia corbata fué casi grosero ante su insistencia.

—*Eh, bien!* Vaya usted a ver a los trotskistas. Nosotros estamos bien informados y tenemos convicciones propias. Todas las revoluciones han producido traidores que, personalmente, pueden ser admirables. Todas han cometido grandes injusticias en casos semejantes, pero hay que considerarlas en su conjunto.

Abrió rabiosamente un periódico de la mañana.

—¡Nuestra labor es combatir a la reacción!

Más tarde, una vieja descuidadamente maquillada se enterneció hasta el extremo de llamar a Xenia *ma chère enfant*.

—Si yo fuera alguien en la redacción, ah, entonces, *ma chère enfant*, créame que... De todas formas, intentaré hacer pasar un suelto subrayando la gran importancia de la labor de su amigo Upleff o Ruleff. Será mejor que me escriba usted correctamente su nombre. ¿Dice usted que es músico? Ah, bien; historiador, sí, sí, historiador.—La vieja se envolvió el cuello con un descolorido pañuelo de seda. — ¡En qué tiempos vivimos, *ma chère enfant!* Da miedo pensar en ello. — E inclinándose hacia ella, sinceramente emocionada: —Dígame..., perdóneme si soy indiscreta, pero es algo tan terriblemente femenino: ¿ama usted a Kiril Rublev? Kiril es un nombre tan hermoso...

—No, no le amo — repuso Xenia, desolada, comprimiendo las lágrimas al par que su cólera.

Se detuvo sin motivo alguno junto al escaparate de una librería y papelería americana, en la Avenida de la Ópera. Varios retratos de pequeñas bellezas desnudas aparecían junto a unos ceniceros, no lejos de mapas de la despedazada Checoslovaquia. Los libros tenían un aspecto rico. Planteaban con idiotéz los grandes problemas. *El Misterio de la Noche sin Luna*, *La Desconocida del Antifaz*, *¡Piedad para las Mujeres!* Todo aquello se bañaba en la futilidad lujuriosa de gentes bien comidas, lavadas y perfumadas que querían sentir ligeros estremecimientos de miedo o de compasión antes de quedarse dormidas entre sábanas de seda. ¿Es posible que en aquellos tiempos todavía existiera alguien que no hubiera aprendido a sentir el miedo y la compasión en su propia carne?

En otro escaparate blanco y dorado, unos hipocampos en peceras prometían felicidad a los compradores de joyas. El éxito en el amor y en los negocios con nuestros broches, nuestras sortijas y los collares *dernier cri*. ¡El hipocampo astral!

¡Huir! Xenia descansó al otro extremo de París, en un banco junto a un paisaje gris de ventanas de hospital y muros enyesados. A cada minuto, un estruendo de hierros lanzados contra el puente del ferrocarril metropolitano le penetraba hasta el fondo de los nervios. ¿De dónde volvió ella, en plena noche, rendida de fatiga, y cómo pudo dormir? Al día siguiente por la mañana, sobreponiéndose a las náuseas, se vistió, se dió carmín en los labios con manos temblorosas, bajó tarde hasta el café y se sentó sin prestar atención a las miradas curiosas y apenadas que se posaban en ella, apoyó la barbilla en la mano y miró al boulevard Raspail. Madame Dalporte personalmente se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—El teléfono, *mademoiselle*. ¿No está usted mejor?

—Sí, sí — repuso Xenia. — No es nada.

En la cabina telefónica, una voz de hombre, segura y aterciopelada, una voz de Juicio final, le habló en ruso.

—Aquí, Kranz. Estoy al corriente de todas sus gestiones, imprudentes y criminales. Le ordeno que cese en ellas inmediatamente. ¿Ha comprendido usted? Las consecuencias pueden ser graves, no solamente para usted...

Xenia colgó el audífono sin contestar. Willi, el primer secretario de la embajada, entraba en el café en aquellos momentos, vestido impecablemente, a propósito para ofrecerle los ceniceros y las pequeñas bellezas desnudas, la revista *Esquire*, guantes amarillos de piel de cerdo, y balancearle todo aquello ante la cara. ¡Arrivista! ¡Falso caballero, falso comunista, falso diplomático, falso, falso! Se descubrió, inclinándose.

—Xenia Vassilievna, tengo un telegrama para usted.

La observó mientras abría el pliego azul. Estaba fatigada, nerviosa, decidida. Debía mostrarse prudente.

Tu madre enferma regresa urgentemente, telegrafiaba Popov.

—Le he reservado una plaza para el avión del miércoles.

—No partiré — dijo Xenia.

Sin ser invitado a ello, se sentó frente a la muchacha. Inclinados el uno hacia el otro, parecían dos enamorados reconciliándose, hablando en tono bajo. Madame Dalporte ya lo comprendía todo.

—Kranz me ha encargado le diga que debe usted regresar, Xenia Vassilievna. Permítame que le diga amistosamente que ha sido usted muy imprudente. Pertenece todos al partido...

No era eso lo que debía decir. Willi prosiguió.

—Kranz es una buena persona. Se siente inquieto por usted y por su padre, a quien está usted comprometiendo gravemente. Ya es viejo. Aquí no puede usted hacer nada, absolutamente nada. Es el vacío.

Estas palabras eran ya más hábiles. El rostro pálido de Xenia perdió algo de su dureza.

—Entre nosotros, creo que al regresar será usted arrestada, pero no será nada grave. Kranz intervendrá en su favor, me lo ha prometido. No hay que tener miedo.

Muy hábil aquella alusión al miedo.

—¿Cree usted que estoy asustada? —dijo Xenia.

—Claro que no. Le hablo como camarada, amistosamente. Yo...

—Regresaré cuando haya terminado lo que debo hacer. Dígaselo así a Kranz. Dígale también que si Rublev es fusilado gritaré en las calles..., escribiré a todos los periódicos...

—No habrá proceso, Xenia Vassilievna. Así se nos ha comunicado. No desmentiremos las noticias de la prensa para no dejar en ridículo a quienes las hayan publicado. Kranz no sabe ni siquiera si Rublev ha sido detenido. Si lo estuviera, todo el ruido que usted hiciera alrededor de su nombre sólo le perjudicaría. Me da miedo oírle hablar así. No la reconozco. Usted es incapaz de traicionarnos. No escribirá nada a nadie, suceda lo que suceda. ¿A quién se dirigiría? ¿Al mundo enemigo que nos rodea? ¿A ese París burgués, a los periódicos fascistas que nos calumnian? ¿A los trotskistas, agentes de los fascistas? ¿Qué otra cosa podría usted originar sino un pequeño escándalo contrarrevolucionario, que complacería enormemente a ciertos diarios antisoviéticos? Xenia Vassilievna, le prometo olvidar cuanto acaba usted de decir. Aquí tiene su billete para el avión que saldrá el miércoles a las 9,45, de Le Bourget. Allí la esperaré. ¿Tiene usted dinero?

—Sí.

No, no tenía dinero, se dijo Xenia, preocupada. Una vez pagada la cuenta del hotel, casi no le quedaría nada. Rechazó el billete.

—Guárdelo, si no quiere que lo rompa ante usted.

Willi lo devolvió a la cartera de la cual lo sacara, tranquilamente.

—Reflexione, Xenia Vassilievna. Mañana por la mañana volveré.

Madame Dalporte se sintió desilusionada al ver que se separaban fríamente.

—Debe ser terriblemente celosa esta pequeña rusa. Son verdaderas fieras en el amor.

—Fieras o desvergonzadas. Esa gente no conoce el término medio.

Xenia vió, a través de los visillos, como Willi, antes de entrar en su Chrysler, miraba hacia lo alto del bulevar, donde apareció una gabardina color castaño claro. Ya me vigilan. Me fuerzan a partir. Son capaces de todo. *Je m'en fous*. Pero...

Contó el dinero que le quedaba, apenas trescientos francos. ¿Debía ir a la delegación soviética del comercio exterior? Seguramente le negarían un anticipo, y quizá no la dejaran siquiera salir del edificio. ¿Vender el reloj con pulsera de oro, o la Leica? Preparó la maleta, metió en la cartera un pijama y algunas cosas menudas y partió sin volver la cabeza, segura de ser seguida, marchando por la rue Vavin. Al llegar al Luxembourg entrevió, cincuenta metros detrás de ella, aquella gabardina.

—Yo soy ahora una traidora como Rublev... Y mi padre también lo es, puesto que soy su hija...

¿Cómo dominar aquella avalancha de pensamientos, aquella indignación, aquel furor? Todo ello se parecía a los hielos flotando en las aguas del Neva: los enormes témpanos, semejantes a estrellas en pedazos, chocan unos con otros, se rozan y autodestruyen, hasta el momento en que desaparecen bajo las quietas olas del mar. Debía soportar sus pensamientos, desgastarles los bordes quebrados, en espera del momento desconocido, pero inevitable, en que todo acabará, de una u otra manera. El momento llegará, pero ¿es posible que venga? ¿Puede no venir? Aquel tormento tenía trazas de no acabar jamás. ¿Qué acabaría, pues? ¿La vida? ¿Me fusilarán? ¿Por qué? ¿Qué he hecho? ¿Qué ha hecho Rublev? Era horrible pensar en todo ello. ¿Permanecer aquí sin dinero? ¿Buscar trabajo? ¿Qué clase de trabajo? ¿Dónde viviría? ¿Por qué vivir?

Unos niños jugaban con sus barquichuelos en el gran estanque circular. En este mundo la vida es tranquila e insípida como los juegos de los niños, que no viven sino para ellos. ¡Qué absurdo vivir para uno mismo! Si me expulsan del partido, jamás podré mirar a la cara de un obrero, no podré explicar nada a nadie, porque nadie me comprenderá. Willi, aquel canalla, lo dijo unas horas antes: “Sí, quizá sean crímenes, pero nosotros no lo sabemos. Nuestro deber es tener confianza ciega, porque ni usted ni yo podemos hacer otra cosa. Acusar o protestar no es sino servir al enemigo. Preferiría ser fusilado yo mismo por error. Ni los crímenes ni las equivocaciones modifican nuestro deber...” Son frases aprendidas de labios de aquel arribista, que se las compondrá para no arriesgar nada. ¿Qué diría, que haría el propio Rublev? La sombra de traición no rozaría su pensamiento...

En la estación del metro de Saint-Michel, Xenia despistó al espía. Siguió vagando por las calles de París, contemplándose algunas veces en las lunas de los escaparates de las tiendas: su silueta de náufrago, con la chaqueta arrugada, los ojos hundidos, no le inspiraban compasión por sí misma, sino que la hacían encontrarse fea. ¡Quiero ser fea, debo ser fea! Las mujeres que pasaban a su lado, preocupadas de sí mismas, cuidadas, con horribles fruslerías en el ojal de la chaqueta sastre o en la blusa camisera, no eran sino animales humanos satisfechos de seguir respirando, pero cuya contemplación daba ganas de dejar de pertenecer a este mundo.

La noche llegó y Xenia, cansada de vagar sin rumbo, se encontró al borde de una plaza intensamente iluminada. Unas cascadas de luz eléctrica se deslizaban por la cúpula monumental de un cinematógrafo y aquellos haces de luces bárbaras rodeaban dos enormes cabezas, repugnantes de beatitud y anonimato, unidas por el más estúpido de los besos. En el otro ángulo de la plaza, que semejaba una hoguera roja y oro, unos amplificadores lanzaban al aire de la noche una canción de amor, acompañada de pequeños gritos estridentes y del golpeteo de tacones sobre planchas de madera. Todo ello parecía a Xenia como un largo y tenaz maullido, del cual se avergonzaba por su acento humano. Hombres y mujeres bebían junto al mostrador y daban la sensación de ser extraños insectos, crueles los unos para con los otros, reunidos en un vivario recalentado con exceso. Entre las dos fogatas, el cinematógrafo y el café, una larga calle se abría en la noche, constelada de anuncios: HOTEL, HOTEL, HOTEL. Xenia siguió por ella, entró en la primera puerta y pidió una habitación para pasar la noche. El viejecito con gafas, a quien sacó de su sopor, parecía inseparable del tablero de las llaves y del escritorio entre los cuales, como en un nicho, estaba colocada su persona apestando a tabaco.

—Serán quince francos — dijo, depositando las gafas de empañados cristales sobre el periódico que había estado leyendo. Sus ojos conejiles parpadearon. — Es raro, pero no la recuerdo, *ma petite*. ¿No será usted Paula, la del pasaje Clichy? ¿No tiene usted costumbre de ir al hotel Morbihan? ¿Quizá es extranjera? Aguarde un instante.

Desapareció bajo el mostrador, reapareciendo debajo de una tabla junto a Xenia, volvió a desaparecer por el corredor, y apareció el propietario, con las mangas de la camisa recogidas sobre sus gruesos brazos de matarife. Aquel hombre parecía caminar entre una nube de grasa. Examinó a Xenia como si fuera a venderla, buscó algo en el escritorio, y, por fin, habló.

—Bien. Llene usted la ficha. ¿Tiene documentos?—Xenia le mostró su pasaporte diplomático.— ¿Sola? Bien. Le daré el número II. Serán treinta francos. El baño está junto a la habitación.

Aquel hombre enorme, de porte bestial, precedió a Xenia en las escaleras, llevando en la mano un manojo de llaves. Fría y pobremente iluminada por las dos lámparas colocadas en las mesillas de noche, la habitación número II despertó en la mente de Xenia el recuerdo de una novela policiaca. En aquel rincón estaba el baúl, con refuerzos metálicos, en el que se encontró el cuerpo cortado en pedazos de la muchacha asesinada.

Un olor a fenol flotaba en el aire. Una vez apagadas las luces, la habitación se llenó, desde el espejo hasta el techo, de luminosos arabescos azules que proyectaban los anuncios luminosos del otro lado de la calle. Xenia descubrió en ellos visiones familiares de su infancia: el lobo, los peces, el torno de hilar de la bruja, el perfil de Ivan el Terrible, el árbol encantado. Se encontraba tan

cansada de andar y de pensar que se durmió rápidamente.

La muchacha asesinada levantó tímidamente la tapa del baúl y estiró sus miembros mortecinos. “No tenga usted miedo, le dijo a Xenia. Yo sé que nosotras somos inocentes”. Tenía la cabellera de náyade y ojos apacibles, parecidos a las margaritas de los campos. “Leeremos juntas el cuento del Pez de Oro. Escuche esta música...” Xenia la metió con ella en la cama para calentarla.

Abajo, detrás del mostrador del portero, el propietario del Hôtel des Deux Lunes hablaba por teléfono con *monsieur* Lambert, comisario adjunto del distrito.

La vida empieza de nuevo a cada despertar. Xenia era demasiado joven para desesperar y se sintió libre de la pesadilla. Si no había proceso, Rublev viviría. Era imposible que le mataran, a él, tan grande y sencillo y seguro. Popov lo sabía y el Jefe no lo ignoraba. Xenia se sintió ligera, se vistió y se encontró hermosa al contemplarse en el espejo. ¿Dónde vio anoche el baúl del asesinato? Estuvo contenta de no haberse asustado. Una llamada suave sonó en la puerta y ella abrió. Un hombre de anchos hombros y de cara triste apareció ante ella en la penumbra del pasillo. Era un rostro carnosos, ni conocido, ni desconocido.

—Kranz — se presentó el visitante con voz gruesa y aterciopelada.

Entró y examinó la habitación. Xenia cubrió la cama deshecha.

—Xenia Vassilievna, vengo a buscarla de parte de su padre. El coche aguarda a la puerta. Venga.

— ¿Y si me niego?

—Le doy mi palabra de que puede usted hacer lo que quiera. Usted no ha traicionado, ni lo hará jamás. No vengo a obligarla a cosa alguna. El Partido tiene tanta confianza en usted como en mí. Venga.

Una vez en el coche, Xenia se rebeló. Kranz, medio vuelto de espaldas a ella, fingiendo encender la pipa, sintió aproximarse la tormenta. El automóvil iba por la rue de Rivoli. Juana de Arco, desdorada, pero muy bella sobre su pequeño pedestal rodeado de una verja, sostenía en la mano una espada infantil.

—Quiero bajar — dijo firmemente Xenia, intentando levantarse. Kranz, agarrándola de los brazos, la obligó a permanecer sentada.

—Bajará usted cuando quiera, Xenia Vassilievna, se lo prometo; pero no ahora, en este momento.

Bajó el cristal de la ventanilla del lado de Xenia. La columna Vendôme desapareció tras una perspectiva de arcadas, al fondo de una pálida claridad.

—No sea impulsiva; se lo ruego. Haga deliberadamente lo que quiera hacer.

Encontraremos varios agentes de policía a lo largo de nuestro trayecto y marchamos despacio. Está usted en libertad de llamar su atención, y yo no me opondré a ello. Usted, ciudadana soviética, se colocará bajo la protección de la policía francesa. Me pedirán mis documentos y quedará usted libre. Las ediciones especiales de las tres de la tarde anunciarán su evasión, es decir, su traición. Enlode a la embajada, enlode a su padre, a nuestro partido y a nuestra patria. Yo tomaré sólo el avión del miércoles y pagaré por usted con Popov. Usted conoce la ley: los parientes más cercanos de los traidores serán, por lo menos, desterrados a las más remotas regiones de la Unión Soviética.

Se apartó de ella, contemplando la náyade tallada en la espuma blanca de su pipa, y abrió la tabaquera.

—Fedia — dijo al chofer —, ten la bondad de disminuir la marcha cuando pasemos junto a algún agente de policía.

—Obedezco, camarada jefe.

Las manos de Xenia se retorcían casi dolorosamente. Miró con odio las cortas esclavinas de los agentes.

—Es usted fuerte, camarada Kranz, y también despreciable.

—No soy ni tan fuerte ni tan despreciable como usted cree. Soy fiel. Y usted también ha de serlo, Xenia Vassilievna, ocurra lo que ocurra.

Tomaron juntos en Le Bourget el avión del miércoles. La Torre Eiffel, adherida a la tierra, se empequeñeció y el sobrio dibujo de los jardines se extendió a su alrededor. El Arco de Triunfo no fué, durante un instante, sino una piedra rectangular en el centro de una estrella formada por varias calles. El maravilloso París desapareció bajo las nubes, dejando en Xenia el pesar de un mundo apenas rozado que no alcanzó a comprender, y que quizá jamás comprendiera. “Nada he podido hacer por salvar a Rublev, pero en Moscú lucharé por él si llegamos a tiempo. Obligaré a mi padre a que haga algo, pediré audiencia al Jefe. Nos conoce desde hace tantos años que no se negará a escucharme, y si me escucha, Rublev estará a salvo”. Xenia vio con la imaginación la entrevista con el Jefe. Sin temor, con confianza, sin humildad, sabiendo bien que ella no era nada, y él encarnaba el partido por el cual todos debían vivir y morir; sería breve y directa, ya que los minutos del jefe son preciosos. Cada día debe resolver los problemas de la sexta parte del Globo. Habría que hablarle con el alma para convencerle en pocos instantes. Kranz la abandonó a sus propios pensamientos. Él leía ora revistas tontas, ya publicaciones de índole militar, en varios idiomas. El poema de las nubes se desplegaba sobre la tierra. Los ríos cuyo curso se iniciara a lo lejos hacían más bello el paisaje.

Comieron casi alegremente en Varsovia. Parecía una ciudad más lujosa y elegante que París,

pero desde el aire se la veía rodeada de espacios pobres y aparentemente amenazadores. Pronto se vieron a través de los desgarrones de las nubes inmensos bosques sombríos...

—Ya llegamos — murmuró Xenia, presa de una alegría tan viva que se lanzó briosamente hacia su compañero de viaje.

Kranz se inclinó hacia la ventanilla y miró hacia abajo. Parecía cansado.

—Son ya las tierras de los *kolkhozes* — dijo con una triste alegría. — Las pequeñas parcelas han desaparecido.

Eran campos infinitos de un color incierto, entre ocre y pardo grisáceo.

—Dentro de veinte minutos llegaremos a Minsk. — De debajo de la *Revue de l'Infanterie Française* sacó un ejemplar de *Vogue* y hojeó sus páginas de papel satinado. — Perdóneme, Xenia Vassilievna. Tengo instrucciones precisas acerca de usted. Le ruego se considere arrestada. En Minsk la policía se hará cargo de usted. No se inquiete por ello. Espero que todo se arreglará satisfactoriamente.

En la cubierta de la revista elegantes cabezas ensombreradas mostraban sus caras de labios pintados en distintos tonos de carmín. Quinientos metros debajo de ellos, entre las tierras recién aradas, unos campesinos vestidos de harapos del color de la tierra marchaban detrás de una carreta pesadamente cargada. Animaban al derrengado caballejo y empujaban las ruedas que se atascaban en el barro.

“No podré hacer nada por Rublev”, pensó Xenia, desolada. Aquellos campesinos de la carreta atollada tampoco podían hacer nada por persona alguna, y nadie podía hacerlo por ellos. Desaparecieron y la tierra desnuda se fué acercando lentamente.

Al recibir el criminalmente insensato telegrama de su hija, Popov se debatió entre la inquietud y el abatimiento. Además, el reumatismo le atormentaba cruelmente. A su alrededor se formaba un ambiente realmente frío. Atkine, el nuevo fiscal del Tribunal Supremo, que investigaba las actividades de su predecesor, llevó su velada insolencia hasta hacerse excusar dos veces cuando Popov le invitaba o se hacía anunciar a él. En “el Secretariado General, Popov no encontró sino caras distraídas, que le parecieron hipócritas. Nadie se apresuró a recibirle. Gordeev, que acostumbraba a consultarle sus asuntos, no se dejó ver durante varios días, pero fué a visitarle al cuarto, al enterarse de que Popov, por encontrarse indispuesto, no abandonaba su domicilio. Los Popov habitaban en una villa del Comité Central en los bosques de Byokovo. Gordeev llegó vestido de uniforme. Popov le recibió en bata. Caminaba sobre la alfombra apoyándose en un bastón. Gordeev empezó preguntándole acerca de su reumatismo, le ofreció mandarle un médico del que se contaban grandes cosas, no insistió, y aceptó un vaso de brandy. Los muebles, las alfombras, todo en aquel interior, aparentemente tranquilo y polvoriento, era

viejo. Gordeev tosió para aclararse la voz

—Le traigo noticias de su hija. Está muy bien. Ella..., ella se encuentra detenida. Cometió algunas imprudencias en París, ¿Estaba usted enterado de ello?

—Sí, sí — dijo Popov, aterrado —; adivino... es posible. Recibí un telegrama. ¿Cree usted que es grave?

Cobardemente se preguntaba si sería grave para él.

Gordeev miró, perplejo, las uñas de sus manos abiertas, pasó luego la mirada por la habitación y la fijó finalmente en los abetos ennegrecidos al otro lado de la ventana.

— ¿Cómo puedo decírselo? Todavía no lo sé. Todo depende del atestado. Formalmente, puede ser algo grave: tentativa de desertión en el extranjero hallándose en misión oficial y manejos contrarios a los intereses de la Unión Soviética. Éstas son las palabras del Código, pero espero sinceramente que en realidad no se trate sino de imprudencias o, digamos, acciones irreflexivas, más reprochables que reprensibles.

Popov, frioleraamente encogido, se volvía tan viejo que perdía consistencia.

—Lo malo, camarada Popov, es que... Me es penoso explicárselo. Ayúdeme.

(Quería ser ayudado, aquel animal).

—Eso le crea una situación delicada, camarada Popov. Esos artículos del código, que no aplicaremos, naturalmente, en todo su rigor, a menos que recibamos órdenes superiores, prevén ciertas..., ciertas medidas..., que conciernen a los padres de los culpables. Ya sabe usted que el camarada Atkine ha abierto un atestado, todavía secreto, contra Ratchevsky. Hemos comprobado la destrucción increíble, pero no por ello menos cierta, por Ratchevsky, del sumario por el sabotaje de Aktiubinsk. Se ha investigado el origen extremadamente molesto de una indiscreción que ha hecho que la prensa extranjera hable de un nuevo proceso. Incluso hemos pensado en una maniobra de agentes extranjeros. Ratchevsky, con quien es muy difícil hablar, pues parece estar continuamente ebrio, admite haber redactado un comunicado al respecto, pero pretende haberlo hecho por instrucciones verbales de usted. Una vez se le detenga, yo personalmente le interrogaré y no le permitiré eludir sus responsabilidades. La coincidencia entre este incidente y la acusación que pesa sobre su hija, es, ¿cómo diría yo?, verdaderamente deplorable.

Popov no contestó. Unas dolorosas punzadas le atravesaban los miembros. Gordeev trató de juzgarle: ¿era un hombre acabado o un condenado viejo zorro capaz de salir de aquel embrollo? Era difícil asegurarlo, pero la primera hipótesis era la más probable. El silencio de Popov le invitaba a acabar de hablar. Popov le miraba con ojos de bestia acorralada.

—No creo que pueda usted dudar de mis sentimientos, camarada Popov.

El otro no se movió. O dudaba de las palabras que le decía, o se burlaba de él, o se sentía

demasiado mal para darles la menor importancia. Gordeev no juzgó necesario concretar sus pensamientos.

—Se ha decidido, con carácter provisional, rogarle que permanezca en su domicilio y se abstenga de toda comunicación telefónica.

—¿Ni con el Jefe del partido?

—Me es muy penoso insistir; con nadie. Si lo intenta, es muy posible que la comunicación sea cortada.

Gordeev salió. Popov no se movió de su asiento. La habitación se oscurecía. Empezó a llover entre los abetos. Las sombras de la noche se insinuaban en los senderos del bosque. Popov, en su sillón, se confundía con las cosas oscuras. Su mujer, encorvada, con los cabellos grises, andando sin ruido, como una sombra ella también, entró en la habitación.

—¿Enciendo la luz, Vassili? ¿Cómo te encuentras?

El viejo contestó en voz muy baja:

—Bien. Xenia está detenida. Nosotros, tú y yo, estamos arrestados. Me siento infinitamente fatigado. No enciendas la luz.

X

EL DESLIZAMIENTO DE LOS TÉMPANOS PROSIGUE

La vida del *kolkhoze* *El Camino del Porvenir* semejaba verdaderamente una carrera de obstáculos. Definitivamente constituido en 1931, después de dos depuraciones en el pueblo, seguidas de la deportación, sabe Dios dónde, de las familias acomodadas y de algunas pobres cuyo espíritu no era satisfactorio, el *kolkhoze* careció al año siguiente de caballos y ganado, ya que los campesinos se ingeniaron para destruirlos antes que entregarlos a la empresa colectivizada. La falta de piensos, las negligencias y las epizootias acabaron con los últimos caballos poco antes de que se estableciera seriamente en Moltchansk la Estación de Máquinas y Tractores (EMT). El arresto del veterinario local, probablemente culpable de lo sucedido, pues pertenecía a la secta de los Baptistas, no mejoró en nada la situación. La dificultad de las comunicaciones por carretera con el centro regional hizo que la EMT pronto acusara la falta de piezas de recambio para las reparaciones de las máquinas, y de carburante.

El viejo pueblo de Pogoreleo, así llamado para perpetuar el recuerdo de los incendios de antaño, situado sobre el Seroglazaya, el Río de los Ojos Grises, era el más alejado de la EMT y fué uno de los últimos en ser servidos. La fuerza motriz falló y los *mujiks*, bajo el control de un obrero comunista de la fábrica de bicicletas de Penza, movilizado por el partido y nombrado presidente del *kolkhoze* por el comité regional, pusieron muy poca voluntad en sembrar los campos, que ya no consideraban suyos. Estaban seguros de que el estado se incautaría totalmente de las cosechas; tres de ellas fueron deficitarias. El hambre se extendía y un grupo de hombres se refugió en los bosques, siendo abastecidos por sus familias, que, aquella vez, las autoridades no osaron deportar. El hambre acabó con los niños, la mitad de los ancianos y algunos adultos. El presidente de un *kolkhoze* fué arrojado al Seroglazaya con una piedra amarrada al cuello. El nuevo estatuto, varias veces modificado por el Comité Central, estableció una paz precaria al restablecer propiedades familiares en la explotación colectiva. El *kolkhoze* recibió la visita de un buen agrónomo y fué provisto de simientes de buena calidad y fertilizantes químicos. El verano fué excepcionalmente caluroso y húmedo, y los campos se cubrieron de magníficas espigas doradas, a pesar de la cólera y la división de los hombres. Hubo escasez de brazos para la recolección y una parte de la cosecha se pudrió. El obrero de la fábrica de bicicletas fué juzgado por incapacidad, incuria y abuso de poder, siendo condenado a tres años de trabajos forzados.

—Deseo buena suerte a mi sucesor — dijo simplemente.

La dirección del *kolkhoze* pasó a manos del presidente Vaniuchkine, comunista local recién licenciado del ejército. Gracias a las nuevas directivas del Comité Central, en 1934-1935, el

kolleboze, después de la gran hambre, entró en convalecencia, al ritmo bienhechor de lluvias y nieves, de las estaciones clementes, de la energía de los jóvenes campesinos, y, según alegaban algunas viejas y dos o tres barbudos creyentes, por el retorno del ministro del Señor, el Padre Guerassime, amnistiado al fin de sus tres años de deportación. Las crisis estacionales siguieron produciéndose, aunque no podía negarse que el plan de cultivo, la selección de simientes, y el empleo de máquinas obligaron a la tierra á aumentar sensiblemente su producción. El agrónomo Kostiukine, curioso personaje, y un militante de las juventudes comunistas, enviado por el comité regional y a quien todo el mundo llamaba familiarmente Kostia, llegaron para restablecer “definitivamente” la situación. Poco antes de la sementera de otoño, el agrónomo Kostiukine comprobó que un parásito atacaba las simientes, una parte de las cuales había sido ya robada. La Estación de Máquinas y Tractores no facilitó sino un tractor en lugar de los dos prometidos, y los tres indispensables, careciéndose de combustible para él. Una vez recibida la gasolina, se averió. Las labores se hicieron penosamente y tarde con los caballos, pero como éstos no pudieron, desde aquel momento, ser empleados en el abastecimiento regular del *kolleboze* por la cooperativa local, pronto se acusó la falta de artículos manufacturados. La mitad de los camiones estaban inmovilizados por falta de carburante. Las mujeres empezaron a murmurar diciendo que se acercaba otra época de hambre, que sería el justo castigo de sus pecados.

Es una tierra llana, ligeramente ondulada, de líneas severas bajo las nubes, en las cuales se ven claramente como los arcángeles blancos se persiguen mutuamente de un horizonte a otro. Moltchansk se encuentra a unos sesenta kilómetros de distancia, por caminos polvorientos o enlodados, según la época del año. La estación del ferrocarril está a unos 15 kilómetros de Moltchansk, y la ciudad más cercana, el centro regional, a 170 kilómetros por ferrocarril. En resumidas cuentas, una situación bastante privilegiada desde el punto de vista de las comunicaciones. Las sesenta y cinco casas, varias de ellas deshabitadas, construidas de madera o tablas y cubiertas de bálago gris, en semicírculo en lo alto de la loma junto al recodo del río, están rodeadas de pequeñas verjas y semejan un cortejo de viejas vacilantes. Las ventanas miran a las nubes, a las dulces aguas grises, a los campos de la margen opuesta y a la sombría línea malva de los bosques en la lontananza. En los senderos que descienden hasta el río se ven siempre niños o mujeres jóvenes que traen agua en pequeños cubos de madera suspendidos de una palanca que llevan a los hombros. Para evitar que el agua se derrame a causa del vaivén producido por el movimiento, se hacen flotar en ella discos de madera.

Mediodía. Los campos labrados se calientan al sol. Tienen hambre de simiente. No se puede mirarlos sin pensar en ello. ¡Dadnos grano o pasaréis hambre! ¡Daos prisa, los días buenos se acaban; daos prisa, la tierra espera...! El silencio de los campos es un lamento continuo... Unos

blancos copos de nubes discurren perezosamente en el cielo indiferente. Dos mecánicos desolados cambian consejos y juramentos junto a un tractor fuera de combate, detrás de las casas. El presidente Vaniuchkine está ciego de furor. La espera de los campos le hace sufrir, el pensamiento del plan le hostiga, no duerme, no tiene nada que beber, el vodka se ha acabado. Los mensajeros que manda a Moltchansk regresan agotados, cubiertos de polvo, con papeles escritos a lápiz: “No desmayes, camarada Vaniuchkine. El primer camión disponible será para ti. Saludo comunista. Petrikov”. Esto no significa nada. ¡Quién sabe qué hará ese sinvergüenza con el primer camión disponible, cuando todos los *kollehozes* del distrito le abrumen con parecidas demandas! Y, además, ¿habrá acaso un primer camión disponible?

El despacho de la administración no estaba amueblado sino con una desnuda mesa cubierta de papeles desordenados, amarillos como hojas muertas. Por la ventana se veía la masa compacta de los campos. Al fondo de la habitación, un retrato descolorido del Jefe contemplaba un *samovar* humeante colocado encima de la estufa. Debajo de él, unos sacos amontonados se desfondaban. Ni uno solo de ellos contenía la cantidad de grano prescrita. Era contrario a las instrucciones de la Dirección Regional de *Kollehozes*, y Kostia, al comprobarlo, lo subrayaba despectivamente.

—No vale la pena fatigarse para verificar el hurto de simientes, Iefime Bogdanovitch. Si crees que los *mujiks* no se dan cuenta de ello porque carecen de medios para pesarlas...! No les conoces bien; son capaces de pesar un saco de grano con sólo mirarlo. Ya verás tú lo que van a decir.

Vaniuchkine chupaba un cigarrillo apagado.

— ¿Qué quieres que haga? Me daré una vuelta por el Tribunal del acantonamiento. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Vieron a través de los campos cómo el agrónomo Kostiukine se dirigía hacia ellos, con sus pasos saltarines, balanceando los brazos como si flotaran en el aire.

— ¡Sólo nos faltaba éste!

— ¿Quieres que te diga lo que va a contarnos, Iefime Bogdanovitch?

— ¡Oh, cállate!

Kostiukine entró en la habitación. La gorra amarilla le caía sobre los ojos. Unas gotas de sudor le perlaban la nariz roja y puntiaguda, y tenía unas briznas de hierba en la barba enmarañada. Inmediatamente se quejó. Llevaban cinco días de retraso de acuerdo con el plan. Faltaban camiones para transportar las simientes no atacadas, prometidas por el acantonamiento. La Estación de Máquinas y Tractores había prometido, pero no cumpliría sus promesas.

— ¿Habéis visto que esa gente cumpla alguna vez lo que promete? La Estación no recibirá las piezas de recambio antes de diez días, debido al embotellamiento de los ferrocarriles. Lo sé de

buena tinta. El plan de siembra se ha ido al diablo. Ya os lo dije. Si todo va bien, tendremos un déficit del cuarenta por ciento; pero si las heladas...

El pequeño rostro rojizo de Vaniuchkine, parecido a un puño aplanado por un golpe, se cubrió de arrugas circulares. Miró con odio al agrónomo, como si hubiera querido decirle: “Estás contento, ¿eh?” Kostiukine gesticulaba demasiado. Al hablar parecía que cazaba moscas. Sus húmedos ojos se tornaban demasiado brillantes. Su voz de grillo bajaba, bajaba, pero cuando parecía que iba a desaparecer, sonaba en tonos roncós. La administración del *kolkhoze* le temía un poco, porque escandalizaba sin cesar, profetizando las peores desgracias, y preveía tan acertadamente el futuro que, por este mismo hecho, parecía suscitar las calamidades. ¿Qué pensar de él? Era un ex saboteador arrepentido, que regresaba del campo de concentración, en el que fué internado por haber dejado pudrir una cosecha completa en las Tierras Negras. De creer sus palabras, ello fué debido a falta de mano de obra para la recolección. Fué puesto en libertad antes del fin de su condena, debido a su trabajo ejemplar en las granjas de la administración penitenciaria. Los periódicos hablaron de él a causa de un nuevo sistema para la roturación de las tierras en los países fríos, y fué condecorado con la medalla del Honor al Trabajo, por haber establecido, durante una fuerte sequía, un ingenioso sistema de irrigación en los *kolkhozes* del país votíaco. Era, pues, un técnico muy hábil, quizá un no menos hábil contrarrevolucionario, quién sabe si sinceramente arrepentido o admirablemente disfrazado. Debía desconfiarse de él, y, sin embargo, escucharle y respetarle; después de esto, desconfiar doblemente. El presidente Vaniuchkine, instruido en sus labores por los cursos abreviados para dirigentes de explotaciones colectivas, antiguo albañil y soldado de infantería, no sabía ciertamente qué hacer. Kostiukine siguió hablando. Los campesinos estaban alarmados.

—Trabajamos para morir de hambre el próximo invierno. ¿Quién nos sabotea? Los campesinos quieren escribir al comité regional y denunciar al acantonamiento. Hay que reunirles en asamblea y hablarles. — Kostia se mordía las uñas. — ¿A qué distancia está el acantonamiento?

—A cincuenta y cinco kilómetros a través de los campos.

El agrónomo y Kostia se comprendieron. Pensaron en lo mismo a la vez. Las simientes, los productos de consumo, los fósforos, las telas prometidas a las mujeres, todo ello podía ser transportado a hombros por los hombres. Movilizando a todo el mundo, a las mujeres válidas y a los muchachos de dieciséis años para relevar a los portadores, podía hacerse en tres o cuatro días. Los días y noches de trabajo devengarían doble paga. Les prometerían una distribución extraordinaria de jabón, cigarrillos e hilo de coser.

—Si la cooperativa se niega a entregar el racionamiento extraordinario, les diré: O lo hacéis,

o el plan se va al diablo. No pueden negarse. Sabemos muy bien cuáles son sus existencias. Prefieren guardarlas para los miembros del partido, los técnicos y algunos más, lo cual está muy bien. Pero por una vez deberán ayudarnos. Les iremos a ver todos juntos. Incluso habrán de entregarnos agujas de coser. Negarán tenerlas, pero sé que las acaban de recibir.

El agrónomo y Kostia se lanzaban al rostro frases duras, como si fueran piedras. Kostiukine se revolvía en la blusa gris, con los bolsillos atestados de papeles. Kostia le tomó de los codos y se encontraron cara a cara el joven perfil energético y el viejo rostro de nariz puntiaguda, con los labios cortados que se entreabrían, mostrando unos dientes cariados:

—Convoquemos la asamblea. Podemos movilizar hasta ciento cincuenta porteadores si la gente de Iziunka viene...

—¿Y si obligáramos al pope a que les hablara? —propuso el presidente Vaniuchkine.

—No vacilaría en llamarle, si fuera capaz de hacer un buen discurso de agitación —repuso Kostia. —Veríamos sus largas uñas pasar a través de las botas, oliendo a grasa humeante, y dar en el aire ligeros golpes con su lengua de fuego. “¡Por el cumplimiento del plan de simientes, ciudadanos!” Yo bien quiero que el diablo nos venda su alma.

Los tres rieron a mandíbula batiente. La tierra rojiza también reía a su manera y su risa era solamente perceptible para aquellos tres hombres. El horizonte oscilaba ligeramente y una nube cómica divagó por el firmamento.

La asamblea del *kolkhoze* se reunió en el patio de la administración, a la hora del crepúsculo, cuando los mosquitos atormentan más. Mucha gente acudió, pues el *kolkhoze* se sentía en peligro. Las mujeres estaban contentas de que el Padre Guerassime hablara. Se sacaron bancos para ellas y los hombres permanecieron de pie.

El presidente Vaniuchkine tomó la palabra en primer lugar, intimidado en el fondo de su alma por doscientas cabezas indistintas y murmurantes.

—¿Por qué has mandado detener a los Kibiotkine? —preguntó alguien desde las últimas filas.— ¡Anatema!

Simuló no haber oído. Hablaba con palabras altisonantes, deber, plan, el honor del *kolkhoze*, el gobierno exige, los niños, el hambre del próximo invierno, mirando la roja bola del sol que se sepultaba en el sombrío horizonte, entre nieblas amenazadoras.

—Cedo la palabra al camarada Guerassime.

La gente, compacta como un solo ser oscuro, se agitó. El Padre Guerassime subió sobre la mesa.

A raíz de la Gran Constitución Democrática concedida por el Jefe a los pueblos federados, el sacerdote dejó de esconderse y permitió que la barba y los cabellos crecieran según la antigua

costumbre, a pesar de pertenecer a la nueva iglesia. Oficiaba en una *isba* abandonada, que reconstruyó con sus propias manos y en la cual levantó una tosca cruz pintada de amarillo, también por sus propias manos. Era un buen carpintero y un pasable jardinero, que aprendió estos trabajos en el Campo Especial de Recuperación para el Trabajo en las islas del Mar Blanco; conocía a fondo el Evangelio e incluso las leyes, reglamentos y circulares del Comisariado de la Agricultura y de la Dirección General de los *Kolkhozes*. Odiaba profundamente a los enemigos del pueblo, a los conjurados, sabotadores y traidores, a los agentes del extranjero, en una palabra, a los fascistas-trotzkistas, cuya exterminación predicara desde el púlpito, es decir, desde lo alto de una escalera adosada a la pared de la *isba*. Las autoridades del distrito le apreciaban. No era sino un *mujik* de larga cabellera, algo mayor que los otros, casado con una plácida vaquera. Lleno de un buen sentido malicioso, con su voz baja y dulce, en las grandes circunstancias dejaba que el espíritu apuntara a través de sus vehementes palabras. Todos los rostros le miraban, emocionados, incluso los de los jóvenes comunistas recién llegados del servicio militar.

—¡Hermanos cristianos! ¡Honrados ciudadanos! ¡Gentes de la tierra rusa!

Mezcló en sus palabras la gran patria, la vieja Rusia, nuestra madre, el jefe amado que piensa en los humildes, piloto infalible, sobre cuya figura pesa una gran responsabilidad.

—El Dios que nos ve, Nuestro Señor Jesucristo, maldijo a los holgazanes y a los parásitos, expulsó a los mercaderes del templo y prometió el cielo a los buenos obreros. San Pablo gritó al mundo: “¡Quien no trabaje no debe comer!” — Agitó en la mano un pedazo de papel. — Gentes de la tierra, la batalla del trigo es nuestra lucha. Una bestia infernal se agita todavía bajo nuestros pies. El glorioso poder del pueblo acaba de aplastar a tres asesinos, a tres almas vendidas a Satanás que apuñalaban cobardemente al Partido por la espalda. ¡Que se consuman en el fuego eterno, mientras nosotros salvamos las próximas cosechas!

Kostia y María aplaudieron a la vez. Se encontraron en las últimas filas, desde donde se veía solamente la cabellera enmarañada del pope sobre un fondo tristemente azulado. Los campesinos se persignaban. Kostia rodeó con la mano el cuello y las trenzas de María. Aquella muchacha de pómulos duros y nariz respingona le insuflaba calor. Cuando se acercaba a ella, era como si su sangre le corriera más rápidamente por las venas. Su boca y ojos eran grandes y había en ella tanta animalidad vigorosa como luminosa alegría.

—Es un hombre de la Edad Media, pero habla muy bien ese viejo pope, María. Ya hemos dado el primer paso...

El seno de María rozó el brazo de Kostia, y éste aspiró el fuerte olor de la muchacha y vio sus ojos vertiginosos y llenos de alegría.

—Hay que tomar decisiones, Kostia. De lo contrario nuestras gentes son capaces de

disgregarse.

El Padre Guerassime seguía hablando.

—¡Camaradas! ¡Cristianos! Nosotros mismos iremos a buscar las simientes, las herramientas, los materiales. Los llevaremos sobre nuestras espaldas, con las frentes sudorosas, como esclavos de Dios que somos, ciudadanos libres. Y el Maligno, que quiere que el plan fracase, que el gobierno nos acuse de sabotadores, que tengamos hambre, será obligado a tragarse su propio mal con su pestilente garganta.

Una voz de mujer le contestó.

— ¡Emprendamos ya el camino, Padre!

Inmediatamente se formaron equipos para reunir los sacos. Había que partir aquella misma noche, bajo la luna, con Dios, por el plan, por la tierra.

Los ciento sesenta y cinco porteadores, capaces de llevar, turnándose, sesenta bultos, se adentraron en la noche. La hilera de caminantes se hundía en los campos negros. Kostia iba al frente del primer grupo, de cara a la luna ascendente, formado por aquellos jóvenes que cantaban a coro hasta perder el aliento:

*Si es la guerra,
si es la guerra,
patria poderosa,
¡cuán fuertes seremos!
¡Muchacha, muchacha,
cómo me gustan tus ojos!*

El Padre Guerassime y el agrónomo Kostiukine cerraban la marcha para animar a los retardados. Acamparon en la margen del Seroglazaya, el Río de los Ojos Grises, más lechoso que gris. El frío rocío del amanecer les transió. Kostia y María durmieron varias horas el uno contra el otro, bajo la misma manta, demasiado fatigados para hablar, aunque la luna era embrujadora y estaba rodeada de una palidez vasta como el mundo. Partieron con el alba, y al mediodía volvieron a dormir en el bosque, donde buscaron refugio del calor. Atravesaron después nubes de polvo, para llegar al acantonamiento antes de que cerraran las oficinas. El comité del partido les ofreció una abundante cena de sopa de pescado y gachas de avena. La orquesta de los camioneros los despidió con alegres sonos, mientras unos se encorvaban bajo los sacos y fardos, y los demás marchaban cantando, detrás de la bandera de las Juventudes que les acompañó hasta la primera curva del camino. Kostiukine, Kostia y el Padre Guerassime fueron al Comité para verter sus amargas quejas.

—Nos faltan medios de transporte. No tenemos ni camiones, ni tractores, ni carretas. ¡Que el diablo os lleve!

El rostro de Kostiukine tenía el aspecto furioso como la cabeza rojiza y arrugada de un viejo pájaro de presa.

—Menos mal que nosotros estamos cerca, pero ¿y los *kolkhozes* que se encuentran a más de cien kilómetros? ¿Qué van ellos a hacer?

—Es cierto, camaradas — respondió el secretario del acantonamiento, haciendo un gesto demostrativo hacia uno de los suyos, como diciéndole: “Esto va por ti”.

El Padre Guerassime no intervino sino al final, con voz velada y con muchos sobreentendidos.

—¿Está usted seguro, camarada secretario, que no se trata de algún sabotaje?

—¡Yo respondo de ello, meritorio camarada del culto! —exclamó, picado, el secretario.

—En su lugar, yo no estaría tan seguro, pues solamente Dios puede ver en las conciencias.

Las palabras del pope causaron risa.

—¿No os parece que se está volviendo demasiado influyente? —preguntó a media voz el representante de la policía, dudando entre dos directivas, la que ordenaba que no se permitiera al clero adquirir influencia política y la que abogaba por la cesación de las persecuciones antirreligiosas.

—Juzgad vosotros mismos — repuso el secretario del partido, igualmente en voz baja.

Kostia aumentó su embarazo al subrayar que “el meritorio ciudadano del culto había sido su verdadero organizador”.

Cada hora tenía un valor incalculable, puesto que el plan de sementera estaba atrasado por lo menos en ocho días, después de haber perdido muchos más en espera de medios de transporte, y no había que olvidar que las lluvias se aproximaban. Los ciento sesenta y cinco portadores caminaron hasta el agotamiento, encorvados bajo sus fardos, sudorosos, doloridos, jurando y rezando. Los caminos eran abominables, los pies pisaban un blando barro y tropezaban en la oscuridad contra las piedras salidas de Dios sabe dónde. La luna, enorme, rojiza y socarrona, ascendía en el firmamento. Kostia y María se relevaban llevando el mismo saco de setenta libras, tratando el primero de llevarlo el mayor tiempo posible, procurando siempre resistir más que María. La muchacha, empapada en sudor, caminaba como una sonámbula. Los portadores llegaron a una planicie plateada. La luna, que cambiara su color rojizo por el blanco, estaba sobre sus cabezas, en el cenit. Sus sombras se movían bajo sus pies, en la fosforescencia terrestre. Los grupos se espaciaban. María caminaba con las axilas al aire, sosteniendo con ambas manos el fardo colocado sobre la cabeza y los hombros, sin encorvarse, con la vista mirando fijamente

hacia adelante y la línea tendida de su pecho resistiendo la atracción de la tierra. Con la boca entreabierta mostraba los dientes a la noche. Hacía horas ya que Kostia dejara de bromear; casi ya no hablaba.

—No somos sino músculos en movimiento... Músculos y voluntad... Esto son los hombres y las masas...

Súbitamente fué como si la tierra, el cielo malva y lechoso, la noche lunar cantaran en él: “Te amo, te amo, te amo...”, repitiéndolo sin cesar, definitivamente, con un entusiasmo tenaz.

—Dame el saco, María.

—Todavía no; cuando lleguemos a aquellos árboles... No me hables, Kostia. — Hablaba dulcemente.

Él seguía en silencio: “Te amo, te amo, te amo...” y su fatiga se disipó, la luz de la luna le aligeró maravillosamente.

Al llegar al Río de los Ojos Grises, el Seroglazaya, donde los ciento sesenta y cinco porteadores dormirían varias horas hasta el alba, Kostia y María se acostaron junto a -su saco, cara al cielo. La hierba era blanda y estaba fría y húmeda.

—¿Estás bien, Marussia? —preguntó Kostia con tono indiferente al principio de la corta frase, y súbitamente con voz acariciadora al emplear el diminutivo.— ¿Duermes ya?

—Todavía no — repuso ella. — Estoy bien. ¡Qué sencillo es todo: el cielo, la tierra, nosotros...!

Acostados uno junto a otro, rozándose los hombros, infinitamente cerca y, al mismo tiempo, separados, miraban al espacio.

—María, entiéndeme bien. María, es verdad. Te quiero, María — dijo Kostia sin moverse, sonriendo al cielo débilmente brillante.

Ella no se movió, con las manos debajo de la nuca. Él notaba su respiración uniforme. María tardó en responder calmosamente.

—Está muy bien, Kostia. Haremos buena pareja.

Una cierta angustia se apoderó de él y tragó saliva para librarse de ella. No supo ni qué hacer, ni qué decir. Transcurrió un momento. La noche era espléndidamente luminosa.

—Conocí una María en las obras subterráneas del metro de Moscú — dijo Kostia. — Tuvo un triste fin, que no merecía. Le faltaban nervios. Yo la llamo María la Infortunada. Quiero que tú seas María, la Feliz. Y así será.

—No creo en la felicidad en las épocas de transición — repuso ella. — Trabajaremos juntos. Veremos la vida y lucharemos. Juntos.

Él pensaba: “Es raro; henos aquí marido y mujer, y hablamos como amigos. Quería

apretarla entre mis brazos y ahora no quiero sino prolongar este instante...”

—Yo he conocido otro Kostia — dijo ella, después de un corto silencio. — Pertenecía a las Juventudes, al igual que tú. Era casi tan bien parecido como tú, pero también un imbécil y un grosero.

—¿Qué te hizo?

—Me dejó encinta, y después me plantó, porque soy creyente.

—¿Eres creyente, María?

Kostia la rodeaba los hombros con el brazo, buscaba su mirada y la encontró tranquila y clara como aquella noche.

—No soy beata, Kostia. Trata de comprenderme. Creo en todo lo que existe. Mira a nuestro alrededor. ¡Mira!

Su cara con los labios firmemente destacados se inclinó hacia él para mostrarle el Universo: el cielo tranquilo, las planicies, el río invisible bajo los cañizales...

—No puedo decirte exactamente en qué creo, Kostia, pero creo en algo. Quizá no es otra cosa que la realidad. Debes comprenderme.

El chorro de ideas atravesó a Kostia; lo percibió en su pecho y en todo su cuerpo y también en su espíritu. La realidad comprendida en un solo movimiento del ser. Somos inseparables de las estrellas, de la magia auténtica de aquella noche sin milagro, de la espera de los campos, de toda la fuerza confusa que existe en nosotros. Se sintió alegre.

—Tienes razón, María. Como tú, creo; veo...

El cielo, la tierra y la noche misma, donde no existían las tinieblas, les unirían indeciblemente, frente contra frente, mezclando sus cabellos, los ojos en los ojos, la boca contra la boca, y los dientes entrechocando dulcemente.

—Te quiero, María.

Estas palabras no eran sino pequeños cristales dorados que arrojaba a las aguas profundas, sombrías, espesas, borbotantes, exaltantes...

—Pero ya te he dicho que te quiero, Kostia — repuso María con una sorda violencia.

María prosiguió.

—Me parece tirar piedrecitas blancas al cielo y ver cómo se convierten en meteoros. Desaparecen, pero estoy segura de que no caen a la tierra. Es así cómo te quiero. ¿Qué es lo que nos mece? —murmuró ella aún. — Me siento adormecer,

Se durmió con la mejilla apoyada contra el saco, entre el olor del trigo. Kostia la contempló un instante. Su alegría era tan grande, que semejaba una tristeza. El mismo mecimiento le adormeció a su vez.

La última etapa, cubierta, primero, entre la niebla matinal, y, después, bajo el sol, fué la más penosa. La hilera de porteadores vacilantes iba de un horizonte a otro. Vanuchkine, el presidente del *kolkhoze*, fué a su encuentro con unas carretas. Kostia le echó rudamente su saco sobre la cabeza y los hombros.

—Ahora te toca a ti, presidente.

Una gran alegría se extendía sobre el paisaje.

—La sementera se ha salvado, hermano. Fírmame en seguida una licencia de quince días para María y para mí. Nos casamos.

—Enhorabuena — dijo el presidente.

Chasqueó la lengua para acelerar el paso de los caballos.

Romachkine vivía más dignamente que antaño. Sin cambiar de despacho en el quinto piso del Trust de la Confección de Moscú, y aunque no formaba aún entre las filas del partido, se sentía engrandecido. Un aviso colocado en el pasillo anunció, cierta tarde, que “el subjefe de la sección de salarios, Romachkine, colaborador puntual y celoso de su deber, era ascendido a primer subjefe, con un aumento de sueldo de 50 rublos al mes y mención en el Cuadro de Honor”. Pasó, de su escritorio manchado de tinta, situado entre la ventana y el armario, a uno recién barnizado colocado frente a otro semejante, pero mayor, que ocupaba el Director de Tarifas y Salarios del Trust. Romachkine disponía de un teléfono interior, en realidad muy molesto, por cuanto las llamadas interrumpían sus cálculos, pero que él consideraba como un símbolo de autoridad. El propio Presidente del Trust le llamaba ocasionalmente por aquel teléfono para pedirle diversas informaciones. Eran momentos graves. Romachkine se sentía apenado al contestarle sentado, sin poderse inclinar ni sonreír amablemente. De haberse encontrado solo, se hubiera levantado para mejor tomar un aire deferente y prometer: “Sí, camarada Nikolchine; tendrá usted los datos exactos dentro de quince minutos...” Una vez hecha esta promesa, Romachkine se reclinaba contra el respaldo del sillón, daba una mirada importante a los cinco escritorios del despacho y llamaba con un gesto al melancólico Antochkine, que debía padecer del hígado, y que le reemplazara en su puesto anterior.

—Camarada Antochkine, debo entregar al Presidente del Trust la carpeta de la penúltima conferencia sobre precios y salarios, junto con el informe del Sindicato Textil acerca de la aplicación de las directrices del Comité Central. Tiene usted siete minutos. — Pronunció estas palabras con sencilla firmeza.

El subjefe Antochkine contemplaba el reloj, como el asno mira el palo; sus dedos manejaban rápidamente las fichas; parecía mascar algo... Antes de que los siete minutos expiraran, Romachkine recibía de sus manos los documentos y le daba las gracias con benevolencia. Desde

el fondo de la habitación, la vieja mecanógrafa y el meritorio miraban a Romachkine con evidente respeto. No importaba que pensasen: “¡Qué se habrá creído esa rata destripada! ¡Ojalá te dé un cólico, ciudadano lame-botas!” Romachkine, siempre bien dispuesto hacia los demás, no podía sospechar la naturaleza de sus pensamientos. El jefe del despacho, al tiempo que firmaba ciertos documentos, redondeaba los hombros de una manera aprobadora. Romachkine descubrió la autoridad que engrandece al hombre, pone cimientos a la organización, fecunda el trabajo, economiza el tiempo, reduce los gastos generales... “Me creía nulo por no saber sino obedecer en el trabajo y heme aquí capaz de dar órdenes. ¿Cuál es el principio que confiere un valor al hombre con anterioridad carente, al parecer, de utilidad? El principio de la jerarquía”. Pero ¿es justa la jerarquía? Romachkine meditó largamente sobre esto antes de contestarse afirmativamente. ¿Qué mejor gobierno que el de una jerarquía de hombres justos?

El ascenso le otorgaba otra recompensa: la ventana se encontraba a su derecha y no tenía sino que volver la cabeza para contemplar los árboles de los patios, la ropa tendida a secar en los alambres, los tejados de viejos edificios, los campanarios amarillo-rosáceos de las iglesias, humildes ante la proximidad de grandes construcciones modernas; casi demasiado espacio, cosas asombrosas bajo el cielo, para trabajar cómodamente. ¿Por qué siente el hombre tanta necesidad de soñar? El sueño contrarrestaba las molestias. Romachkine pensó que sería aconsejable colocar vidrios opacos en las ventanas, para que la visión del exterior no constituyera una distracción susceptible de disminuir el rendimiento en el trabajo. Cinco pequeños campanarios rematados con cruces vacilantes subsistían en medio de un jardín olvidado y de un amasijo disparatado de casas bajas construidas ciento cincuenta años antes. Invitaban a la meditación como los senderos de los bosques que llevan a claros desconocidos, que quizá no existen. Romachkine les temía algo, al mismo tiempo que los amaba. Quizá aún se rezaba bajo aquellas cúpulas, en el centro de la nueva ciudad trazada en líneas rectas.

“Es extraño, se decía Romachkine. ¿Cómo se puede rezar?” Para controlar su capacidad de trabajo, se daba, entre una y otra tarea, un descanso de pocos minutos destinados a soñar, sin que nadie pudiese notarlo, el ceño fruncido y con el lápiz en la mano. ¿En el fondo de qué calleja, por la que jamás he discurrido, se encuentra esa iglesia extrañamente superviviente?

Romachkine fué a verla y ello significó para su vida una nueva realización: la de la amistad. Había que entrar en un callejón sin salida, cruzar una puerta cochera, atravesar un patio bordeado de talleres y se llegaba a un pequeño y viejo lugar de tiempos remotos, cerrado al resto del mundo, donde unos niños jugaban a los bolos. La iglesia se encontraba allí, con sus tres mendigos junto a la puerta y tres mujeres arrodilladas en el interior. Los rótulos de los talleres y tiendas vecinas formaban un poema enriquecido por palabras y nombres armoniosos,

desprovistos de significación: *Filatov, cardador colchonero*; *Oleandra, cooperativa artesana de los zapateros*; *Tikhonova, comadrona*; *Jardín de infancia número 4, La Primera Alegría*. Romachkine conoció a Filatov, el cardador colchonero, viudo sin hijos, un hombre sabio que dejó de fumar y de beber, y que, a sus cincuenta y cinco años, seguía los cursos libres de la Escuela Superior de Técnica, para comprender la mecánica de la astrofísica.

—¿Qué me queda ya, sino la ciencia? He vivido medio siglo, ciudadano Romachkine, sin dudar de su existencia, como un ciego.

Filatov llevaba un viejo delantal de cuero y una gorra de proletario, la misma que usara durante los quince años anteriores. No disponía sino de una habitación de tres metros de largo por un metro setenta y cinco centímetros de ancho, que formaba parte de un antiguo vestíbulo, pero al fondo de ese nicho se construyó una ventana que daba al jardín de la iglesia. Sobre el borde de la ventana preparó, con la ayuda de cajones de madera, un verdadero jardín colgante. Una pequeña mesa junto a ella era utilizada para copiar, con diversas anotaciones, *Los Astros y los Átomos*, de Eddington. Esta inesperada amistad ocupó en la vida de Romachkine un lugar prominente. Al principio, los dos hombres se comprendieron mal.

—La mecánica domina la técnica — decía Filatov —, y la técnica es la base de la producción, es decir, de la sociedad. La mecánica celeste es la ley del Universo. Todo es físico, Si pudiera recomenzar mi vida, quisiera ser ingeniero y astrónomo. Creo que el verdadero ingeniero, si quiere comprender el mundo, debe ser astrónomo. Pero nací bajo la opresión zarista y fui el último de los hijos de un siervo. Hasta los treinta años no supe leer ni escribir, y me embriagué hasta los cuarenta. Hasta la muerte de mi pobre Nastassia no viví sin comprender el Universo. Cuando la enterramos en Vagankovskoe hice colocar una pequeña cruz roja sobre su tumba, porque ella, mi pobre mujer, era creyente. Como nos encontramos en la era del socialismo, me dije: ¡Que la cruz de los proletarios sea roja! Quedé solo en el cementerio, camarada Romachkine, y di cincuenta kopeks al guardián para que me permitiera quedarme allí hasta que salieran las estrellas, y medité. ¿Qué es el hombre sobre la tierra? Un miserable grano de polvo que piensa, trabaja y sufre. ¿Qué queda de él? El trabajo, la mecánica del trabajo. ¿Qué es la tierra? Un grano de polvo que gira en el cielo con el sufrimiento y el trabajo de los hombres y el silencio de las plantas. ¿Y qué es lo que le hace dar vueltas? La férrea ley de la mecánica de los astros. “Nastassia, dije sobre la tumba, tú no puedes oírme porque ya no existes, y porque ya no tenemos alma, pero estarás siempre en la tierra, en las plantas, en el aire, en la energía de la Naturaleza, y yo te pido perdón por haberte hecho enfadar cuando me emborrachaba, pero te prometo no beber más y estudiar para comprender la gran mecánica de la creación”. He cumplido mi promesa porque soy fuerte, porque tengo fuerza proletaria y quizá algún día, cuando haya

acabado el segundo año de estudios, vuelva a casarme. Si lo hiciera ahora no tendría el dinero para adquirir los libros. Ésta es mi vida, camarada. Estoy tranquilo, sé que el hombre debe comprender y creo que ya empiezo yo mismo a hacerlo.

Hablaban sentados en un pequeño banco, junto a la puerta del tenducho del cardador colchonero, al caer la tarde. Romachkine, pálido y arrugado, pero no todavía viejo, sino pleno de juventud y de vigor perdidos, si ambas cosas existieron para él, y Filatov, con la cabeza y la cara rapadas, el rostro surcado por arrugas simétricas, fuerte como un árbol viejo. Los martillos de los zapateros de la cooperativa *Oleandra* golpeaban suavemente el cuero, y los castaños parecían más grandes en las sombras. De no haber sido por el rumor sordo que llegaba del centro de la ciudad, hubieran podido creer que se encontraban en la plaza de un pueblo, no lejos de un río con un bosque en la orilla opuesta.

—Yo no he tenido tiempo de pensar en el Universo, camarada Filatov — dijo Romachkine —, porque me ha atormentado la injusticia.

—Sus causas — repuso Filatov — se encuentran en la mecánica social.

Romachkine se frotó débilmente las manos, y después las apoyó sobre las rodillas, donde quedaron inmóviles y sin fuerzas.

—Escúchame, Filatov, y dime si he hecho mal. Ya casi pertenezco al Partido, asisto a las reuniones y confían en mí. Ayer se habló de la racionalización del trabajo. El secretario nos leyó una nota del periódico acerca de la ejecución de tres enemigos del pueblo que asesinaron al camarada Tulaev del Comité Central y del Comité de Moscú. Las acusaciones fueron probadas, los criminales confesaron. No recuerdo sus nombres. ¿Qué importancia pueden tener? Ya están muertos. Esos desgraciados asesinos fueron ejecutados. El secretario nos lo explicó todo: que el partido defiende a la patria, que la guerra se avecina, que nuestro jefe está amenazado, que hay que exterminar a los perros rabiosos por amor a los hombres... Todo esto es cierto, naturalmente. Después nos ha dicho: “¡Que todos los que estén a favor levanten la mano!” Comprendí que debíamos estar agradecidos al Comité Central y a la policía por tales ejecuciones. Pero sufría y pensé: “¿Y la piedad? ¿No se acuerda nadie de la piedad? Pero no osé abstenerme. ¿Era yo quizá el único que pensaba en la piedad, yo, que no soy nadie? ¿Pretendía ser yo mejor que los demás? También levanté la mano. ¿Traicioné, acaso, a la piedad? ¿Hubiera yo traicionado mentalmente al partido de no haber levantado la mano? ¿Qué me contestas tú, Filatov, que eres recto y un verdadero proletario?”

Filatov reflexionó. La oscuridad se abatía sobre ellos. Romachkine, vuelto hacia su compañero, le miraba suplicante.

—La máquina — dijo Filatov — funciona ciegamente. Es inhumano que aplaste a quienes

se crucen en su camino, pero tal es su modo de ser. El obrero debe conocer las entrañas de la máquina. Más adelante habrá máquinas luminosas y transparentes que la mirada del hombre atravesará de parte a parte. Será la inocencia de las máquinas, parecida a la inocencia de los cielos. La ley humana será pura como la ley de la astrofísica. Nadie será ya aplastado, ni tendrá necesidad de la piedad. Pero hoy, camarada Romachkine, todavía necesitamos de ella. Las máquinas están llenas de tinieblas y nosotros no sabemos lo que pasa en ellas. No me gustan los juicios secretos, las ejecuciones en los sótanos o la mecánica de las conspiraciones. Debes comprender: hay siempre dos complots, el positivo y el negativo. ¿Cómo saber cuál es el de los justos, y cuál el de los culpables? ¿Cómo averiguar si debemos tener piedad, o ser implacables? ¿Cómo podríamos nosotros saberlo, si es evidente que los hombres que detentan el poder pierden ellos mismos la cabeza? Tú debías votar a favor, Romachkine; de lo contrario, las cosas hubieran podido ser muy desagradables para ti, que no podías hacer nada. Has votado con un sentimiento de piedad, y has hecho bien. El año pasado yo también hice como tú. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Romachkine pareció sentir que sus manos eran más ligeras. Filatov le hizo entrar en la tienda, bebieron un vaso de té y comieron pepinos salados con pan negro. Las dimensiones de la habitación eran tan pequeñas que los dos hombres se tocaban. De aquella proximidad nació una mayor intimidad. Filatov colocó bajo la lámpara el libro de Eddington y lo abrió.

—¿Sabes tú qué es un electrón? —preguntó.

—No.

Romachkine vio en la mirada del cardador colchonero más compasión que reproche. ¡Tener toda una vida tras de sí e ignorar lo que es un electrón!

—Permíteme que te lo explique. Cada átomo de materia es un sistema sideral...

El Universo y el hombre están hechos de estrellas, unas infinitamente pequeñas y otras infinitamente grandes. La figura 17 de la página 45 lo demostraba claramente. Romachkine siguió mal la admirable demostración, porque aún pensaba en los tres fusilados, en la mano que levantó para votar por su muerte, que tanto le pesó en aquellos momentos, y que entonces, cosa extraña, había adquirido nuevamente su ligereza, por haber confrontado la piedad con las máquinas y los astros.

Un niño lloró en el patio vecino, las luces de la tienda de los zapateros se apagaron, una pareja se arrullaba, dentro de los límites de lo invisible, junto a la reja de la iglesia. Filatov acompañó a su amigo hasta el lado opuesto de la plaza. Romachkine se dirigió hacia la reja. Filatov, antes de volver a su tenducho, se detuvo sin motivo alguno y miró el negro suelo. ¿Qué hemos hecho de la piedad en la mecánica humana? Tres fusilados más... Son más numerosos que las estrellas, porque no hay más de tres mil de ellas visibles en el hemisferio norte. ¿No tuvieron

esos tres hombres que se dice mataron razones profundas para hacerlo, unidas a las leyes eternas del movimiento? ¿Quién pesó tales razones? ¿Fueron pesadas sin odio? Filatov compadeció a los jueces: los jueces deben sufrir entre todos. La vista de la pareja que se arrullaba en las tinieblas, que no formaba sino un solo ser en virtud de la atracción eterna, le consoló. Cuando se llega al final de la vida, es agradable vivir entre gente joven. Ellos tienen medio siglo ante sí, en promedio. Quizá alcancen a conocer la verdadera justicia en el tiempo de las máquinas transparentes. Se necesitan muchos fertilizantes para nutrir las tierras fatigadas. ¿Cuántos fusilados se necesitan aún para fecundar la tierra rusa? En la época de la revolución creímos ver claramente delante de nosotros y henos aquí sumidos en las tinieblas. Quizá sea el castigo de nuestro orgullo. Filatov entró en el tenducho, colocó la barra de hierro detrás de la puerta y se desnudó tristemente. Dormía en un estrecho colchón colocado sobre unos baúles, alumbrado por una mariposa. Las arañas empezaron en el techo sus periplos nocturnos. Aquellos insectos negros de largas patas se movían lentamente y era totalmente imposible comprender el sentido de sus movimientos. Filatov pensó en los jueces y los fusilados. ¿Quién juzgará a los jueces? ¿Quién les perdonará? ¿Deben ser perdonados? Cada hora llegará inevitablemente a su debido tiempo. Bajo tierra, en todas partes, bajo la ciudad y los campos, bajo la pequeña plaza oscura donde los enamorados se arrullaban, innumerables ojos brillaron por Filatov, en los confines de la visibilidad, como estrellas de séptima magnitud. “Ellos esperan, ellos esperan, murmuraba Filatov. Ojos innumerables, perdonadnos”.

En la blancura indigente de su habitación, Romachkine fué nuevamente presa de la inquietud. Los ruidos del departamento colectivo batían incesantemente su reducto de silencio: el teléfono, la música de la radio, las voces de los niños, el ruido del agua en los gabinetes, el silbido de los fogones de petróleo... El matrimonio que ocupaba la habitación vecina, de la cual estaba solamente separado por un tabique de madera, discutía agriamente acerca de una reventa de tejidos. Romachkine se puso la camisa de dormir; desnudo se sentía más enclenque que vestido; sus pies descalzos tenían unos dedos pequeños, ridículamente separados. El cuerpo del hombre es feo. ¿Cómo no ha de ser el pensamiento incierto y débil, si el hombre no tiene sino el cuerpo, y el pensamiento es sólo una obra corporal? Se metió entre las frías sábanas, tembló un momento, y después alargó la mano hacia la estantería de los libros, tomó uno de un poeta desconocido, por faltarle las primeras páginas. Los demás conservaban su hechizo encantador. Romachkine leyó al azar.

*Divino planeta que giras
tus Eurasias y tus mares cantantes
el simple desprecio de los verdugos
y benos aquí pensamiento clemente
casi semejantes a héroes.*

¿Por qué carecían de puntuación aquellos versos? ¿Era quizá porque el pensamiento que *abarca*, y une con sus hilos inmateriales los planetas, los mares, los continentes, los verdugos, las víctimas y nosotros, no descansa jamás, no se detiene sino en apariencia? ¿Por qué justamente aquella noche tenía ante sus ojos la alusión a las víctimas y a los héroes? ¿De dónde me llega este reproche, si yo no desprecio sino a mí mismo? ¿Y por qué, si hay hombres que poseen ese ardor de vivir y desprecian a los verdugos, soy yo distinto de ellos? ¿No se avergüenzan los poetas de sí mismos cuando se contemplan en su soledad y desnudez? Romachkine devolvió el libro a la estantería y tomó los periódicos de días anteriores. Al final de la tercera página, bajo el título de informaciones diversas, el periódico gubernamental hablaba de la preparación de la fiesta del atletismo, en la cual tomarían parte trescientos paracaidistas pertenecientes a los centros deportivos y a las escuelas.

...Se ven grandes flores blancas que descenden del cielo y cada una de ellas tiene una corajuda cabeza humana cuyos ojos vigilan intensamente la proximidad de la tierra atrayente y amenazante...

La noticia siguiente, sin título y en tipo pequeño, rezaba:

El caso de los asesinos del camarada Tulaev, miembro del Comité Central. — Habiéndose reconocido culpables de traición, de conspiración y asesinato, M. A. Erchov, A. A. Makeev, y K. K. Rublev, condenados a la última pena en la sesión especial del Tribunal Supremo, celebrada a puerta cerrada, han sido ejecutados.

La Asociación General de Jugadores de Ajedrez, afiliada a la Federación Deportiva de la Unión Soviética, planea organizar en las repúblicas federadas una serie de partidas eliminatorias en vista del próximo torneo de las nacionalidades.

Las piezas del tablero de ajedrez tenían rostros humanos, desconocidos, pero cargados de miradas graves. Se movían solas. Alguien las miraba, atentamente, desde cierta distancia: súbitamente las piezas saltaban con las cabezas estalladas, desvaneciéndose inexplicablemente. Tres golpes precisos hicieron saltar una tras otra, instantáneamente, otras tantas cabezas en el tablero. Romachkine, amodorrado en un duermevela, sintió miedo: llamaban a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, yo — contestó una voz alegre.

Romachkine fué a abrir. Sintió el piso rugoso y áspero bajo sus pies descalzos. Hizo una pausa de un segundo para dominar el pánico, antes de descorrer el cerrojo. Kostia entró tan violentamente que empujó a Romachkine, como si fuera un niño.

—¡Mi viejo vecino! ¡Romachkine! Medio pensador, medio héroe del trabajo, escondido en tu media habitación y tu medio cuarto de destino. ¿Marcha todo bien? Contéstame. Es un ultimátum: ¿marcha todo bien, sí o no?

—Sí—repuso. — Me alegro de verte. Te quiero, ¿sabes?

—Entonces te prohíbo que pongas esta cara. La tierra gira espléndidamente. ¡Que el diablo nos lleve! Tú la ves girar, ¿verdad?, nuestra verde bola poblada de monos laboriosos.

En el calor de la cama, Romachkine vio cómo la pequeña habitación se agrandaba y la luz se hacía más brillante.

—Iba a dormirme sobre este galimatías de periódicos, Kostia: paracaidistas, fusilados, torneos de ajedrez, planetas... Algo de locura; la vida. Tú eres fuerte y sólido, Kostia. Tienes un aspecto impresionante... Lo mío va todo bien. He sido ascendido en el Trust, frecuento las reuniones del Partido, tengo un amigo, un proletario notable que posee un cerebro de físico. Hablamos de la estructura del Universo.

—La estructura del Universo... —repitió Kostia. Era demasiado grande para aquella exigua habitación. — Nada ha cambiado en ti, Romachkine. Apuesto a que todavía son las mismas chinches raquíticas las que se nutren de ti.

—Cierto es — repuso Romachkine, con una sonrisa.

Kostia le empujó contra la pared y se sentó en la cama. Se inclinó sobre Romachkine, con sus cabellos desordenados, cuyos reflejos castaños parecían rojizos, los ojos agresivos llenos de brumas y la boca grande y asimétrica.

—No sé a dónde voy, pero camino hacia algo. Si la próxima guerra no nos convierte a todos en carroña, amigo mío, no sé qué haremos, pero sí que será algo fabuloso. Si reventamos, haremos crecer en la tierra una vegetación admirable. No tengo un kopek, naturalmente; las suelas de mis zapatos están agujereadas, naturalmente, etc., pero estoy contento.

— ¿El amor?

—Naturalmente.

La risa de Kostia sacudió la cama, sacudió a Romachkine de pies a cabeza, hizo estremecerse la pared y repercutió en la habitación en ondas doradas.

—No te asustes, Romachkine, hermano, aunque me creas ebrio. Estoy más borracho cuando estoy totalmente en ayunas, pero entonces suelo enfadarme.

Kostia dejó oír nuevamente su alegre risa.

— ¿Te acuerdas de cuando abandoné el Metro, aquel trabajo de topes industriales bajo el asfalto de Moscú, entre el Instituto de Medicina Legal y el edificio de las Juventudes? Quería respirar aire fresco. Estaba cansado de su disciplina. Yo tengo disciplina para dar y vender. La disciplina es consubstancial conmigo. Me fuí. Trabajé en la fábrica de automóviles de Gorki: siete horas diarias de pie ante una máquina. No me importaba embrutecerme a la larga con tal de facilitar camiones al país. Iba a ver la salida de los vehículos nuevos, brillantes; es algo más hermoso que el nacimiento del hombre, puedes creerlo. Me sentía orgulloso al pensar que los habíamos construido con nuestras propias manos, y que quizá rodaran más tarde sobre las carreteras de Mogolia, llevando cigarrillos y fusiles a pueblos oprimidos. Me sentía feliz. Después me disgusté con un técnico que pretendía hacerme limpiar las herramientas después de las horas de trabajo. Le repuse que ya no éramos asalariados. Hay que dar descanso a los músculos del obrero, lo mismo que deben reposar las máquinas. Aquellos imbéciles iban a acusarme de trotskismo. Ya sabes tú lo que eso significa: tres años en las minas de Karaganda. Muchas gracias. ¿Conoces el Volga? Trabajé como carbonero a bordo de un remolcador; luego me convertí en mecánico. Remolcábamos barcazas hasta el río Kama. Allí se olvidan las ciudades, la luna se eleva por encima de inmensos bosques, donde una intensa vegetación vela noche y día y la oyes llamarte insidiosamente: la verdadera vida es la nuestra, parece decirte; si no bebes una copa de este silencio, con las fieras de los bosques, jamás conocerás lo que el hombre debe conocer. Conocí un suplente en un viaje Komi, y obtuve un empleo en el Trust Regional de los Bosques. “Quiero trabajar en cualquier cosa, lo más lejos posible, en los bosques más alejados”, dije a aquellos burócratas provinciales. Mis palabras les complacieron. Me encargaron la inspección de los puestos forestales y la milicia me inscribió en la lucha contra el bandidismo. En un bosque en el confín del mundo, entre el Kama y el Vytchega, descubrí un pueblo de Viejos Creyentes que habían huído ante la estadística. Creyeron que el gran censo era una maniobra diabólica, se dijeron que les iban a quitar las tierras una vez más, que llevarían a sus hombres a la guerra y forzarían a las mujeres a que aprendieran a leer para enseñarles la ciencia del Maligno. Por las noches recitaban el Apocalipsis. Cantaban también que todo está corrompido en la tierra, y que no queda sino la paciencia a los hombres de corazón, una paciencia que iba a agotarse. ¿Qué pasará?, les pregunté. Sería el retorno al Año Mil. Me pidieron que permaneciera con ellos y estuve tentado de hacerlo a causa de una hermosa muchacha, fuerte como un roble y pura como el aire de los bosques, pero ella me dijo que quería sobre todo tener un hijo, y que yo había conocido demasiadas máquinas para vivir mucho tiempo con ella, y que no confiaba en mí. Me fui, Romachkine, para no quedarme allí hasta el día de su juicio final, o hasta idiotizarme por completo. Los Ancianos me pidieron que, por medio de algunos hermanos que tenían en la

ciudad, les mandara algunos periódicos, y un tratado de agronomía, y que les escribiera diciéndoles: “si la estadística había pasado” sin guerras, ni expoliaciones, ni inundaciones... ¿Quieres que vayamos a vivir con ellos, Romachkine? Soy el único que conoce los senderos de los bosques del Syssolda. Los animales no me causan ningún daño y sé cómo robar la miel a las abejas silvestres y preparar trampas para las liebres y para los peces de los ríos... Ven, Romachkine. No pensarás nunca más en tus libros, y cuando te pregunten qué es un tranvía, explicarás a los niños y ancianos que se trata de una gran caja amarilla montada sobre ruedas, que transporta gente, movida por una fuerza misteriosa nacida en las entrañas de la tierra y encerrada en unos hilos metálicos. Y si te preguntan cómo es posible, no sabrás qué contestar.

—Me gustaría mucho — dijo débilmente Romachkine, a quien las palabras de Kostia encantaron como un cuento.

Kostia le sacó de su sueño.

—Es demasiado tarde, amigo mío. Si el Año Mil está ante nosotros, con todo su terror ancestral, no podemos saberlo. Nos encontramos en la era del cemento armado.

— ¿Y tu amor? —preguntó Romachkine, que se sentía extrañamente bien.

—Me casé en el *kolkhoze*— repuso Kostia. — Ella es...

Sus dos manos hicieron un gesto que debía ser de entusiasmo, pero permanecieron en suspenso durante una fracción de segundo, antes de caer inertes. Al hablar, la mirada de Kostia se posó en la larga y débil mano de Romachkine, que descansaba sobre un periódico. El dedo medio parecía señalar un texto inverosímil:

El caso de los asesinos del camarada Tulaev, miembro del CC. — Habiéndose reconocido culpables... Erchov, Makeev, Rublev..., han sido ejecutados.

— ¿Cómo es ella, Kostia?

Las pupilas de Kostia se encogieron.

— ¿Te acuerdas del revólver, Romachkine?

—Sí.

— ¿Recuerdas que buscaba la justicia?

—Lo recuerdo. Pero he meditado mucho desde entonces, Kostia. Me he percatado de mi debilidad y he comprendido que es demasiado pronto para la justicia. Hay que trabajar, creer en algo, tener piedad. Puesto que no podemos ser justos, debemos sentir piedad por los hombres...

Un temor en el cual no osó pensar, detuvo la pregunta que tenía ya a flor de labio: “¿Qué has hecho del revólver?”

—La piedad me exaspera — dijo Kostia. — Apiádate de estos tres fusilados si ello te produce algún consuelo. Ellos ya no necesitan nada. — Kostia señalaba con el dedo el suelto del

periódico. — Yo no tengo ningún uso para tu piedad y no tengo ganas de apiadarme de ti: no lo mereces. Quizá tú eres el culpable de su crimen; quizá yo soy el culpable del tuyo, pero no comprenderemos nunca nada. Tú eres inocente, ellos eran inocentes...

Con un esfuerzo se encogió de hombros.

—Yo soy inocente... ¿Quién es culpable?

—Yo creo que ellos eran culpables — murmuró Romachkine —, puesto que les condenaron.

Kostia dio un brinco tal que el techo y las paredes temblaron. Su risa dura se burlaba de todo.

—¡Eres un asno, Romachkine! Déjame explicarte lo que adivino. Ellos debieron ser culpables, y así lo confesaron, porque comprendían lo que nosotros, ni tú ni yo, comprendemos. ¿Entiendes lo que te digo?

—Debe ser verdad — dijo gravemente Romachkine.

Kostia caminaba nerviosamente de la puerta a la ventana.

—Me ahogo — dijo.— ¡Aire! ¿Qué falta aquí? Todo. Bueno, Romachkine, adiós. Vivimos en una especie de delirio, ¿no es cierto?

—Sí, sí...

Romachkine iba a quedar solo; tenía la cara ajada, los párpados llenos de arrugas, pelos descoloridos alrededor de la boca y una mirada débil.

Kostia pensó en voz alta.

—Los culpables son los millones de Romachkines que existen en la tierra...

—¿Qué dices?

—Nada. Divago.

Se produjo un vacío entre los dos.

—Tu cuarto es demasiado sombrío, Romachkine. Toma.

Kostia sacó del bolsillo interior de la blusa un objeto rectangular envuelto en tela.

—Toma. Era lo que más quería en el mundo cuando estaba solo.

Romachkine tomó en las manos una miniatura enmarcada en ébano. En el círculo negro apareció una cara de mujer mágicamente real.

—¿Es posible? ¿Crees tú verdaderamente, Kostia, que existen rostros tan hermosos como éste?—preguntó Romachkine con una especie de pavor admirado.

—Los rostros vivos son los más hermosos... Hasta la vista, viejo.

Mientras bajaba dando tumbos por la escalera, Kostia tuvo la sensación bienhechora de una caída. Le pareció que el mundo material se deshacía ante él, y que las cosas se volvían etéreas.

Siguió varias calles con el paso ligero de un corredor. Mientras, en su cabeza se desencadenaba una especie de trueno. “Sin embargo, soy yo quien..., yo...” Penetró en unas bocacalles y, finalmente, fué a desembocar en las cercanías de la casa donde dormía María. Sin darse cuenta, había acelerado su paso elástico de atleta hasta transformarlo en una franca carrera, igual que aquella noche lejana, que aquella noche boreal, después de la explosión súbita de una especie de flor negra bordeada de llamas, mientras los silbatos de los milicianos resonaban en la oscuridad...

El departamento comunal número doce albergaba tres familias y tres hogares en siete habitaciones. Una bombilla de veinticinco bujías alumbraba el corredor, fijada muy cerca del techo para que fuera difícil destornillarla. Las paredes estaban ahumadas. Una máquina de coser atada por una cadena asegurada por un candado a un cofre macizo, se reflejaba en el espejo rajado de la percha. Unos ronquidos desiguales llenaban la penumbra de una vibración bestial. La puerta del *water-closet* se entreabrió, una endeble silueta de hombre en pijama pareció flotar en el pasillo, y de pronto tropezó ruidosamente con estrépito de chatarra. El hombre borracho rebotó en la pared opuesta, dándose un porrazo contra una puerta. Voces coléricas atravesaron la oscuridad, una voz baja que siseaba reclamando silencio con acento soñoliento y la otra vehemente, que lanzaba insulto tras insulto:

— ¡Bribón! ¡Borracho!

Kostia alcanzó al beodo de flotante pijama y lo cogió por el cuello:

—No hagas ruido, ciudadano. Mi mujer duerme al lado... ¿Dónde está tu habitación?

—Es la número cuatro — respondió el borracho. — ¿Quién es usted?

—Nadie. No hagas ruido si no quieres que te rompa amistosamente la crisma.

—Esta bien... ¿Quieres echar un trago?

Kostia empujó con el codo la puerta del número cuatro y empujó dentro al borracho, que fué a caer blandamente entre unas sillas boca abajo. Un objeto de cristal rodó por el suelo antes de romperse con un hermoso y cristalino tintineo. Después de esto anduvo a tientas hasta hallar la puerta del número siete, un cuarto de desahogo, en triángulo, con un techo oblicuo y bajo, alumbrado por un tragaluz. La bombilla colgaba en el extremo de un largo cordón, entre un montón de libros y una palangana esmaltada en la que estaba en remojo un trapo rosa. No había más que una silla desfondada y una estrecha cama de hierro en la que dormía María, echada boca arriba, con la respiración regular y una suave sonrisa en los labios. La contempló. Tenía las mejillas sonrosadas y ardientes, las aletas de la nariz temblorosas, las cejas finas como un doble trazo sutil y las pestañas adorables. Un hombro y un seno desnudos se destacaban de la sábana. Sobre la carne ambarina del seno se posaba una trenza de negro cobrizo. Kostia la besó y María abrió los ojos.

—¿Tú?

Él se arrodilló junto a la cama y le cogió ambas manos.

—Despierta, María. Mírame... Piensa en mí...

Ella no sonreía, pero todo su ser parecía sonreír.

—Pienso en ti, Kostia.

—Respóndeme, María. Si hubiera matado a un hombre hace siglos, hace algunos días o algunos meses, en una noche nevada y prodigiosa, sin conocerle, sin haber pensado siquiera en matarle, sin haberlo querido y sin embargo voluntariamente, con los ojos bien abiertos y la mano firme, porque hacía el mal en nombre de sus ideas, porque yo estaba lleno del sufrimiento de los demás, porque lo había juzgado, sin saberlo siquiera, en pocos segundos, obrando así en nombre de otros muchos, en nombre de los desconocidos, de todos los que no tienen ni nombre, ni voluntad, ni oportunidad, ni esa conciencia hecha jirones que yo poseo, ¿qué dirías tú, María?

—Te diría, Kostia, que sería mejor que dominaras tus nervios, que supieras exactamente lo que hacías y que no me despertaras para contarme tus pesadillas... Bésame.

Él añadió con tono suplicante:

—¡Pero si es verdad, María!

Ella le contempló atentamente. El carillón del Kremlin dio la hora. Las primeras notas de la Internacional, ligeras y graves, flotaron unos instantes sobre la ciudad dormida.

—He visto reventar muchos campesinos en las carreteras, querido Kostia... Sé lo que es la dura lucha. Sé también todo el mal que puede hacerse sin querer... Sin embargo, seguimos viviendo, ¿verdad? Hay en ti una gran fuerza pura. No te atormentes.

Y hundiendo las dos manos en su cabellera, atrajo violentamente hacía sí aquella cabeza vigorosa, llena de inquietud.

El camarada Fleischmann empleó la jornada en la clasificación definitiva del caso Tulaev. Lo componían miles de páginas reunidas en varios volúmenes. La vida humana se refleja en ellos, igual que la flora y fauna terrena se hallan, bajo formas tenues y monstruosas, en una gota de agua estancada estudiada al microscopio. Ciertas piezas debían ir a parar a los archivos del Partido. Otras, en cambio, tenían que engrosar los expedientes de la Seguridad Nacional, del CC, del Secretariado General y del Servicio secreto para el extranjero. Otras tenían que ser quemadas en presencia del representante del CC. y del camarada Gordeev, Alto Comisario adjunto. Por lo pronto, se encerró a solas con todos aquellos papelotes numerados que parecían despedir un olor a cadáver. La nota del servicio de operaciones especiales sobre la ejecución de los tres condenados por los hombres de confianza del destacamento elegido no mencionaba más que un detalle preciso: la hora. Cero horas, un minuto, cero horas, quince y cero horas, dieciocho. El

gran caso concluía en el momento cero de la noche.

Entre las piezas insignificantes adjuntas al expediente Tulaev desde el final del atestado (informes sobre conversaciones sostenidas en lugares públicos en el curso de las cuales había sido mencionado el nombre de Tulaev, denuncias concernientes a la muerte de un tal Butaev, ingeniero del servicio de aguas de Krasnoyarsk, comunicaciones de la milicia criminal sobre el asesinato de un cierto Mutaev en Leninakan y otros documentos que parecían llevados por azar, arrastrados por una crecida de aguas, por el viento, por la estupidez y la mediocre locura de la ley de los grandes nombres), halló un sobre gris, timbrado por la estación de Moscú-Yaroslavl y dirigido simplemente: “Al ciudadano juez de Instrucción encargado de instruir el caso Tulaev”. Un papel adjunto indicaba: “Transmitido a la camarada Zvereva”. Y otro papel añadía: *Zvereva: dada al castigo de rigor hasta nueva orden. Transmitir al camarada Popov*. La perfección administrativa hubiera exigido en aquel punto una tercera nota sobre el destino en suspenso del camarada Popov. Sin embargo, algún espíritu prudente se había contentado con escribir en tinta roja junto a las demás notas: *Clasificación general*. “Ése soy yo”, pensó con una sombra de desprecio hacia sí mismo. Rasgó indolentemente el borde del sobre. Éste contenía una carta manuscrita, sin firma y redactada en una doble página de cuaderno escolar.

—“Ciudadano: le escribo por obligación de conciencia y deseo de verdad...”

Uno más que denunciaba a su prójimo o se abandonaba con delectación a su minúsculo y estúpido delirio... Se saltó el resto de la epístola para leer la conclusión, no sin observar de una ojeada que la escritura, firme y clara como la de un campesino instruido, estaba desprovista de estilo y casi de signos de puntuación. El tono era directo y, al seguir leyendo, sintió que se le hacía un nudo en la garganta: “No firmaré. Sé que unos inocentes han pagado inexplicablemente por mí y que no puedo reparar nada. Crea usted que si hubiera sido informado a tiempo sobre ese error judicial, le habría ofrecido mi cabeza inocente y culpable. Pertenezco en cuerpo y alma a nuestro país y quiero laborar por su porvenir. Si he cometido un crimen casi sin pensarlo, es porque apenas he podido darme cuenta de ello, ya que vivimos en una época donde la muerte del hombre por el hombre es cosa acostumbrada, y sin duda, a la necesidad de la dialéctica histórica y al poder de los trabajadores, se debe toda esta efusión de sangre y estos inexplicables crímenes. Y por eso, acaso no haya sido yo más que el instrumento, menos que consciente, de esa necesidad histórica, induciendo al error a jueces más instruidos y más conscientes que yo, que han cometido un crimen creyendo servir a la justicia. Por tal motivo, ahora no puedo más que vivir y trabajar con todas mis fuerzas...”

Fleischmann leyó la carta por su mitad:

“Solo, ignorado del mundo, ignorando yo mismo el instante precedente lo que iba a hacer,

disparé sobre el camarada Tulaev, a quien detestaba desde la depuración de las escuelas superiores. Le aseguro a usted que hizo a nuestra sincera juventud un daño inconmensurable, que nos mintió sin cesar, que ultrajó bajamente lo que teníamos de mejor en nuestra fe en el Partido y que nos condujo al borde de la desesperación...”

Fleischmann se acodó sobre aquella carta desplegada y el sudor humedeció su frente, su mirada se nubló, su doble mentón se ablandó, una mueca de abatimiento llenó su rostro y las innumerables hojas del expediente parecieron flotar ante él, envueltas en una bruma asfixiante. Murmuró: “Ya lo sabía”, contrariado por tener que contener un estúpido deseo de llorar o de huir no importaba dónde, en seguida, irrevocablemente... Pero no era posible. Se desplomó sobre aquella carta que gritaba la verdad. En aquel instante sonó un golpe suave en la puerta y desde fuera la doncella preguntó:

—¿Quiere que le sirva el té, camarada jefe?

Se apresuró a responder:

—Sí, sí, Luisa. Té muy fuerte.

Dió algunos pasos a través del despacho, y releyó una vez más la carta sin firma, de pie esta vez para desafiarla mejor. Entreabrió la puerta para coger la bandeja donde estaban las dos tazas de té, y luego se puso a hablar consigo mismo, como si se dirigiera al desconocido que le parecía entrever detrás de aquella hoja de papel escolar:

—Tu carta no está mal del todo, jovencito... No soy yo quien va a buscarte ahora. Ya ves que nosotros, los viejos, no necesitamos tu fuerza equivocada, embriagada por sí misma, para ser condenados... Eso nos desborda a todos, nos arrastra a todos...

Encendió la vela que servía para fundir el lacre con que sellaba los documentos. Gotas rojas, semejantes a sangre coagulada, estaban incrustadas en la estearina. Y en la llama de aquella bujía manchada de sangre, quemó la carta, recogió sus cenizas en un cenicero y las aplastó con el pulgar. Bebió las dos tazas de té, y entonces se sintió más confortado. A media voz, con tanto alivio como triste sarcasmo, dijo:

—Se acabó el caso Tulaev.

Hubiera deseado cerrar el resto de la clasificación para evadirse cuanto antes de aquel enojoso asunto. Los cuadernos escritos por Kiril Rublev en su celda destacaron sobre un fajo de cartas “retenidas para investigación”, que eran las de Dora Rublev, fechada en una aldea del Kazakstan. Aquellas cartas, dictadas por la soledad y la angustia para ser leídas tan solo por la camarada Zvereva, le sumieron en una cólera profunda:

— ¡Qué miserable! Si pudiera castigarla, le haría ver las estepas, las nieves y las arenas...

Hojeó los cuadernos. La escritura regular y la manera de trazar ciertos signos denotaban

preocupaciones artísticas — lejanas, sobrepasadas desde hacía tiempo — y la rectitud de las líneas le recordaban al hombre, su vuelta de espaldas durante la conversación de ambos, su rostro huesudo y su frente de ideólogo, así como la manera que tenía de mirar con una sonrisa apenas perceptible en los ojos, cuando su palabra trazaba un razonamiento riguroso, pero delicado como un arabesco metálico... “Morimos todos sin saber por qué; hemos matado muchos hombres en los que residía nuestra más alta fuerza...” Inmediatamente se dio cuenta de que él pensaba lo mismo que Kiril Rublev había escrito unos días o unas horas antes de desaparecer.

Los cuadernos le interesaron... Repasó atentamente las deducciones económicas fundadas sobre la baja del tipo de interés por el acrecentamiento continuo del capital (de ahí el marasmo del capitalismo), las que trataban del aumento de la producción de energía eléctrica en el mundo, de la evolución de la siderurgia, de la crisis del oro, de las modificaciones del carácter, de las funciones, de los intereses y estructura de las clases sociales y más particularmente de la clase obrera... En el curso de su lectura, murmuró varias veces:

—Justo, muy justo... Discutible, pero... cierto en conjunto o en tendencia...

Tomó nota de algunos datos para comprobarlos en obras especializadas y continuó leyendo las páginas que seguían, repletas de juicios entusiastas y severos sobre Trotsky, del que Kiril Rublev alababa la intuición revolucionaria, el sentido de la realidad rusa, el “sentido de la victoria” y la rápida violencia, reprobando en cambio “el orgullo de gran personaje histórico”, “la superioridad demasiado consciente de sí misma”, “la incapacidad de hacerse seguir por los mediocres”, “la táctica ofensiva en los peores momentos de la derrota” y “la alta álgebra revolucionaria ofrecida sin cesar a los puercos que se mantenían solos ante la escena...”

—Evidentemente, evidentemente — volvió a murmurar sin tratar de dominar su malestar.

¿Acaso Rublev había estado seguro de su fusilamiento? No cabía la menor duda, pues de otra manera no habría escrito aquello.

Cerró suavemente el cuaderno. Hubiera entornado con igual suavidad los ojos al muerto. Calentó el lacre y dejó caer con lentitud unas gotas, semejantes a sangre ardiente, encima del sobre que encerraba aquellas páginas. Luego estampó el sello de los Archivos del Comisariado del Interior, y el escudo proletario de la hoz y el martillo quedó bien impreso.

Alrededor de las cinco, el camarada Fleischmann se hizo conducir al Estadio, donde tenía lugar la fiesta del atletismo. Ocupó su sitio en la tribuna oficial, entre los demás uniformes con insignias de jerarquía. Llevaba sobre el pecho las placas de la Orden de Lenin y de la Bandera Roja. La alta gorra de plato parecía ampliar su enorme rostro, convertido con los años en algo muy parecido al de un enorme sapo. De pronto se notó vacío de todo pensamiento, anónimo e importante a la par... Se sintió un general idéntico a cualquier general de cualquier ejército,

abrumado por el comienzo de la vejez, con el cuerpo pesado y el alma corroída por preocupaciones administrativas. Batallones de atletas, con las muchachas de senos abultados, precediendo a los jóvenes, desfilaban en aquel instante, con las cabezas erguidas y los rostros vueltos hacia la tribuna, sin reconocer a nadie, ya que el Jefe, cuya colosal efigie dominaba el Estadio entero, no había acudido, pero sonriendo a todos con alegre confianza. Su paso firme provocaba un rumor ligero y rítmico semejante a la lluvia al caer. Pasaron los tanques, cubiertos de ramajes. Emergiendo de las torretas, los soldados, cubiertas las cabezas con cascos de cuero negro, agitaban ramos. En el cielo, unos nubarrones rojizos por el crepúsculo, se desplegaban, empujados por la brisa.

~ ÍNDICE ~

I. Las cometas nacen de la noche	4
II. Las espadas son ciegas	30
III. Los hombres cercados	55
IV. Construir es perecer	79
V. El viaje a la derrota	106
VI. Cada cual se ahoga a su manera	141
VII. La orilla de la nada	176
VIII. El camino del oro	205
XI. Que la pureza sea traición	239
X. El deslizamiento de los tímpanos prosigue	267